



TRES MUERTES EN ESTAMBUL

FRANCISCO GRANADO CASTRO

Tres muertes en Estambul

Francisco Manuel Granado Castro

Índice

1 El velero del amanecer

2 Los galantes suicidas

3 Cena en palacio

4 Las fronteras de lo imposible

5 De calabozos...

6 ...Y guardianes

7 Café Estambul

8 Cartas desde el infierno

9 La ley del terror

10 Encuentro y desencuentro

11 Enemigos y amantes

12 Interior masculino

13 Con alcohol y penumbra

14 La chica de la carta

15 El mar es un camino

16 La orquesta silenciosa

17 Oficiales sin caballeros

18 Paisaje para el crimen

19 Patriotismo al contado

20 Seguir una sombra

21 Mal aviso

22 Los tesoros que el mar encubre

23 La caída del capitán

24 El beso y la espada

25 El cielo de Odessa

26 Acróstico melancólico

27 La orquesta menguante

28 Los desaparecidos

29 Anatomía de la venganza

30 El corazón se apaga

1

El velero del amanecer

Nadie vio llegar a David Alaya al puerto. Para los espías que infestaban Estambul fue irrelevante su aparición. Sólo el profesor Kosmider lo anotó en su diario como una visión insólita.

Ya se había apagado el candil de la puerta, un farolillo turquesa que oscilaba al socaire de la brisa marina, cuando el profesor Kosmider salió del Harén Azul. Un último fumador de narguile descendía la cuesta, buscando apoyo en las engañosas paredes.

Adilé, la bonita chica que Kosmider prefería por sus ojos de cervatillo, siempre rehusaba besarle, y el profesor sintió el rescoldo de su perfume de jazmín como un agravio. Siempre que acudía al Harén Azul, escogía a Adilé, elogiaba su pelo o su vestido, le abría la puerta de la habitación, la ayudaba a deshacer la cama, le regalaba baratijas demasiado caras para sus bolsillos, pero no lograba evitar que ella torciera el gesto. Sus labios dibujaban una mueca que él interpretaba como desprecio. Kosmider necesitaba que Adilé le perdonara. Pero ¿Por qué? ¿Cómo podía saber ella...? O todo formaba parte de sus remordimientos.

Y así, el torbellino de su placer egoísta, del frenesí logrado sobre la tersa piel de la muchacha, volvía contra él como una onda que choca, en forma de soledad, de culpa. Y su conciencia retornaba a la penumbra y la hediondez del cuartucho, al precario equilibrio de su vida, a la ingratitud de que ni ella le apreciara. No cabía hacerle promesas, ni huir, menos aún olvidar. Sí, el olvido se adivinaba como el verdadero paraíso.

El profesor Kosmider no tuvo valor para volver al hotelito donde se alojaba y meterse en el chirriante camastro. Allí le esperaban el insomnio, los muebles carcomidos, la humedad de la buhardilla. Se quedaría otra vez mirando por la ventana, un reino de gatos y tejas mohosas donde el viento silbaba sin compasión y apenas titilaban las farolas ante la hegemonía de la

noche. Al profesor le visitarían, en fúnebre procesión, las incertidumbres del exilio, las pequeñas cautelas y traiciones de su miseria, las conjuras del miedo, el vacío que el peligro dejaba en la boca del estómago y la nostalgia por una vida vienesa que nunca volvería.

Esa noche se sentía especialmente abrumado. Por la tarde, la duquesa lo había recibido con cajas destempladas en su palacio del Bósforo. Apenas le habló durante la cena y, cuando cruzaron unas palabras, usó un tono desdeñoso que todos notaron. Ahora la odiaba, o se odiaba a sí mismo por desearla, por necesitar a esa bella caprichosa, pero el destierro es un mal valedor para la dignidad.

Desesperado por olvidarse de todo, decidió espantar a los fantasmas con una de sus caminatas. Las calles de Estambul dormitaban en un desahucio de ceniza. Kosmider cruzó el puente Gálata, donde el aire frío rociaba con una pátina de escarcha el pretil y brillantaba las aceras; dejó a un lado el bazar de las especias con sus olores a herbolario y espliego; esquivó los camiones de basura y las recuas de asnos que nunca faltaban a esas horas, entre obreros que madrugaban, dejando atrás restos de murallas bizantinas que alzaban sus dentelladas de piedra en silvestre abandono. Trató de atender los sonidos roncacos del tranvía, las conversaciones en sordina que dejaban los barrenderos soñolientos y los transeúntes. Tras mucho deambular sin rumbo, renegando de los tropiezos del mundo, la profusión de lodazales, la lentitud de la burocracia con los pasaportes, la escasez de dinero que ya parecía congénita, oyó el doloroso presentimiento de los gallos. El cielo empezó a vetearse de zafiro y rosa como si lentamente abriera sus fauces para tragarse la ciudad.

Era el año 1943. Un manto de horror y tinieblas ensombrecía Europa. La muerte campeaba a sus anchas y se mondaba los dientes en los campanarios y chimeneas desde un confín hasta el otro del viejo continente, que ardía por los cuatro costados. Sólo algunos países mantenían una cimbreada neutralidad en los márgenes de ese tablero ensangrentado. Entre ellos, Turquía.

Amanecía el 15 de octubre y Estambul emergía de la bruma como un colosal dinosaurio que tomara vapores sobre las colinas. La niebla, que durante la madrugada había tendido un puente entre Asia y Europa, se desvanecía y se veía a las gaviotas lanzarse en picado sobre el largo corredor azul del Bósforo. La luna había cavado un pozo en las nubes y se decoloraba lentamente como un gajo de limón que se secase.

La ciudad, al desperezarse, resbalaba hacia las orillas. Debía ser por el

barro que cubría las calles mal pavimentadas. Y ese estremecimiento la hacía crujir con pesadumbre, atrayendo al eco. Los amontonamientos de casas, desteñidas aún por la escasez de luz, los oscuros cipreses, los lomos de las mezquitas, tiritaban porque empezaban a sospechar que tal vez el cielo no los recordaba, que necesitaba volver a divisar todo su perfil para acoger a Estambul de nuevo. Quería renacer un día más esta ciudad nacida para el dominio y por tanto para la esclavitud, boca de lobo, laberinto cuyo dibujo se retorció perpetuamente con fiereza oriental.

Kosmider llegó con el alba a los arrabales del puerto, donde las estrechas calles abrían paso al ancho mar de Mármara, un espejo de verde oliva que se hacía añicos en miles de esquirlas esmeraldas.

Mientras deambulaba entre los aparejos, oliendo el salitre, Kosmider había notado que los operarios de los muelles dirigían la mirada al horizonte e hizo lo mismo. Entonces vio surgir un velero blanco como la nieve. Un fugaz rayo de sol perforó las nubes que asomaban por oriente y señaló el barco con su glorioso dedo, lo que realzó la blancura del velamen entre las manchas oscuras del mar. La nave atravesaba el laborioso amanecer y se deslizó hasta la dársena, en medio de una bruma que moteaban los pesqueros desperdigados por el mar, que se balanceaban inertes como moscas en una telaraña.

Los estibadores de los muelles estaban habituados a recibir oxidados cargueros y a subir y bajar por sus pasarelas podridas, siempre taciturnos. Su olfato era ya inmune al hedor de las sentinas, del hierro de grúas y cascos en todos los grados de corrosión. Los oscuros barcos crujían con la pesadumbre de quien se sabe condenado a repetir sin fin su itinerario en los mares que espantaba la guerra. En cuanto arribaban a aquellos muelles neutrales, vomitaban su cargamento y sus tripulaciones pendencieras, capaces de maldecir hasta en sueños.

Y de repente, en medio de las maromas, los palets y chapas, inmune a los sinsabores del mundo, veían relucir una goleta de dos mástiles, blanca como la inocencia, deslizándose sobre las olas con la tersura de un sueño juvenil. Sus velas y focos se henchían alegremente con el viento y las jarcias devolvían al alba todo su oro. Sus tripulantes y pasajeros no sumarían veinte personas y llegaban sonriendo, colorados por el mediterráneo, vestidos con ropa clara y deportiva. Sus risas y canciones alborotaban con un último aliento veraniego la melancolía del otoño.

El puerto de Estambul había perdido la costumbre de recibir a gente feliz

y muchos sintieron una punzada de nostalgia o envidia, cuando los alegres pasajeros atracaron en el muelle. También el profesor Kosmider necesitaba aquella estampa de seres sanos y sonrió con agradecida incredulidad. Se quedó mirando cómo subía al velero un apabullado funcionario de aduanas y lo recibían cordialmente sus tripulantes. Luego, todos desembarcaron. El profesor vio acercarse sus rostros juveniles, cuando se encaminaron a los taxis que aguardaban aparcados junto a la acera donde él estaba. Incluso pudo aspirar el perfume de la media docena de chicas que venían entre los pasajeros, todas tocadas con pamelas o gorritos de moda, cuyos vestidos blancos o cremas de muselina y algodón eran adornos de la dicha más que ropa. Con sus risas argentinas, rebosaban una jovialidad que era mejor que la belleza. Las faldas apenas les cubrían las rodillas, lo que detuvo muchos mentones hirsutos y removió los mostachos. Los fornidos muchachos lucían sus tonificados músculos bajo las camisas y ese aire ingenuo, pero vitalísimo, que sólo lograban forjar los equipos deportivos de las universidades de América.

El profesor les oyó hablar en inglés con acento americano, a pesar de que el velero lucía el pabellón portugués. Vio a David Alaya sin conocerlo; a sus ojos sólo era el muchacho más animoso y bullanguero del grupo. Aún no podía saber el futuro que les aguardaba. Como la carne no sabe dónde se abrirá la herida.

Los jóvenes se repartieron en tres taxis para dirigirse con gran jolgorio al Hotel Imperial. Los taxistas entendieron las instrucciones, habituados a usar una especie de lengua franca con los extranjeros, un inglés macarrónico que oscilaba entre la exactitud del diccionario y la pura mímica, donde siempre afloraba la buena voluntad de los nativos.

El profesor lamentó perder de vista aquella visión idílica que por un momento le hizo olvidar sus preocupaciones. En cuanto se libró de su hechizo, el sentido común vino a sus labios con una conclusión.

—Cómo se les ocurre venir aquí. Qué inconsciencia suicida.

Si hubiera tenido que escribir una de esas novelas policíacas con las que malvivía, le habría gustado comenzar con esta imagen acuática. El agua se aviene bien con el misterio de la vida, las dos tratan de llenar algo, buscan un sentido, aunque Kosmider no podía asegurar que lo tuviera. En realidad, odiaba escribir novelas. Hubiera preferido contar su vida, una existencia mejor que la que llevaba, pero al no alcanzarla se quedaba con estas migajas de su fantasía. Buscaba máscaras para soñarse triunfador; lo demás ya era

accesorio, salvar a la chica, castigar al malo, o destruir al bueno (dependía de la verosimilitud que quisiera darle al argumento).

Pero ay, sólo tenía eso, anhelos, secretos inconfesables y un paraguas torcido cuya punta clavaba en un resquicio de la acera mal empedrada, en una fangosa ciudad extranjera. De nuevo lo sacudió el frío de la gris realidad, la luz que se deshacía en polvo y amenazaba con disolver en átomos el universo, y el profesor comenzó a desandar sus pasos, preguntándose qué había traído a esos jóvenes desde Portugal, atravesando un mar amenazado.

Otra vez se sentía desesperado, sin un céntimo en los bolsillos, y la llamada monótona de los almuédanos cayó en su ánimo como un presentimiento de peligro.

2

Los galantes suicidas

El velero blanco permaneció amarrado en el embarcadero dos días, pero al rayar el alba del tercero, sus cuatro marineros portugueses soltaron amarras y zarparon. De nuevo se deslizó por las celestes manchas de Mármara, cuyas olas se rizaron para paladear su dorado nombre, Saudade.

Los bulliciosos pasajeros que habían llegado con él, en cambio, quedaron en tierra y dedicaron una semana a revolver las suites de la cuarta planta del hotel Imperial. Hicieron girar a todo volumen las gramolas, desempolvaron las cartas de menú de los restaurantes más recoletos, descorcharon champán del caro, subieron a coches de caballos, pidieron conferencias con Europa y América, dieron alas a los botones y limpiabotas, prodigaron propinas, desentumecieron a las bailarinas gitanas de los garitos de Gálata y más de un amanecer los encontró cruzando en vaporcitos el Bósforo, hacia donde dormitaba el barrio asiático de Escudari.

Sus largas excursiones pusieron a prueba todos los resortes de fascinación que Estambul podía desplegar. Se les vio corretear un crepúsculo por el palacio del serrallo de Topkapi, cuando el silencio de la noche dejaba a sus voces el trabajo de resolver adivinanzas entre las columnas que habían acogido a concubinas y eunucos. Regatearon y porfiaron con los vendedores del Gran Bazar, rodeados por un mar de aromas y colores. Enmudecieron en el solemne subterráneo del aljibe de la Basílica, donde jugaron al escondite en su bosque de columnas. Alzaron los ojos extasiados ante el alto caparazón de Santa Sofía, asediado por el polvo solar: se enamoraron de sus ábsides y exedras donde dormitaban los ángeles, del puro anhelo de sus minaretes.

El alma de la fiesta, quien emprendía todas las excursiones e ideaba sus locuras, era David Alaya. A él se le había ocurrido emprender aquella travesía en velero a Estambul, convirtiendo así las mondas vacaciones que

pasaban en la Costa Azul de Francia en una aventura.

David Alaya era español, pero había huido de la guerra civil a los dieciocho años, en circunstancias que nunca explicó. Simplemente, un día de 1.938, apareció en la universidad de Maryland, con una beca de estudios. Después se supo que había traído algunas perlas de misterioso origen, cosidas bajo un forro del abrigo. Con ellas sufragó los gastos imponderables. Nadie podría decir cómo entró en el grupo más exclusivo y elitista de los estudiantes, el que congregaba a las mejores familias, pero tal vez influyó su buen humor y que era un esforzado deportista. Jugaba en el grupo de rugby y se convirtió en su estrella, pero además sabía bromear con los demás muchachos y crear un ambiente de camaradería que de otra forma aquellos austeros protestantes no habrían probado. Su presencia relajaba las reuniones y pronto David se hizo imprescindible para cualquier excursión, acampada o fiesta. De ese modo, se convirtió en el invitado obligado de los bailes elegantes que se celebraban en las mansiones de la costa este, puritanas ellas, supliendo con su regocijo el rigor de la etiqueta y ese íntimo malestar de los poderosos consigo mismos.

Pero incluso entonces, desde el principio, David resultó un espíritu inquieto, un acertijo para sus amigos. Por más que fuera el alma de sus francachelas, compartiera sus inquietudes y admirase los logros del gran país, aunque fuera el más reclamado en los bailes y en las competiciones deportivas, siempre dejaba un área en sombra de sí mismo, nunca relataba nada de su familia o España, como si su sola mención le doliera y le hiciera enmudecer. Sus camaradas aprendieron a evitar el espinoso tema y se limitaban a conjeturar en su ausencia las calamidades que debía haber sufrido en su país. Todas las chicas que se enamoraban de él, incluso sus simples amigas, trataron de sonsacarle sus recuerdos en alguna ocasión, pero David andaba tan fascinado por el inmenso mundo americano, o eso fingía, que siempre hallaba otros temas que explorar y comentar, eludiendo las preguntas.

Además, la guerra terminó en España y pronto comenzó otra a escala tan enorme que las cicatrices de David Alaya se diluyeron en el gigantesco drama. Había elegido estudiar periodismo y al cuarto año de estancia en Norteamérica se marchó a Nueva York para buscar trabajo, lo que le distanció de forma casi inexorable de su pandilla universitaria. Porque sus amigos se quedaron en Maryland. A ellos les tocaba heredar los emporios de sus padres y para eso habían cursado sus estudios. Eran tan convencionales

en estos asuntos como en sus relaciones, pues se emparejaban, con vistas al matrimonio, por familias. Como dijo David una vez, el amor se duerme con un nombre, pero el matrimonio despierta con los apellidos.

De modo que, sin saber mucho más del muchacho, el verano del año 43 encontró a todo el grupo de herederos tomando limonada y whisky en el porche de una villa campestre del propio estado de Maryland, donde se criaban purasangres. Era una hermosa casa de madera con tejado a dos aguas, y en ese porche de columnas holgazaneaban los podencos, ante una hermosa vista a una colina salpicada de arces que descendía virtuosamente hasta un arroyuelo. La valla se pintaba de blanco cada año y su cocinera elaboraba un pastel de manzana que perfumaba toda la planta baja.

La finca estaba situada en un condado cuyo nombre se recuerda porque acoge un pozo en el que Jorge Washington dio de beber a sus caballos en su camino hacia la Independencia. Reconforta que se rememoren estos hechos y uno siente prender su ardor patriótico al apreciar el entusiasmo con que los libertadores abrevaban a sus cabalgaduras y señalaban el lugar para la conmemoración oportuna. Sin duda, la victoria tuvo mucho que ver con ese ímpetu para hacer beber a las bestias. Al contrario que el enemigo inglés, que no dejó rastro alguno de haber dado un mal trago a sus acémilas. De más está decir que merecieron la derrota, visto el maltrato y mezquindad con que atendían a sus cuadrúpedos. Nadie dudaba de que efectivamente Jorge Washington se había detenido en la localidad, pues era de dominio público que el Fundador de la libertad no sabía mentir. Por suerte, ese defecto de la educación antigua lo había superado triunfalmente la docencia norteamericana.

Abandonada a su suerte por David, la pandilla se aburría. Con sus carreras recién terminadas o a punto de estarlo, no sabían cómo encauzar todo su entusiasmo juvenil en las vacaciones, que se les antojaban, más que largas, interminables. Alguien, tal vez Henry, el musculoso jugador de polo, o Amanda, la pizpireta chica que mejor bailaba, sugirió veranear en la Riviera francesa, en Niza o Cannes. Lo pintó como el lugar perfecto para despedir sus vidas universitarias, un colofón variopinto y extravagante con el que decir adiós a la dulce inconsciencia que habían saboreado, antes de enterrarse para siempre —y en esto había unanimidad— en los negocios familiares y las responsabilidades de los adultos. ¿Qué mejor despedida de sus juergas que una última, la más exuberante?

Trataron de contactar con David Alaya para invitarlo, pero no lo hallaron, de manera que se resignaron a tomar el avión hacia Marsella sin él. Pero la Costa Azul supuso pronto una decepción. El sur de la Francia que no habían invadido los nazis, vegetaba como un régimen satélite del Reich y se había constituido en una caricatura de estado, con su capital en Vichy, el intrépido bastión de las aguas termales y los balnearios. De modo que la Riviera francesa vivía en aparente paz, pero socavada por los racionamientos, los desfiles, la propaganda fascista y una resistencia inútil. Los chicos con sus ropas veraniegas y las chicas con sus faldas blancas y pamelas, se paseaban por bulevares desiertos, acudían a terrazas inhóspitas y visitaban casinos y playas medio vacíos, sin ocasión de cometer las mismas calaveradas y travesuras que sus abuelos, cincuenta años atrás. Todo andaba como destartalado; entre las señales de abandono y depredación de la guerra sorda que se mantenía contra los alemanes y sus secuaces. La escasez y los estragos mellaron la alegría del verano para nuestros amigos, que trataron de tomar el sol (al menos eso no cambiaba), nadar en el mediterráneo y hacer sus pinitos con el idioma francés, visitando castillos y probando la auténtica cocina gala, o lo que quedaba de ella en la carestía.

Transcurrió Julio sin demasiada gloria y Agosto prometía ser otro fastidio, cuando, una mañana que se aburrían a la puerta de un bar en Marsella, probando unas agrietadas tazas de achicoria que les cobraban como café auténtico, vieron pasar caminando, sin previo aviso, por pura casualidad, la figura misma de David Alaya, embutido en ropa bastante cara esta vez, pero con el rostro y ademanes, el cuerpo y alma de su amigo. Nadie se lo podía creer y menos aún el propio David, que se había acercado con semblante ensimismado, aunque le cambió de inmediato al reconocer a la pandilla.

Ni que decir tiene que las vacaciones ganaron esplendor y las fiestas y excursiones se reanudaron con inesperada alegría de todos. Nunca les explicó David qué demonios hacía allí, pero ¿a quién le importaba? La imprevista aparición les vino como anillo al dedo, porque con él ya podían dar alas al verano y los meses de agosto y septiembre volaron sin darse cuenta.

Pero a veces David se escabullía del grupo o no comparecía a sus citas, como si mantuviera una amante secreta, pensó Amanda, por algunos rastros de perfume o pintalabios o vete a saber qué pistas. Lo que sí podían notar era un retraimiento en él, silencios largos que interrumpían su deleite.

Hasta que llegó con una espléndida noticia. Había encontrado un velero

baratísimo que podía alquilar Henry con su abultada cartera, para viajar a Estambul. Turquía sí era un país neutral, libre de verdad, y exótico como ninguno. Les prometió surcar el mar y viajar a la conquista de la tierra de las mil y una noches. Lograrían su más intrépida hazaña, digna de comentarse a los nietos, en su debido momento, claro. Fue tal su entusiasmo y tantas dotes de persuasión empleó, que nadie pudo resistirse.

En vez de remar en un bote cargado de chicos y chicas, pasteles y cestas, para montar un picnic en cualquier orilla del río y aburrirse trabajosamente otra bochornosa tarde de verano, viajarían en un gran velero con las banderas desplegadas y disfrutarían de principescas visiones en lejanas latitudes y tierras famosas. Sus risas y gritos se desparramarían por cubierta, cantarían canciones marineras, cazarían sirenas —con castos propósitos, por supuesto— y pescarían a los peces en su elemento. Quien no hallara una ballena o un tiburón, sería pasado por la quilla. Bailarían a la luz de la luna, bajo la atenta supervisión de la cúpula estrellada, que nunca sería tan alcahueta como entonces, convertida en chismosa de besos y suspiros. Saludarían a barcos de todos los mares, visitarían las más suntuosas ciudades que la historia haya vestido con su aparato de ruinas y monumentos. Las pasajeras más presumidas atiborrarían sus camarotes con ropas extravagantes, baratijas y recuerdos. Y tropezarían con las costumbres y aduanas de los países más pintorescos. Se codearían con nobles y capitanes; tendrían ocasión de charlar tranquilamente con grandes sultanes y príncipes de fabulosos imperios.

Por supuesto, fue Henry el que cargó sobre sus fornidas espaldas el gasto de la empresa. Para algo había heredado de un tío suyo todo un abanico de mansiones en Nueva Inglaterra y un voluminoso paquete de acciones en industrias del acero, tan en boga con la guerra. Enarbolaron la bandera portuguesa del Saudade, tan deliciosamente neutral, y con una tripulación de cuatro marineros curtidos de Oporto, emprendieron a mediados de octubre su travesía, no sin antes rellenar todos los papeles exigidos por la ley francesa, tan molesta en asuntos burocráticos como la que más.

El viaje les llevó a Nápoles, y luego a Malta y, días después, a Atenas. Pero la guerra había mellado el posible garbo o donaire que pudieran ostentar estos países en sus días felices, y Nápoles fue un sopor de interrogatorios por el práctico del puerto, que veía en los americanos unos posibles espías aliados. Avistaron con inquietud aviones y buques de guerra, de los que sólo les protegía su minúscula bandera portuguesa. Malta supuraba ambiente marcial, con soldados británicos por todas partes, y Atenas apareció invadida

por los alemanes, colorados como gambas bajo el sol mediterráneo. Sólo la tripulación portuguesa del Saudade, neutral según los pasaportes, se atrevió a desembarcar en su puerto del Pireo para aprovisionar el barco.

Al fin, todos respiraron aliviados cuando llegaron a las ruinas de Troya, que ya disfrutaba de la paz de la tierra turca. A partir de ahí, tras el homenaje que brindaron una noche de bacanal por la gloria de Héctor y el único caballo traidor que ha existido, atravesaron el estrecho de los Dardanelos hasta desembocar en el mar de Mármara, que cumplía las veces de un lago enorme entre los continentes de Europa y Asia. Y al norte, un amanecer, se asomó a sus ojos Estambul. Vieron las gaviotas señalar el Bósforo, un estrecho encajonado entre montes que se alargaba sesenta kilómetros hasta desembocar en las soledades del Mar Negro.

Por fin, los días de juegos y placeres en Estambul les devolvieron su alegría, a la que unían la aureola de haber sobrevivido a un Mediterráneo en guerra. El regreso lo realizarían por avión, a Lisboa.

Se sintieron de nuevo ociosos. Además, Estambul había aprendido a colocar sus cúpulas y jardines, sus murallas y palacios con pericia profesional para embaucar a los viajeros. Se envolvieron en su lasciva belleza de despojo imperial, en la exuberancia de sus magnitudes. Se acostumbraron a sus calles mal empedradas, a sus bandadas de perros, a los abigarrados mercados y el traqueteo de los tranvías.

Curiosamente, David Alaya, que tanto había hecho por que no decayera el espíritu del grupo durante la el viaje, se relajó bastante en Estambul y se tomó la fiesta con más tranquilidad. Volvió a desaparecer un par de veces de la vista de los demás y, cuando llegó la hora de hacer las maletas y dirigirse al aeropuerto, David anunció a sus amigos que él se quedaba en Estambul.

Todos quedaron consternados y nadie creyó sus espesos argumentos, que sonaron a excusas, acerca del trabajo periodístico que podía realizar allí. David se despidió deseándoles lo mejor y prometiendo regresar lo antes posible a América. Las chicas lloraron al decir adiós, Henry juró volver a buscarlo si no tenía noticias suyas en un mes. Y durante mucho tiempo, ya en el avión y luego en casa, se preguntaron qué impulsó a David a quedarse y qué se le había perdido en Estambul.

3

Cena en palacio

Un mozalbete de oscuros pómulos y ojos que brillaban como tizones húmedos, corrió por las callejas y cuevas de Gálata hasta llegar al hotel Aladino. Su ropa raída le venía grande y también las alpargatas. A cada zancada que daba, amenazaban con salir despedidas, pero sabía sujetarlas con los dedos al levantar los pies. Detuvo la carrera justo a un palmo del portero del hotel, que lo observó con salomónica resignación, apenas matizada por una sonrisa de veterano que le permitía juntar las manos a la espalda. El muchacho saludó con una inclinación de cabeza honda como si buscara un agujero donde esconderla y no esperó a recuperar el resuello para sacar un sobre lacrado que portaba bajo la camisa.

El grueso portero acogió el mensaje, elevando las cejas con la sabiduría de un cadí diplomado, pero como el pillastre hiciera ademán de extender la mano para pedir propina, meneó el bigote con fingida cólera y no le hizo falta levantar el brazo. El pícaro se alejó a la velocidad del viento. El portero medio sonrió, mientras se acercaba la carta al pecho para distinguir el nombre del destinatario: Gustav Kosmider. Se rascó la calva con violencia oriental y entró en el vestíbulo para dejar al recepcionista la misiva.

El profesor Kosmider regresó de su paseo a eso de las cinco y le entregaron el sobre. Nada más distinguir la letra con su nombre, el malestar y la fatiga parecieron disolverse. Apenas atinó a dar las gracias, antes de subir a su habitación para leer la carta en privado. No pudo esperar ni a quitarse el abrigo para rasgar el sobre y devorar el papel doblado a la luz de la ventana que, siempre prosaica, continuaba deshojando las copas de los árboles y engrosando el verdín de los tejados.

Profesor Kosmider:

Me lo he pensado dos veces antes de invitarle a cenar esta noche. Pero después de levantar la mesa, tengo que hablar con usted. Espero que esta vez se comporte como se espera de alguien instruido que sobrelleva sus avatares. Debiera saber lo que le conviene.

Un beso, Elisa

Kosmider adoraba esa caligrafía redonda que la duquesa Beresina iba curvando sobre el papel con sereno porte, como si se hubiera sentado a escribir después de pasear por uno de sus jardines de aquellos palacios rusos que nunca pisaría. Ella le necesitaba, si no, no le habría llamado. Pero le había enviado un beso y había firmado con su nombre de pila. De más está decir que nunca usaba su título, que la comprometería si el papel caía en terceras manos. Pero siempre había firmado con la D de duquesa o la B de Beresina. Y esta vez, tal vez por un descuido, tal vez por cierta confianza ganada duramente como se asedia una plaza enemiga, había dejado caer su nombre tras el beso. ¿Significaba eso un acercamiento, inadvertido incluso para ella misma? El lenguaje administrativo que empleaba (sólo para subalternos) y la reprimenda, quedaban anulados por esa rúbrica en que ella se había acercado al papel y casi lo había tratado de igual a igual. ¿Tendría Kosmider (y bien sabía que entraba en el mundo de la fantasía) una posibilidad?

El profesor planchó el traje del domingo que colgaba del armario y sacó del cajón un periódico en el que doblaba con el mimo de un coleccionista su corbata de seda. La única camisa blanca que le quedaba mostraba el cuello muy estragado, pero se resignó. No podía pedir prestada otra a los huéspedes del hotel. Anteriores intercambios le habían arrastrado a algunos desencuentros con ellos y no se atrevía a sufrir otro menosprecio. Hay derrotas que ni el más curtido puede sufrir dos veces.

Subió a un taxi cuando el sol declinaba por la parte europea y los cielos en Asia empezaban a oscurecerse lo bastante para que las primeras estrellas germinaran en doliente silencio. La ciudad revelaba su verdadera edad, su cansancio milenario, su inerte abandono a las grietas y el polvo. La brisa abandonaba los edificios a su suerte y se mantenía colgando en las alturas, a la caza de pájaros. A esa hora la luz mostraba su condición primaria, carente de cualquier instrucción artística que le permitiera entibiar o atenuar la tristeza de los objetos.

Kosmider se encontraba nervioso y un palpito de felicidad halagaba su

paladar. Debía pedir perdón a la duquesa (aunque la culpa la hubiera tenido ella; no importaba). Cualquier derrota merecía la pena si lo ponía otra vez bajo el fuego de sus ojos azules, su sonrisa dulce como la ambrosía, esa naricilla que la duquesa sabía arrugar cuando conspiraba, su pelo blondo recogido en arrebatadoras oleadas que graciosamente adornarían su cuello, al que ningún rubí ni esmeralda podía embellecer más. Volver a admirar su forma de reír y mostrarse cortés, jovial, caprichosa, despótica si se quedaban solos, y cómo la tonalidad argentina de su voz lo rodearía como un perfume. Su imaginación colocaba cascabeles y almíbar sobre lo que sabía que debía ser mero protocolo. Pero tan pocas veces tenía ocasión de soñar como un loco el cauteloso, mezquino profesor. Se encorvó en su asiento apretando los puños, como si con ellos tratara de sujetar el destino, embridar los corceles negros del futuro.

La carretera empezó a bordear la orilla del Bósforo, entre acantilados y bosquecillos. Las luces del lado asiático titilaban a los lejos, igual que temblaban las bombillas y teas de los barcos que se deslizaban por el estrecho, sin lograr hacer mella en el impetuoso azul del atardecer. Si por una vez Kosmider no fuera el simple instrumento, el ejecutor de las intrigas de Beresina. Nadie se enamora de un martillo, de un puñal, de una lupa. La ciudad fue quedando a la espalda, ruidosa y febril como una fábrica. Tras un buen trecho, el taxi se desvió por un camino de tierra que desembocaba en una enorme cancela de hierro forjado cuyos centinelas eran dos columnas coronadas por pequeños leones de piedra, cuya fiereza había amansado la intemperie de doscientos años. Allí comenzaba la finca de la duquesa y el coche avanzó por el sendero de grava, abrumado por sombras de pinos hasta llegar cerca del mar, donde se alzaba con el rencor de la vetustez una mole oscura. Había sido un palacio de cortesanos y hoy servía como refugio en el exilio a la duquesa Beresina.

Varias ventanas encendidas anunciaban la fiesta. Distinguió el Rolls-Royce del embajador inglés junto a una fuente donde los monigotes de piedra soportaban su penitencia de agua con muecas falsas y desangrándose a chorros. Se disgustó; si había ingleses en la cena, tal vez vinieran también los rusos, esos aliados de última hora. Kosmider odiaba los modales cuarteleros de los mandos soviéticos, campesinos sacados de las granjas para gobernar a patadas a sus iguales y que usaban modos de establo. Pero la duquesa era una superviviente y presumía de llevarse bien con todos y de nadar en cualquier corriente, por cenagosa que fuera.

—Hay que tener amigos hasta en el infierno —decía ella. A Kosmider le estremeció la idea de ser uno de esos instrumentos diabólicos.

La escalinata de balaustradas, las columnas griegas, las lámparas de cristal de Bohemia, los taquillones hinchados como si los engordara el lujo, los frescos del techo y la desmesura de candelabros y relojes, todo se volvió plomizo como una pesadilla. ¿Por qué debía conformarse con migajas, y sólo podía aspirar a ser un confidente, ni siquiera un amigo?

El mayordomo, ataviado con librea, le condujo al salón de música, que abría su terraza encantadoramente al Bósforo. A través de las puertas abiertas, las cortinas transparentaban el crepúsculo y dejaban pasar el rumor del mar y las barcazas. La duquesa tocaba el piano para cuatro personas. Sólo estaba de pie el embajador británico, sir Hugo, un alto anciano de espesas cejas blancas que contemplaba embelesado las evoluciones de Elisa en el teclado. Conservaba aún cierta apostura que el esmoquin protegía como una funda.

Por suerte, no había rusos. Vio al general Ozabán, el jefe de la inteligencia turca, el Sultán de los pasaportes, como le decían los extranjeros que vivían bajo su poderosa sombra. El profesor Kosmider sabía por experiencia que ese hombretón corpulento tenía la última palabra en visados y salvoconductos. Por eso se apresuró a enviarle una sonrisa aduladora, que el general ignoró con una proverbial indiferencia, limítrofe con el desprecio. Lucía uniforme y, arrellanado en su sillón, tamborileaba en la rodilla las notas de la melodía. Quedaba en un sofá una pareja que Kosmider no conocía. Al hombre, el traje lo envaraba como a un niño al que han vestido a la fuerza. Se consolaba con una copa de brandy. La mujer sentada a su lado, permanecía en una serena pose de melancolía y su piel clara contrastaba con su corto pelo negro y la gasa azul del vestido de noche. En cierto modo, su tristeza le hacía parecer mayor que su marido, tal vez por los ojos pesarosos. Kosmider dedujo que estaban casados, porque parecían aburridos el uno del otro.

Kosmider se sentó discretamente y aplaudió al terminar la música. La duquesa Beresina se levantó sonriente y saludó con una mínima reverencia. Todos se le acercaron y así pudo presentar al profesor a sus demás invitados.

—Profesor Kosmider, el general Ozabán —hizo una pausa—... Nuestro jefe de inteligencia turca.

Esta pausa detenía el natural ímpetu con que otros proclamarían los cargos. Atenuaba así la violencia de las jerarquías y las convertía casi en una anécdota, un nuevo tema de conversación. A Kosmider le encantaba la

galanura con que la duquesa evitaba los excesos operísticos de los potentados y los situaba en una plácida orilla para el diálogo y la confidencia. Era su manera sutil de derivar los asuntos hacia un coloquio frugal. Para sus admiradores, era otro de sus encantos, otro reclamo para desear ser invitado a su palacio.

El general Ozabán reconoció a Kosmider de otros encuentros, dentro y fuera del palacio. Y no le hizo feliz verle (la hostilidad era mutua, a pesar de que Kosmider trataba de caerle bien). Sir Hugo, en cambio, apenas lo recordaba, aunque sí admiraba su fama como escritor de novelas policiales. El matrimonio resultó inglés, los Philby. El marido era un agregado diplomático de espesos cometidos, que tenía el mismo interés por hablar que una ostra. Su esposa, en cambio, charló con Kosmider y, al saber su profesión, quiso saber qué tipo de novelas escribía. Kosmider empezó a contar que trataba asuntos contemporáneos, de actualidad, y como la señora Philby notó su acento germánico, le preguntó si era alemán.

—No... Soy austríaco —declaró Kosmider—. Un austríaco libre. De los que denuncia a la partida de asesinos que ha invadido mi país.

—Es tan libre que huyó como un conejo en cuanto vio las banderas nazis —dijo el general Ozabán, con un desdén que le hirió en lo más vivo.

—Poco podía hacer yo solo contra los ejércitos del Reich. Soy un exiliado político que ha buscado la paz en esta tierra amistosa —matizó Kosmider, tragándose la dignidad ante el poderoso.

Sir Hugo, diplomático, cambió de tema.

—El juego era adivinar la pieza que ha interpretado tan magistralmente la duquesa. Querida, estoy dispuesto a apostar una cena a que lo sé.

—Oh, sir Hugo, conoce mi repertorio demasiado bien para que pueda sorprenderle. Tal vez mis otros invitados quieran participar en la adivinanza.

—Perdería el tiempo conmigo —declaró el militar turco—. Soy negado para la música —lo expresó como si se quitara un peso de encima y esas bagatelas mermaran una hombría castrense.

El señor Philby se limitó a mirar su copa, mudo, y fue su esposa la que habló, como si lo encubriera.

—Permítame, duquesa, que me aventure a creer que ha tocado un nocturno de Chopin.

—Excelente —respondió Beresina, tomándole las manos para felicitarla con alegre desenvoltura.

Esos instantes los aprovechaba Kosmider para admirar su hermosa

figura bajo el vestido púrpura que acentuaba la claridad de su piel. Su pelo trigoño, recogido, dejaba al aire un cuello hermoso y unos hombros desnudos que saboreó con una ansiedad sin placer. Ni siquiera el collar, en que reinaba un zafiro a juego con el color de sus ojos, lograba embellecerla más.

—Me alegra saber que mi falta de práctica no ha vuelto irreconocible al compositor.

—Oh, no sea modesta, querida. Ha estado magnífica, como siempre —dijo cordialmente el embajador inglés.

—Y más bella que nunca —añadió el general Ozabán, cuya mirada evaluaba con voluptuosidad a Beresina y le tomó la mano para chocársela en un gesto de aprobación totalmente fuera de lugar.

El profesor Kosmider odiaba los bastos acercamientos y tentativas del Sultán y, celoso, no pudo reprimir un comentario.

—El general es famoso por su buen gusto en ese campo.

La alusión a sus licenciosas costumbres y su rijoso carácter hizo que frunciera el ceño con disgusto.

—¿Cuándo caduca su visado, Kosmider?

Ni siquiera le daba el título de profesor. La pelea entre dos machos en celo, aun desigual porque Kosmider era bajito y el Sultán enorme, podía desembocar en tragedia.

Pero Kosmider estaba tan enfadado como él, y se mostró retador.

—Falta menos de un mes. Es verdad que mi estancia en Estambul se está alargando más de lo previsto, pero la guerra no parece acabar nunca, así que prefiero quedarme a disfrutar de los placeres de esta gran ciudad.

Dijo esto como si nada tuviera que ver la renovación de su visado con el general Ozabán y este ninguneo le irritó.

—Estambul se está convirtiendo en un campamento de refugiados —declaró con hastío el general, cuyo bigote negro como ala de cuervo se azulaba al reflejo de las lámparas.

Había empleado un tono mitad amenaza, mitad desprecio. Kosmider tragó saliva. Se dio cuenta de que se había excedido al provocar a un hombre acostumbrado a la adulación y no a las chanzas de un insignificante recadero como él, delante además de su idolatrada duquesa. El embajador sir Hugo, siempre al quite, derivó la conversación hacia aguas menos profundas.

—Ha de saber, duquesa, que, en Londres, la señora Philby frecuentaba mucho las salas de conciertos. Es una gran aficionada a la música, algo que

ambas tienen en común.

—Quizás hayamos coincidido y me haya visto allí. Hace nueve años, di algunos conciertos en Londres. Aunque entonces no ostentaba ningún título, claro.

—¿Ha sido concertista de piano, duquesa? —preguntó la señora Philby.

—Por favor, llámeme Elisa.

—Le ruego entonces que me llame Nadine —dijo la señora Philby.

—Mi historia no es nada interesante, me temo. Nací en España y me ganaba la vida dando conciertos desde muy joven. Tenía habilidad, o una cualidad innata, como prefiera llamarlo. Aunque creo más bien que di con excelentes profesores en París, donde crecí. Pero era bonita y joven y la gente pagaba por verme ejecutar piezas al piano. Así fue como entré en el mundo de los conciertos, hasta que conocí a mi marido, el duque de Beresina, un noble ruso que sobrevivió a la revolución. Luego vino la guerra y abandoné París. Como ve, general Ozabán, mi experiencia en el exilio viene de muy atrás.

Como el general acababa de quejarse de los refugiados, se sintió abochornado de sus propias palabras.

—Por favor, princesa, en ningún momento me referí a su excelencia cuando... —el militar sudaba y casi acusó con el dedo al instigador Kosmider. Se retractaba dolido y farfulló un confuso mejunje de excusas—. Sólo bromeaba... Estamos entre amigos... Le ruego disculpe mi rudeza...

—Al llamarme princesa, lo arregla perfectamente —sonrió Elisa, seductora como un ramo de rosas recién abiertas.

—Bueno, es el tratamiento que se dan los nobles rusos —dijo más satisfecho el general—. Y ya sabe que en toda Estambul se la llama así; la princesa Beresina. Vive en este palacio, da magníficas fiestas...

—Sí, resulta un lugar misterioso ¿verdad? —intercedió el embajador británico—. Y romántico, que le viene bien a su vida un poco azarosa...

—Y a su belleza —se le adelantó Ozabán.

—Por favor, basta de halagos —reía la gran seductora, que aún conservaba juventud y, lo mejor de todo, sabía comportarse como una princesa si el caso lo requería—. Dejen que el señor Philby pueda incorporarse a la discusión y dé un punto de vista objetivo. ¿Le parece bien el tratamiento de princesa o prefiere mantener el título de duquesa, usando la vieja fidelidad inglesa por la exactitud?

El señor Philby tartamudeó:

—Esto... No... Bueno, quiero decir... No es fácil, princesa.

Se puso rojo como un langostino y buscó el amparo de la copa. Su esposa dejó escapar un gesto de decepción, pero Beresina supo recoger el guante con facilidad.

—Bien, se ha decantado por la princesa. Ha ganado la galantería sobre la austeridad británica.

—Otra victoria para usted, querida —sonrió sir Hugo, aliviado de que ella arreglase la torpeza de su subordinado.

—Eso es —rió Elisa—. Beresina, uno. Inglaterra, cero.

Todos rieron, y ese momento de difusa alegría, la duquesa lanzó una sutil mirada al mayordomo que nadie advirtió, como un guiño. Este anunció que la cena estaba lista y ya podían pasar al comedor. Beresina se sentó, presidiendo la mesa, y a su derecha se colocó, de acuerdo al protocolo, el embajador. Los criados comenzaron a servir el primer plato, sopa de puerros.

—Bueno, Kosmider, ¿qué escribe ahora? —dijo entonces, la duquesa.

Solía invitarle a las cenas de etiqueta para que aportase su encanto vienés trasnochado y hablara de cualquier tema baladí que cubriera con un tupido velo las mezquinas intenciones de todos. Kosmider actuó en consecuencia.

—Estoy tomando apuntes para una novela de crímenes —anunció, sin demasiado entusiasmo.

—Supongo que del natural —soltó su dardo el general turco, siempre en ristre contra él.

—Qué interesante —dijo la señora Philby—. Me fascinan las novelas de detectives. ¿Es muy complicado meterse en la piel de un asesino?

—Bueno... No demasiado. Me temo que todos nos hallamos más cerca de esos procesos de la mente de lo que quisiéramos. En fin, la naturaleza humana es muy mejorable.

—Y tanto —terció el general Ozabán, sin ocultar su desdén.

—Recuerdo haber leído con gran interés su novela “El ladrón de sí mismo” —dijo la señora Philby. Recibir un elogio literario en el salón de la duquesa sorprendió a Kosmider, que sonrió satisfecho. Casi se sintió humano entre aquellas paredes donde Beresina le sometía a sus caprichos—. Me entusiasmó, pero me intrigó que la situara en Londres. ¿Por qué?

—Es una buena ciudad para el crimen —contestó, complacido.

—¿Y dónde va a situar su nueva historia? —le preguntó la señora Philby.

—En Estambul.

—Suenan apasionante. He oído decir que esta ciudad está llena de espías.

Todos los comensales se incomodaron con la alusión. Sobre todo el general encargado de la inteligencia turca.

—No debe creer todo lo que oiga —prohibió Ozabán—. Este es un país seguro y mis hombres no descansan para que lo continúe siendo.

—A veces, las ficciones se perpetúan sin motivo —dijo, conciliador, el embajador británico—. Desde que se inauguró aquel tren famoso, el Oriente Express, no hemos hecho más que dar vueltas a la misma leyenda de la ciudad oriental llena de peligros y misterios.

—Estambul pertenece a Occidente también —proclamó el turco, con determinación.

El marido de la señora Philby se llenó la copa de brandy otra vez y se la acercó a la cara como la mejor máscara defensiva. A Beresina le contrariaba el derrotero de la conversación.

—Por favor, profesor —Le suplicó con el más acariciador gesto de persuasión que el disgusto le permitía representar—. No nos inquiete con su rocambolesca imaginación.

—¿Imaginación dice? —sonreía Kosmider, dispuesto a no ceder ni un palmo del terreno ganado. Tal vez había abusado de los cócteles y mañana se arrepentiría, pero deseaba apurar el momento. Se dirigió a la mujer inglesa, que observaba aquellos rifirrafes con la actitud deportiva del espectador de un partido de tenis—. Señora Philby, piense un momento lo que significa Estambul en Europa ahora mismo. Los alemanes son dueños de los Balcanes y buscan un camino que les lleve al petróleo de Persia. Los americanos y los ingleses tratan de ayudar a la resistencia de los países balcánicos ocupados. Los rusos quieren debilitar la retaguardia alemana para frenar la invasión que están sufriendo. Aquí se han instalado gobiernos exiliados y espías que tratan de eliminarlos. Y todos necesitan involucrar a Turquía en la guerra a su favor. Es un campo de cultivo infernal para que crezca la traición.

—Suenan aterrador —dijo la señora Philby, sinceramente.

—Patrañas, cuentos para niños. Meras fantasías de un embaucador profesional —declaró tajante Ozabán.

—Bueno, si sólo es fantasía, ¿a quién puede hacer daño? —se sonrió Kosmider de su superioridad intelectual sobre el militar, que respiraba con fruición.

Beresina explicó a los señores Philby, que llevaban poco tiempo en el

país, en qué consistía el segundo plato que sirvieron, una receta típica de la tierra: pollo condimentado con albaricoques y almendras. Gracias de nuevo a su delicada intervención, la cena recuperó su galante ligereza, hasta que el mayordomo entró en la sala para comunicarle algo al oído. Apenas tuvo tiempo de reaccionar, presa del estupor, cuando todos vieron en la puerta del vestíbulo a un hombre barbilampiño, de aspecto desastrado, al que el profesor Kosmider conocía del mercado negro que solía frecuentar. Un tipejo al que no le prestaría ni una cuchara, conocido por Ríscar. Aquel intruso jamás había puesto los pies en el palacio Beresina, eso se adivinaba por su cara de arrobo ante la magnificencia que contemplaba a su alrededor. Pero lo extraño fue que el mayordomo lo hubiera dejado pasar y que la propia duquesa perdiera su sangre fría al oír lo que le susurró el criado. Su compostura se derritió de pronto, sonrojándose al punto. O era temor lo que relampagueó en sus ojos. Kosmider nunca hubiera esperado semejante cambio.

Las fronteras de lo imposible

David albergaba bajo su alegre osadía, un corazón impetuoso. Desgracias que la mayoría digiere a lo largo de los años, él las había sufrido demasiado pronto: la muerte de sus padres, la guerra, el exilio a América... Otros se hubieran vuelto rencorosos con un mundo que les maltrataba tan injustamente, pero algo en el interior de David, tal vez su propio optimismo, la juventud o la irresistible cordialidad que despliega la vida, le confortaban con su esperanza. Es cierto que había llegado a sentirse un corcho a la deriva, una cometa a merced de los vientos. La felicidad parecía desfilarse veloz ante él como las ventanillas de un tren en la noche, fugaces destellos que le iluminaban la cara y dejaban entrever escenas que no tenía tiempo de asimilar, para luego dejarlo abandonado en la oscuridad del páramo. Pero sabía adaptarse a lo nuevo, amaba el deporte, la amistad, las fiestas... Aunque también es cierto que tenía un carácter impulsivo.

Aquel viaje a Europa, que había empezado como unas imprudentes vacaciones a Francia y que luego extendió a Estambul, le abrió los ojos sobre las penurias y miserias que el mundo padecía. Las privaciones y desfiles en la costa azul, el pánico de las ciudades mediterráneas y los refugiados que veía apretujarse en las pensiones turcas, le hicieron revivir su herida de España. Pero esta vez no era un estudiante novato, sino un hombre de veintitrés años. Por eso rechazó como cobarde la idea de volver a la seguridad de América, cuando el mundo se desangraba. Corría el riesgo de pervertirse, de convertirse en un gacetillero barato, un mero redactor de notas de sociedad. El azar le había colocado en el sitio adecuado para remediar esa deriva. Quería presenciar el drama que atosigaba a la humanidad, arrebatarse la verdad a golpe de puños, desnudarla, olerla. En definitiva, quería imitar a su ídolo, Ernest Hemingway, servir en el frente, aunque fuera de camillero, ver con sus

propios ojos y tocar con sus manos la podredumbre. Si no aprovechaba la ocasión, nunca sería digno de la literatura auténtica, la que le conmovía y a la que deseaba servir con todo su corazón, desde que leyera por primera vez “Adiós a las armas”. Esta visión heroica de su porvenir, de sí mismo, le llenó la cabeza de ideales y le proporcionó un panorama nuevo.

Había cambiado el viento. Arrastraba los efluvios salados del Mar Negro como una maldición perseguidora, y presentía la llegada de tormentas. Las aguas del estrecho se enfriaban y los pescadores se resignaron a retirar las cañas y sedales de sus orillas. Cuando salió de la tienda de empeños, vestido como un obrero local, David Alaya vio remar por el horizonte la oscuridad de los nimbos, iluminados por relámpagos. Antes de que la lluvia mojara las callejuelas y cuestas, el viento a golpeaba los batientes y desordenaba las hojas que los barrenderos amontonaban. La cortesía del cielo azul había dado el paso a desprezativas nubes y bajo su pobre luz la gris Estambul aparentaba la vejez de un fósil. Si era martes, lo merecía.

David caminaba por el barrio Gálata, el que más frecuentaban los extranjeros, aunque costaba reconocerle bajo una vieja chaqueta con coderas y una gorra. Sin ocuparse de los toldos y ramas que tremolaban a su alrededor, de vez en cuando miraba atrás, sin prestar atención al temblor de las vetustas casas de madera típicas de Estambul, que se inclinaban peligrosamente sobre él, tal vez decidiendo si debían aplastarlo.

David, en la víspera, se había despedido de sus amigos americanos, abandonó el hotel Imperial y se deshizo de su equipaje, con maleta y todo, que vendió en aquella tienda de empeños de la que acababa de salir ahora con su nueva indumentaria, dispuesto a confundirse con los demás transeúntes. Lástima no tener bigote y, sobre todo, no hablar el idioma local. Iba a tener que entenderse con los nativos en el inglés fluctuante que éstos conocieran. Aun así, no titubeó.

Entró en un pequeño bar cercano al puente de Gálata, que solían frecuentar turistas y estudiantes, aunque a esa hora estaba tranquilo. Halló a una mujer que estaba sentada junto a la ventana, ante una taza de té. Sólo había en la barra un par de estudiantes discutiendo trivialmente, tal vez de deportes, y un camarero que silbaba mientras barría. David tomó asiento ante la mujer y se descubrió la cabeza. Ella se apresuró a tomarle la mano.

—David, creí que no vendrías —la tristeza la embelleció de esperanza por un instante—. Empezaba a temer que no volvería a verte.

—Ha sido una locura citarme aquí, Nadine.

—Ya lo sé. Es peligroso encontrarnos en un local público. Si fuera lista, evitaría tu compañía en la calle para que no nos reconocieran. Pero tenía que volver a verte, aunque fuera una vez más, sólo una vez. Para no pensar que todo ha sido un sueño y se ha acabado.

Apenas habían dormido. A ambos les delataban las ojeras. Nadine le preguntó si necesitaba dinero, pero él negó con la cabeza, tajante y a la vez inseguro. Estaban serios y el exterior de la ventana no ofrecía consuelo: pronto descargaría la lluvia y el mundo quedaba en suspenso, como a la espera. Los árboles lagrimeaban hojas secas. Bajo el cielo encapotado, las calles sin sombra se vestían de falsa calma. No podían sentirse más solos en aquella hora. Unos pájaros demorados en una rama poblaban la ventana de recuerdos con su trino.

—No sé por qué he venido —se dijo el muchacho—. Esto es una equivocación. Tengo que irme, de verdad.

—David, entiéndeme. No podía despedirme de ti en la oscuridad de la noche, como los ladrones. Si nos hubiéramos despedido así, no habría sido justo para nosotros... Sí, claro, ya lo sabíamos desde el principio. Lo nuestro no podía durar siempre. Ni siquiera queríamos que pasara.

—Bueno, no somos dogmáticos, por eso luego cambiamos de opinión —casi sonrió él. Luego se detuvo, recordando a Kim Philby—. Tienes un marido, Nadine.

—Sí... —suspiró y sus ojos claros se fundieron en la luz del vidrio. Pareció entonces más joven. Sus labios carnosos se contrajeron como si quisiera susurrar y lo que dijo, pareció contárselo a sí misma—. A veces me da miedo.

—¿Por qué? ¿Sospecha algo?

—No, no es eso. Pero siempre se comporta tan silenciosamente... Es tan flemático, tan hermético... Vaya, y esto te lo dice una inglesa. Kim actúa siempre como si todo le diera igual. En estos meses que nos hemos visto, nunca me ha preguntado a dónde iba ni a qué hora había regresado.

—No parece el hombre más curioso del mundo, de acuerdo —sonrió David, y su gesto despreocupado resucitó por un momento la sonrisa de ella—. Lo absorberá el trabajo.

—Eso es lo peor. Parece que tampoco se toma las ocupaciones de su cargo en serio. Nunca habla de la oficina ni de los compañeros, como haría cualquier marido. Ni menos aún de los asuntos que lo han traído aquí, al consulado británico de esta ciudad tan triste ahora... Amor mío, Kim Philby

es una incógnita incluso para mí. Cada día lo conozco menos. Creo que cuando nos casamos, hace dos años, le conocía mejor que ahora.

El muchacho le acarició la mano y le pidió que se animara. Que no se dejara vencer por la melancolía, que él siempre la combatía con música o libros, con viajes, con lo que se terciara. Casi se animó a tararear la canción que silbaba el camarero sólo para verla más contenta. Ella se limitó a apretar sus dedos en su mano tibia.

—En cambio, tú eres tan transparente, David... Sé lo que piensas con sólo mirarte.

—Nadine, en serio, tengo que irme. Ya sabes que lo tengo decidido.

—No me acostumbro a la idea de no tenerte junto a mí como antes.

—Ya hemos hablado de eso... Para mí tampoco es una verbena, te lo aseguro. Pero hacemos mal en ponérselo más difícil.

—Sí, lo sé... Pero ¿De verdad merece la pena luchar por unos ideales, separarte de todo lo que conoces sólo para perseguir una quimera?

—Las quimeras son tan apetecibles —sonrió él, con pena.

—Eres tan joven... Ay, no lo serías si no persiguieras quimeras. Y tengo tanto miedo de lo que pueda pasarte...

Una especie de neblina comenzó a dulcificar la contundencia de los edificios y prestó su aire onírico a la pareja. De repente, ella tomó conciencia de que se despedían y le apretó la mano sobre el mantel. Le miró como si quisiera fijar su imagen para siempre en su memoria. El usó el timbre de voz más cálido que poseía.

—Te echaré de menos, Nadine. Mucho.

—Amor, ¿qué puedo hacer para...? —contuvo las palabras entre los labios y sus ojos se empañaron. Ladeó la cabeza, eludiendo que la viera.

—Me prometiste que no haríamos una escena. ¿Recuerdas? Nada que nos entristeciera la despedida. Tenemos que llevarnos un recuerdo bonito... ¿Sabes una cosa? Yo... —se metió la mano en la chaqueta y sacó un pequeño sobre cerrado—. Esta noche no he podido dormir. Llámalo miedo, llámalo vecinos ruidosos, o quizás musarañas. Pero me levanté y, como no era capaz de quedarme quieto, me entretuve escribiéndote una carta donde te explico las razones de este viaje... Bueno, aquí la tienes. Ahora tengo que marcharme.

Ella retuvo el sobre en su mano y miró a David casi con odio por irse. Y al mismo tiempo, apuró las facciones amadas, su pelo y sus ojos castaños. La figura esbelta con la que había sido feliz esos meses se le escapaba de su

vida, la contemplaba por última vez. David se levantó y se caló la gorra. Salió titubeando, pero ya en la calle marchó a buen paso y se alejó por la acera. Nadine apretó la carta sobre su pecho y vio cómo se perdía tras una esquina. Un infierno debía ser su pasado si exigía de él aquel sacrificio. Alguien brillante y joven al que se le abrían tantas oportunidades y que renunciaba a un porvenir prometedor con amigos y relaciones para meterse como un suicida en la boca del lobo, en el laberinto de la guerra.

Pero los ideales le marcaban el paso y, a ciertos niveles de su conciencia, David se sentía el centro del universo, porque su pecho contenía el calor de una antorcha, bombeaba firme en busca de la vida plena, de la libertad. Iba a enfrentarse a los peligros por la sola fuerza de su fe en la humanidad y casi le dolía la indiferencia general de los estambulíes, de la gente que se cruzaba con él sin sentir la llamada del ideal.

Se orientó hasta una plazuela de arcos y viejas casas, donde abrían sus bocas algunas panaderías y tiendas de hojalateros, no lejos de la torre Gálata, la almena medieval desde la que los genoveses habían vigilado durante siglos el palacio de Topkapi, que alzaba sus torrecillas al otro lado de ese brazo de mar que llaman el Cuerno de Oro.

Debía reunirse en la plazuela con su contacto, Ríscar. Para hacer tiempo, hizo cola junto a dos hombres que esperaban que su turno con el limpiabotas, un tipo larguirucho, de pelo cano y bigote espeso como si un mirlo se hubiera dormido bajo su nariz. En el poyete había un periódico que David abrió, aunque no entendía nada, y se limitó a mirar las fotos.

El limpiabotas usaba una caja curiosa, del tamaño de una sillita, con resortes para colocar los pies y cajoncitos de donde sacaba cremas, cepillos, y trapos. Parecía un artilugio mágico. El hombre hablaba en voz alta y David supuso que lo hacía con los otros parroquianos, de modo que no contestó. Le tocó el turno de limpiarse las botas, y procuró no hablar, pero era inevitable que el hombre le dirigiera preguntas, o quizás comentarios, que no supo responder. “Empezamos mal”, se dijo, “¿Cómo se me ocurre vestirme de turco si no hablo ni torta de su idioma?” Siguió callado, pero dio un generoso pago al servicio, mejor que los otros clientes. Quiso alejarse, empleando el adiós turco, gule gule. Sin embargo, el alarmado limpiabotas alzó más la voz para delatar al extranjero disfrazado, y David temió que lo acusara de impostor o de espía. Pronto los rodeó un corrillo de curiosos, atraídos por el escándalo. David no sabía qué hacer, pero al fin apareció Ríscar y calmó a los alborotadores.

Ríscar se declaraba servio. Su pelo pajizo y una cazadora de cuero tan gastada que no tenía color lo delataban como extranjero, pero se le conocía por la zona y pudo apaciguar los ánimos con unas palabras que David tampoco entendió y algunas liras más que acallaron la sed de justicia del limpiabotas, que de todos modos quedó triunfador en el campo.

—Gracias, Ríscar, ha llegado a tiempo —suspiró el muchacho.

—¿Llegar a tiempo? Si tardo un minuto más, le linchan, jefe. ¡Maldita sea la sultana! Cuando vea turcos, quítese de en medio, porque vestido así sólo engaña a los turistas.

Conforme el hombre hablaba a su manera breve y se adentraban en el tedio suburbano, sintió David una especie de revelación bajo la tormenta que comenzaba a descargar. Pensó de pronto que aquel mundo desastrado por el que deambulaban como almas en pena tenía su propia armonía, su equilibrio; que cada cosa estaba en su lugar de un modo inevitable y que él, un intruso, no venía sino a descoyuntar la paz a la que todo tendía. Se veía a sí mismo como una piedra lanzada a la corriente que interrumpiría el eterno fluir, que sólo añadiría otro obstáculo a superar por el caudal en su búsqueda de la continuidad. De modo que se calló y dejó que su guía le diera consejos en un inglés con tropezones.

—El camión que transporta harina, y podrá esconderse entre los sacos, jefe... Va a ser fácil... Siempre que se quede dentro del camión y no salga para nada... Okey, ahora nos toca esperar el camión.

El sitio más tranquilo que conocía Ríscar para pasar desapercibido era un burdel, el Harén Azul. Subieron al ático, una buhardilla con el techo de palos y tejas sin apenas goteras. Se asomaba a una azotea minúscula donde había un tendedero lleno de prendas femeninas. La lluvia las sacudía y la brisa hacía ondear sus colores, como banderines de lascivia internacional. La vulgaridad, las persianas rotas, el olor a humedad y tabaco rancio, aseguraban la depresión y la huida de cualquier corazón sano. David, inquieto, daba vueltas por la habitación, mientras el eslavo se tendía en la cama como si fuera un diván de un fumadero de opio.

—Tal vez debería atravesar la frontera de Bulgaria legalmente. Para eso llevo el pasaporte —pensó el muchacho, en voz alta.

—Ni lo piense siquiera, jefe. Si la policía búlgara ve por allí a un extranjero, no le dejará en paz ni un segundo. Le seguirán como su sombra. Jamás podría quitárselos de encima. ¡Maldita sea la sultana! Acabaría deportado o en la cárcel. Pero los partisanos de los montes pueden llevarle a

donde quiera. Los conozco, son valientes y luchan contra los fascistas como el que más.

—¿Cuándo vendrá el camionero? —preguntó David, harto de oír promesas. Llevaba días conspirando con Ríscar y su indiferencia general le exasperaba.

—Pronto, jefe, tenga paciencia.

Llamaron a la puerta, pero contra las esperanzas y temores de David, no eran el camionero ni la policía turca, sino una chica ceñida a una falda de tela basta y una blusa estampada. El pelo recogido en una cola y la cara sin maquillar delataban su juventud y sus ojeras. Ríscar la evaluó mientras les ofrecía una taza de té. La muchacha frunció el ceño al reconocerlo, pero cumplió su tarea, dejando la bandeja sobre la mesilla de noche. Sin afeites ni perfume, su propia juventud la envolvía como un regalo. Y los ojillos de Ríscar se avivaron cuando sugirió a David que por un insignificante coste adicional podía pasar la espera de una manera más gratificante. David vio bailar la codicia en sus pupilas como bailarinas de los siete velos. Rehusó la invitación; pero, sin hacerle caso, Ríscar preguntó a la chica su nombre.

—Adilé —respondió ella, clavando sus ojos negros en el español.

Vista la docilidad de la joven, que observaba al visitante, envarada como si la hubieran mandado para reconfortarlo, Ríscar le hizo varias preguntas sobre su vida y tradujo las respuestas con sorna al incómodo muchacho. Adilé llevaba tres meses en Estambul, pero que había nacido al otro lado del estrecho, en un pueblo de Anatolia, cuyo nombre a nadie importaba. Deseaba ganarse la vida trabajando y soñaba con viajar a América, la patria de David, según había contado Ríscar a todas abajo. La chica quería aprender inglés, y le daba lecciones un profesor de Viena, aunque la mención de ese tal Kosmider no la hizo feliz. Adilé era hermosa, expresiva, sus gestos poseían una vivacidad inconcebible en aquel cementerio de la esperanza.

—Llévame contigo —le dijo a David, en inglés.

—Yo no voy a América, sino a Bulgaria. Ríscar lo ha preparado todo.

Cuando ella entendió que el extranjero se había puesto en manos de Ríscar, se escandalizó y se volvió contra el rubio, increpándolo. Armaron una buena trifulca que David no lograba entender, y como llegaron a las manos, tuvo que separarlos, porque Adilé peleaba con uñas y dientes, agitando las manos como garras, hasta el punto de dejar varias magulladuras y arañazos en su oponente, que se vio muy apurado. David necesitó emplearse para detenerla y ella insistía en advertirle, poniendo caras como de pesar o susto,

cada vez que señalaba a Ríscar. El eslavo rugía de furia y la expulsó a empelladas de la habitación, acusándola de ser una maniática y una loca.

Pasados unos minutos, Ríscar seguía rezongando nervioso, así que prefirió salir a tomar algo y despejarse. De paso, trataría de averiguar cómo marchaba el plan. Le pidió a David que no abriera la puerta a nadie más que a él y se marchó. Así anocheció, entre voces de muecín y ruidos de coches, mientras la bombilla peregrinaba en su amarilla soledad sobre los oscuros cachivaches del ático. La lluvia había cesado; una áurea luna logró asomar entre las nubes su rostro huraño. Adilé llamó a la puerta y David le abrió. Traía una bandeja con un plato de arroz hervido y pan. Se había soltado el pelo: ahora un mechón le cubría la mejilla izquierda. Aunque venía cabizbaja, David vio la piel de su pómulo amoratada por un golpe. Por eso no trabajaría esa noche. Tenían que entenderse casi con signos. David la invitó a compartir su plato, pero ella prefirió amenizarle la cena —y lo necesitaba— cantando a media voz algunas tonadas, posiblemente nanas o romanzas de su tierra natal. Era la persona más triste que David había visto en mucho tiempo. La ilusión le había abandonado y sólo quedaba en ella la devastación de sus recuerdos o la nostalgia de lo que pudo haber sido su vida. David terminó su ración y dejó que ella continuara musitando melodías de tiempos mejores.

La habitación pareció adcentarse con aquellas canciones, como si la poblara de esterillas y enseres caseros, o asomara a paisajes campestres. Pero cuando más imbuido estaba el joven en las baladas, ella se calló y comenzó a preguntarle por América. Quería saber cómo era todo allí, la devoraba el ansia de alcanzar aquel paraíso en la tierra. En su boca, América sonaba a Edén, a fuga, a una libertad que no conocía, pero que deseaba con todas sus fuerzas. David comenzó a describir sus recuerdos y, como Adilé apenas entendía sus palabras, trajo un cuaderno escolar de tapas verdes con un niño pintado en la tapa que caminaba decidido hacia un colegio de papel dispuesto a aprender todo lo necesario al bien de la patria. Allí pidió la chica que dibujara la vida y sus impresiones de América. Y le preguntó por todo, las casas, la comida, el dinero, las diversiones, el trabajo, la gente. Cosas sencillas como comprar un periódico o votar las mujeres, trabajar en unos grandes almacenes, comprar ropa de moda, le parecían conmovedoras experiencias. David procuró envolver con frases sencillas el sueño de Adilé y no faltaron algunos dibujos o esbozos de edificios y coches, incluso de prendas de vestir que, en su sencillez, arrancaron muchas risas a ambos. En el fondo, sentía que los unía su compañerismo de seres apátridas y cierta

nostalgia del fascinante continente que dejaba atrás.

Su extraña conversación se les hizo más breve de lo que fue en realidad y, mientras las estrellas continuaban su fuga por el firmamento, ambos jóvenes se saturaron de mímica y palabras, en busca de paraísos lejanos. Incluso el colegial del cuaderno parecía caminar más despacio, extenuado de ideas. Adilé trajo entonces una gramola y puso discos americanos, queriendo bailar con David como ella veía en las películas. El muchacho no supo rechazar su invitación, empezaba a sentir la soledad y el abandono en que se había quedado. Algo tenía la música, el arte, que gratificaban de inmediato, una manta de belleza que abrigaba frente a la injusticia o el destino. Pero más genuina era su comunión con aquella chica joven también, sus brazos, su cálida cintura y su corazón latiendo al unísono con el suyo. Más que una sensualidad que a ella le hubiera resultado humillante, se dedicaron a compartir su soledad, transmitirse la compasión y el afecto de que ambos sentían, en la huérfana noche.

Los grandes ojos negros de Adilé eran ciegos a la esperanza. Los cubría una pátina de cansancio por la fealdad de los barrios pobres, sus patios traseros y los árboles sin hojas que se prodigaban, de la suciedad de los jergones y el mal aliento de los borrachos. La mera ilusión por el mañana le hubiera escandalizado, cualquier acto que la sacara del eterno lunes en que sobrevivía le hubiera parecido una alucinación. Por eso apreció la simpatía del español, que le pareció un muchacho inocente, atractivo como un recuerdo infantil, y así de querido.

Cuando la madrugada avanzó hasta la intimidad del sueño, ambos estaban agotados. David se tendió en la cama y ella se sentó a los pies del lecho, sin dejar de acariciarlo. Así se quedó dormido. Cuando despertó a la mañana siguiente, ella dormía a su lado, hecha un ovillo, acurrucada y con la cabeza reclinada en su pecho.

Pronto se alborotó todo con la llegada de Ríscar, que prácticamente tuvo que arrancarle a David de los brazos a Adilé. El muchacho apenas vio el rostro cetrino del camionero al bajar a la calle, porque enseguida subió con la carga, entre los sacos. Ríscar había cobrado los honorarios de su tarea y sonreía como un gato. Pronto el rugido del motor y los saltos y meneos en las curvas formaron como una especie de incómodo fondo para los pensamientos del chico, bajo una lona azul que el viento golpeaba, mientras los sacos le servían de colchón. Recordaba las instrucciones que Ríscar le había machacado una y otra vez sobre los pasos que tenía que dar para atravesar la

frontera y unirse a los partisanos búlgaros. Y no dejó de comprobar ni un instante lo inhóspito y salvaje que se abría el mundo ante sus ojos.

—Tendré que aprenderlo todo de nuevo —se dijo.

Otra vez debería adaptarse a un mundo distinto, como cuando viajó a América. Y rápido, porque una guerra apenas dejaba margen para los errores y no quería ser un estorbo. Pretendía aprender deprisa, amoldarse a las circunstancias como su héroe Hemingway. Si no lo conseguía, si fracasaba o le vencía el miedo, aquel viaje sería en balde. A sus veintitrés años, no comprendía aún que ninguna causa merece el sacrificio de la vida, pero ¿cuándo la juventud ha aprendido sino de sí misma?

A través de la lona vio cómo quedaba atrás Estambul, la gran urbe de las maravillas, ahogada en su neblina de polvo. El día se fue levantado sobre los montes y campos que el camión atravesaba, siempre por pistas solitarias y poco frecuentadas, a la que apenas asomaban pueblecillos dormidos entre las suaves colinas de almendros y trigales. El Mar Negro quedó atrás, resoplando en su gruta de nubes. Asomado a la portezuela del camión, por entre las lonas que agitaba el viento, contemplaba los bosques húmedos y los lejanos alminares de los villorrios olvidados bajo el solemne silencio del mundo. Atardecía cuando el camión se detuvo en medio de un empapado prado de ortigas que el sol del horizonte cuajaba de oro. La parada despertó a David, que se había quedado adormilado sobre un costal de harina. El conductor le abrió la portezuela y mostró al fin su cara. Frisaría los cincuenta años y su nariz aguileña ponía orden entre las mejillas acribilladas de arrugas. Todos sus gestos parecían gastados como su ropa y se diría que sus ojos habían metabolizado la solitaria severidad del asfalto.

El hombre repitió varias veces en inglés la palabra “frontera”, señalando la carretera que quedaba por delante y David entendió que la barrera vigilada debía quedar al otro lado del monte. Ahí terminaba el viaje sobre ruedas. El conductor señaló con su manaza un sendero o lo que pasaba por tal si uno esforzaba la imaginación, una línea en la hierba, entre arbustos y matojos, que parecía conducir hacia la falda de una colina, donde comenzaba el espeso bosque.

Se despidieron con un apretón de manos y el camionero continuó su ruta, mientras el muchacho ascendía aprisa la pendiente. Pronto comprendió que el camino se iba a alargar y que los tipos con quienes debía contactar no lo esperaban ni mucho menos tras los primeros pinos. Tuvo que seguir la pista de aquel sendero casi al azar, por intuición, porque apenas había hierba

aplastada o rastros de pisadas. David oteaba en los claros, entre los árboles que se enderezaban hacia el espacio feliz del cielo, pero el abandono vegetal que lo rodeaba sólo reforzaba su premonición de que le habían engañado, de que Ríscar lo había enviado al limbo a cambio de su dinero. ¿Qué haría? ¿Dónde guarecerse? ¿Cómo alimentarse? En su estado de necesidad e indefensión, empezaba a considerar que, aunque diera con los rebeldes, estaría a merced de la buena disposición de unos desconocidos. Su logística resultaba, por decirlo suavemente, débil.

El crepúsculo comenzaba a enseñorearse del mundo y una hilera de estrellas se dispuso a ensortijar el horizonte despejado del sur, cuando divisó a lo lejos, en lontananza, un fuego de campamento. Se dirigió allí. Media docena de hombres vivaqueaban, embutidos en viejos sobretodos y chaquetones remendados. El que parecía más joven llevaba leña, el resto reposaba a la lumbre, resguardado por un muro de piedra que era apenas el recuerdo de una antigua cabaña. Alguno llevaba un fusil al hombro, otros parecían comer bellotas o nueces, mirando al fuego.

David se acercó con las manos en alto y diciendo soy americano. La mención a América siempre despertaba las simpatías de todo el mundo. Se sucedieron los inevitables trámites: todos se alborotaron y le apuntaron con sus armas, dieron voces incomprensibles, se alzaron. El más sagaz, posiblemente el jefe de la partida, repitió “americano” y se acercó a registrarle, mientras otro indagaba por los alrededores para cerciorarse de que David había llegado solo y no se trataba de una emboscada. El muchacho había llevado consigo una bolsa con medicinas que Ríscar le había dado, para entregarla en señal de buena voluntad. Discutieron con frases como ráfagas que David no entendió. Trató de adivinar los tonos, descifrar las actitudes, y esto sólo era un preludio de lo que le aguardaba.

El jefe, un hombrecillo grueso con barba gris y una canana de munición alrededor del pecho, sonrió con un póker de dientes. Mostraba una calma interior que los demás desconocían. Puso paz en la discusión con gestos apaciguadores y luego se sentó junto a David para explicarle con un áspero inglés casi empedrado, que a veces pernoctaban a ese lado de la frontera, cuando les avisaban de que la policía búlgara organizaba una batida. En el lado turco de los montes, podían dormir a pierna suelta. Terminaron de comer y le dieron nueces. Ya se habían calmado los milicianos y el jefe sonrió lentamente antes de explicarle que podía dormir con ellos y que al día siguiente cruzarían hacia su guarida en Bulgaria.

Le dejó una manta llena de costurones y David se tendió junto a la candela, como los demás. Las llamas crepitaban vacías, ilusas como su sueño de aire. Uno de los hombres se quedó haciendo la guardia. Poco a poco, el cielo se fue abriendo y una luna silvestre silbaba sobre su cabeza cuando se quedó dormido, extenuado por el largo día. Sintió el frescor de la madrugada y se acurrucó más bajo la ropa que le cubría.

Cuando despertó, tenía los pies fríos. Le habían robado las botas y dos guardias turcos, dueños de lacios mostachos, le apuntaban con sus escopetas, mientras sus caras ojerosas expresaban ese aburrimiento congénito de los funcionarios que nada puede aliviar. David comprendió con la velocidad de las pulgas que lo incordiaban que le habían traicionado. Y que la frontera, la guerra, el mero mundo, habían sido un sueño inalcanzable.

De calabozos...

El vestido de noche de la duquesa Beresina, su blondo cabello recogido suntuosamente, las joyas que lucía y sus ademanes principescos habían impresionado a Ríscar, que, cabizbajo, apretaba la gorra en la mano y suplicaba perdón por importunar a su alteza a esa hora intempestiva, en medio de una fiesta. Sólo confiaba en que la urgencia de sus motivos le excusara. Sus ojillos viajaron codiciosos por los objetos, pero al chocar con los de la duquesa, buscaron refugio en la propia gorra, viajando apenas a los pies de la dama.

El chato rostro de Ríscar era ajeno al color y los ojos claros apenas existían en su cara; se dirían pecas grises sobre una nariz apocada por la escasa ambición de un dedal. En realidad, Ríscar se movía en los límites de la invisibilidad, como si le costara trabajo corporeizarse. Veías una cazadora arrugada y un pantalón viejo como la usura y aceptabas que dentro debía haber alguien, pero de un modo nunca convincente. Había nacido para moverse en los márgenes de las cosas, casi para reprochar a la existencia su descortesía por obligarnos a comparecer al mundo. Su imagen fluía a través de los objetos, tratando de mimetizarse con ellos, de modo que reconocer su presencia exigía un esfuerzo de voluntad.

Pedía perdón por molestarla a esa hora, pero Beresina no disponía de paciencia en ese momento y atajó sus fórmulas.

—Por favor, repítame lo que le ha dicho al mayordomo —le ordenó la duquesa.

—No sé si debo... Es un asunto delicado —y miró al criado.

Ella rogó al sirviente que los dejara solos y Ríscar no pudo evitar sonreír de satisfacción por el grado de confianza alcanzado con una persona de alcurnia.

—Perdone el atrevimiento, duquesa Beresina... —su lengua paladeó el

nombre como ambrosía—. Traigo una noticia difícil de transmitir. Menos mal que ahora no se mata al mensajero...

“No lo diga tan pronto”, casi respondió ella, que no ocultaba su desagrado de ver aquellos ojos hurgadores.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Ríscar —dijo, mientras su sombrero giraba sobre su eje hasta quedar boca abajo.

—¿Y qué quiere decirme?

—Una noticia tan delicada que casi se me atraganta antes de decirla —a punto estuvo de pedir coñac para que bajara la molestia por el gatzate—. Su hermano está encerrado en una cárcel de Estambul.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Qué sabe usted de mi hermano?

—... Que se llama David Alaya, quizás —contestó rápidamente, como si las palabras le quemaran los labios.

Ríscar parecía demasiado deslumbrado por cuanto le rodeaba para ocuparse de mentir. Los ojos puros de Elisa centellearon al oír semejante nombre. Su asombro no cabía en las pupilas y necesitó respirar por su boca entreabierta.

—¿Cómo lo sabe? ¿Y por qué ha venido a contármelo?

—Fue él mismo quien me pidió que viniera... He ido a verlo esta tarde, en cuanto me enteré de que le habían trinc... detenido, y me dijo que era hermano de usted... de su alteza.

Ríscar sacó del bolsillo de su cazadora un anillo de plata y lo mostró. La duquesa se lo quitó casi de un zarpazo. Palideció y entubó los labios, estudiando la sortija, que enseguida apretó contra su pecho.

—Dígame todo lo que sabe.

Ríscar, cuya buena fe la demostraba con su presencia allí en aquellos difíciles momentos ante Beresina, se definió como un simple recadero, un mandado del díscolo David, que había venido a Estambul a hacer turismo hacía unas semanas, y para el que había trabajado como guía. David era un muchacho estupendo, pero un buen día lo perdió de vista, por lo que pensó que se había ido (aquí el narrador eludió contar su contribución al último viaje). Hasta que esa misma tarde, un policía con el que tenía “negocios comunes”, le avisó de que habían encerrado a un español que preguntaba por

él y Ríscar fue a verlo. Y cuál sería su sorpresa cuando reconoció al buen turista. Lo habían encerrado en la cárcel de la comisaría central. “Fue un reencuentro emotivo”, confesó, pugnando por sujetar una lagrimilla en su ojo izquierdo. No recordaba insultos ni amenazas ni haber tenido que calmar al preso diciéndole que ahora le necesitaba más que nunca. Concluyendo, David le pidió que avisara a la duquesa Beresina. Por eso había acudido al palacio, con ánimo desinteresado y exento de cualquier búsqueda de recompensas y favores.

Ella estaba demasiado emocionada para pensar con claridad, pero la torpeza al hablar de Ríscar y el anillo de su hermano, le indicaban que no mentía. Furiosa y alborotada, le entregó unas monedas al despedirlo. Luego, a solas en la biblioteca, apretó los puños y meditó.

Desde que Beresina abandonó la cena, todos los invitados habían perdido su lozanía como plantas a las que faltara la luz. Sin su ligereza, hombres de distintas naciones y propósitos se volvían desconfiados y la realidad retomaba su plomiza tozudez. La guerra era la guerra, y el poder y la diplomacia obedecían a sus propias necesidades.

Cenaron sin hablar. Uno de los motivos por los que la duquesa Beresina invitaba al profesor Kosmider era que sabía distraer a la concurrencia con sus conversaciones triviales, pero esta vez se quedó mudo. Había reconocido en la puerta del salón a Ríscar, un truhán callejero de poca monta, y el hecho le extrañó tanto que desbocó su imaginación y le dejó pensativo, buscando una explicación.

Tuvo que ser el embajador inglés, sir Hugo, el que rompiera el silencio. Justificó la salida de la anfitriona por la época tumultuosa que soportaban y también por el carácter franco y abordable del que siempre hacía gala la duquesa. El general Ozabán confirmó esta opinión, alabando además su generosidad y sentimientos humanitarios.

—... Figúrese que su alteza Beresina ha tratado conmigo sobre la posibilidad de que le consiga un salvoconducto, un pasaporte turco, para viajar a través del mar hasta Odessa, en la costa soviética... Sabiendo que está ocupada por los alemanes, que es zona de guerra, insiste en acudir allí.

—¿Y para qué, si puede saberse? —preguntó alarmado el embajador

—Para ayudar a los habitantes de sus antiguas fincas, que parece que sufren muchas calamidades y privaciones. Le escriben.

—Me deja sin palabras, general. Una mujer que mantiene correspondencia y trata de ayudar a las mismas personas que expropiaron a

su marido de todas sus tierras y posesiones. Y debieron ser cuantiosas. Tengo entendido que el duque de Beresina llegó a poseer cinco palacios, uno en San Petersburgo y otro en Moscú. Pero nuestra anfitriona no guarda rencor a nadie, y eso dice mucho de ella.... Le veo callado, señor Philby, ¿No es de la misma opinión?

Kim Philby se rebulló en su asiento, con la copa vacía en la mano. Parco en palabras, desperezó su garganta con un gruñido. Su esposa lo miró sin fe, como un niño a una flauta que no sabe tocar. El embajador trató de disimular la descortesía de su empleado.

—General Ozabán, mi joven agregado cultural ha combatido al comunismo, al menos como periodista, en España. Llegó a sufrir un atentado con bomba en su coche por unos comunistas. Me temo que sus simpatías no corren en dirección soviética precisamente.

—La duquesa ayudando a los rusos... Bah. —dijo entonces Kim Philby—. Pre... precisamente los que se lo han robado todo.... Qué idea tan insensata.

Sir Hugo miró horrorizado al subordinado y casi sintió alivio de que se llenara la copa por sí mismo para volver a trasegar.

El general Ozabán hubiera sentido más interés por un galápago que por aquel tipejo, pero se puso campanudo para expresar su convicción de que la república turca se había construido precisamente gracias a las fuerzas de izquierda y la laicidad, y él hacía cuestión de honor defenderlas. No es que la vida de sultán pública y notoria que disfrutaba pudiera avalarle, pero jugaba a la hipocresía con toda la desvergüenza que brinda la costumbre.

El profesor Kosmider había prestado atención a esta charla, que condujo sus pensamientos a lugares más misteriosos aún. ¿Beresina ayudando a los antiguos siervos de su marido en Rusia? ¿Por qué? Que aquella superviviente jugara a los gestos altruistas le descolocaba. Pero ella era muy hábil, ¿qué ocultaba?

Meditabundo, alcanzó a notar que la señora Philby estaba demasiado triste para prestar atención a la borrachera de su marido. Tal vez los farsantes tienen un sexto sentido para reconocerse, porque Kosmider entendió que allí todos representaban un papel, quizás con la excepción de Sir Hugo. En su opinión, la Providencia había escogido al Reino Unido para preservar la caballerosidad a través de su cuerpo diplomático.

De todas formas, la cena ya no volvió a ser lo que fue y todos los esfuerzos por resucitar su espíritu inicial se apagaron. Media hora más tarde

regresaba Beresina y conducía a los comensales al salón del piano, donde sus invitados apenas lograron sonreír con el señuelo de unas copas y unos dulces de pistachos y miel.

Y es que la duquesa había vuelto sólo en apariencia. Se le diría cansada, más solitaria y frágil que nunca. Sus ojos delataban una desolación que el maquillaje no lograba disimular. Nadie recuperó la anterior cordialidad, por lo que enseguida encontraron excusas para irse, que Beresina recibió con alivio, no sin pedir al general Ozabán el favor de recibirle mañana en su despacho, lo que él concedió gustosísimo. A fin de cuentas, no había logrado estar a solas con su deseada paloma y esto le contrariaba.

Sólo quedó Kosmider, intrigadísimo, pero ella no tenía humor para zalamerías y lo trató secamente, lo que colocó a cada cual en su sitio.

—Eres un estúpido, Kosmider. Debería hacer que te mataran.

—Tampoco usted ha andado muy fina, señora. El general se marcha celoso.

Lo dijo con tono de reproche. Pero era su propio corazón, el de Gustav Kosmider, el que se desangraba. Ella casi se revolvió contra él.

—Si sabes lo que te conviene, guárdate tus opiniones y límitate a obedecer.

Se sentó en un diván y agotó su copa de jerez de un trago. Kosmider nunca la había visto tan abandonada a sí misma, casi en la intimidad, como si él no estuviera presente. Pero Beresina no le había olvidado.

—Quiero que vayas a la cárcel de la comisaría central inmediatamente.

El profesor se quedó atónito. Con frases cortas, en un juego de preguntas en que ella hurtó cada palabra como si al pronunciarlas se desprendiera de un tesoro, el profesor se enteró de que la duquesa tenía un hermano, David Alaya, y que lo habían encerrado. Los motivos eran absurdos: había tratado de pasar la frontera búlgara sin permiso. Ella quería asegurarse de que se encontraba bien y que no le faltaría de nada. Puso en la mano de Kosmider unos billetes y le ordenó acudir enseguida a la prisión. Esperaba su informe al mediodía siguiente.

Antes de que se marchara a cumplir su misión, la duquesa le preguntó si conocía a ese tal Ríscar que había venido al palacio.

—Sí... Es un ladronzuelo, un pícaro que merodea alrededor de los turistas y trafica con lo que sea: drogas, joyas robadas, pasaportes. Si ha venido hasta aquí es porque se ha oído una buena recompensa.

—Vigíle. No me fío de nadie y menos aún si mi hermano depende de

él. Ahora date prisa.

Elisa estuvo a punto de estallar en lágrimas, pero principesca hasta el fin, aguerrida en su continua batalla contra las adversidades de una viudez en el exilio, se resistía a mostrar debilidad ante nadie. Despidió a Kosmider que, completamente intrigado, fue conducido por el chófer de la duquesa hasta el casco antiguo de la ciudad, junto a los restos del hipódromo romano, que ahora llamaban la Plaza de los Caballos. Aún quedaba en pie un obelisco egipcio que empinaba al cielo sus jeroglíficos imposibles llenos de lechuzas, escarabajos y culebras, una columna cimbreante que representaba tres serpientes de bronce enroscadas y la columna de Constantino, que llamaban el Coloso, porque en la inscripción de su base se la comparaba con el Coloso de Rodas, muestra de que el servilismo intelectual hacia el poder viene de antiguo.

La comisaría no era ningún prodigio de higiene ni de eficacia. Un par de policías con cara de sueño y el bigote reglamentario, fumaban, uno leyendo el periódico y otro bostezando ante su máquina de escribir. Tras repartir unas cuantas liras, permitieron a Kosmider visitar los calabozos. A la mortecina luz de las bombillas, los desagradables ruidos y hedores mostraban sus tristes orígenes a lo largo de un pasillo de piedra en que los barrotes de las celdas bostezaban su óxido. Algunos presos se quejaban en sordina, agrupados en una cámara sin ventanas, otros permanecían en habitáculos individuales y trataban de dormir en estrechos catres a solas, o echados sobre sacos. Prevalcían los andrajos y los rostros grises. Kosmider llegó a una celda donde el pequeño tragaluz dibujaba el perfil azulado de un joven sentado. El guarda encendió una bombilla del corredor y su amarillo dominio mostró a un chico despeinado, sin afeitar, de ropa arrugada. Kosmider reconoció al muchacho que había desembarcado del velero del amanecer semanas antes, aunque su expresión abatida era la antípoda de aquel día. David se levantó sin prisa, intrigado. Mostraba algunas magulladuras en su cara. Se había resistido al arresto y los guardias no se lo habían perdonado.

—David Alaya, supongo —saludó el profesor con una ironía que ni él esperaba.

—¿Quién es?

—Tranquilo, amigo. Soy el profesor Gustav Kosmider, un veraneante como usted. Me ha enviado su hermana, de quien le aconsejo no mencionar el nombre mientras permanezca aquí. Ella no debe ser vista para que los sobornos no suban a cifras astronómicas. Pero yo soy sus ojos y sus oídos, de

manera que si tiene alguna petición o mensaje que darle, se lo transmitiré.

Utilizó el tono que consideraba que podía calmarlo mejor, y el muchacho, con las manos en los barrotes, lo estudió unos instantes antes de contemplarse a sí mismo, casi con lástima.

—No entiendo cómo me ha pasado esto. Nadie tenía que saber los pasos que daba.

—En los bajos fondos, a los tipos como usted se les llama pichones, caramelos, panolis. En resumen, carne de cañón, víctimas propicias.

—¿Quiere decir que Ríscar me tendió una trampa?

—No necesariamente. Los partisanos búlgaros huyen de las batidas de la policía de Bulgaria y a veces acampan a este lado de la frontera. Los policías turcos se lo permiten a cambio de dinero, claro. Pero de vez en cuando necesitan capturar a alguno para fingir que son expeditivos y contundentes. Ya sabe, simular que vigilan. Pues bien, me parece que esta vez, los partisanos han encontrado un chivo expiatorio. Usted ha sido el espontáneo con el que los partisanos han pagado su cuota de detenciones, para que el estatus quo continúe inalterable.

—Pero Ríscar no me avisó de eso.

—No pongo la mano en el fuego por nadie, pero estamos en medio de una guerra, amigo mío, hablamos de sobrevivir. No busque lealtades ni nobles sentimientos.

El muchacho se calmó un poco con la sinceridad de Kosmider, quien le explicó que el guarda le traería una manta y, si lo pedía, agua y comida. Corría de su cuenta. El profesor además venía con la promesa de que iba a salir muy pronto (aquí mintió, pero quería que el chico no desesperase). Su hermana iba a remover cielo y tierra para sacarle enseguida.

—¿Le han interrogado? —preguntó entonces el profesor.

—No... Bueno, no de un modo oficial.

—De acuerdo. Le traeremos un abogado de todas formas... —ahora el profesor bajó la voz—. Oiga, Alaya, quiero preguntarle una cosa. ¿Por qué no fue a ver a su hermana en todo el tiempo que ha estado en Estambul?

—No quería complicarla en mis problemas, eso es todo.

Pues ahora lo iba a hacer, pensó el profesor. Y no podía ni imaginar hasta qué punto.

6

...Y guardianes

El Rolls Royce negro de la duquesa Beresina deslizó su carrocería hasta los alrededores de la mezquita de Solimán. La mañana de Noviembre brillaba recién lavada y pulía con sus dedos claros los cristales de los edificios. Hileras de árboles huesudos elevaban sus ramas frente al ministerio del interior, irresistible imán para los extranjeros que necesitaban renovar visados y pasaportes. El Rolls se detuvo junto a una veintena de personas de ropas remendadas que hacían cola en la puerta.

El chófer, un ruso grande y pelirrojo, abrió la portezuela a la duquesa y los guardias la saludaron por reflejo, empujando a los extranjeros para abrir paso a su alteza. Todos admiraron su silueta esbelta luciendo un conjunto de falda y chaqueta de confección francesa cuyo color verde oliva provocó comentarios de pasmo. El secretario del general Ozabán la recibió en la puerta y la hizo subir hasta el despacho del sultán de los visados, al que avisó de su presencia con toda la rimbombancia necesaria.

—Hazla pasar inmediatamente —fue la orden de un excitado Ozabán, que escondió en el cajón del escritorio el espejo y las tijeras con que recomponía su bigote.

Había tratado de civilizar con gomina sus rizos indómitos y llevaba el traje de gala, con las medallas arracimándose en su pecho, una cascada de premios a alguna que otra sangre armenia y kurda derramada en interrogatorios y demás métodos afines. Un hombre que se había hecho a sí mismo, criado en las enseñanzas ateas donde la moral del profeta no era obstáculo para sus apetitos, se mofaba de cualquier misericordia que quisiera detener la mano del verdugo. Eficacia era su norma, rigor, eliminación implacable del enemigo. La victoria lo justificaba todo, el vencedor escribía la historia.

Por supuesto, a aquellos pobres refugiados que mendicaban pasaportes y salvoconductos, les hacía pagar su insistencia. Vendía y mercadeaba su firma sobre los visados a ojo, pidiendo a cada cual según sus posibles. Pero con la princesa Beresina, la joya más exquisita por su hermosura y fama entre los extranjeros de Estambul, no lograba tasar sus servicios, no acertaba a calibrar el precio de una función administrativa que él otorgaba como una graciosa concesión personal.

Así era el buitre en su laberinto cuando, deslumbrado por la belleza matinal de su invitada, le pidió que tomara asiento en el sillón y pidió al secretario que trajera té y dulces, agua y un abanico para su alteza.

—Por favor, mi general, nada de alteza. Se lo suplico, llámeme sólo Elisa.

—Es un honor, Elisa, tenerla en mi humilde despacho... —balbuceó con voz de ganso el libertino, que comprendió enseguida que no podía manchar la luz que irradiaba Beresina, hablándole de dinero.

También Ozabán se sentó, pero no tras la mesa desde la que impartía sus recetas y estampillas veniales, sino en otro sillón. La agasajó, pidiendo disculpas por recibirla en su humilde despacho, aunque el salón era fastuoso. Por supuesto, gozaba de exhibir ante ella su poder y se mostraba modesto al reconocer que la había admirado antes de conocerla. Esta confesión le hizo sonrojar casi, para añadir que, fuera cual fuera el motivo de su visita, se sentía honrado de concederle de antemano. La duquesa, concluyó, era célebre por su generosidad y su carácter filantrópico.

—Mi general, antes que nada debo decirle que el motivo de mi visita es puramente personal.

Ozabán no cabía en sí de gozo. Casi le pareció que podía tocar con la mano el paraíso de las huríes. Invadido por carnales ensoñaciones, el pudor le hizo cerrar los párpados involuntariamente, como si tratara de ocultar las fantasías que imaginaba, y apretó las manos en las rodillas para sujetar sus pensamientos.

—Me honra con la confianza, Elisa. Es un inesperado honor oír de sus labios... —farfulló, bajando el tono habitualmente castrense hasta ridículos timbres de intimidad.

—Esto no tiene nada que ver con el asunto de anoche, con ese barco que

intento llevar a Odessa... No, he venido por otro motivo... —zanjó ella, que ardía de impaciencia y no atendió los avances de Ozabán.

—Por supuesto, por supuesto... Su alteza es muy libre de tratar conmigo los asuntos que prefiera... —ronroneó el militar, abstraído en su laberinto sensual.

—Cuánto me alegra oír que cuento con su colaboración, porque estoy muy preocupada. Imagínese que han encerrado a mi hermano en la cárcel.

Todo el carmesí al que aspiraba la piel del general impúdico se apagó y comenzó a deslizarse hacia la palidez. Los ojos atiborrados de ensueños concupiscentes se abrieron en blanco ahora. Se levantó despacio, como si no quisiera ser advertido. Incluso la chaqueta de gala le estorbaba. Se quitó los guantes como quien aparta un mal recuerdo y fue a servirse un vodka.

—No... No sabe cuánto lo siento —logró decir, cuando la desilusión y el disgusto se abrieron paso hasta alguna fórmula de cortesía.

—¡Mi general! ¡Tiene que sacarlo de allí!

—Bueno, bueno... ¿Dónde... dónde está su hermano?

—En Estambul, claro. En la comisaría de la Plaza de los caballos.

Ratas, chinches, mugre, oscuridad, tipos indeseables, humillaciones, torturas, lamentos. El universo de Ozabán cayó encima de su cabeza como el saco de un secuestrador sobre su víctima para arrebatarse su goce.

—Ya, entiendo... Y... ¿Y por qué lo han encerrado? —el tono de la conversación se volvió tan oficial que, sin darse cuenta, se sentó en el sillón de su escritorio y atendió ahora a Beresina como a una demandante.

—¿Importa eso? ¡Es mi hermano! ¡Mi única familia, general!

—Claro, claro... ¿Y ese hermano suyo... acaso es ruso?

—No, es español como yo. Se llama David Alaya.

—...España ¿eh? Ese país está muy lejos de aquí...

—A mí me lo va a decir... ¿Qué piensa hacer, general?

—Antes que nada... —titubeó—, saber por qué lo han detenido. Creo que lo primero es llamar a la comisaría central...

Tomó el teléfono con evidente aprensión y habló en turco, en una actitud cortante y seca que Elisa no pasó por alto, aunque apenas entendió las palabras que farfulló. Ozabán evitaba mirarla mediante el método descortés de darle la espalda desde su sillón giratorio. Lo que sí pudo notar fue el tono de Ozabán, que se mantuvo taciturno y lúgubre hasta el final. Cuando por fin colgó el teléfono, ella permaneció expectante, pero él no habló.

—¿Y bien...? —tuvo que preguntar.

—David Alaya ha sido capturado en un campamento de rebeldes búlgaros, en la frontera. Es extranjero y a pesar de eso no llevaba ningún pasaporte encima. Eso significa que va a ser tratado como un espía. Peor aún, como un espía en tiempos de guerra...

—Pero Turquía permanece neutral.

—Sólo en apariencia, alteza. El mundo se ha vuelto loco y nosotros tratamos de mantenernos a flote a cualquier precio.

—Mi hermano es periodista en América. Debieran considerarlo un corresponsal de guerra.

—Un corresponsal de guerra sin acreditación no es nada.

—¿Qué va a hacer? —atajó Elisa, antes de que Ozabán comenzase a adornarse.

—¿Hacer...? Me temo que puedo hacer poco. David Alaya se encuentra en una situación delicada. En casos de espionaje, el gobierno es especialmente riguroso. Nuestro país está obligado a defenderse de los espías para que no puedan comprometer su neutralidad, que pende de un hilo. En realidad, los espías, los terroristas y los alborotadores son hoy día nuestros verdaderos enemigos...

Perogrullaba el general con su limitada elocuencia, desbrozando términos procesales y penales, mientras su mente decidía qué obstáculos estaba dispuesto a afrontar para ganarse el favor de aquella endiablada belleza y cuánta gratitud estaría dispuesta a mostrar ella por sus desvelos.

Cuando sepultó la paciencia de la dama con sus vaciedades burocráticas, una impulsiva Beresina —la indignación la hermozeaba, comprobó él— se levantó.

—Ya imagino que ayudar a mi hermano ofrece dificultades. Pero justo por eso he venido a verle.

—Y yo intento explicarle que, debido a las peculiares circunstancias de su detención, su hermano es visto como un enemigo del estado. No hablamos de un prisionero corriente del que pueda pedir un indulto. Su condición especial me ata las manos, princesa.

—Pero usted no es un simple secretario —apeló a su orgullo, sabiendo que deseaba zafarse—, usted es el general Ozabán, el sultán de los pasaportes, el hombre más temido y respetado de Estambul.

En otras circunstancias, aquel elogio de la duquesa le habría extasiado. Pero sólo ocupaba un cargo en el ministerio y, si vivía a sus anchas y cometía cuantos atropellos podía, era a condición de pasar desapercibido ante sus

superiores. No estaba dispuesto a llamar la atención. Pero tampoco quería mostrar su irrelevancia ante la duquesa, tras la que había andado casi un año hasta que se la presentaron, y que sin duda hubiera sido un broche de oro para todas sus conquistas. Su rostro acostumbrado a amenazar y triunfar no sabía disimular las contrariedades. Frunció el ceño, dando excusas sobre tener las manos atadas.

Ella insistió en sus ruegos. Temía por la vida de su hermano. Le habían contado de las terribles condiciones de las mazmorras turcas, del frío, la humedad, lo insalubre, el hacinamiento de los presos comunes. Se le humedecieron los ojos suplicando. Y pensar que Ozabán había creído que ya había logrado su objetivo. Tenía a Beresina en su propio despacho y era inalcanzable. Quiso abreviar la enojosa escena.

—Por favor, princesa. Le pido que comprenda que lo que me pide es un imposible. Yo puedo mediar para que le den un trato favorable en prisión, para conseguirle una celda individual si es preciso... Pero ir más allá, encararme con el gabinete o el ministro del interior...

Y un apocado Ozabán, terror de los refugiados, hacha de perdedores y castigo de indefensos, se resignó a repetir las dificultades políticas y jurídicas del problema. Y Elisa le miraba a los ojos para ver sólo a un cobarde arrugarse bajo un disfraz de soldado. Lo que debió pensar de sus condecoraciones quemaría el papel si se escribiera. Ahora comprendía lo valiente que había sido David al enfrentarse voluntariamente a todos esos peligros que la guerra era capaz de convocar. Si es que su valentía no era simple insensatez.

El general argumentaba que una cuestión de fronteras con Bulgaria podía desencadenar un incidente internacional, y que los consulados español y búlgaro mirarían con lupa cuanto le ocurriera al reo. Pensaba en voz alta en realidad, y no veía probable una componenda de las suyas. Se diría que trataba de sepultar con palabras las esperanzas de la duquesa.

Ella sólo veía ante sí un alfeñique con ínfulas de héroe, un politicastro corrupto y endiosado. Tras él, a través del fastuoso ventanal, se divisaba la enorme mezquita de Solimán, sus grandes burbujas de piedras, aquellos minaretes como desnudas lanzas. ¿Qué se podía hacer con esa parte triste de la fe, esa que dice que este mundo no es bastante aunque lo amemos, que aún nos queda por probar otro cáliz en otra parte, sin nada de lo conocido? Cada segundo que usaba la etiqueta ante ese canalla le pesaba en el alma. Sufría temiendo las privaciones y atrocidades que podía estar padeciendo David en

ese preciso instante, mientras perdía el tiempo oyendo ensartar palabras escogidas a aquel dictadorzuelo.

—¡Tiene que sacar al muchacho de la cárcel ahora mismo! —le espetó, golpeando la mesa y clavando sus grandes ojos en los del general.

Ozabán tomó como arrogancia su desesperación y no entendía que las mujeres occidentales pudieran desafiar a un hombre. La costumbre oriental era que los peticionarios acudieran suplicando y se humillaran, pero la impertinencia de aquella rumí de ojos azules lo descolocaba, aquel trato de igual a igual afectaba a su propia hombría.

—Es un asunto delicado, princesa, pisamos tierra de nadie... —volvió a divagar y ofrecer coartadas. Encender un cigarrillo era fácil y sí pudo hacerlo.

Había implicados varios gobiernos y consulados, prosiguió la perorata doctoral. Pero veía disolverse su ilusión erótica por momentos y en cuanto a pedir dinero por su mediación a aquella mujer tan altanera, se le antojaba ahora humillante. Y de repente se abrió paso en su mente la idea de entablar una lucha sorda, una pugna de intrigas para conseguir los favores de Beresina. Aquella fiera indomable bien merecía la pelea. Saberse su dueño sería un triunfo mayor del que su ego despótico había supuesto al principio. De pronto, el forcejeo, el reto de vencerla y ponerla a sus pies animó su ambición adormecida entre abusos cotidianos. Allí mismo se erguía ante él una presa orgullosa que se pondría a su alcance si sabía jugar sus cartas, si sabía hacerle la vida imposible hasta el punto de que le rogara, no ya por su hermano, sino por ella misma. Ni se le ocurrió ayudarla buenamente en lo que pudiera, así sin más, por simpatía o humanidad. Estaba demasiado acostumbrado al poder absoluto, que siempre conduce a la corrupción absoluta.

—Voy a hacer cuanto pueda, princesa. Pondré en juego toda mi autoridad, pero la complejidad del caso va a requerir mucha precaución y a la vez osadía... Sólo puedo garantizar que me tiene a su disposición —mintió, meloso.

—Por lo que veo, no parece bastante... ¡Buenos días!

Café Estambul

La duquesa Beresina salió enfurecida del ministerio, maldiciendo en español al general Ozabán, un cobarde incapaz de asumir ningún riesgo, sólo hábil en negociar favores. Le hubiera abofeteado. Pero desde el principio había previsto que flaqueara y por eso había citado al profesor Kosmider.

Subió al viejo Rolls Royce, sin mirar siquiera los alminares con su inapetente erección hacia la luz del mediodía ni la cascada de cúpulas que derramaba la mezquita de Solimán. Odiaba la ciudad, por primera vez se sentía prisionera de Estambul. Hasta entonces había sobrellevado sus dificultades por Europa, la viudez, su exilio del ducado ruso al que no podía acceder, de su propio país al que no quería ir, con tesón y habilidad, pero ahora, al ver a David en peligro y tener las manos atadas, comprendía lo precario de todas sus artimañas, lo irrisorio de su poder entre conspiradores y traficantes.

Su lugar de encuentro solía ser la terraza de un restaurante que se asomaba a Santa Sofía. El pelirrojo chófer volvió a abrirle la portezuela del coche y se retiró discretamente, mientras ella se internaba entre las mesas vacías que los camareros preparaban para la hora del almuerzo. Kosmider la esperaba, sentado en una mesita de hierro pintada de blanco, ante una taza de té, fingiendo contemplar la mole de Santa Sofía, aquel émulo de colina custodiado por minaretes impacientes.

El lugar pronto se llenaría, pero aún podían hablar con libertad, casi a solas, interrumpidos sólo por algún camarero con prisas por atender sus tareas. Elisa interrogó al profesor sobre las penurias que David sufría en el calabozo, que Kosmider minimizó para tranquilizarla, y luego discutieron sobre su deseo de visitarlo en la celda. El profesor lo desaconsejó, porque si los guardias la veían interesarse por el reo, le venderían cada favor a precio

de oro. En cuanto al modo de liberar al muchacho, ella pensaba acudir al cónsul español o el norteamericano, y buscar abogados, incluso tratar de conocer al ministro. Pero todas las formas para liberar a David se dilataban en el tiempo de un modo insoportable y, sólo de imaginar al chico prisionero, Beresina apretaba los dientes.

—¿A quién conoce que pueda organizar una fuga? —preguntó al fin—. Que pueda reunir gente de confianza y no haga preguntas.

Kosmider degustó con asombro y placer la intimidad que le otorgaba la duquesa, que por primera vez se mostraba vulnerable e indecisa ante él. Casi sintió que le había abierto su corazón. Por eso quiso estar a la altura de semejante demostración de amistad. Sintió que también él debía ser honesto y se preguntó de quién se fiaría él mismo entre las personas que conocía en el hampa local. Casi dejó que la taza de té pareciera más expresiva que su rostro absorto, mientras sus ojos indagaban, sin fijarse en nada en concreto. Pero al fin halló lo que buscaba.

—Si yo estuviera en un apuro así —dijo, con una solemnidad que ni él esperaba—, acudiría a Dick.

—¿Quién es Dick?

—Dick el americano, el dueño del Café Estambul... Ya sabe, el local más popular de la ciudad. Es un casino y a la vez una sala de fiestas. Pero Dick no sólo dirige el club, sino que es... ¿cómo diría yo? Un aventurero, un alma libre, alguien capaz de jugarse el cuello si lo cree oportuno... Un tipo extraño, pero a quien le fiaría mi vida en un apuro. Aunque no sé si a Dick le gustaría oírme decir esto.

Conforme hablaba, notaba que la curiosidad crecía en la mirada de la duquesa. Sólo entonces se arrepintió de haber sido tan franco. Celos, mal asunto. Pero ella no se detuvo a considerar pormenores.

—De acuerdo, Kosmider. Me ha convencido o es que no tengo tiempo para buscar otra opción. Avise a ese hombre de que esta noche voy a visitarle. Procure que el encuentro sea en privado. No quiero que nadie me vea.

Con esa y algunas otras instrucciones que el profesor memorizó, como siempre, sin anotar nada, se despidieron.

El Café Estambul abría el bar a las ocho de la tarde, justo cuando la oscuridad de noviembre se cebaba con los tejados y permitía a las lentas aguas del Cuerno de Oro fundirse en la negrura con sus chalanas y botes como si quisiera tragarlos. El barrio más europeo de Estambul, Galáta,

asomaba sus luces de colores ante las dormidas piedras del casco antiguo.

Kosmider acudió al Café casi a rastras. Había tenido toda la tarde para lamentarse de mencionar a Dick y de que Beresina a veces le sacara su espontaneidad de colegial. No quería verla junto a Dick, porque lo envidiaba, porque le hubiera gustado ser él ese hombre providencial que ella necesitaba. Todos los héroes de sus novelas se parecían a Dick: eran valientes, cínicos, apuestos. El escritor aportaba a sus libros todo aquello que el otro personificaba y su propia admiración le mortificaba ahora que lo iba a poner en contacto con la duquesa.

Los camareros y cigarreras ya atendían a los clientes y los ociosos que entraban en el Café, y a eso de las diez empezaban las actuaciones musicales, a veces con alguna bailarina, pero las más con un cantante interpretando canciones apasionadas que fingían que los sentimientos aún importaban en algún lugar. A partir de medianoche se animaba el salón del casino al que daba una puerta de herradura vigilada por un tipo enorme. Allí los juegos de azar, las apuestas y las chicas conjuraban a la fortuna, esa diosa esquiva que todos desean tocar. Solían acudir al Café Estambul funcionarios de todos los consulados y ministerios, los exiliados ricos, los de medio pelo y también los desesperados huidos de toda Europa, que se codeaban con jeques del petróleo y burgueses del Oriente que deseaban probar las mieles occidentales. Todos buscaban riesgo y placer, citas ocultas, negocios nocturnos, cuantas miserias e insensateces sustentan la rueda incansable del mundo.

Por fuera no parecía sino un almacén, sólo adecentado en la fachada con una puerta de hierro forjado y un foco que iluminaba la silueta de una palmera pintada en la pared porque algún iluso la consideró exótica. Pero así había quedado desde hacía décadas y prácticamente esa palmera negra era el emblema del local. A pesar del nombre del establecimiento, no se servía café, sólo bebidas alcohólicas.

El portero, un turco con cara picada de viruelas y cejas silvestres, que masticaba tabaco con dientes que parecían del mismo material, detuvo al profesor con la mano.

—Eh, ¿A dónde crees que vas? ¿No te acuerdas? El efendi no quiere verte por aquí.

—Ya, pero hoy es diferente. Dile que traigo un mensaje importante.

Ni dos minutos tardó el portero en regresar con una indiferencia que rayaba lo incívico. Le hizo una simple señal de cabeza, asintiendo, y Kosmider pasó adentro.

Las aspas del techo ya giraban con su lenta nostalgia, como si buscaran amigos que nunca llegaban. Dick estaba sentado en una de las mesas del fondo, lejos de la barra y el escenario. Su mera presencia y su actitud de occidental indiferencia otorgaban al local una sutil atmósfera que el público agradecía inconscientemente. Kosmider se acercó con precaución. Dick no parecía tener cuarenta años, tal vez por su aire irreverente o su mirada, entre irónica y escéptica. El profesor envidiaba el aura de leyenda que le envolvía, su pasado misterioso, del que nunca hablaba, aunque se decía que no podía regresar a Estados Unidos. Se sospechaba que traficaba con armas para ayudar a los griegos y los búlgaros contra los nazis, pero nadie podía jurarlo. Además, los particulares y a veces las autoridades buscaban su amistad, aunque sólo fuera porque tenía contactos y regentaba un local que generaba beneficios.

Kosmider se acercó a su mesa, donde una lamparilla se deleitaba en su propia luz como un pequeño astro. El jefe de camareros, Otto, un tipo gordo de mejillas sonrosadas y gafas redondas, le acababa de dejar a Dick una copa de whisky, mientras éste echaba una calada a su cigarrillo sin la menor prisa, olvidado del resto del mundo o tal vez recordándolo. No miraba a nadie en particular, aunque muchos clientes hubieran querido hablarle y sus propios empleados a veces le consultaban. El profesor sintió de nuevo la punzada de la envidia, por su despreocupación, su independencia, pero ahora necesitaba realizar su encargo.

—Buenas noches, Dick —sonrió servilmente, tal vez por un hábito que no controlaba.

El dueño alzó los ojos un segundo y su expresión imperturbable pareció esculpida en piedra cuando apartó el cigarrillo de los labios.

—Te dije que no volvieras.

—Todo el mundo vende pasaportes falsos, Dick.

—Sí, pero a ti te pillaron en mi local y casi me cargan a mí el mochuelo. Tuve que contar un cuento chino al inspector para salir del paso... Por cierto, ¿cómo has salido del trullo? Oí que te metieron en el penal de Solimiye.

—Estuve de suerte... Llegué a un acuerdo con un inspector.

—Ah, sí, lo olvidaba. Tu faceta de delator... Di lo que sea, pero sé breve. No quiero que nos vean juntos.

—¿Desde cuándo te importa lo que diga la gente?

—Lo que diga la policía turca me importa muchísimo.

—Está bien. Será cuestión de unos minutos, Dick. Bueno, es un asunto

delicado...

—Mientras no te pongas sentimental...

Dick no pudo soltar su respuesta con más desdén, pero algo en su persona, tal vez la serenidad de sus actos, irradiaba una cordialidad que el profesor recibió como una invitación a sentarse.

—Siempre con tu sarcasmo —sonrió Kosmider, que se humillaba con tal perseverancia que lo había convertido en un arte más que en un hábito—. Es lo que más aprecio de estos momentos. Pero hoy no he venido a probar suerte en el casino ni a hacer negocios. Esta noche traigo un mensaje —y agachó la voz como si alguien pudiera oírle. Justo en ese momento uno de los músicos probaba el piano en el pequeño escenario para caldear un poco el ambiente.

—¿Un mensaje de quién? ¿Ingleses o rusos? ¿Qué se cotiza hoy?

—Nada de eso, vengo con un recado particular. Digamos, a título personal.

—¿Puedes permitirte?

—Ya sé, ahora me preguntarás si he heredado de algún turista o he encontrado una cartera perdida. Pero esta vez no hay nada de eso. Voy a demostrarte que estoy subiendo en la escala social, y lo vas a comprobar muy pronto.

Si Dick hubiera mostrado menos interés, Kosmider habría podido esfumarse como las volutas de su tabaco sin que pestañeara. Acercó el vaso de whisky a los labios y echó un trago, antes de continuar mirando las musarañas. El profesor insistió.

—Me ha enviado una persona muy importante.

—¿Ya ha llegado Hitler a Estambul? Dile que pase, pero aconséjale que no lo haga hasta después de las diez, cuando la cantante se haya entonado un poco.

—Vengo de parte de... No te lo vas a creer. Agárrate a la silla: me envía la duquesa Beresina.

Dick apagó el pitillo en el cenicero y miró por primera vez al profesor Kosmider, con un ápice de sorpresa que ni él pudo disimular.

—La duq... Sí que es una novedad... Los clientes solventes siempre son bienvenidos en el Café. Pero ¿por qué tiene que anunciarse? ¿Estamos en una embajada o algo así?

Su curiosidad, con ser grande, no se podía comparar a los celos de Kosmider, a su necesidad de emularlo.

—Veo que esta vez he captado tu atención. ¿Ves? Hoy traigo una carta

de triunfo... Y eso que siempre me has despreciado, ¿verdad?

—Tendría que pensar en ti para eso.

—He ascendido, he ascendido, Dick... La duquesa es amiga mía y he sido yo el que le ha aconsejado que venga. Ella, aunque te cueste creerlo, me ha hecho caso.

—Si tuvo que fiarse de ti, es que realmente tiene problemas.

Kosmider hubiera querido insistir en sus bravatas, pero necesitaba mantener su buena sintonía con el dueño del Café Estambul.

En ese momento se tensaron las espaldas de algunos clientes. La atmósfera cambió. Acababa de entrar en el local un oficial de la Gestapo con su uniforme negro, un tipo de ojos claros en los que la piedad nunca encontraría acomodo y que caminaba con rigidez marcial. Escoltaba a un hombre mayor, vestido con un elegante esmoquin, de pelo y bigote grises. Todos reconocieron al embajador alemán, Von Papen. Los recién llegados caminaron hasta la mesa de Dick, que se levantó por un mínimo de cortesía hacia el cargo, sin más emoción.

—¿Admite un americano en su local a súbditos de un país enemigo? —sonrió, tras un saludo, el diplomático.

—Estamos en un país neutral, Von Papen. Y el dinero, siempre es dinero.

—¿Venga de la mano que venga?

—Todos los billetes de cien tienen aquí el mismo color, ¿O ha habido alguna novedad en eso?

—¿Debo entender que siempre seré bienvenido si traigo la cartera llena?

—Dígalo de otro modo, excelencia, una cartera como la suya siempre encontrará amigos aquí, cualquiera que sea el bolsillo donde venga. Y si un día la arroja desde la puerta, también me levantaré a recibirla.

—Consideraré entonces que la guerra detiene el paso ante la economía.

—¿Alguna vez ha sido de otro modo?

—Bien, Dick —sonrió el embajador—, voy a honrar su hospitalidad, probando suerte en el casino.

—Mis crupieres le harán los honores también, Von Papen... Eh, Otto —llamó al jefe de camareros, que llegó con tan ágiles pasos a la mesa que se dijera bailarín metido en carnes y abrió sus ojos tras las gafas redondas para atender—, la primera copa del caballero es gratis.

—Oh, disculpe, Dick, permítame presentarle a mi acompañante, el coronel Mordek, oficial de la Gestapo.

El nazi dio un taconazo y Dick se limitó a mover la cabeza.

—No quiero armas aquí dentro.

—Sólo es la pistola de reglamento —respondió el coronel con forzado acento.

—No abuse de mi paciencia, Von Papen —se dirigió al embajador—. Usted sabe que no me gustan las armas.

—El coronel viene como escolta personal. No tengo que decirle el gran número de espías enemigos que pululan por Estambul. Se lo ruego, haga la vista gorda por una vez, y, a cambio, le prometo ser especialmente generoso con las propinas. Sus empleados lo agradecerán.

—¿De veras? —el escepticismo de Dick no cabía en el salón y se esfumó por la ventana, volando hacia el azul de la noche.

—Oiga —dijo el coronel Mordek—. Me ha parecido oír que ese camarero suyo se llama Otto; entonces es alemán.

—Bueno, dice que es de Baviera. Pero salió hace tiempo de su país porque no se encontraba cómodo.

—¿No? ¿Por qué?

—Tal vez por alguna manía suya. Hay, por ejemplo, quien odia las ratoneras.

El comentario disgustó al coronel, y sólo la mirada de Von Papen le contuvo de replicar. El embajador reconoció entonces al profesor Kosmider, que presentó al coronel Mordek.

—¿Un novelista austríaco? —dijo el nazi—. Entonces, Kosmider, usted también pertenece al Tercer Reich.

—...Sí —balbuceó el profesor temeroso, que hubiera preferido volverse invisible.

—Bueno, ese es un honor que no ha pedido —matizó Dick—. Pero si lo que quieren es hablar de política, se han equivocado de local, caballeros, aquí se bebe y se juega.

—No es lo que se dice por ahí —comentó el embajador—. Se cuenta que sus parroquianos realizan muchas otras actividades aquí dentro, no todas legales. Es un usted un hombre ocupado, Dick, no sea modesto.

—Mientras mis clientes no alboroten y paguen sus cuentas, me da igual de lo que hablen.

—Ya veo, mantiene la neutralidad ante todo. ¿Y nunca siente la tentación de defender la causa de su país, la democracia americana?

—Las virtudes de la democracia se venden solas, excelencia. Son los

fascistas los que necesitan la propaganda para vender su mercancía averiada.

El coronel echaba chispas, pero el diplomático trató de zanzar el asunto.

—Vaya, compruebo que a pesar de todo, tiene ideas políticas.

—Puede llamarlo así, excelencia. Simplemente nací con ojos en la cara.

Cuando los dos estirados alemanes siguieron su camino, Kosmider admiró el aplomo y la sangre fría con que los había recibido Dick, pero no habló hasta que ambos desaparecieron tras la puerta del salón de juego.

—Es extraño ver al embajador en Estambul. Si ha venido de Ankara, tal vez traiga problemas... —pero se concentró en su asunto—. De todas formas, Dick, he venido a pedirle en nombre de la duquesa que la reciba en su oficina, lejos de las miradas.

—Ya veo, quiere jugar con sus reglas.

—Parece que no le sorprende.

—Bueno, es una mujer, ¿no?

Kosmider llevaba tanto tiempo mercadeando en el garito, que no pudo evitar mendigar una tajada. Ya era su segunda piel.

—Este gesto mío merecerá alguna gratificación, imagino. A ese... “compatriota” le ha convidado a una copa. ¿No me invita a mí?

—Tu compatriota puede dejarme un fajo de billetes esta noche. ¿Cuánto traes tú?

—Entonces trata a cada cual según su bolsillo.

—Es lo que se llama política internacional, profesor.

Dick dio por zanjada la entrevista y el profesor se escabulló del local, sintiéndose más miserable que antes. Aquel tipo había dicho unas cuantas verdades, como sin proponérselo, a un oficial de la Gestapo. No le temblaba el pulso al codearse con los poderosos, mientras que el profesor sólo podía aspirar a mirarlos de lejos.

La noche continuó su curso y el local recibió su habitual dosis de desesperados y jugadores, de ociosos y estraperlistas, de gente que sólo quería bailar y quien debía sobrevivir a toda costa. Si cambiaron de mano documentos robados, relojes o caricias, el mundo continuó imperturbable con su carga de desdichas y sueños. Cuando el pianista y la cantante griega de bella voz acometían una de sus tonadas más populares y nostálgicas, llena de esas promesas que todos hemos querido hacer, entró en el local la duquesa Beresina. Para pasar desapercibida, envolvía su cabeza en un pañuelo y cubría su vestido con un sobretodo. El camarero Otto, que estaba avisado, la recibió con una sonrisa de sus gruesos labios y la condujo rápidamente, por

las zonas oscuras del salón, hasta la escalera de la oficina.

Dick la aguardaba allí. Cuando se quedaron solos, ella se quitó el abrigo y el pañuelo, mientras miraba a su alrededor con curiosidad. La oficina era bastante austera, se diría que los pocos muebles que se sujetaban a los testers hubieran sido mucho más felices en cualquier otro lugar. Sólo la blancura de las paredes y el ventanal que daba a la calle aliviaban la irresistible pereza del despacho.

—¿Lo ha decorado usted?

—No. Yo sólo he aportado al paisaje esta botella.

Le ofreció una copa de whisky, que ella no aceptó. Dick también necesitó detenerse un instante para admirar la belleza de Beresina. La invitó a sentarse, bastante menos frío de lo que hubiera supuesto Kosmider. Pero calmado.

—He oído hablar de usted, princesa —dijo él, para romper el hielo. El tono irónico con que pronunció el título no se le pasó por alto.

—También yo he oído hablar de usted. Espero que no le moleste saber que le acusan de ser un camarero de nazis y comunistas.

Aquello casi divirtió a Dick.

—Mis puertas están abiertas a todo el mundo. Café Estambul ha firmado un armisticio general. De hecho, está prohibido hacer la guerra en él. Sólo combatimos el aburrimiento.

—Apuesto a que van perdiendo —le respondió ella, ofendida por su cinismo—. Dicen que por su establecimiento pasan muchos confidentes y espías. Tal vez usted les preste ojos y oídos.

—¿Para qué? Ellos ya traen los suyos. No necesitan más. ¿Y qué puede hacer un espía aquí dentro? ¿Contar las copas?

—El profesor le tiene por una persona importante en esta ciudad.

—Qué casualidad, lo mismo dice de usted. Pero si le sirve de algo, odio esa clase de chismorreos y todavía más a los que van con el cuento por ahí.

—No estoy segura de haber hecho bien en venir... No le conozco. Ni siquiera sé si es usted el Dick del que me ha hablado el profesor, y si ése es su verdadero nombre.

—No se preocupe por eso, el nombre lo heredé del anterior dueño. Digamos que venía con el local.

—¿Heredado? Tengo entendido que ganó este garito apostando a las cartas.

—Mi destino estaba marcado, si es a lo que se refiere.

—Creo que no me está tomando en serio, pero he venido por un asunto muy grave. Estoy en un apuro y necesito hombres que se atrevan a todo y no hagan preguntas.

—Sí, ésa es la definición de un apuro. En fin, había entendido que iba a proponerme un negocio, no a evaluarme. Como veo que tiene dudas y tengo otros asuntos que atender, tal vez lo mejor sería que se lo tomara con calma. La invito a que lo medite bien en su palacio, o abajo en la barra, donde prefiera.

—¿Se atreve a echarme?

—No, sólo le sugiero que se tome más tiempo para pensar lo que quiere hacer. Tal vez le ayude estar en un lugar más cómodo.

Beresina se levantó y caminó hasta la puerta, donde se dio la vuelta.

—¿Qué opina del general Ozabán?

—¿El general? Vendería a su madre por una caja de whisky, si no lo ha hecho ya. Es la manzana más podrida de la administración turca.

Ella volvió despacio hasta el escritorio de Dick.

—Quiero proponerle una misión. Le pagaré espléndidamente.

—Ahora hablamos el mismo idioma, princesa... ¿De qué se trata?

—Es una cuestión delicada y exijo la máxima discreción. Porque la misión entraña bastante riesgo.

—Ya imaginaba que no me daría el dinero por mi sonrisa. ¿De qué se trata?

—Quiero que saque a un hombre de la cárcel, aquí en Estambul. Está encerrado en la comisaría de la Plaza de los Caballos.

Ahora era Dick el que se levantó para dar vueltas por el despacho.

—¿De la cárcel? Se ha confundido, alteza, esto no es el departamento de milagros.

—Entiendo... Entonces no es usted el hombre que me dijeron.

—Un momento. No puede presentarse de improviso delante de un tipo y pedirle que se juegue el cuello así, sin más —apuró la copa que llevaba en la mano. Su sabor de fuego le bajó por el gargante y le enjugó la nuez—. La policía se toma muy en serio su régimen penitenciario, ¿sabe?

—Comprendo —dijo ella con un hastío que fácilmente podía tomarse por desprecio—. Adiós.

—Espere. Dígame al menos qué la mueve a proponer semejante desatino a un completo desconocido. Se arriesga mucho contando esas barbaridades, no sé si se ha dado cuenta... Y ¿quién es el prisionero que merece tantos

desvelos por su parte?

Ella bajó los ojos un instante, un instante que restauró la humanidad en ella y volvió su voz triste como una despedida.

—Mi hermano.

El gesto de Dick la interrogó, era toda una invitación a sincerarse.

—Lo detuvieron hace dos días en la frontera búlgara sin pasaporte. Y por eso lo consideran un espía. No sé qué le harán. Ni lo que le están haciendo en este mismo momento, mientras hablamos.

—Los rebeldes búlgaros o los propios policías le habrán quitado el pasaporte. No tiene ni idea de lo que se cotiza un papelito de esos hoy día. Un pasaporte puede salvar la vida de una persona.

—Pero todo es absurdo. Mi hermano no podía hacer nada malo. Sólo es periodista... —su protesta se apaciguó al revelar el otro dato—, aunque sin acreditación.

—Eso no le ayuda, desde luego.

Beresina sentía fiebre cada vez que imaginaba a David tendido en un calabozo mugriento o sometido a algún interrogatorio criminal. Pero Dick contuvo sus arrebatos con un gesto.

—Entienda una cosa: Si la policía deduce que usted ha intervenido en la liberación de un espía extranjero, se va a encontrar con problemas de verdad. No debería bromear con la seguridad nacional en estos tiempos.

—No me importa —declaró, irritada.

—Tranquílcese, princesa. Este asunto, por doloroso que le resulte, debe tomarlo como lo que es: un problema complicado.

—¿También usted va a soltarme un discurso, como ese miserable de Ozabán?

—No, más bien al contrario. Soy yo el que quiere oírle, princesa.

—Y no me gusta cómo pronuncia ese nombre. No nací con el título. Me gano la vida desde los dieciséis años.

—Precisamente eso es lo que no encaja. Usted es inteligente y hermosa. ¿Cómo es que se casó con un duque ruso, uno de éstos que se pasean por este mismo local, echando de menos sus fincas y sus siervos y soltando pestes de los soviéticos que los expulsaron? ¿Por qué lo hizo?

—¿Cómo se atreve a preguntarme eso?

Ella se detuvo en una pose de protesta que quería ser arrogante, pero el enojo le caldeaba las mejillas. Dick hablaba en serio.

—Quiero saber que su proposición no es una trampa, que no es usted el

cebo para hacerme caer en una emboscada. Uno nunca tiene enemigos hasta que se encuentra el puñal en la espalda.

—Ya veo, una confidencia a cambio de un favor.

—Quiero saber por quién me juego el cuello.

El americano hablaba en serio. Iban a hacer un trato. Beresina suspiró, extenuada, como si la confidencia le obligara a profundizar demasiado en sus recuerdos. Se acercó a la ventana para buscar en la oscuridad exterior un velo de pudor.

—...Estaba harta de divertir a toda esa gente, de agasajar a todos esos ociosos a cambio de ir a sus fiestas o recibir sus regalos... Por una vez quise ser yo la que estuviera en el palco, la figura que destacara en las recepciones. Habrá oído que el duque era un anciano, y es cierto. Pero tal vez no le hayan dicho que era un borracho. Conseguí enamorarlo hasta donde era capaz de hacerlo un hombre disoluto como él. No hizo preguntas, ni puso condiciones. Yo tampoco había sido una santa, pero me casé con él. Y aunque no lo crea, me trató casi bien —el rubor encendió su mirada como una llama y le dio un matiz leonino al fulgor de sus pupilas—... ¿Está satisfecho?

—Sí. Necesitaba encajar las piezas de su historia...

Dick juntó las manos con la mirada en el suelo. También él era un continente inexplorado, pensó Beresina. Mientras más hablaba con él, menos le conocía.

—Voy a ayudarla, duquesa. Pero tengo una condición que imponerle y que no estoy dispuesto a negociar.

—¿Cuál es?

—Tiene que dejarme actuar a mí. Vuelva a su palacio o acuda a su restaurante habitual o a donde tenga que ir. Haga el tipo de vida que acostumbra y deje que yo me encargue del muchacho.

—Pero puede pasar...

—Le he puesto esta única condición.

—...De acuerdo.

—Oiga, aún no me ha dicho el nombre del pájaro que quiere volar.

—...David Alaya. Como supondrá, es un nombre español. No nací en Rusia, ¿sabe? Entonces, Dick, tenemos un trato.

—Sí. No me vendrá mal el dinero.

Se dieron la mano. Dick se había decidido a ayudar a la mujer porque la vio ofuscada y dispuesta a arrojarse de cabeza en la boca del lobo. O sea, de

Ozabán. Preocupado por la impaciencia que demostraba la mujer, no se detuvo a pensar en los problemas que acababa de asumir. La acompañó a la salida del local, no sin que el embajador Von Papen y el coronel Mordek se cruzaran en su camino, cuando se marchaban. Como Von Papen conocía a Beresina, la saludó, obligándola a fingir una desenvoltura que estaba lejos de sentir en esos momentos. El coronel de la Gestapo, achispado por el whisky, solicitó ser presentado y abrió mucho los ojos para admirar a la duquesa.

—Como todo guerrero que se precie, me declaro también un admirador de la belleza —le dijo con un taconazo y acercando los labios a su mano.

Ella agradeció con gentileza el halago, pero el embajador confesó que no esperaba verla en aquel local. Elisa no supo qué responder y Dick terció en la conversación.

—La duquesa me honra con su presencia de vez en cuando como un favor personal, sólo para dar un poco de prestigio al negocio. Aunque no con la frecuencia que yo quisiera. Por cierto, excelencia, ¿ha sido rentable la noche?

—Sólo para la casa, amigo mío, aunque imagino que lo esperaba —dijo Von Papen.

Los dos sonrieron, aunque ninguno de los dos había creído al otro. Mordek despidió con nuevos elogios y muestras de su lujuriosa veneración a la duquesa y Dick la acompañó hasta su coche. Cuando quedó solo con el embajador en el taxi, el coronel nazi seguía elogiando a la princesa.

—Menudo bocado se reservaba en Estambul, Von Papen. Me duele que no me la haya presentado antes. No está bien ser tan avaricioso.

—Mordek, ya sé que usted es un militar, pero no olvide que yo pertenezco al cuerpo diplomático, de modo que le agradecería en lo sucesivo que no empleara conmigo esas confianzas de cuartel.

El coronel rió con ofensiva contundencia.

—No se ponga tan remilgado, Von Papen. Después de todo, usted tiene la culpa de que yo haya venido a Turquía. En Berlín no están satisfechos de su labor aquí. Ya puede dar gracias de que al menos la Operación Cicerón vaya sobre ruedas.

—Este no es un buen lugar para hablar, coronel —dijo Von Papen, mirando al taxista.

—¿Teme que entienda alemán? Estamos seguros, no se preocupe. Y nuestra visita al café Estambul ha sido fructífera. He salido satisfecho. Hemos podido contactar con el informador en el casino y además me ha

proporcionado la ocasión de conocer a la duquesita... Embajador, si sabe lo que le conviene, va a hacer todo lo posible para concertarme una cita con ella.

En el Café Estambul, Dick subió de nuevo a su despacho, donde acudió su fiel camarero Otto, silbando alegremente y haciendo temblar al caminar su pelo rizado y blanco que recogía tras las orejas. Retiró los vasos, pero, al contrario de lo que esperaba, encontró a su jefe meditabundo sobre el despacho. Trató de confortarlo con su tono más bonachón.

—Ha sido un placer ver a la señora por aquí. Ahora comprendo por qué la llaman la princesa de Estambul.

Esto hizo sonreír a Dick.

—Veo que los cristales no se te han empañado, amigo. Pero me temo que esa mujer tiene problemas auténticos.

—Pero ¿es que tiene problemas la señora?

— Más de los que se imagina. Y nada menos que con ese tigre de Ozabán. Además anda por medio el zorro de Kosmider... Tu princesa se va a meter en un buen lío, Otto.

—¿Y qué vamos a hacer?

—¿Hacer nosotros? Bueno, tú sigue abajo llenando las copas, por el momento. Mientras más beban nuestros clientes más jugarán. Y eso no puede perjudicarnos.

—Oh, justo cuando me intrigaba.

Otto se fue renegando de esos jarros de agua fría que su jefe le echaba, pero Dick detuvo el cigarrillo en el cenicero un instante y miró a la puerta por donde se había ido Beresina.

— Alguien debería echarle una mano a esa mujer antes de que se tropiece con más piedras de las que pueda sortear.

Cartas desde el infierno

El descampado ascendía hacia una hilera de tambaleantes casas en cuyas ventanas parpadeaban candiles y bombillas. Estaban en la orilla oriental de Estambul, Escudari, y el continente de Asia se extendía al fondo como una gruta sin fin. Aunque ni en sueños cumplía aquel suburbio con la idea de Estambul. El alumbrado se había hecho esperar tanto que la noche cayó encima del mundo con todo su poderío, hasta dejarlo negro como tinta china. Eso permitió otear en el cielo la Vía Láctea, titilando intranquila y revuelta como un peregrino sin rumbo. Al fin, unas pocas farolas comenzaron a brillar con desgarrada pereza y Kosmider pudo ver mejor la cara del hombre que le seguía.

A pocos pasos de él, caminaba Kim Philby, el agregado de la embajada británica al que había conocido cenando en el palacio Beresina. Entonces le había tomado por un tipo apocado al que parecía intimidar la etiqueta. Abotonado hasta el cuello, fue un invitado remolón que se limitaba a beber, mientras el embajador sir Hugo sudaba para extraerle respuestas con sacacorchos. Pero le acompañó su esposa, Nadine, una dama inglesa de ojos clarísimos en los que se agazapaba la tristeza, a pesar de lo cual se mostró cordial y cálida con Kosmider. El profesor no entendía cómo se había casado esa mujer con aquel flemático.

Por eso, la última persona a la que esperaba encontrar cuando Kosmider acudió al Consulado a la hora en que cerraban las oficinas era Kim Philby. Lo halló sentado en el sillón del cónsul, a solas, sonriendo con una confianza que resultaba ofensiva, puestos los pies sobre el escritorio. Dijo que se había jugado la misión a los dados con un compañero y él había perdido. De modo que le tocaba sacrificar la noche libre.

Más que resignado, parecía divertido; no lograba ocultar una ironía que resultaba el peor disolvente, como si se burlara de Kosmider y despreciara de

antemano cualquier empresa que pudiera proponerle.

—Prepárese para salir. Debemos encontrarnos con una persona en secreto —le instruyó Kosmider—. Una persona de otra embajada a la que no conviene que vean con nosotros.

—Entiendo. No da mucho prestigio tratar a un agregado cultural y a un escritor de novelas baratas, ¿No es eso?

—Hay espías por todas partes, Philby.

—Bah, en un país neutral ¿qué puede pasar?

—Sólo son neutrales los muertos. ¿Va a venir o no?

—Claro. Tengo curiosidad por ver a su misterioso duende. Alguien que se juega el cuello por hablarnos.

Lo expresó con demasiada sorna. Entonces supo Kosmider, o más bien intuyó, que Kim Philby no era trigo limpio. Algo en su sangre le alertó para que huyera de él como del diablo. Pero Kosmider se debía a su palabra. No se sobrevive cuatro años entre espías y agentes dobles si uno no cumple sus compromisos. Debía hacer su trabajo.

Cuando salieron a la calle y comenzaron a caminar por los cuevas de Gálata, Kim se volvió aún más sardónico y dicharachero. Parecía un colegial saliendo al patio del recreo. Insistió en detenerse en un par de tabernas a tomar unas copas y disfrutó del viaje en barco por el Bósforo más que un turista. Se burlaba de los perros callejeros, de los vendedores de frutos secos, del frío que arreciaba, de los carros y coches que se amontonaban en los cruces... Y más aún de las cautelas de Kosmider, que trataba de pasar desapercibido y cerciorarse de que no le seguían.

—Venga ya, Kosmider. ¿Es que ni siquiera puedo comprar unas castañas? No sea tan avaro, hombre.

—No se esfuerce en halagarme. Y no hable tan alto en ese idioma suyo tan condenadamente europeo... ¿Por qué no intenta pasar desapercibido?

Pero el inglés se divertía con sus precauciones y silbaba al caminar.

—Maldición, Kim. ¿Quiere que todo el mundo sepa que somos extranjeros? Intente confundirse con el paisanaje o parecer un turista al menos.

—¿Por estos callejones? ¿Paisanos con nuestros abrigos caros? ¿Turistas en este frío? Y dice que el despistado soy yo...

—Veo que se vuelve parlanchín con el licor... Admirable.

Se apartó un poco de él y trató de caminar solo, pero Kim se reía más. Así llegaron a aquel descampado con pinta de vertedero que la noche

coronaba y lo cruzaron para entrar en un edificio de tres pisos. Subieron una escalera comunal, prodigio de humedades y hedor a orines de gato, con la ayuda de una bombilla que desde algún lugar contaminaba de sombras y pesadumbre el recinto. En la última planta, Kosmider golpeó tres veces una puerta con los nudillos y al otro lado se oyó una aceleración de pasos, en sordina.

—Le va a gustar la contraseña, Kim —dijo Kosmider. Acercó la cara a la puerta y habló a media voz—. Ábrete, sésamo.

Pero nadie contestó. El picaporte cedió a la mano de Kosmider y ambos entraron en una salita donde una lámpara amortiguaba el rencor de los muebles a la suciedad. Aún no se habían decidido a explorar la otra habitación del apartamento, cuando alguien entró tras ellos y cerró la puerta.

Un hombre corpulento, de rostro ancho bajo un gorro de piel, con un abrigo de cuero negro y botas militares, les apuntaba con un revólver.

—Salud, camaradas —dijo con acento ruso, al tiempo que alzaban las manos instintivamente.

—Capitán, soy yo, Kosmider —dijo el profesor, con el aspecto indefenso de un gorrión mojado—. He venido con un inglés, como le prometí.

—Yo quería ver al Cónsul o a su secretario. ¿Quién es éste?

—Un agregado cultural de la embajada. Se llama Kim Philby.

—Cultural, ¿eh? ¿Cómo sé que no es un maldito espía?

Ahora sólo le apuntaba a Philby, cuya palidez se volvió dolorosa como la de un pergamino antiguo. Pero éste bajó las manos con una sangre fría que Kosmider admiró e improvisó una mueca que ni de lejos se tomaría por sonrisa.

—Ahora entiendo —dijo Philby.

—¿Qué es lo que entiende? —preguntó el ruso.

—La historia más vieja del mundo. Un soldado que quiera cambiar de bando.

El capitán amartilló el revólver.

—¿Cómo sé que no eres un espía?

—Lo mismo puedo decir yo, ¿no le parece?

El capitán sonrió y se guardó el revolver en el cinto para dar una palmada en el hombro de Philby.

—Tiene agallas el inglesito. Lo celebraremos. Soy Konstantin Paulovich Volkov, secretario militar de la embajada soviética.

Les invitó a sentarse a la mesa con un brusco ademán y les sirvió vodka en unos vasitos tan arañados que parecían recubiertos de telarañas. Se sentó él también y miró a los recién llegados con detenimiento. El capitán tenía un ojo verde y el otro castaño, lo que daba a su mirada el aspecto de una penosa floración en un monte de carne enrojecida, porque los colores le subían a la cara como una marea intermitente. Se quitó el gorro y mostró cicatrices en su frente que se perdían en la mata de pelo gris. Unos tragos más tarde, Kosmider se atrevió a hablar.

—El camarada Volkov es un hombre de palabra. Y nos ha traído aquí para hacernos una propuesta.

—Sí, una oferta, como dirían ustedes los capitalistas —se rió el militar de forma borrascosa. En sus manos el vaso parecía un dedal—. Les ofrezco información muy valiosa si hacen algo por mí.

—¿Qué información?

—No, camarada agregado. Antes discutamos el precio. Quiero asilo político en Inglaterra para mí y otra persona.

—¿Va a abandonar la madre Rusia ahora que más le necesita?

—La madre Rusia ha muerto, ¿no se ha enterado? Y con ella casi toda mi familia. Por eso quiero emigrar a un clima más sano. Y ustedes tienen que ayudarme.

—Tengo que consultarlo... ¿Qué información ofrece?

—Puedo hacerme con la lista de los espías rusos infiltrados en Inglaterra. Les resultará interesante. Dos trabajan en la Oficina de Exteriores. Y uno dirige una organización de lucha contra el espionaje... Imagino que con esa información podrían limpiar su servicio de inteligencia. ¿Le interesa?

—Suená bien. Brindemos por eso.

Cuando no quedó más vodka en la botella, los dos invitados se levantaron con cierta lentitud, proclives como se sentían a tambalearse, mientras que el capitán ruso parecía más coloradote y animado que nunca.

—¿Quién es esa otra persona que quiere llevar con usted? —le preguntó Kim Philby.

—No es de buen jugador mostrar todas las cartas. Espere al final de la partida, camarada.

Les estrechó la mano con su zarpa de oso y así salieron los dos vacilantes extranjeros al frío de la noche. Kosmider quería regresar enseguida a la orilla europea, pero Kim Philby se detuvo. Propuso esconderse tras una esquina para aguardar a que saliera el ruso. No tardaron en verlo aparecer y

no caminaron mucho rato tras él por aquellos andurriales suburbanos, porque en una esquina abandonada al guiño caprichoso de una farola lo aguardaba un coche. De él bajó una muchacha cuyo cabello rubio transparente formaba como un nimbo alrededor de su cara. Sujetó al capitán y los dos hombres admiraron la belleza de sus rasgos, donde destacaban sus labios carnosos como si el silencio inocente de la piel tratara de florecer en una rosa voluptuosa. Con ceño de preocupación, cargó sobre sus hombros al borracho y lo metió en el vehículo. Los dos observadores pudieron apreciar la ingenuidad, la sencillez, el desprendimiento ausente de todo cálculo que emanaba de sus actos.

—Imaginé que el capitán Volkov no había venido solo —habló Kim, o más bien pensó en voz alta, efecto del vodka—. ¿Qué pinta aquí esa chica? ¿Y nos habrá visto entrar cuando nos reunimos con el ruso?

—¿Qué importa? Sólo es una criatura. Pero el capitán Volkov tiene suerte si ha encontrado una novia así —dijo Kosmider, melancólico.

Ya solos en aquel lugar que parecía cuna del abandono y la tristeza, volvieron sobre sus pasos de camino al Bósforo.

—Si todo sale bien, esta misión puede ayudarle a subir muchos peldaños, Philby —dijo el profesor, cuando el silencio entre ellos se volvió demasiado denso.

—¿Se fía de un desertor soviético que casi le envenena con vodka de barril?

—Bueno, se ha jugado el cuello para vernos en secreto.

—Jugarse el cuello... Ya...

—Bueno, no tenía pinta de ser un espía que quiera meternos en un lío.

Kim, aburrido ahora, trató de animarse o tal vez quitar hierro a su mal genio de antes.

—Usted es novelista, Kosmider. Dígame; ¿cómo se puede distinguir a un espía?

—Lo llevan escrito en la cara, aunque no quieran... Porque les han entrenado para aguardar sin fin y, en un segundo, hervir de cólera. Y ya se consume de impaciencia o sienta fuego en sus entrañas, no debe expresarlo. Alguien preparado para ejecutar la tarea más infame en cualquier momento, en frío, sin aviso. Ese infierno se acumula en la mirada por mucho que alguien se empeñe en fingir que no pasa nada. Todos los gestos se pueden alterar, pero no el rescoldo que queda en los ojos.

—Lo que me faltaba. Un comunista hablando del infierno.

Un carro pasó ante ellos con la lentitud de un caracol moribundo y no se sabía si el caballo acabaría por derrumbarse. El arriero debía estar cansado de masticar un filete duro como una suela y lo arrojó a los perros que le seguían. Los chuchos callejeros tienen una única patria: la mano que les echa la comida. Ahí pertenecen. Ondea la bandera, el alimento, y todos menean la cola y alzan la cabeza marcialmente, dispuestos a recibir la arenga. Luego luchan entre sí por el honor, forcejean; adolecen de exceso patriótico.

—Por cierto, Kosmider —le dijo el inglés, cuando tomaron el barco en el muelle, que recibía en soledad el viento con la nostalgia de un sábado lluvioso—. ¿Por qué un comunista ayuda a un soviético que quiere desertar?

—Soy demócrata... —contestó ofendido, pero su estado de ánimo le volvió imprudente—. En cambio, he oído que usted es amigo de fascistas. Que estuvo en la guerra civil española y los rojos hicieron estallar una bomba en su coche. Entonces Franco le puso una medalla.

—Ya ve, dos tipos tan distintos como nosotros, afrontando juntos los peligros de esta noche. Milagros de la guerra... ¿No le da que pensar?

—Bueno, no hemos corrido tanto peligro.

—Yo no, desde luego —dijo Kim Philby.

Sólo entonces adivinó Kosmider el bulto de una pistola bajo la chaqueta de Philby. Su última respuesta había sonado a amenaza. O tal vez el inglés hubiera hablado en broma con su media sonrisa, pero era una posibilidad tenue como la luz de una luciérnaga. El profesor se sintió aliviado cuando se despidió de Kim Philby a altas horas de la madrugada, frente al Consulado británico.

Kim entró allí y redactó su informe. El secretario del cónsul le llamó por teléfono para preguntarle si el informador ruso era una fuente fiable.

—Era un agregado militar soviético, señor. Un tal Volkov, pero no tenía nada importante que decir. Falsa alarma.

—¿En serio? Creí que Kosmider tenía buen ojo para estos asuntos.

—Supongo que ese agregado se creía más listo que nosotros y quiso ver si nos sonsacaba alguna información. Ya sabe cómo son esos soldadotes rusos, unos valentones sin cerebro.

—De acuerdo, Kim, redacte el informe y márchese a dormir.

Ya asomaba el día sus alegres rayos por las esquinas entumecidas de rocío cuando Kim salió del edificio y regresó a su hotel. No halló a su esposa Nadine en la habitación. Sabiéndose solo, Kim echó el cerrojo por dentro e inició un minucioso registro por los cajones, maletas y el ajuar de su esposa.

Siempre lo hacía, no se fiaba absolutamente de nadie, nunca. Exhaustivo pero sin pasión, buscaba posibles escondrijos, huecos, intersticios donde cupiera cualquier documento u objeto oculto. En el fondo del armario, encontró una caja de zapatos debajo de una sombrerera de piel. Había un par de tacones rojos, envueltos en papel y aún sin estrenar, pero en el fondo de la caja distinguió un papel doblado dos veces. Lo extrajo con cuidado y vio que parecía una carta escrita a bolígrafo azul, en español. Kim se acercó a la ventana para leer. El espíritu que impulsaba aquellas palabras estaba tan lejos de sus pensamientos que no parecía sino venir de un mundo paralelo al suyo, no pertenecer al mismo cielo que los iluminaba a él y al que redactó la cuartilla.

“Querida Nadine:

Esta noche siento que es la antesala de una nueva vida, como un preámbulo oscuro antes de que el sol inunde el mundo. Nunca me he sentido más solo, pero a la vez ilumina mi interior algo que desconocía y que brilla con el débil placer de la esperanza. En esta hora de penumbra y presagios necesito sincerarme contigo y también conmigo, que cada palabra escrita salga de mi corazón.

Por mucho que me interrogaras, no quise discutir mis propósitos porque la porfía sólo habría restado placer a las pocas horas que pudimos disfrutar juntos. Además ya habías tildado mis ideas de imposibles. Siempre tan práctica, Nadine. ¿No sabes que el imposible es la novia de la humanidad? ¿Qué todos aspiramos a alcanzarlo?

Si el amor algo puede, tienes que perdonarme o siquiera tratar de comprenderme. Esta hora de desazón trae también un aliento de resurrección y una nueva piedad emana de mí porque puebla el universo todo, que yo creí vacío hasta ahora. Cuanto emprendí o soñé antes, parece que flotara en un limbo de cosas sin valor y gestos inútiles. Tengo la sensación de a lo largo de mi vida sólo me dejaba llevar, arrastrado por la corriente, sin involucrarme. Que he sido egoísta.

El David que conociste en aquel teatro de Nueva York sólo era un gacetillero pretencioso. Ojalá hubieras conocido a esta otra persona que había dentro de mí, alguien comprometido con un ideal, que se enfrenta al destino y le planta cara. Yo vivía como la leña en la leñera, esperando que

una mano humana se acordara de mí para hacerme arder en el fuego de la verdad.

Quizás entonces nuestra relación hubiera tomado otro rumbo y tú no seguirías atada a un marido que te ignora ni yo saldría corriendo en busca del peligro y la muerte. Pero si todo ha tenido que ser de esta manera, doy gracias al cielo de haber podido conocerte. Al menos sé que no todo mi pasado pertenece al olvido por la alegría y la ternura que me has regalado, Nadine. Me confortas como una prueba de que el paraíso existe, aunque no lo haya merecido.

Recuerdo cómo caía la nieve tras el escaparate mientras charlábamos en aquel café de la quinta avenida. Nos acurrucábamos de frío, la estufa fallaba, y fuera los chicos corrían bajo el entoldado en dirección a la pista de patinaje. Cómo nos reímos del estreno de esa revista patriótica que vimos en Broadway, donde los enemigos no merecían ni un decoroso mostacho y la bandera ondeaba a cada mal viento que pasaba. Nos reímos tanto. Y allí estaba yo en el café, contigo, escribiendo la crítica para el periódico: “Broadway ha abierto un nuevo frente donde tal vez no podamos ganar.”

Si pago ahora el dolor de nuestra separación, lo asumo porque no se puede nacer si no se muere de la vida anterior. Me despido de tu piel, de la claridad de tu nombre, digo adiós a tu pelo, donde me zambullía hasta desgajar mi alma de certezas. Ya no nos buscaremos en las callejas oscuras ni nos ocultaremos allá donde sólo una estrella perdida, quizás Venus, nos miraba. Ay, tu voz, tus piernas montaraces, incandescentes. Nunca nos citábamos para la noche siguiente, pero sabíamos que volveríamos al desorden de la búsqueda sin tino, del reencuentro a toda costa.

Cuando tu marido, ese tipo extraño con un nombre más raro todavía, Kim, fue enviado a Francia y luego vino aquí, a Estambul, te seguí ciegamente, dejando atrás obligaciones y trabajo. Figúrate qué unido me sentí y qué extraviado he andado para el resto del mundo. Y eso no era justo para ninguno de los dos, ahora lo veo.

Fue necesario que viera las penurias de la Francia sometida, tan falsamente llamada libre, de las injusticias que salpican el mediterráneo y las miserias que padecen los refugiados que malviven aquí en Estambul, para que mi desidia recibiera la bofetada que merecía y mi indolencia muriera de vergüenza. No se puede bromear en las fauces del mal. Hay que combatirlo.

Debo tomar parte. Si el mundo se ha vuelto loco, no me queda otra

opción que tratar de reconducirlo a la sensatez con las fuerzas de que dispongo. Todos debemos poner nuestro granito de arena a favor de la libertad y la felicidad humanas. No basta con esperar que exista algo mejor, hay que luchar para descubrirlo y que otros lo disfruten.

He acabado con mis hábitos de contemporizar o cerrar los ojos ante la crueldad humana. Recordar cuanto no he hecho resulta incluso humillante, Nadine, entiéndeme. Tengo que buscar la verdad, hallar mi voz en ella, y si no me das tu aprobación, concédeme al menos tu benevolencia, mírame con buenos ojos en el último momento.

Mi recuerdo, lo mejor de mi pasado, lo único que mereció la pena de mi anterior vida,

David Alaya”

Cuando los ojos de Kim Philby terminaron de recorrer aquel carnaval de adúlteras confesiones, volvió a doblar el papel y lo dejó tal y como o había hallado, guardado en el mismo escondite. Comprobó que en la habitación no quedaban vestigios del registro, quitó el cerrojo a la puerta y fue a tomar una ducha.

Ya se había puesto el pijama cuando llegó su esposa de la calle. Venía nerviosa, casi alborotada y se diría que lo último que esperaba encontrar era a su marido en casa, porque su palidez la delató mejor que cualquier balbuceo o gesto. Pero Kim Philby se limitó a lavarse los dientes y preguntarle si había bajado a desayunar. Ella dudó antes de confirmarlo. De pronto, la escena repetía la de cualquier mañana en el matrimonio Philby en que el marido hubiera madrugado. Ella casi se ofreció a llamar para que le subieran a Kim un desayuno, aliviada de hacer algo con unas manos inquietas que parecían dispuestas a delatarle, pero él dijo no necesitar nada. Sólo se preocupaba porque la notaba últimamente más delgada. Debía ser cosa de los nervios, como siempre. Nadine asintió, dócil.

Kim se dirigió a la cama, entrecerrando los ojos. Sus silencios podían volverse retumbantes como una catedral y eso la exasperaba. Pero se detuvo un momento a su lado, como si acabara de ocurrírsele algo.

—Podías llamarme a las tres de la tarde, ¿te importa? O mejor no, déjalo... ¿Sabes qué? Pondré el despertador.

Así desapareció tras la puerta del dormitorio. Nadine cayó en el sofá extenuada y suspiró. Se sentía tan tensa, tan desamparada junto a su esposo... y más ahora, que David se había ido. Pero además llevaba horas pateando las comisarías de la ciudad. La noche anterior había leído la noticia de un español detenido en la frontera de Bulgaria y le dio un vuelco el corazón. No podía tratarse más que de David Alaya. Aprovechó la ausencia de su marido para indagar el paradero del detenido, y se confirmaron sus temores, pero le negaron verlo. Fue al ministerio, al consulado americano... todo inútil. Y entonces surgió el dilema de cómo ayudarlo sin llamar la atención. El desasosiego la mantuvo en vilo, sonámbula, por las oficinas abiertas a primeras horas de la madrugada y la comisaría de guardia.

Se sentía agotada, y peor aún, inútil en esta hora de tribulación para el pobre David. No sabía si lo torturarían, ni menos aún cómo disimular su propia cólera, su impaciencia ante un marido meticuloso como Kim. Casi temía echarse a dormir en el sofá, que era lo que le apetecía, rendida como estaba. Quizás fuera más apropiado limpiar las habitaciones, a ver si la actividad aplacaba un poco su inquietud. Retiró objetos y prendas, pero aún andaba demasiado confusa para saber bien lo que hacía. Andaba de aquí para allá como un pollo sin cabeza. Y entonces se le cayó la chaqueta de su marido al suelo. Al recogerla, vio en el suelo un papel con la letra de su marido, que parecía una carta. Kim nunca le contaba nada, pero jamás le había visto escribir ni una esquila. Fue la extrañeza la que puso sus ojos en aquellas palabras. Y de repente, cuando leyó las primeras líneas, ya no pudo detenerse hasta el final.

“Mimí de la Rochel

Rue de Grenelle, 5. París.

Visión angelical, demonio tierno, Mimí:

Otra vez te echo de menos, malvada adorable, y reclamo lo que no puedes darme: a ti.

Lo que veo ahora quizás te incomode: una chica en el balcón de enfrente, quizás de tu edad de entonces, unos doce años, bella y traviesa.

Kilómetros sin fin me separan de ti, pero esta doble tuya, esta encarnación del pecado, la tengo ante mis ojos.

Oprime sus pechitos incipientes con la regadera y luego se agacha —

faldita escasa— a mirar las plantas en sus macetas, que toman el aire, como sus piernas, sin permiso.

Veo su piel casi tan blanca como la tuya, pero sus ojos no son azules ni prometen el cielo como los tuyos.

Vivo persiguiendo lo prohibido, tras turgencias inconfesables y prendas que me están vedadas...

Ahora sé que tú tienes la culpa por darme a probar unos labios que la sangre aún no había llenado del todo, que prometían un paraíso sin completar aún.

Alardeabas con tus rodillas inquietas, temblando bajo mis manos expertas.

Pillina colegiala, que saltabas el recreo para buscarme.

Aún cosquillea tu risa en mis oídos, nena.

Soñabas con que interpretabas una película, pero esa ingenuidad te servía de ariete para destruir mis defensas.

Ay, cuando madures ¿qué Mimí saldrá de tu crisálida y revoloteará — mariposa cruel— sobre mis sueños nocturnos?

Revolotearás, eso seguro, como haces ahora a la hora sacrílega de la medianoche.

Sudo entonces de dolor, del hastío de una vida despreciable.

El lecho me quema si no lo comparto con tus travesuras, si no me sonrías.

Apágalo, o apágame, aleteando como una paloma que alivie esta llama.

La chica del balcón no sabe parecerse a ti, su sensualidad es terrenal, no toca al orden celeste como tu depravada sonrisa.

Obtiene de tu misma edad sólo la esbeltez de la figura, el palmito ostentoso, los brazos delineados.

Sin embargo, carece de tu osadía, tu desvergüenza, tu precocidad.

Interpreta gestos que no sabe a dónde conducen.

No se acerca a tu misterio de pícara novata.

Garabatea sus actos, no los firma de un plumazo como tú, Mimí.

La muy tonta sabe que la observo desde mi ventana abierta ¿estás celosa?

Está moviéndose de esa manera torpe de los que se saben mirados.

Se esconde, luego se asoma de nuevo, sonrío sin motivo, se recoge el pelo.

Está jugando con fuego, igual que empezaste tú.

*Si un día nos cruzamos por la calle, ¿qué pasará?
Ya sabes cómo empezó lo nuestro.
Dime qué debo hacer, si esperarte o no.
Esperarte se me antoja, por cierto, muy difícil.
Sobre todo porque no sé si tú lo haces.
Cuando recibas esta carta ¿se la leerás a alguien y os burlaréis del
viejo sátiro?
Una carta así merece ojos de buen entendedor.
Busca su destino como una flecha, como un enamorado poseído de
celos.
Rauda, veloz, inclemente.
Inflamada de añoranza, del vacío de unas manos que no pueden tocarte.
Ríe si quieres, comparte mi miseria con tus amiguitos sin corazón como
tú.
Alardea de tu conquista, de tu poder.
No me importa.
Un hombre acepta sus fracasos.
Esta derrota me satisface, porque me libera y a la vez me permite
sincerarme contigo.
Sirve para que piense en ti, nos une como un conjuro.
Tienes toda la vida por delante y la miras de frente, mientras que yo no
sé a qué dirección mirar.
Recuerdo nuestras conversaciones intrascendentes, carnales,
rabiosamente triviales.
Sólo eso ya demuestra que supiste engatusarme y sabes más de lo que
aparentas.
Has descubierto el vicio y la gloria al mismo tiempo...
O creías que tus caricias no abrirían males más hondos.
Mundos desconocidos que quiero explorar contigo.
Besos
Recuerdos
Esperanza
Soledad”*

Alarmada, como si los papeles se hubieran convertido en un sapo

ante sus ojos, un ícubo, una daga ensangrentada, Nadine los arrojó con repulsión de las manos y salió corriendo a la calle.

La ley del terror

Las murallas de Teodosio alargaban su dentadura acribillada, vencida por el verdín y las fechorías de la vejez, hacia poniente. La ciudad llevaba tiempo rebasando su barrera, empañada en extenderse como una alfombra. En uno de esos suburbios que se abigarraban caóticamente, la fiebre del crecimiento producía mil conflictos que apenas podía controlar la autoridad. Eso no impedía a los altos cargos aparecer con ostentación, porque en Oriente el poder siempre parece inexpugnable.

Muchos desarraigados y emigrantes se hacinaban al atardecer en un viejo almacén para ver las peleas de gallos. El general Ozabán a veces acudía hasta allí. Ocupaba el mejor asiento, lo custodiaban dos guardaespaldas y se hacía acompañar por muchachas que sólo conocían las ingratitudes de la miseria y de la lujuria al contado. Las manos del gerifalte acariciaban turgencias que la naturaleza había creado con propósitos menos lascivos. Mientras, el populacho vociferaba alrededor del coso de arena, donde dos gallos revoloteaban en busca de la muerte. En su frenesí por seguir respirando, agitaban las cuchillas atadas a sus espolones y levantaban una polvareda que se mezclaba con el humo, mientras los azuzaban sin parar y los billetes cambiaban de manos.

Los habitantes de extramuros arrastraban sus sandalias y ropas llenas de piojos para festejar el ansia común de sangre y se complacían con las plumas astilladas, bajo la mirada satisfecha del poderoso, un general al que reverenciaban como si sus privilegios formaran parte del mismo mundo. Ozabán a veces se permitía agasajarlos con una limosna o un gesto de condescendencia. No iba por el irrisorio dinero que allí se jugaba, aunque recibía como un buen auspicio las apuestas vencedoras. Lo que le gustaba era saborear su poder sobre aquella chusma, sentirse dueño y señor de todos

ellos. Mientras contaba las últimas ganancias casi con el júbilo desinteresado de un colegial, vio acercarse nada menos que a Dick el americano, el dueño del Café Estambul.

Dick fumaba con cara de estar de vuelta de todo aquello y se movía con aire tan relajado que la chaqueta parecía su segunda piel. Se sentó junto al general, cuando una de las chicas obedeció y se retiró.

—Vaya sorpresa. Dick el americano. Cuánto tiempo sin verle por aquí. Pero me trae suerte. Estoy contando los beneficios de la última apuesta.

—¿No se cansa de ganar siempre? —contestó Dick con un aburrimiento que venía como de un año atrás.

La insolencia del americano ofendía a Ozabán, acostumbrado al servilismo general, pero también le intrigaba.

—¿Ha venido a apostar, Dick?

—Sólo si me aconseja usted. No sé por qué, imagino que posee mejor información sobre esos gallos que los demás.

—¿Me acusa de abusar de mi posición?

—Digamos que me fío de su intuición.

—Hace bien. Yo digo que va a ganar el negro.

Así ocurrió, el plumífero con alas de cuervo rebanó el cuello de su oponente al alzarse en un salto espasmódico y el decapitado disparó un arco de sangre en medio del polvo, corriendo por unos instantes por la arena, mientras los billetes arrugados circulaban deprisa y la algarabía crecía hasta la aclamación, mezclada con protestas. Los criadores metieron en el coso dos jaulas de madera y sacaron nuevos combatinetes a los que se quitó la caperuza que les cubría los ojos. Dick vio el dinero que entregaba el general al apostador.

—Venga ya. Gasta más que eso en propinas.

—Lo que importa es la excitación de entregarse al azar. Y una victoria siempre atrae buenos presagios. ¿O tampoco cree en la suerte?

—Vaya, de modo que cree en la suerte. Pues entonces ha dado en la diana, amigo. Hoy le sonrío... Con mis saludos —sacó del bolsillo de la chaqueta un papel y se lo entregó al general, que lo miró con desconfianza.

—¿Qué es esto?

—Ya lo ve. Estoy seguro de que desea ayudar a un joven que está en la cárcel sin más motivos que haber sido víctima de un robo de documentos. Pues ahora lo tiene fácil. Enhorabuena, general.

El general leyó el folio con evidente disgusto.

—Un certificado del Washington Post, el periódico americano... Aquí dice que David Alaya trabaja para ellos, que es su corresponsal en Turquía —volvió los ojos a Dick, casi con asombro—. Habrá movido muchos hilos para obtener esta milonga.

—¿Yo? Sólo soy el chico de los recados.

La suspicacia iluminó como una llama los ojillos de Ozabán, que bizquearon.

—¿Por qué hace esto? ¿Qué le debe a ese tipo para molestarse en ayudarlo?

—Cuando la suerte sonríe, no se hacen preguntas, general. Se disfruta. Usted lo acaba de decir. Ahora tiene la oportunidad de ser generoso, como estoy seguro de que era su intención.

La sensualidad que abotargaba la boca del general desapareció de repente y la malicia hizo presa en sus labios, en un rictus cruel que sólo disimularon sus bigotes de tártaro. El americano lo notó, pero continuó en su papel despreocupado.

—¿Yo? ¿Yo voy a ser generoso?

—Claro. Qué más da. Sólo hablamos de un periodista al que han tomado el pelo... No significa nada para nadie. Y usted suelta a docenas de tipos cada semana.

—No me diga más... Es amigo suyo.

—Su intuición es proverbial, así no me extraña que acierte con los gallos.

De nuevo corrieron las apuestas y el jolgorio, mientras un haz de brillos hendía la polvareda. Los focos envolvían el coso y dejaban a oscuras las paredes, que rezumaban sudor. Volutas de humo azul parecían colgar en racimos de la bóveda.

—Pues no será un viejo amigo. El chico llegó hace pocas semanas.

—Bah, siento pena de él —restaba importancia Dick al asunto—. Sólo es un muchacho que se ha extraviado. ¿A cuántos turistas les habrá pasado? Y no vamos a ahuyentar a nuestros visitantes. Creí que le interesaban las divisas.

—Se toma muchas molestias por un desconocido. Conseguir estos papeles, venir a buscarme... No conocía esa faceta humanitaria suya.

—Si se molestara en ponerse al día —dijo Dick, a quien le pesaba ya la suspicacia del general—, se habría enterado de que circula por ahí una teoría nueva. Dice que todo es relativo. Por cierto, sería bueno que leyera algo sobre

el asunto porque su conversación empieza a ser aburrida.

El general, aunque estuviera rodeado de secuaces, no intimidaba a Dick y se lo acababa de dejar claro. El propio Ozabán tuvo que cambiar de registro y sonrió con una mueca oblicua.

—Interesante teoría. La consultaré con el próximo occidental que vea... Tal vez la duquesa Beresina...

Esto lo dijo vigilando al americano con el rabillo del ojo. Pero Dick no movió ni un músculo. Su dominio de la escena exasperaba al general. El americano se limitó a fumar con la mirada fija en los gallos enloquecidos que chillaban y saltaban como marionetas rotas.

—Es extraño —siguió hablando Ozabán—. Usted que nunca ha movido un dedo por nadie, que no se preocupa de nada ni hace distinciones entre unos y otros, viene a mí a pedirme un favor, sabiendo que yo siempre puedo pedir algo a cambio. Y sólo por un muchacho que ni conoce. ¿Vale la pena echarlo a la balanza? ¿Es ésta la ocasión, Dick? Si me pide este favor, no podrá volver a pedirme otro... Quién sabe si más adelante me necesite para algo más grave que liberar a un turista.

—Vamos, general, sólo estamos aquí, charlando tranquilamente de la vida.

—Tal vez, pero no de la mía... Nos conocemos hace varios años y nunca me había pedido nada. ¿Qué se le ha perdido ahí, Dick?

—No he conocido a nadie que hable tanto en una pelea de gallos.

El celoso militar no pudo extraer ninguna confesión del americano, pero no le hizo falta para sacar sus propias conclusiones, sangrantes y letales como las cuchillas que se blandían en la arena.

—De acuerdo. Por mi parte no habrá problemas. Pero este asunto es más bien cosa del ministro...

—Ya he hablado con él y le he mostrado el papelito. Ha estado de acuerdo conmigo en que se trata de un malentendido.

—Qué trabajador se ha vuelto...

—Como veo que no me necesita... —se levantó— Esta vez apostaré por el gallo color canela. No olvide pasar por mi local. Tal vez la fortuna le sonría.

Ozabán simuló sonreír, pero su mueca era falsa como el ardor guerrero de las aves que se agitaban locas de pánico en la arena. Acababa de descubrir un competidor que no esperaba, un rival en su conquista de la duquesa. De repente ya no le satisfacía la carne dócil que congregaban sus manos.

Beresina, esa mujer llena de orgullo, de vida, lo trastornaba con su aura inaccesible. Sentía celos y algo parecido al dolor: la ausencia de lo que se desea puede quemar como la llama.

También Dick se sorprendió con la hostilidad del general. Se habían declarado la guerra en un instante, cuando él creyó que la solución del problema sería recibida con alborozo. Pero ya estaba acostumbrado a los desengaños. No había nada nuevo bajo el sol, un poderoso movido por la sensualidad intentaría despejarse el camino a costa de quien fuera. Lástima que eso implicara la seguridad de la duquesa Beresina. Si hubiera acudido a él primero... Pero no se podía cambiar nada.

Los pensamientos de los hombres no salen a la luz porque ésta prefiere la transparencia de la esperanza. Así, las tinieblas del rencor permanecieron ocultas durante la noche, agazapadas como las sombras bajo el parpadeo de las farolas y las linternas de barcos que trasegaban por el estrecho.

Por fin amaneció. También los calabozos recibieron noticia del astro rey, cuya alquimia devolvió el óxido y la mugre a las celdas. A David le despertó la tos de algún preso del pasillo. Oía los ronquidos torcidos por la distancia y eran tan numerosos que el lugar parecía un taller. La novedad que le circundaba absorbía su atención y le desesperaba, tanto que las horas pasaban volando.

—De modo que esto es ser traicionado —se decía—. Así se siente un hombre cuando ha confiado en quien no lo merecía.

Desde que le había visitado el profesor Kosmider con la noticia de que su hermana Elisa iba a mover los hilos en secreto para ayudarlo, el disgusto de que ella lo hubiera descubierto y le tomara por un desagradecido no pudo impedir que su ansiedad se diluyera como si le hubieran suministrado un calmante. Además, el profesor tenía un aire mundano que le confería aspecto de eficacia. Por eso creyó cuestión de horas salir de allí. Así que ahora su mente se ocupaba de su verdadero proyecto: vivir una odisea digna de ser escrita, como su ídolo Hemingway. Pero no estaba seguro de si las vidas se buscan o son ellas las que te encuentran.

Contra lo que había temido, sobrellevaba bastante bien las privaciones y miserias del presidio, donde las repugnantes raciones y una espeluznante visión de la higiene lo trastornaban. David creía que lo sometían a una sutil tortura, aunque en realidad le aplicaban el régimen penitenciario común. No se había detenido a considerar que estaba en un país muy pobre. Así que apretaba los dientes y soportaba las pruebas, sorprendido de su propia

resistencia a la humillación y las privaciones. Quizás no podía convertirse en héroe sin conocer antes sus límites. Se tomaría la cárcel como un entrenamiento para su nuevo destino. Las cucarachas, el frío, el inhóspito idioma, las carencias y la soledad le ayudarían a forjar el valor necesario para la aventura que le aguardaba.

La luz de la mañana doraba el rincón del camastro donde se acurrucaba David, que trataba de mantener caliente su cuerpo con una manta demasiado fina para su propósito y por la que se escapaba el calor como si lo cernieran hacia el techo. Distinguió entre el hedor a inmundicias habituales, olor a café, pero sólo era para los policías. No notaba cómo la pálida luz del día viajaba a través de la celda, bendiciendo en su pobreza los enseres...

* * *

AL WASHINGTON POST

NUEVA VICTORIA DE LAS PULGAS

Esta mañana me he enterado de que soy vuestro corresponsal en Estambul. Un corresponsal fantasma cuyos artículos pasarán directamente al olvido sin el entintado previo, sin la bendición del rodillo y la imprenta. Para celebrarlo, un profesor vienés me ha prestado esta máquina de escribir. Con ella redacto mi saludo. De vez en cuando debo enviar por telegrama algún artículo a vuestra redacción en Washington, acariciada a estas horas por la brisa de Maryland. Quizás mañana también. Ciudadanos, gentes libres que creéis en la justicia y la democracia: el mundo entero, la misma condición humana conspira contra vosotros.

Hoy mismo amanecí en una mazmorra, un cubículo infecto y devorado por la humedad. Había sido traicionado y humillado. Sin ducharme, compartiendo bazofia con las cucarachas, durmiendo al dictado de las pulgas. Mi delito fue confiar en que la guerra se libra en las trincheras. Pero esa es una labor gimnástica, casi deportiva, una sangría con fines curativos que se aplican a sí mismos los estados.

No, a mediodía iba a descubrir que el verdadero tablero es otro. Fui un

ingenuo creyendo que mi contribución serviría para algo en las trincheras del frente ruso. Si bastaron unos pocos bandidos para deshacer todos mis planes. Yo mismo me puse a tiro para que me robaran el pasaporte y las botas y me encarcelaran. Primera lección para sobrevivir a una guerra: roba. Amaneció el tercer día en la celda.

Trataba de olvidar un penoso desayuno, cuando un carcelero cuyo bigote desplegab a dos alas negras bajo una nariz de patata y que me agarraba del brazo con manos peludas me sacó del agujero y me llevó a una sala de interrogatorios. Sólo había una mesa y un par de sillas abandonadas a su propia humildad de objetos. En una pared, un extenso mapa de Estambul cubría las manchas de humedad. Me senté y contemplé el mapa, aquellas líneas y nombres circundados por el azul uniforme del mar mostraban una ciudad que apenas conocía. Desconcertado, intuí que ninguna cartografía podía cifrar la angustia de un hombre y que tal vez el mundo mismo fuera otro mapa, inmenso y vivo, cuyas coordenadas también ignoraba.

No tardó en entrar un oficial nazi, con su uniforme negro de la Gestapo. El guardia turco se cuadró ante él como ante un superior. El nazi me miraba con ojos helados, bajo la sombra de la visera.

—Soy el coronel Mordek, de la Gestapo —me informó, poniendo una bota en la silla.

En sus pupilas se podía congelar un volcán. No le respondí, pero se limitó a lanzar al aire una moneda con aire aburrido.

—Bien, Alaya —dijo—. Has sido detenido en la frontera búlgara, en un campamento de rebeldes comunistas, enemigos de Alemania. Eso ya lo sabemos. Lo que queremos que nos digas es quién te llevó hasta allí, cómo se llama tu enlace en Estambul. Te advierto que te conviene colaborar con nosotros.

—No tengo por qué contestar a nada. Usted no ostenta ninguna autoridad aquí; no tiene poder sobre mí. Turquía es un país neutral. ¿Quién se cree que es para entrar en una cárcel y amenazarme?

—Las preguntas las hago yo. Creo que no aún no ha entendido lo que ocurre, Alaya. Se lo repetiré otra vez: ¿Cómo se llama su contacto?

No me había enfrentado jamás a este dilema: delatar a un hombre. Y no es que me sintiera especialmente unido al pillo de Ríscar, que posiblemente me había traicionado, sino que de repente una delación hubiera desinflado como un globo la imagen heroica que tenía de mí mismo. Si no podía

comportarme como un buen compañero, ¿a qué demonios iba a la guerra? Sólo me quedaba la opción de la lealtad. Guardaría silencio, aunque me costara la vida. Todo antes que probar la vileza de la traición. Mejor negarlo todo.

—No sé nada de lo que me habla. No conozco a nadie.

El coronel Mordek insistió en que confesar me sería más saludable, pero renuncié a su conversación y le pedí al guardia que me condujera de nuevo a la celda, porque empezaba a considerar que no era tan mala la compañía de las ratas, después de todo. Este gesto inútil exacerbó la poca paciencia del oficial, que apretó la moneda en el puño y me golpeó tan fuerte que caí al suelo con silla y todo. El sabor acre de la sangre en la boca me despertó.

No me había dado cuenta hasta ese momento. La guerra no consistía en desfilar con los tanques; la guerra abarca el mundo entero. El combate se está librando cada día en toda la tierra. El frío suelo me acogió con su poder terapéutico, mientras recibía la iluminación. El coronel me había abierto los ojos al simple coste de un puñetazo. Si la gratitud puede combinarse con el desprecio, la sentí.

Estamos metidos en un conflicto sin fin, vivimos involucrados aunque no queramos saberlo. Yo había tratado de esquivar esa dura realidad cuando me fui a América, traté de cerrar los ojos, no ver lo que sucedía en todas partes. Tuvo que ser el maldito Mordek quien me estampó contra la cruda realidad. Y parecía dispuesto a continuar la lección, pero, para espanto del guardia sobornado, entró en la sala de interrogatorios un inspector turco.

Venía trajeado, peinado con una exacta raya y luciendo el ineludible mostacho nacional. Aunque no alcanzaba la estatura de Mordek, su indignación lo hacía parecer más alto y alzó la voz en turco para amonestar al nazi. El de la Gestapo dijo no entender y pasaron al inglés. Yo me incorporé con lentitud, sin terminar de confiar en nadie de los presentes. Si un guardia estaba corrompido, ¿por qué no el otro? Tal vez el superior sólo fingía una oportuna hipocresía ante mí. Su escándalo no me convenció y no me creí nada de la discusión. En una guerra, cada cual trata de salvarse a sí mismo. Pero no niego que fruncía el ceño ante Mordek con bastante convicción. Se dirigió a mí:

—Señor Alaya, sepa que pertenezco al cuerpo de policía de Estambul. Y le pido perdón por lo sucedido aquí. Ante todo, quiero que sepa que puede denunciar a este hombre por golpearle. Yo mismo confirmaré su versión y le

serviré como testigo.

—Qué conmovedor —respondí.

Una denuncia sólo podía significar trámites engorrosos y ganar más enemigos de los que al parecer ya tenía. No estaba dispuesto a añadir el insulto al daño. Atribuí mi caída al sueño robado por las pulgas y no salí de esa respuesta por mucho que el inspector se mostrara consternado y dispuesto a aclarar cualquier abuso que pudiera manchar las instituciones penales y por ende la administración de su país. Visto que la discusión no conducía a nada, el inspector se resignó a olvidar el asunto y se atusó la corbata antes de tenderme la mano y ordenar al guardia, al que luego reprendería, que expulsara de allí al coronel Mordek. Ni se inmutó al salir

—Nos veremos, rebelde —me dijo.

—Cuento los minutos —respondí.

El inspector no dejó de vigilar al nazi, mientras mi lengua comprobaba el daño en mis labios.

—Permítame presentarme, soy el inspector de policía Kemal Bey. Se me ha confiado la tarea de hablar con usted, lamentando por supuesto que sea en estas circunstancias...

Despidió al vigilante y cerró la puerta de la sala. Me ofreció asiento y él mismo se sentó al otro lado de la mesa.

—Durante su detención hemos recibido informaciones de lo más confusas y contradictorias. Y el hecho de que le hayan vapuleado dentro de la cárcel, me pone aún más alerta contra usted. ¿Qué oculta?

El inspector Kemal Bey no habría cumplido cuarenta años, pero lo avejentaba un rictus severo que agravaba su bigote conciso. El traje oscuro acentuaba la solemnidad de sus actos y le hacía parecer que guardara luto. Casi atisbé en él un prurito de decencia, aunque ya no me fiaba ni de mi intuición.

—Veamos... Le arrestaron en un campamento de comunistas búlgaros sin llevar encima pasaporte, lo que nos obligó en medio de una guerra mundial a considerarlo un espía extranjero. Han venido a visitarle dos personas, según el registro. Uno es Ríscar, un buscavidas de la más baja estofa capaz de revender a su abuela y otro el profesor Kosmider, un refugiado cuyas actividades tampoco son ningún prodigio de honradez. Lo más extraño es usted que ni siquiera ha pedido ponerse en contacto con el consulado de España. Sospecho que es comunista y tal vez lo reclame su país. Pero hace una hora recibimos un certificado de un periódico

americano, el *Washington Post*, declarando que usted es corresponsal en Turquía. Y lo más sorprendente ha llegado hace unos minutos: Una orden del general Ozabán exigiendo que lo libere. ¿Qué hilos mueve usted, señor Alaya?

¡Liberarme! Esas palabras insuflaron de aire mis pulmones. No me digné contestar al inspector Kemal Bey, la impaciencia me picaba como un escozor.

—¿Y adónde se dirigirá cuando salga de la cárcel? ¿A quién conoce en Estambul?

—De momento ya les conozco a ustedes.

—Un espíritu rebelde ¿eh? Bueno, si es cierto que es corresponsal, dígame, ¿cómo daría la noticia de su visita a nuestra cárcel?

—Una victoria para las pulgas.

—Aunque debo soltarle... Bien, digamos que me trago esa trola de que es un periodista acreditado. Eso significa que es un maldito entrometido. Manténgase alejado de los problemas o caerá de nuevo en manos del general Ozabán, porque su indulgencia es muy escurridiza.

—Ni siquiera conozco a ese general.

—No trate de salir del país ni se meta en jaleos, Alaya. Si esta cárcel le ha parecido dura, créame: en el lado asiático conozco prisiones mucho peores. Mi consejo es que consiga un nuevo pasaporte y salga cuanto antes del país. Ahora váyase.

Y así salí de la prisión. Lo que tenía ante mí ahora era una calle, una ciudad, un país, un continente, un planeta en permanente conflicto.

Encuentro y desencuentro

En el palacio de Beresina, cuyos jardines lamía el oleaje del Bósforo con rutinaria fiereza bajo la dolorosa linterna de un atardecer invernal, se aguardaba la llegada de David Alaya. Un par de jardineros había colocado luces a la entrada, casi señalizando el acceso al taxi que había de traerlo.

Elisa se atareaba en su tocador, nerviosa. Sus dedos calibraban los estuches, frascos y polveras con la falta de convicción de un tahúr sin racha. Esta vez no trataba de lucir despampanante ni aparentar sofisticación, sino justamente lo contrario, pretendía componer una imagen auténtica de sí misma, pero ¿cómo se consigue eso? Tal vez había llevado máscara demasiado tiempo. Temió sentirse desnuda sin sus habituales coartadas. No se encontraba cómoda con ningún vestido ni con el colorete o el peinado. Dejó las hebras sueltas caer tras sus orejas y rehusó los pendientes brillantes y la pedrería. Pero el espejo sólo le devolvía una imagen vacilante, un arcano que se le escapaba como la arena por los dedos, la distancia insalvable entre lo que aparentamos y lo que somos.

Ella, que había aprendido desde niña a valerse por sí misma y sobreponerse a la adversidad, no lograba embridar sus sentimientos. Ahora que iba a hacer algo tan sencillo como abrazar a su hermano, este gesto aparentemente trivial convocaba las contradicciones, desafíos y pasiones que habían forjado su destino.

Porque la princesa Beresina que veneraban en Estambul como símbolo de esplendidez, de gracia palatina, sólo era en realidad la hija extramatrimonial de una cocinera, el fruto de una aventura insensata con el hijo de los señores para los que trabajaba. La sirvienta fue expulsada de la casa y se marchó con su hinchado vientre delator al extranjero, donde se hizo pasar por viuda. De manera que Elisa nació pobre, aprendió enseguida el

valor del trabajo duro y saboreó a su pesar el feroz poder de las carencias, del anhelo insatisfecho. La figura del padre para ella sólo fue una sombra esquiva, que a veces se materializaba en unas remesas de dinero que llegaban al banco sin más explicación, con el silencio cobarde de su madre, que nunca quiso contarle nada más de aquel misterioso hombre que vivía en España.

Todo cambió cuando ella cumplió veinte años. Ya se ganaba la vida como concertista y profesora de piano en París, vivía en un ático de Montmartre, y hasta allí llegó el cartero resoplando con un sobre de España. Le escribía un adolescente madrileño que decía haber averiguado casi por casualidad que era su hermano. Contaba en su larga carta que su padre estaba casado y vivía en un barrio señorial de las afueras. David había sido el único fruto del matrimonio y se había habituado a la soledad, hasta el día en que interceptó un giro bancario por azar. Y se había alegrado un montón de saber que tenía una hermana, aunque viviera en el extranjero. Tan cordial y sincero se mostró que por una vez Elisa olvidó su resentimiento contra su padre ausente y respondió al chico. También su sentimiento de soledad se atenuó con el hallazgo de ese hermano alegre que hablaba el idioma de su madre. Tras acogerse a esa simpatía insospechada, ambos iniciaron una larga relación epistolar: se preguntaron y contaron todo, intercambiaron fotos, regalos, opiniones, dudas, temores. Se confesaron pequeñas miserias y debatieron las grandes cuestiones. Cartas prolijas y densas que establecieron una dulcísima complicidad, un cariño fraterno que a ambos confortó en aquel mundo desafortunado de las convenciones sociales. Nunca dejaron de escribirse, aunque tal vez los últimos dos años, se espaciaron las cartas por los avatares cotidianos que los embargaron y la tremenda distancia.

—El caballero ha llegado —le anunció el mayordomo a la duquesa, pestañeando.

Se había decidido al final por una sencilla chaqueta y una falda. Casi parecía una maestra, sonrió ante el espejo y ensayó un mohín de profesora regañona. Bajó con la jovial modestia de una institutriz a la sala del piano. Un clima de curiosidad se había propagado entre el servicio y tuvo que pedir a sus empleados que volviesen a sus quehaceres, satisfecha en realidad de conferir un tono de cotidianeidad a la velada.

Cuando entró en el salón y descubrió a su hermano, de pie ante la repisa de la chimenea, le descolocó su aspecto. No le habría reconocido. Parecía más alto. Su ropa arrugada y la sombra de su mentón testimoniaban las incomodidades de la prisión. Se dieron un breve abrazo en el que ella rozó

sus mejillas hirsutas y él apenas le correspondió. La observaba casi con aprensión. Su cabello alborotado dejaba al descubierto un ceño adusto. Mostró los dientes, sin lograr sonreír.

—Hueles bien —dijo David.

—Pues tú necesitas un baño. ¿No tenían duchas? Pero mira tus ojeras. ¿Es que tampoco te dejaban dormir?

—No hagas todas las preguntas a la vez, te lo ruego.

Su relación por correspondencia algo tuvo de inconcreto, de fantasmal, frente a esta minuciosa invasión de la realidad. Elisa, al ver tan crecido y adulto a su hermano, temió haber envejecido también a sus ojos. Había pasado demasiado tiempo desde la única vez que se vieron. El lenguaje ofrecía un espejismo de afecto.

—Te veo tan alto —se sintió mayor al decir eso—. Pero, antes que nada, ¿Cómo estás? ¿Qué te han hecho?

—Nada especial, no te preocupes. Estoy bien... Sobre todo aliviado por haber salido de ese agujero. Gracias por ayudarme, Elisa.

En su boca desertó una sonrisa y la maciza luz de las lámparas descubrió la incertidumbre que les abrumaba. A la primera efusión, mecánica, celerísima, había seguido el plomizo rigor de una conversación sin rumbo. No se dieron cuenta hasta mucho más tarde, casi al final del encuentro, de que el único lenguaje válido entre ambos iba a ser la sinceridad.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, David?

—Uf... Casi siete años.

—Qué distinto era todo entonces, ¿Recuerdas?

—Claro, París... ¿Qué fue de tus amigos? ¿Queda alguno en Estambul?

—No...

Su único encuentro tuvo lugar en la capital francesa, en el año treinta y seis. David había viajado en tren desde Madrid para asistir a la boda de Elisa con el duque de Beresina. Sólo recordaba del contrayente sus ojos fríos tras un ostentoso bigote. Le pareció demasiado anciano para ella, que acababa de cumplir veintitrés años y resplandecía en la flor de su belleza. David por entonces, en cambio, acusaba el acné y la delgadez de dieciséis años rubicundos, que lo hacían parecer incluso más joven. Había contado en casa que partía hacia una excursión de estudiantes, aunque tal vez su padre sospechó sus intenciones. La experiencia resultó una fiesta.

París le enamoró. Y también la chispeante desenvoltura de su hermana Elisa, a quien encontró convertida en una palmaria realidad, tan

despreocupada y aventurera como sonaba en sus cartas, aunque David comprendió enseguida que asistía a una boda de ventaja, y que la contrayente era más amiga de las diversiones que de atender los compromisos de unas nupcias de abolengo. Lo llevó de un sitio a otro, como si la vida entera consistiera en reír y conocer gente curiosa. A David le subyugaron los ritos y fiestas de aquellos nobles rusos expulsados de la madre Rusia por los bolcheviques, que se resistían a perder sus opulentas costumbres. El alma rusa, ese término tolstoiano que él imaginaba en trineos y palacios nevados, parecía consistir en beber como tiburones y bailar en medio de algazaras y estrépito, aferrados a ropas estrambóticas y gritos indescifrables. Pero Elisa fue feliz cada minuto que compartió con él y ese recuerdo seguía vivo en su memoria.

Ahora todo había cambiado. David se había acostumbrado a vivir en el extranjero, a deambular por países de tránsito y no se extrañaba de acentos y costumbres foráneos. Y a Elisa no la protegía como entonces la opulencia. La encontraba preocupada, vestida con un modesto primor.

Se habían despedido en la estación de París, años atrás, ella cubierta por un visón y llorando, él cargado de maletas con regalos absurdos y dirigiéndose a un país que ya preludiaba la guerra.

—¿Cómo has venido a Estambul y no me lo dijiste? —si Elisa pretendía quejarse, en su expresión sólo resaltaba la curiosidad.

—Lo cierto es que cuando lo decidí estaba a bordo de un velero y luego la travesía me mantuvo tan ocupado (no veas lo que es atravesar un mar en guerra), que no pude atender nada más. Luego, al llegar aquí, se me ocurrió de repente la idea de salir del país sin hacer ruido... Debo haberte parecido terriblemente egoísta, pero lo cierto es que no quería meterte en problemas, Eli —usó el cariñoso apelativo de sus cartas, aunque la magia no funcionaba fuera del papel.

Intentó mostrarse despreocupado, pero al fin y al cabo eran dos extraños. Su única intimidad real consistía en los recuerdos lejanos de una fiesta. Hasta el idioma castellano tenía una entonación distinta en cada uno, tras tantos años sin usarlo.

Para deshacer el silencio, ella le ofreció una copa con que brindar por la recién adquirida libertad. El ponche les permitió ganar tiempo. Elisa se sentó en el sofá estilo imperio y contempló a David caminar entre los estantes de la biblioteca.

—Ahora que estás libre, ¿qué vas a hacer?

—Uf... La palabra libertad es demasiado grande para mi situación. Yo diría que simplemente me han depositado fuera del calabozo. Pero no podré ir muy lejos hasta que no consiga un pasaporte.

—Mañana mismo veré al embajador. Conseguiré los papeles que hagan falta. Lo esencial ahora es ponerte a salvo. Has sido tan insensato...

David no respondió. Ella necesitaba saber lo que pensaba, sondearle. De otro modo, su relación daría palos de ciego. Casi empleó un tono de pregunta.

—Reconoce al menos que fue una locura.

—Es cierto, me equivoqué —respondió al fin su hermano. Pero pareció que extraía la frase afanosamente de un pozo. Luego, rehuyendo mirar a Elisa, se explicó—. Fui un idiota por querer llegar al frente armado sólo con unos cuantos ideales. Para prosperar en una guerra, hay que ser un canalla.

—¡La guerra, la guerra! —se impacientaba Elisa— En todas partes, no oigo hablar de otra cosa. En cuanto a ti, esperaba que hubieras sido más listo. Pero me temo que también te han arrastrado esos maniáticos que empuñan banderas para arrastrar a otros a que mueran. Sé listo, piensa en ti mismo, en lo que te conviene.

—Espera, no me entiendes. Admito que me he equivocado por precipitarme, pero no he dicho que haya fracasado de ninguna manera. Al contrario, me he demostrado a mí mismo que tengo valor. He afrontado el peligro de frente y no retrocedí nunca.

—¿De qué hablas? Que yo sepa, sólo has cometido una temeridad... David, intento comprenderte. Aunque no esperaba oírte hablar así. ¿Tanto te importa la valentía?

—No sabes cómo me sentí cuando dejé España. Todo lo que conocía y me había pertenecido se derrumbó, se hizo añicos ante mis ojos y lo único que hice fue escapar. Llevo demasiado tiempo cargando con eso.

—¡Lo único que hiciste! Lo dices con pena. Gracias a eso estás vivo. Sobreviviste, y eso es lo único que importa. Nadie, nadie te iba a agradecer que murieras entonces, con diecisiete años. Y tú mismo me lo contaste. Cuando mataron a tu padre... decías que no podías quedarte allí, junto a esa gente, convivir con ellos como si no hubiera pasado nada.

—Nuestro padre —corrigió David. El desapego de Elisa pareció preocuparle un instante—. Su muerte fue una estupidez, otro sinsentido de la guerra. Porque papá simpatizaba con los republicanos, esa es la sangrienta paradoja. El cerco sobre Madrid se cerraba, la gente estaba nerviosa y papá andaba por ahí con su vieja levita, un estúpido capricho que le recordaba su

vida como profesor de universidad. Alguien debió tomarlo por un aristócrata o un fanfarrón o algo parecido. Papá nunca había manifestado opiniones políticas en público, pero dio igual. Aquel partisano disparó, gritó viva la clase obrera, y dejó a papá desangrarse en la calle...

David se detuvo. Quiso ahorrarse a sí mismo la escena de cómo la noticia le sacudió en el pecho al enterarse, de la carrera a un hospital de campaña desbordado por los heridos hacinados, donde sólo recibió la confirmación letal que temía, el frío paralizante del atardecer, el pitillo que el enterrador compartió con él.

—Sólo vieron a un señor con levita —continuó—, con estúpido aspecto acomodado, que caminaba por la calle. No a un hombre dueño de sus propios pensamientos. Pues bien, yo no quiero morir por un malentendido ni en tierra de nadie.

—Oyéndote, parece que hubieras podido detener la bala.

—Elisa, muchas noches me desvelo acosado por los remordimientos; se me viene encima el pasado y revivo la forma en que me marché. Madrid se había convertido en una broma macabra, es cierto. Como nadie delató al asesino, me parecía que cualquiera podía ser culpable y sentí que ya no me rodeaban vecinos, sino enemigos. La policía vivía en el caos y entendí que nunca hallaría justicia. De madrugada, me atormenta la idea de que debí insistir en la comisaría para que se investigara el crimen. Pero es demasiado tarde; no puedo hacer nada. Sólo me queda el recuerdo de que sentía tanto asco y miedo, que me largué.

—No pudiste hacer otra cosa, por Dios. ¿Cómo iba a enfrentarte a un gobierno en guerra? Sólo tenías diecisiete años... No, David, te rodeaba la locura, la única salida era huir lo más lejos posible.

—Mírame, Elisa. No me queda nada. Ni una patria, ni un pasado. Ni siquiera puedo mirar atrás sin abochornarme. Me aterroriza que me pregunten por España. No soy capaz de responder nada porque me avergüenzo de mí mismo. Y ahora, cuando llegué a Estambul, me pareció que al fin podía luchar como un hombre y enfrentarme al destino.

—Te mortificas sin motivo. Claro que has sufrido, como todos, pero deberías agradecer esta segunda oportunidad. Has podido labrarte un porvenir en una tierra nueva. Que es lo que puedes perder si te quedas aquí.

—No hablas con entusiasmo de Estambul. ¿Por qué no te vas, entonces?

—Me retienen motivos que sería largo explicar. Pero te aseguro que sólo intento defender mis intereses. Si oyes lo contrario, te estarán mintiendo.

Hace tiempo que dejé el altruismo para las monjitas.

A los dos les resultaba violento debatir sus motivos íntimos. Ni siquiera se habían habituado a su mutua compañía, a sus maneras y gestos. Elisa trató de suavizar el tono.

—¿Te das cuenta? Es nuestra primera discusión.

David apenas pudo esbozar una sonrisa, taciturno. Ella se esforzó en poner la nota de cordura.

—Supongo que después del mal trago que has pasado, querrás volver a casa cuanto antes.

—A casa —repitió mecánicamente David, y luego observó la forma de la copa como si extrajera de ella todas sus posibilidades— ¿Qué casa?

Apuró la bebida y dejó la copa en la primera superficie que tuvo a mano, junto a un jarrón sin flores, una mera conjetura de alabastro.

—Si fueras listo —dijo Elisa, tomando atribuciones de hermana mayor que a ella misma le descolocaban—, volverías con tus amigos y reanudarías tu vida donde la dejaste. Hay muchas formas de luchar contra los nazis, una de ellas es hacer bien tu trabajo. Eres periodista ¿no? Escribe contra ellos.

—Sí, puedo escribir artículos en un despacho a miles de kilómetros de aquí, para que lean mi columna los desocupados en las salas de espera y las oficinas. En un papel que acabará envolviendo el pescado.

—Cada uno hace lo que puede. ¿De verdad estabas dispuesto a empuñar una escopeta y matar a alguien?

La conversación amenazaba con repetirse como un bucle y desembocar siempre en el callejón sin salida de las decisiones tomadas. David se sacudió el asunto.

—Disculpa mi mal humor. Elisa. Estoy cansado y temo que estoy acaparando toda nuestra charla... No me has hablado de ti. Dices que estás en Estambul por alguna razón, ¿Cuál es?

—Bah, te aburriría oírlo. Tiene que ver con problemas burocráticos, ya sabes. Un título de duquesa rusa en el extranjero merece mucha atención. Además, existen cuestiones legales sobre algunas propiedades... Pero nada que haga latir un corazón temperamental como el tuyo.

David dedujo que su hermana acababa de sortear la pregunta y no insistió. Tal vez fuera mejor preservar su intimidad y esperar que creciese una mutua confianza. Ella aún trataba de encajar al hombre que tenía delante con la imagen del muchachito alegre que conoció en París.

—Atravesar el mediterráneo en guerra. ¿A quién se le ocurre? Y en un

velero, ¿no te parece una forma demasiado espectacular de enrolarse?

—Bueno, en mi defensa, puedo decir no vine para eso.

—Ya, sólo hacías deporte. Practicabas la vela. ¿Y qué otra cosa pudo impulsarte a atravesar un mar plagado de submarinos? No se me ocurre otra cosa que una mujer.

—¿Una mujer, dices? ¿Tratas de escandalizarme? —David quiso tomárselo con desenvoltura, pero cierta incomodidad en sus ojos le delató.

—Sí, seguro que fue eso. Debe ser muy bonita... Bien, tanta revelación de secretos me ha abierto el apetito... David, antes de cenar, estoy segura de que preferirás cambiarte y darte una ducha.

Le había preparado una habitación y había hecho traer ropa nueva. Cuando David disfrutó de un baño y volvió a sentir el tacto de una camisa planchada, experimentó una culpable delicia. La duquesa agasajó a su hermano con una suculenta cena que él agradeció lleno de placer tras las penurias sufridas a cuenta del estado. Se esforzó David por alegrar el corazón de su hermana hablando de nimiedades y quitando importancia a todas las cosas habidas y por haber. Oyéndolo, se diría que la tierra entera estaba en vísperas de un sueño, de una celebración o un pórtico elegante hacia la quimera. Los recuerdos parisinos volvían a la conversación una y otra vez en forma de anécdotas chispeantes como el champán, lo que aliviaba a Elisa. El servicio estaba encantado de atender a un muchacho con aspecto tan confiado y alegre, y olvidaba por una noche las habituales cautelas que empleaba ante los extraños. Todo resultaba tan entrañable como si hubiera llegado la navidad.

Pero, a causa de sus vidas itinerantes, llevaban demasiado tiempo habituados a lamerse las heridas en soledad. El verdadero reencuentro lo propició el piano. David le pidió a su hermana que interpretara aquellas coplas andaluzas que ella había cantado en París para él y, como Elisa apenas recordara las piezas, sus propios olvidos e improvisaciones hicieron reír a ambos y aligeró la entrevista, lo que les hizo sentir cómodos al fin. Ella admitió al fin la novedad de su encuentro.

—No sé si te habría reconocido —admitió.

—Pues tú no has cambiado, hermanita. Bueno, tal vez pareces más serena ahora... —y tras un silencio, corrigió—. Iba a decir más sensata.

Sonrieron. La sinceridad les ayudó a sobreponerse a las expectativas del reencuentro. Se relajaron al fin y él le apretó las manos.

—Fui un estúpido por no venir a verte. Perdóname.

Ella le propuso vivir en el palacio Beresina. Sin embargo, el rehusó al instante.

—Haga lo que haga, Eli, me doy cuenta de que mi presencia aquí sólo puede acarrearle problemas. Si aún es posible, mantendremos el secreto del parentesco para que mis aventuras no perjudiquen tus negocios.

Además, David acababa de salir de una cárcel y no se sentía con fuerzas para permanecer recluido en unas habitaciones, por muy lujosas que fueran. Intuía que Elisa podía ser muy posesiva.

—Bueno, si debo parecer un corresponsal, sería raro que no me vieran pisar la calle. ¿No querrás que alguien descubra que mi trabajo en el periódico es una ilusión? Pondría en un compromiso al que firmó esos papeles. Ante todo, no quiero involucrarte en mis problemas.

—Pero no sé cuánto tardará el consulado en concederte el nuevo pasaporte...

—¡Está decidido, hermanita! —dijo, con el tono más alegre que supo—. Seré huésped de algún hotel de esos donde los camareros vigilan las toallas y compondré la figura del turista más despreocupado de Estambul. Vives en una ciudad muy interesante, ¿lo sabías? Lástima que ande todo tan gastado. Pienso descubrir maravillas.

La duquesa Beresina trató de pensar deprisa.

—Permite al menos que te acompañe el profesor Kosmider. Me presta buenos servicios y es casi de fiar. Puede ayudarte a elegir un lugar seguro donde alojarte. Conoce a todo el mundo y nadie podría hacer mejor de guía que él.

Sobre todo, Kosmider sería los ojos y los oídos de ella en la ciudad, algo que ella necesitaba para dejarlo vivir sus correrías. A David no le preocupaba eso, y sí agradeció el dinero que ella dejó en sus manos. En el fondo su situación era desesperada y no tenía la menor idea de cómo manejarse en la ciudad.

Se abrazaron otra vez, igual de comedidos, aunque el cariño fuera mayor, fruto ahora del roce y no de un fantasmal parentesco.

Cuando acabó la cena y apuraron la botella de ponche, la velada había terminado. Llegó el turno de que entrase el profesor Kosmider, que había llegado al palacio de Beresina hacía una hora para tratar asuntos financieros y al conocer la llegada del hermano, aguardó para verlo. Cuando al fin fue presentado, halló a la duquesa nerviosa. El profesor habló de naderías para aliviar la tensión que se reflejaba en su rostro. El mundo pertenece a los

felices, descubrió con amargura el celoso Kosmider, atado a una mesa hostil, involucrado en lo que ahora sólo era un episodio indirecto, vicario, ajeno ya al corazón de la duquesa. Se torturó calibrando cómo su belleza diamantina parecía alborotada por el encuentro. Trataba de averiguar hasta qué punto se conocían los hermanos lejanos. Tomó la timidez de ambos por cariño y se preguntaba cómo la duquesa había vivido tantos años sin mencionar ni una vez a David.

Al despedirse, se dijeron palabras en español que el vienés no logró entender del todo, pero que le parecieron dulces como caricias. David intentó mostrarse animado y subió al taxi con una sonrisa. Kosmider lo acompañaba, pero notó que durante el trayecto esa aparente felicidad se desvaneció fácilmente. El muchacho se mantuvo a la expectativa y estaba más dispuesto a hacer preguntas que a responderlas.

—Oiga, Kosmider. Usted parece conocer a todo el mundo ¿Un corresponsal en Estambul qué suele hacer?

—¿Cuando está sobrio, se refiere? En esos escasos momentos en que combate la resaca con grandes dosis de mal humor, un periodistilla de tres al cuarto irá a tomar café a cualquier bar barato, estampará unas mentiras gordísimas en una máquina de escribir en su habitación comida por las chinches y luego, si no ha mezclado demasiado las bebidas la noche anterior, lleva su papelucho a la oficina de la prensa.

—¿La oficina de la Prensa? ¿Dónde está?

—Es un hotelito cerca de la embajada inglesa. Desde allí envían los artículos en telegramas y llaman a larga distancia al extranjero para contar a sus mujeres que se portan como angelitos. Precisamente nuestro hotel está a unas cuantas manzanas.

Fueron al barrio de Pera, no lejos de la torre Gálata. A David le hizo gracia el nombre: hotel Aladino. Kosmider ocupaba en él una especie de buhardilla y sugirió al muchacho que pidiera una habitación, porque al ser la mayoría de sus huéspedes europeos, no llamaría la atención. El recepcionista, un turco sofocado por un gabán que le venía grande y cuyos modales resultaban untuosos como la gomina de su pelo, le llevó a un cuartucho que había justo debajo del desván que ocupaba Kosmider. Su única ventana asomaba a un patio interior donde se apilaban unos tablones, bajo los cuales se recostaban dos cántaros maltratados por la lluvia y corroídos de nostalgia.

El hotel Aladino convocaba la penuria de muchos exiliados, algunos salvados por milagro de la detención o las bombas. Servios, griegos,

rumanos, húngaros... las banderas se desteñían, maceradas por las carencias. David admiraba la cotidianeidad con que los habitantes del edificio intercambiaban tazas de azúcar, periódicos o remedios para la tos, se impartían consejos sobre pasaportes, precios y horarios de tiendas o estaciones. Los picaportes desgastados, los remiendos de ropa, las maletas agolpadas junto a los armarios, el olor a café o el canje de monedas para el teléfono evidenciaban la camaradería que existía.

David estaba inquieto por la novedad de su situación, en una precaria libertad, sin pasaporte y con los bolsillos llenos de dinero prestado, bajo la supervisión de un profesor con acento teutónico, acechado quizás por el espía nazi que le había interrogado rudamente esa mañana. No sabía de quién fiarse ni quería descargar su angustia en su hermana, que ya tenía sus propios problemas. El profesor le entregó su máquina de escribir para que fingiera de vez en cuando que escribía artículos. Inquieto, confuso como se sentía, fue lo primero que hizo. Luego, se echó en la cama, pero las inquietudes se acumulaban sobre su cabecera y no se sentía capaz de dormir. Decidió salir a tomar una copa en alguna tasca, pero encontró a Kosmider en el vestíbulo del hotel, que le abordó para invitarle en un restaurante carísimo, el Karpics.

Enemigos y amantes

A veces, Gustav Kosmider olvidaba la función minuciosa de su diario y saltaba del detalle tangible a la repetición de un nombre de mujer. Fatigado de sus taciturnos compromisos, se consagraba a rememorar un pasado o una quimera que nunca ubicaba. Evitaba en esos pasajes la concreción, como si le quemaran los detalles, pero aun así imploraba perdón a esa figura que rescataba de las tinieblas del olvido. Si el remordimiento llegaba a sofocarle, buscaba excusas y se quejaba de la suerte o el destino, a veces de un modo conmovedor, como si quisiera engañarse a sí mismo, la tarea más difícil de todas. “No podíamos imaginar —escribía— que el tiempo vendría a llevárselo todo como un huracán: los héroes, los emblemas, los proyectos... Debimos ser más precavidos, pero no se ponen condiciones a la felicidad”.

A estas raras expansiones sucedían de nuevo las páginas grises, el otoño mugriento del presente. Un refugiado en Estambul condenado al estraperlo y el subterfugio, que malvivía de miserables encargos y unos difusos derechos sobre novelas de misterio. Todo escrito en alemán académico, para hacerlo más inaccesible a furtivos ojos. De esa atonía general y el menudeo de la mediocridad, destacaba el encuentro de la duquesa Beresina con su hermano en su palacio del Bósforo. Lo describió con meticulosa atención, tal vez para considerar los significados y alternativas de cada gesto.

La espina de los celos se le clavó en el pecho nada más ver a David Alaya. Y es que el muchacho siempre se entrometía en su vida con un gusto por la teatralidad rayano en el exceso. Sólo en sus novelas permitía el profesor que los héroes actuaran con tan espectacular dramatismo. Kosmider empezó a temer que tal vez su propia existencia se estuviera convirtiendo en una novela sin él pretenderlo, donde por cierto no le correspondía el mejor personaje, sino que el protagonismo se lo arrebatava aquel muchacho a fuerza

de osadía.

Cuando lo vio en el salón del piano junto a la duquesa, maldijo la habilidad de Dick el americano para liberar tan pronto al chico. Kosmider recordó la actitud despreocupada de David Alaya en el velero del amanecer, cuando apareció con parecidos pantalones de algodón y una camisa semejante, que en el puerto remangaba para mostrar unos brazos tostados por el sol y que ahora cubría con un jersey, además de un pañuelo anudado al cuello. David volvía a componer la estampa del turista desocupado, algo inusual y hasta estrambótico en tiempos de debacle, de no ser porque ya no era la misma persona feliz que llegó en el barco. No podía serlo.

La duquesa Beresina había reflejado su emoción en unos gestos más espontáneos que de costumbre. Bromearon con la supuesta profesión de David en Estambul, ahora ejercía de flamante corresponsal. Luego, la duquesa le había pedido a Kosmider que mostrara la ciudad a su hermano y le buscara alojamiento, porque contrariamente a lo que el profesor esperaba, el muchacho no iba a hospedarse en palacio.

—Cuida de él —le susurró, aprovechando que el joven se asomó a ver el Bósforo desde la terraza. Kosmider aspiró dolorosamente el perfume de la princesa, lozano como un prado de Abril en el Tirol, sus ojos garzos de un azul zafiro que ni el Danubio podía igualar, hermoseados por un súbito sonrojo.

“Oh delicia de la carne, desgarró del deseo, diario de sinsabores”, se quejaba. Trajeron una maleta de ropa al chico y se marchó con Kosmider en el taxi, que trató de interrogarlo del modo más discreto que le permitía su lacerante interés, pero el muchacho fue hermético y rehusó entrar en detalles. Sólo se apartaba de los monosílabos para manifestar su curiosidad por la ciudad de Estambul. Kosmider quiso calibrar si el chico desconfiaba de él y le propuso alojarse en el mismo hotel Aladino donde vivía. Para su desconcierto, David no puso ninguna objeción. Al contrario, le fascinó el ambiente de estrecheces y fraternidad que compartían los inquilinos. Saludó a todos y admiraba el modo en que las familias compartían sus escasas pertenencias y sus experiencias cotidianas. Los habitantes lo recibieron con calor y trataban de hacerse entender en el inglés macarrónico que se usaba como lengua común.

Las complicidades que el profesor había ido labrando a lo largo de meses mediante pequeños favores y confianzas, David se las ganaba espontáneamente, sin ningún esfuerzo. Su simpatía irradiaba como un imán y

no fingía cuando se interesaba por las ocupaciones y tareas de los demás

Pero si algo sabía hacer el profesor en sus novelas, era desbancar a los héroes, someterlos a la degradación y la culpa, corromperlos, en una palabra. La virtud se deformaba como arcilla blanda cuando se la tentaba, la inocencia prendía como yesca en la llama del mal. Debía averiguar las debilidades del muchacho y bombardearlas sin piedad. Estambul ofrecía seducciones sin cuento, no faltarían ocasiones para la perdición y los lupanares pululaban como las moscas en la podredumbre. Podía imaginar la consternación y el desencanto en la mirada de Beresina cuando el propio profesor le diera la noticia de que el muchacho se había perdido. El profesor lo contaría contrariado, en cumplimiento del ingrato deber, dispuesto a convertirse en consuelo y báculo de la afligida.

El insomne Kosmider supuso que David Alaya no sería capaz de dormir en su primera noche de libertad, por eso lo esperó en el vestíbulo y se hizo el encontradizo al verlo bajar la escalera, lo que le permitió invitarle al restaurante Karpics.

Los espejos del Karpics cubrían las paredes y causaban la sensación de doblar el tamaño del local y animarlo. Pero los clientes que habitaban los espejos se movían en un mundo de objetos, sordo, ajeno a la felicidad o el dolor. En aquellas imágenes, la gente actuaba sin más utilidad que demostrar que podía hacerlo, pero los propósitos o la esperanza, el amor y el odio escapaban a sus reglas cartesianas. ¿A qué venían aquellos movimientos como en espasmo que el azogue retrataba? ¿Por qué se empeñaban en existir esos figurantes al lado de las personas que padecían la carne y el hueso con sus naturales calamidades?

Kosmider se mostraba locuaz y quiso invitar a David a champán, siempre que no resultara demasiado caro, sonrió. David tuvo ocasión de saborear el helado cosquilleo de las burbujas doradas como en sus tiempos de turista y se animó bastante. Al fin olvidaba momentáneamente la sordidez del calabozo. La música le hacía feliz y deseaba bailar con alguna chica. Kosmider, complacido con la obediencia de su víctima, le explicaba que los ideales son muy importantes, pero que la carne es débil, que el placer nos permite anular por unos instantes la burla atroz de la muerte. Con su didáctico canon, proponía beber hasta perder el sentido, a lo que el alumno preguntó con la mayor jovialidad:

—¿Y la resaca, profesor? ¿También nos permite olvidar la muerte?

—La resaca... Nos hace comprender que morir no es tan mala solución,

al fin y al cabo. Como ve, todos los efectos del alcohol son recomendables.

A ciertas horas de la noche se colaban en el local señoritas de compañía que podían ser invitadas a bailar por los clientes pudientes. Una de ellas ocupaba sola una mesa y su única ambición parecía terminar su sopa. Era demasiado tarde para servir cenas, pero debía estar tomando las sobras de la cocina. Su cabello rojizo caía lacio sobre un abrigo vulgar, como si tuviera frío y no le importara ocultar las lentejuelas de su vestido de baile. Pero poseía una nariz respingona y unos ojos claros como perlas. El óvalo perfecto de su cara suponía suficiente reclamo para cualquiera y los dos noctámbulos la admiraron. Entonces Kosmider la reconoció y condujo a su discípulo hasta la mesa femenina.

—Buenas noches, Vilma. ¿Permite...? —ella titubeó con desconfianza al reconocer al roñoso intelectual, aunque dio una desgana conformidad en forma de inclinación de cabeza, sin detener el camino de la cuchara—. Deseo presentarle a mi amigo David Alaya, un español recién llegado a la ciudad o poco menos. Amigo mío, esta dama es una artista, una arrebatadora bailarina, orgullo y éxtasis de las noches del barrio de Gálata, al que por ello envidia todo Estambul.

Se dieron la mano. Vilma apenas apartó sus grandes ojos del español y se quedó chupando su cuchara como si temiera apartarla de la boca y que se le escapara alguna palabra. El profesor alabó a los músicos, luego habló acerca de la música autóctona de la ciudad y los tradicionales instrumentos turcos que a veces había oído tocar. Los bellos ojos de Vilma no se fiaban del profesor, pero el champán siguió fluyendo por cristales cóncavos y lenguas melifluas. Kosmider dijo salir a telefonar. Ella apartó la cuchara y entonces se acercó a David, preguntándole si pensaba quedarse mucho tiempo en la ciudad. El chico confesó ignorarlo; tenía la mortificante sensación de que no dependía de él.

—¿No quiere bailar? —le preguntó o más bien insinuó, abriendo unos ojos del verdor de un estanque turbio. Avanzó con felina convicción y sus hombros desnudos abatieron invisibles obstáculos hasta tocar los de él. Se había quitado al fin el abrigo, y se echaba de ver que faltaban lentejuelas al vestido, pero su tersa piel ocupaba la atención y salvaba las carencias.

—Claro —respondió él, fascinado.

Kosmider mintió a la duquesa, diciendo que su protegido se había metido en la cama del hotel, como un aplicado discípulo, y se alegró de ver que la pareja bailaba en la pista, pero el azar parecía confabulado contra él.

Entraron en el Karpics dos hombres a los que conocía: A uno para su desgracia, nada menos que el temido Kim Philby, el impasible portador de pistolas inconcretas. Venía en compañía de un agregado del consulado de Estados Unidos, el más idiota pero también el menos oportuno porque era amante de la pizpireta Vilma. Como casi tropezó con ellos, se vio obligado a sonreír. El americano buscaba a la mujer y Kosmider excusó su baile con David como la acogida a un turista recién llegado que no conocía a nadie en la ciudad. Se sentó con los recién llegados, que habían bebido y siguieron descorchando botellas y aunque Kim Philby hablaba poco, gozaba de la contemplación de las copas como si el ámbar que brillaba ante él contuviera poderes mágicos. El americano, más locuaz, hablaba de béisbol con una pasión indeleble y no compartida.

Cuando acabó la canción, una Vilma remisa se sentó al lado del americano, que sonreía por un colmillo para llamarla *palomita*, y reclinaba la soñolienta cabeza en su hombro con impertinente sorna. Kosmider hizo de tripas corazón y lo presentó a su pupilo.

—David, tienes el honor de conocer a Jorge Earle III, de Pensilvania.

—Jorgito para los amigos —sonrió el tipo con los ojos semicerrados. David le dio la mano. El hombre parecía afable, con esa campechanía americana que desbarataba la etiqueta europea. Tal vez alcanzara los cuarenta, pero su piel broceada sin prisa y su flaca figura que se sujetaba a un traje de confección con hombreras, le rejuvenecían. Su pelo de fina hebra recogido hacia la nuca empezaba a volver gris lo castaño y una onda se escapaba buscando la frente desembarazada. El delgado bigotito trataba de prolongar una escueta nariz, casi inoperante, de escasa ambición.

Según el diario del profesor, David y Kim Philby no parecían haberse visto nunca, pero su cordial indiferencia se disipó en cuanto oyeron sus respectivos nombres. Como recién despertados, pronunciaron las fórmulas “encantado, es un placer” sin la menor convicción. El desinterés atmosférico de Kim estalló como una burbuja y la alegría de David saltó por los aires. El profesor notó que el rostro flemático de Kim “enseguida echó la persiana” y dejó de gesticular, un método protocolario que Kosmider conocía, mientras que David parecía casi espantado, como si tuviera al lado una tarántula gigante.

Jorgito Tercero seguía en su nebulosa irresponsable. Le apeteció bailar y Vilma fue tomada de la mano y obligada a acompañarle. El tipo la toqueteaba con la aborrecible familiaridad de la posesión. Mientras Kosmider explicaba

al joven que el tal Jorgito Tercero se jactaba ante cualquiera que quisiera oírle de su futuro político en Pensilvania como gobernador, para lo que esperaba ganar timbres de gloria y medallas en Estambul, el futuro candidato se deslizaba por la pista, pegado a la chica hambrienta con una sonrisa etrusca imborrable. Su mano derecha recorría victoriosa la cremallera del vestido de Vilma y sus dedos trotaban retozones hacia las curvas de las caderas y los contornos colindantes.

Kim Philby se limitó a echarse al colete las copas con regularidad británica. Pero David lo miraba sin poder disimular su asombro. Tenía ante sí al esposo de Nadine, la tierna mujer de delicados sentimientos de la que se despidió días antes, y a la que ese hombre sin entrañas trataba como un florero. El profesor Kosmider intentaba animar la mesa, sobre todo para olvidar el miedo que había sentido cuando Kim Philby caminó con él por Escudari y se mostró tan imprevisible.

—En fin, señor Philby... —fingió una sonrisa que no fue correspondida—. Ah, perdón, no recordaba que prefiere que le llame Kim. Y dígame, ¿cómo está su esposa?

Kim respondió como si tuviera que extraer la idea de alguna profunda bodega.

—Perfectamente.

—Tuve el honor de conocer a la señora Philby en una cena. Y resultó una conversadora excelente y una compañía de lo más agradable.

Sudaba el profesor por caer bien al inglés, pero las piedras cambian de forma más fácilmente que el rostro de aquel hombre. Visto su silencio, Kosmider siguió esforzándose en lo que creía un tema ligero de conversación.

—No la he visto desde aquella cena. ¿Sigue su esposa en Estambul?

Kim de nuevo tuvo que fabricar en un laborioso taller la respuesta.

—No. Decidió marchar a Inglaterra de repente —contestó, mientras el rabillo del ojo buscaba a un confuso David—. Ni me consultó. Sólo dejó una nota.

—¿Qué ponía? —preguntó entonces David.

—¿De veras quiere saberlo?

—Tengo curiosidad.

La tensión del español y una sardónica mueca en el otro, trastornaban los nervios de Kosmider.

—Pues ahora no lo recuerdo. Sólo la leí una vez.

—¿Puede dejar que le eche un vistazo? —preguntó David.

Kosmider estaba escandalizado de semejante osadía y se deshizo en excusas, alegando con entrecortadas palabras que David llevaba demasiado tiempo en América y se había acostumbrado a la falta de modales de aquella orilla atlántica. Pero la situación casi parecía divertir a Kim.

—...Nuestro amigo, para la etiqueta europea, es poco menos que un salvaje. No se lo tome en consideración.

—Al contrario. Resulta refrescante oírle.

—Entonces... —insistió David— ¿Esa carta...?

—No la tengo aquí —contestó Kim, que acalló con la mano las protestas temerosas del profesor—. Si aún le interesa, pase un día por el hotel Pera Palas y se la mostraré.

Tras esta esgrima, la conversación en la mesa quedó pulverizada como si le hubiera caído encima un yunque. Cuando acabó la canción, Jorgito y Vilma volvieron a la mesa, donde se respiraba un ambiente fúnebre, pero el americano no se despojó de su inconsciente dicha y ella volvió a besar con su dulce morrito el pollo, mientras vigilaba con pánico una porción de tarta de queso, como si temiera que se le escapara.

Fue Jorgito Tercero el que rompió el hielo, desatendiendo los gestos que le rodeaban. Tras un trago, se fijó en el español y le preguntó de nuevo su nombre.

—¿David Alaya? ¡Ahora caigo en quién eres! Ya decía que tu nombre me sonaba. Nos diste un buen susto el otro día en el consulado, cuando te detuvieron en la frontera. La policía nos llamó porque les dijiste que residías en mi país y creímos que eras un compatriota. Por suerte no fue así. Sólo nos faltaba ahora meternos en un conflicto con los turcos.

—Claro, la frontera con Bulgaria... —recordó también entonces Kim Philby, aunque su entusiasmo era como el de un volcán nevado.

—Todo fue un lamentable error —terció Kosmider con un afán protector del que no lograba desprenderse—. Mi joven amigo es periodista, trabaja nada menos que como corresponsal del Washington Post. Pecó de desprevenido y le robaron sus papeles cuando acampaba una noche en el monte. Pero todo eso ya ha quedado aclarado ante las autoridades y vuelve a disfrutar de la libertad.

—La libertad de un país neutral —matizó David, sin ganas.

—Recibimos llamadas de sus amigos de Maryland —recordó Jorgito Tercero— para interesarse vivamente por su situación, Alaya. Reconozca que

tiene amistades influyentes. Para alguien como yo, que espera dedicarse a la política cuando vuelva a casa, no está de más contar con apoyos. Por eso, si necesita algo, no dude en pedírmelo.

Jorgito le dio la mano. Su falta de pudor era su mejor cualidad. Pero a David le agobiaba la cara imperturbable de Kim, que parecía burlarse de él, como si su incertidumbre y sus dificultades le divirtieran.

La bella Vilma no tenía más negocios que tratar allí y se despidió. Se dirigía a un local que había más al norte, un club donde bailaba para extranjeros. Imitaba la danza de los siete velos, pero con cinco, dijo. Jorgito había empezado a explicarle a David sus planes para ganar una campaña electoral en su distrito de Pensilvania, con carteles, banda de música, discursos, reinas de la belleza, concursos de pasteles y otros fenómenos naturales, pero estaba obligado a acompañar a su *palomita* hasta el club.

El profesor consideró que era tiempo de irse también del Karpics y se lo dijo a David.

—Les acompaño —se inmiscuyó Kim.

Interior masculino

La noche de Estambul, ceñida por una amenaza marina que la condenaba a la vigilia, se ocupaba de las tristes ceremonias del egoísmo y la lascivia. Los tres extranjeros caminaron por callejones y cuestas empedrados, abatidos por la fría inminencia del mar, sin decir demasiado, aparentando interesarse por una pendencia a lo lejos o la caída de algún borracho al salir de un tugurio.

Kosmider deseaba quitarse de encima al inglés, quien no se separaba de ellos, como si temiera perderlos de vista en cualquier esquina.

—Todo el mundo conoce mis artículos —declaró Kim—. En ellos defiendo a los fascistas. Lo saben en el Consulado británico, lo sabe el embajador Sir Hugo y lo saben mis colegas de profesión. No me ocultó, ¿para qué?

Lo mencionó con tanto desinterés que parecía una patraña.

—...En cambio, usted, Alaya, debe ser el corresponsal más flamante que he conocido. No oído hablar de ninguna idea suya ni comentar ningún artículo que haya publicado. ¿Cuándo le dieron el puesto? ¿Ayer?

—¿Por qué retroceder tanto? Quizás fuera hoy... —le siguió la broma David, disgustado, para no discutir—. Sepa que he escrito notas de sociedad en revistas de Nueva York y he sido crítico teatral.

—¿Y con ese bagaje tan amplio, tan prometedor, qué ideas piensa defender en sus artículos?

—¿Quiere saber mis ideas? Yo no tengo un gobierno detrás para apoyarme como usted. No puedo protegerme tras la valija diplomática.

—Y si lo tuviera ¿qué diría?

—Que el egoísmo humano es una lacra, una fuente de injusticia sin fin, que la única oportunidad para el hombre de llevar una vida auténticamente

humana en la tierra es la distribución de la riqueza y la igualdad de oportunidades.

Kim se dobló de la risa.

—Menudo discurso. Es el periodista más concienciado que he visto en mi vida.

David se hubiera abalanzado sobre su burlador, pero Kosmider le sujetó, musitando que se contuviera porque el inglés estaba borracho.

—Lástima —continuó Kim Philby— que deba perder el tiempo con un bolígrafo un hombre que posee las ideas tan claras.

—¿Perder el tiempo? Justamente la prensa debe abrir los ojos a la gente. Le muestra el camino, pone en sus manos una espada para cambiar el mundo.

—¿La prensa puede hacer eso? — se burlaba Kim— ¿Unos cuantos cotilleos escritos para distraer a costureras y funcionarios? Veo su intención: cada vez que anuncie una boda o el ganador de un concurso de tartas, lo hará por el bien común.

—¿Se cree muy listo? Maldito borracho —se enfureció David, pero Kim apartó las manos, renunciando a defenderse. Aquello le divertía horrores, por más que el profesor forcejaba para que el muchacho le soltara.

—Por suerte —dijo Kim—. El periodismo cuenta con David Alaya, que, tras pergeñar notas de sociedad y estrenos teatrales, ha afilado su arma para piezas mayores

—Por favor, por favor, caballeros —se interpuso Kosmider—. Tengamos la fiesta en paz.

—No le consiento...

—No da la talla para la lucha —seguía carcajeándose el inglés—. Deje eso a los entendidos. Ni siquiera se ha dado cuenta de que le siguen.

Los otros otearon en torno suyo y divisaron, al fondo de la calle por la que habían venido, la sombra de dos hombres. Una lenta farola iluminó sus largos abrigos y sus cabezas rubias, altos arios de anchos hombros. David adivinó que eran de la Gestapo, los matones del coronel Mordek. Sintió la punzada del peligro. Echó a correr por una alta callejuela que le condujo a un sitio que conocía, el Harén Azul, con su farolillo de color turquesa que ondeaba ocioso al socaire de la brisa. Sus compañeros se habían quedado parados, pero los nazis atajaron por otra esquina para perseguir a David con codicia de perros de presa.

—Adilé —musitó al pasar ante la puerta del Harén Azul.

Aquella muchacha tal vez pudiera ayudarle, pero temió comprometerla y

siguió corriendo a través del desordenado barrio, saltando bardas y buscando recovecos que desorientasen a sus perseguidores. El adoquinado le avisaba con su sonido retumbante de la proximidad o lejanía de los búlgaros, y aceleraba el paso en nuevas direcciones al llegar a otra calleja. La larga cacería le llevó a unos bruscos almacenes por los que no se veía un alma y se detuvo a tomar aliento. Finalmente se percató de que no se oían más pisadas y estuvo agazapado bastante tiempo, oculto tras un camión aparcado, hasta cerciorarse de que nadie le seguía.

Dejó de pensar en sus cazadores. De modo que Kim Philby había deducido la componenda en el Washington Post. ¿Pero hasta qué punto podía usarlo en su contra? David temió estar demasiado expuesto a la luz pública tras su detención. No engañaba a nadie. Ahora menos que nunca debía interferir en la vida de su hermana Elisa, la pobre mujer no debía pagar por unos actos que sólo le concernían a él. Debía protegerla. Otra interrogante le retuvo. Si Kim Philby había demostrado ser tan perspicaz, tan condenadamente astuto, ¿cómo pudo ocultarle su esposa una infidelidad? La dulce Nadine le parecía demasiado inocente para sortear a semejante sabueso. Seguro que Philby sabía más de lo que había dicho, sólo eso explicaba la enemistad que le había manifestado de repente. ¿O acaso sólo se divertía con él? Hay caracteres que colisionan por instinto, sin explicación.

Al otro lado del dédalo de callejuelas y cuevas en el que David se había metido para escapar de los espías, Kim Philby y el profesor vienés se quedaron a solas de nuevo, como la otra ocasión de ominoso recuerdo en que habían deambulado por el barrio asiático de Escudari. El profesor se sentía indefenso como un niño ante ese individuo capaz de notar si les seguían y que posiblemente iba armado. Y su borrachera no suponía una garantía de buen comportamiento ni mucho menos.

Kim Philby aún entrecerraba los ojos, regocijado con la escena de la persecución, como si fuera un juego. Y le divirtió también la seriedad del profesor.

—¿No le hace gracia., Kosmider? Vamos; un novelista debe saber cuándo algo es cómico.

—¿Cómico?

—Irónico. Dos agentes nazis se dedican a perseguir a un chaval despistado, mientras que el verdadero enemigo del Tercer Reich se permite observar cómo corren y luego consulta la hora en su reloj de oro. Por cierto, parece auténtico.

—No puedo permitirme el oro de verdad. Pero ¿cómo sabe que yo...?

—¿Que se opone al Reich? Es fácil. Un austríaco que vive en Estambul y no trabaja para ellos. Usted es un refugiado... Ya nos veremos.

¡Al fin se marchaba! Kosmider respiró aliviado al ver que se daba la vuelta el inglés, pero antes de echar a caminar, éste le miró una vez más.

—El otro día leí su novela de espías, la que se titula “Piel falsa”. ¿De verdad cree que la piel puede engañar?

—Las intenciones nunca están a la vista. Y la apariencia puede ser engañosa, por eso un rostro agraciado o una piel tersa, incluso una sonrisa inocente, pueden ocultar al verdadero enemigo.

—Sonría entonces, profesor, que nadie sepa lo que piensa.

Se marchó, pero en las pesadillas las premoniciones no se desvanecen con facilidad, sino que toman formas distintas, enturbiando más la sensación opresiva. Kosmider no sabía si ese misterioso extranjero se ocultaría para seguirle o no. Prefirió no ir a su hotel aún. Ganaría tiempo o, en todo caso, despistaría a su posible perseguidor. Tampoco se fiaba de que los nazis lo hubieran abandonado. Decidió contemporizar, de modo que se dirigió al Harén Azul. Allí lo recibió la penumbra de luces apantalladas que conocía y una música como de zéjel que ocultaba las conversaciones en sordina en torno a una barra poco concurrida. Las mujeres caminaban despacio en torno a los taburetes o sentadas en un banco de piedra que se alargaba por toda la pared, bajo unos arcos, y sus rostros lacios, avejentados con rapidez, ocultaban con afeites los ojos desafiantes. La actitud sumisa estaba en sus cuerpos, que se movían ocultos por pobres telas, sin el menor gusto, meras prendas a la espera de ser asaltadas por las manos lascivas de los clientes. Kosmider indagó en la penumbra hasta descubrir a Adilé, la chica de ojos garzos, que esperaba sentada bajo un chal que parecía confeccionado con alas de cuervo. El profesor se tanteó los bolsillos y se alegró de llevar encima un pequeño anillo de cobre que algún orfebre había adornado con un diseño oriental, de vegetal capricho.

Adilé también le reconoció. Trató de contener la natural repulsa que la causaba, pero su ojerosa mirada no pudo evitar un fruncimiento del ceño, más expresivo que el mohín de los labios que pudo enmascarar a tiempo con una sonrisa falsa ante el anillo. Sin más palabras que las atinentes a la propiedad, “¿Para mí? Es tuyo”, subieron las fatigadas escaleras.

Cuando dejó sus tribulaciones y se cercioró de que no había moros en la costa, David echó a caminar sin prisa. Para orientarse por aquellas calles

angostas, lo mejor sería buscar el mar. Si encontraba las orillas lograría orientarse. Descendió las cuestas con la lentitud del extraviado. La oscuridad era su mejor baza y evitó las plazas iluminadas. Mientras deambulaba sin rumbo cierto, observando las vetustas casas en sombra, sintió que la soledad de Estambul le acompañaba como una vieja melodía. Observó que la luna se debatía con los aleros de los tejados y manchaba las copas de los árboles. El frío que le calaba hasta los huesos marchitaba también los destellos de las farolas. Oía las bocinas de los transbordadores y paquebotes que atravesaban el Bósforo. Algún buque enorme soltaba su lamento como un monstruo atrapado. El paseo tuvo la virtud de dejarlo solo con sus pensamientos y reconocerse de nuevo en ellos, sentirse al fin dueño de sus actos y su vida. Eso era lo que necesitaba, el aire salado en la cara, oír sus propios pasos en los adoquines, despeinarse con la noche, para recordar que había llegado allí porque quiso, que él decidía su destino y debía mantenerse fiel a sus decisiones. El mar oscuro titilaba en su lecho sonoro cuando David llegó al puente de Gálata.

—La adrenalina me mantiene despierto —pensó—. Pero es que hasta ahora mi vida ha sido un mero proyecto, una simple promesa que no se cumplía. Si el peligro y esta maldita guerra no me hubieran despertado, seguiría hibernando en la vida confortable de los que nunca deciden ni toman partido. Tal vez no llegue nunca a ser un buen escritor y las añagazas de esos criminales acaben conmigo, ¿pero no es mejor morir como un hombre que vivir de espaldas a la realidad?

Decidió seguir caminando, atravesar por el puente el Cuerno de Oro y ver amanecer desde los alrededores de Santa Sofía, cuya mole guarecía sus fantasmas a lo lejos, embutida en las colinas nocturnas. Deseaba estirar las piernas y prolongar aquel momento de liberación que sentía. La reclusión lo había llenado de pesadumbre, ahora lo comprendía, y se había olvidado de sentirse él mismo, de ser la persona que conocía. Estirar las piernas, celebrar la llegada del alba y tomar café a primera mañana se le antojaban más un deber que un relajante placer.

A mitad del puente solitario encontró a dos personas que se tambaleaban junto a la baranda. La oscuridad confundía las siluetas, pero distinguió bajo los gruesos abrigos y gorros de piel a un hombre corpulento que amenazaba con caerse. La otra persona, más pequeña, lo sujetaba. El más grande balbuceaba confusos lamentos en un idioma que David no pudo comprender, mientras oscilaba como una columna rota y sólo se mantenía erguido porque

se apoyaba en lo que resultó ser una muchacha rubia. David hubiera jurado que el hombre se quejaba amargamente y parecía dispuesto a desplomarse sobre el repecho para caer al agua.

Para impedirlo, David corrió a sujetarlo cuando ya tenía medio pecho fuera del puente, momento en que la exhausta chica chilló de espanto. Por fortuna, David había logrado tirar del abrigo y del brazo hasta recatar al suicida del vacío. El hombretón olía a vodka y su rostro enrojecido se mostraba más abotargado que infeliz, pero no dejaba de rogar y lamentarse a la desvalida chica que pugnaba con él, sin reparar en el muchacho. Sujetándolo del otro brazo, David pudo contemplar a la joven, sus claros ojos afligidos bajo el cabello que el viento deshilachaba.

—¿Qué va a hacer con este hombre? —le preguntó David en inglés.

—Llame a un taxi, por favor —le rogó ella, con acento ruso.

Pero apenas pasaba algún vehículo a esa hora de la madrugada en que la ciudad se negaba aún a despertar y ya se habían rendido los trasnochadores. Los tres peatones sintieron el desamparo del oscuro puente.

—Mejor vayamos a la parada del autobús —dijo David, previendo lo infructuoso que sería esperar.

Cada uno cargó su porción del hombre. El vaho de sus respiraciones delataba el frío cuando pasaban bajo alguna farola que, aterida, acogía con tenues dorados las figuras bajo la azulada oscuridad. El hombre había dejado de farfullar y hundía la barbilla en el pecho. David le habló a la muchacha.

—¿Cree que se habrá dormido?

—Marieska, ay —masculló el derribado, en inglés—. Te he decepcionado, Marieska... Fracasé y nunca podré perdonarme.

—No hables ahora, te lo ruego... Todo irá bien... Camina.

—Si al menos hubiera caído al agua, ahora estarías mejor —decía el hombre, sin comprender que sus palabras la mortificaban—. Sí, tenía que dejarme caer, porque si me liberara de esta vida, tú podrías empezar en otro sitio donde no supieran nada de mí. Mi Marieska... ¿No ves que voy a la ruina? ¿Y que puedes hundirte conmigo? El agua es mejor, sólo me recibirá a mí. Y tú seguirás caminando por el puente, ay, como si los puentes fueran a alguna parte...

Se acercaban a la orilla, donde la ciudad se volvía de nuevo desproporcionada, enorme, y donde los racimos de ventanas multiplicaban la soledad de la noche. Hasta el viento fingía urbanidad en las esquinas y las vías dibujaban sobre el empedrado interminables filigranas. David callaba y

procuraba cargar con todo el peso del borracho, para aliviar así a la afligida chica.

—Ya estamos llegando —decía ella con voz consoladora, como si fuera una mamá con su hijo, a pesar de que sus labios temblaban—. Verás qué bien, cuando lleguemos a casa y puedas descansar.

Bajo la tristeza, David echaba de ver que la chica expresaba una armonía interior en su cara suave, de piel tan blanca que el color de los labios parecía incandescente. Le resultó tan conmovedora que esa misma atracción le hizo sentir malvado. “Ella pasando apuros y yo admirándola”, se dijo. Llegaron a una parada de tranvía, con su pequeño techo de hierro y un cartel rojo anunciando los itinerarios. Depositaron al hombre en el banco vacío y ella pudo al fin proteger sus manos heladas con unos guantes. A los lejos, el kiosko de una fuente empezaba a recibir gente y algunos vendedores con sus carros se dirigían a los bazares.

—Falta poco para que llegue el primer tranvía —dijo ella—. Ya estamos bien. Gracias.

—Me gustaría quedarme para asegurarme de que el hombre no vuelve al puente.

—No se preocupe. Ya ha hecho mucho por nosotros.

Ofreció una pálida sonrisa y cuando el viento alejó el pelo de sus ojos húmedos, se miraron por un instante, pero fue suficiente para contener el caos del orbe por un segundo, que asistió a ese momento con un espectacular diseño de estrellas latentes, mientras las luces de la ciudad se atrevían a cosquillear los pies de la madrugada.

—¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? —preguntó David.

—Nada de nombres, se lo ruego.

Ella hizo un gesto con la cabeza de despedida o tal vez de renuncia. David no se atrevió a insistir y se alejó con las manos en los bolsillos, sintiendo de repente la helada del amanecer. Al poco vio el tranvía deslizarse por las calles con su burda cantinela de chirridos y campanillas. Llegó hasta los jardines que rodeaban el templo de Santa Sofía, donde recibió las primeras claras del alba, entre oscuros cipreses. No lograba pensar, sólo sentir las lentas aguas del estrecho, las ramas que se removían, los mil sonidos nuevos de la ciudad que despertaba, el envite frío del aire con sus pájaros atareados. ¿Qué hacía todo ese mundo allí? Le conmovió ese aplomo de la realidad. Estaba maravillado de que la belleza cupiera entre las mil batallas y estrecheces de la vida.

Con alcohol y penumbra

El día levantaba su globo de niebla y orín sobre la imperial reliquia, cuyo sueño era degollado entre los árboles y muros, y depositado en las orillas, a las que lamía un mar salpicado de vertidos y estelas. El esplendor hacía tiempo que desapareció, pero la ciudad yacía en su túmulo de inconsciencia para que los turistas se fotografiaran en los jardines y patios del palacio Topkapi, donde la muerte sólo era un reloj de sol que ya no aterrorizaba a concubinas ni eunucos. Los templos supuraban centenarios ecos y los huesudos alminares salpicaban el aire de llamadas del almuédano, en una metálica megafonía que nunca sonaba al unísono. Los bazares aglutinaban arco-iris de mercancías, amonedaban vajillas, especias, telas y abalorios, todas las combinaciones con que los objetos procuraban su modesta satisfacción a la gente. Discurren los tranvías con admirable retraso, circulan vehículos; los buques mugían con mansedumbre de colosos. La ciudad siempre sumisa y arrogante era remolcada hacia la lucha diaria por la vida. Sus habitantes buscaban una vez más alguna ventaja, una victoria que justificara el día.

Los hojalateros golpeaban sus cachivaches, los vendedores voceaban sus mercancías, las amas de casa discutían los precios, el ladrón vigilaba los bolsos, la ramera zurcía sus medias, el agua goteaba inalterable en la cisterna subterránea de mil columnas, catedral de ecos, los museos empolvaban estatuas erigidas a dioses desconocidos. Una vez más las vidrieras de Santa Sofía vertían su luz por paredes y suelos en busca de creyentes. Porque en cualquier lugar sucedía la carga solar de la vida.

Y con la misma paciencia que el día había empleado en alcanzar su cénit, empezó a reclinar en un lento apaciguamiento de luces y clamores. Declinaron unos anhelos y nacieron otros deseos, quizás más inconfesables.

La gente fue desandando sus pasos y también se replegaron los extranjeros que habían desfilado en las colas y ventanillas de la burocracia. Las cúpulas despidieron al sol con sonrojadas mejillas y los faroles y bombillas vistieron las plazas y se retorcieron por las calles angostas. El crepúsculo agitó su azogue débil en el horizonte.

Así llegó la hora en que el Café Estambul volvía a recibir su porción de desdichas y apetencias, en que otra vez circularon por sus mesas los estraperlistas y desocupados. Merodeaban exiliados en busca de un visado falso o cambistas dispuestos a estafar a cualquiera. Entre copas y cerveza, bajo el hechizo de la música, los refugiados soñarían con regresar a casa, los árabes con ganar en el casino, los solitarios con conquistar a la cigarrera o la cantante. El placer y la búsqueda, el anhelo y lo imposible se abrazarían otra noche al ritmo de un piano, de unas copas sin brindis, de unos dados que saltasen perezosos sobre una mesa demasiado vieja para creer en milagros, de una ruleta donde el crupier vocearía números en francés y donde la bolita rodaría sin encontrar nunca el horizonte de la dicha, tan prometedor, aunque el dinero se perdiera sin remedio.

Dick volvió a bajar sin prisa de su despacho y se sentó en cualquier mesa vacía. El camarero Otto en algún momento se acercó con una sonrosada mueca de satisfacción y le dejó una copa de whisky y le informó en voz baja de las novedades, cierto cliente importante, algún incidente, la visita de unos funcionarios de Ankara o las travesuras de un jeque. Dick fumaba sin mirar a nadie en particular ni mirar el reloj; la noche poseía un único dominio y él parecía enfrascado en los misterios de su memoria.

A veces el pasado no esperaba a que se durmiera para visitarlo en forma de sueños. Simplemente lo resucitaba un gesto casual o una sensación, una forma de incidir la luz en un piano o en la manera de retener el cigarrillo en sus propias manos. Sus dedos habían sido muy ágiles cuando entraba en las timbas de Chicago con aire inocente para desplumar a los incautos. Le acompañaba una monada que servía de gancho, una chica guapa y atrevida que sabía jugar su baza de seducción para distraer la atención en el momento justo. Hasta que tropezaron con un panoli que resultó de la mafia. Iba a ser todo tan fácil...

Pero ¿Quién quería recordar eso? Intentó alejar los fantasmas con la mano, como si fuera el humo de su cigarrillo.

—La princesa acaba de llegar —le dice entonces Otto, que había corrido hasta su mesa y lo miró tras sus gafas redondas como si esperase de él una

acrobacia o alguna locura parecida.

Dick se levantó al verla llegar. El chófer se quedó de pie junto a la puerta. Esta vez, Beresina no venía envuelta en una capa con caperuza, sino en un traje sencillo de falda y chaqueta. El camarero la condujo hasta el dueño y ella le saludó con una ligera inclinación de cabeza, que acompañó además con una sonrisa de reconocimiento. Se dieron las buenas noches, se sentaron y Dick pidió champán especial, aunque Otto debiera buscarlo en la bodega con una linterna.

—Bien, princesa, dos visitas en una semana. Café Estambul se siente muy honrado. Pero ¿no le preocupa que la vean frecuentar un tugurio como éste?

—Quería darle las gracias personalmente. No sé cómo lo ha hecho, pero ha conseguido que David saliera del calabozo antes de lo que yo misma esperaba y sin escándalo.

—Los escándalos son para los periodistas.

—Ha cumplido su palabra mejor de lo que esperaba. Lo cierto es que me siento un poco... ¿cómo decirlo? Sorprendida.

—A cualquier hombre le gusta oír eso.

—Por eso me he apresurado a venir para pagarle mi deuda. Dígame el precio de sus servicios.

—¿Debemos hablar de eso en una noche tan agradable?

—Estoy segura de que no le ha salido gratis abrir puertas, nunca mejor dicho. Y además le prometí una gratificación generosa.

—Es muy meticulosa, ¿lo sabía?

Otto llegó presuroso con unas copas y una botella nueva en su bandeja.

—Me he permitido, Dick, ofrecer a la señora un refrigerio español, un jerez. No quiera saber lo que cuesta conseguirlo en estos tiempos que corren.

Ella lo agradeció gentilmente, mientras Dick alzaba las cejas para mirarlo.

—Está bien, Otto, recuérdame que hablemos de tu sueldo.

—¿Por qué? ¿Al fin me lo va a subir?

—No, pero a lo mejor empiezo a descontarte los regalos que haces a los clientes. Eres muy generoso con mi negocio.

—Oh, no le haga caso, señora —sonrió Otto, alejándose.

—Bueno, Dick, dígame una cifra.

—¿Por qué insiste? ¿Sabe una cosa? He decidido que no quiero cobrar nada. Fue un asunto más sencillo de lo que esperaba.

—¿Pretende hacerme creer que fue fácil trata con el general Ozabán? Abusa usted de mi buena disposición.

—Me gustaría pensar que hoy hemos cerrado un trato.

—¿Qué trato?

—Yo le he hecho un favor y por tanto me debe uno, que algún día podré pedirle.

—Se equivoca si cree que voy a conformarme con estar en deuda con nadie. No me gusta deber nada. Además, habrá tenido gastos que debo resarcirle.

—No, un favor lo incluye todo. Hagamos una cosa, cerremos el trato con un apretón de manos.

—No sé...

—Vamos, lleguemos a un acuerdo. Alguna vez debe arriesgarse. Si ha llegado hasta aquí es porque tiene valor y se la ha jugado en alguna ocasión... Acepte.

Extendió la mano.

—De acuerdo, hoy no puedo discutir con usted.

Tras darse las manos, brindaron. Para los clientes habituales, ese gesto de Dick era tan raro como ver a la estrella polar hacer un tirabuzón, pero el americano supo estar a la altura de su fama y volvió a mostrar un talante pensativo, el del curtido misántropo que todos reconocían.

—Ahora que el muchacho está en la calle —preguntó, mirando el cigarrillo del cenicero como si evaluara sus formas—, ¿qué piensa hacer?

Sólo cuando el silencio se hizo audible entre ellos, elevó la vista hasta la duquesa Beresina, pero el gesto de ella también había cambiado. Bajó las cejas y contrajo los labios para contar cada palabra que saliera de su boca.

—Las confidencias no entran en el trato.

Esta cautela divirtió a Dick, que sonrió con breve regocijo.

—Era curiosidad. Pero creo que entiendo su problema. Tiene que manejar a un hermano rebelde. No se lo tome en cuenta. Todos los jóvenes quieren cambiar el mundo. Es parte de su eterno encanto... Por lo que sé, le atraparon en la frontera búlgara. Apostaría a que intenta llegar hasta el frente para participar. Lo que no sé es en qué bando.

—¿Eso importa?

—A él, seguro que sí.

—Bien, ya he abusado de su paciencia —se levantó.

—Oh, no. Me temo que ha sido al contrario.

Beresina omitió cualquier gesto y salió del local con la altivez y el desparpajo de una princesa ofendida. Otto no pudo sino admirarla desde la barra y se acercó al jefe.

—La princesa es toda una mujer... ¿De qué han hablado?

—De lo cotillas que se vuelven los camareros con la edad.

—Vaya, ¿usted también lo ha notado...? ¿Cree que debería amonestar a los muchachos?

—Tráeme otro whisky, anda. Y párale los pies a ese vendedor de relojes robados, que se ha creído que esto es un bazar.

—Sí, Dick, no sería la primera vez que intente vender un reloj al mismo tipo al que se lo ha robado. Y esos reencuentros son muy trágicos.

Dick dejó el cigarrillo. Algo en el carácter altivo de la duquesa, en su independencia, le recordaba a su antigua compañera. Y él, que había perdido la práctica de hacer favores a nadie, que no recordaba lo que era confiar en otro, temió que Beresina se estuviera buscando problemas y se negó a ver su foto en un periódico, otro hermoso cuerpo junto a un charco de sangre en blanco y negro, detenido en un gesto estúpido. Tal vez existía una forma de redención cuando el pasado mostraba sus cartas irremediables. Quizás si en esta ocasión salvara a esa persona, no fuera tan dolorosa la otra carga, esa eterna marea de lo que fue y lo que pudo haber sido.

Uno de los clientes que dilapidaba su dinero en el interior, tras la puerta del casino, era el capitán Volkov. Se había embriagado previamente, camino del local, y ahora apostaba en la mesa de la ruleta al veintidós rojo con inflexible rigor, sin desalentarse por los caprichos del azar, que revoloteaba en forma de bolita saltarina. Volkov sacaba los billetes de su cartera de piel con la repugnancia del marxista ortodoxo y aunque su apariencia grande y su cara enrojecida le daban apariencia terrible, embutido en su chaqueta de cuero negro y botas militares, los ojillos brillaban con inocencia infantil, como si viera en aquella bolita que jugueteaba con las leyes de la inercia y la gravedad un Aleph de las dichas y venturas que este mundo atesora.

Desde la puerta del Café Estambul, podía verse a lo lejos, hacia el oeste, cómo se asomaba la torre Gálata con insolencia sobre los tejados. También se vislumbraba su perfil medieval desde una calleja más al norte, por cuya acera caminaba David Alaya en ese instante. Se había despertado a mediodía y sólo podía pensar en la chica rusa que había conocido en el puente Gálata la noche anterior. Le había intrigado su obstinado silencio, la desesperación del fornido hombre al que ayudaba, su propia candidez al dejarla sin averiguar

nada de ella. Ni siquiera sabía su nombre o dónde vivía. De repente comprendió lo inconmensurable que era la ciudad, un verdadero laberinto que podría ocultar a la chica para siempre.

Sólo tenía una pista de la que tirar: su nacionalidad rusa, la chaqueta de cuero negro habitual de los bolcheviques que usaba el militar borracho. Se le ocurrió preguntar a Kosmider por los rusos, qué sabía acerca de los que vivían en Estambul, dónde se alojaban sus familias, en qué se ocupaban. Pero las conversaciones con el profesor siempre resultaban calles de doble dirección porque preguntaba más que respondía. Sólo sacó en claro que el militar debía trabajar para el consulado ruso y que estos funcionarios solían alojarse en un hotel cercano. Así que se zafó del profesor y salió a merodear por el consulado ruso y alrededores, esperando encontrarse con ella entre los viandantes. Claro que un plan así dependía demasiado del azar. Con el paso de las horas y la caída del día sus esperanzas comenzaron a disiparse para dar paso a la impaciencia. Estaba llamando la atención con su obstinado recorrido por las mismas calles y no lograba resultados. Bueno, sí reconoció el hotelito recoleto que frecuentaban los rusos, aunque no sabía cómo preguntar por ella sin alertar a los huéspedes.

Así, haciendo guardia en una fría acera, contemplaba a la torre Gálata, que también ejercía de centinela. Y no dejaba de pensar, por más que procuraba distraerse, que sus acciones resultaban no sólo contradictorias, sino inconsecuentes. En lugar de ocuparse de estudiar la ciudad inhóspita, sus turbas de espías y olfatear las conspiraciones que se urdían, se comportaba como un colegial enamorado y andaba rondando igual que un gato medroso. Se rió de sí mismo. Pero el recuerdo de la chica era irresistible y deseaba volver a ver su rostro. De tanto recrearlo, lo estaba olvidando. Si en un día ya no estaba seguro del dibujo de sus facciones, ¿qué pasaría en una semana o en un año? Amamos la repetición, deseamos la continuidad y David necesitaba recuperar la imagen que vio en el puente nocturno. A fuerza de imaginarla, la olvidaba, queriendo fijar sus rasgos, entorpecía los lápices de la memoria y temía que pronto sólo quedaría una sensación, el óvalo de un rostro amarillo cuyo pelo agitaba el viento. Olvidaría los labios fruncidos, esa mirada a la que la tristeza no lograba hurtar su armonía. Trataba de recrear el mundo de ella, imaginar cómo había sido su vida.

Abrumado ahora por la perspectiva de no encontrarla, se fijaba en lo largas y sinuosas que eran las calles, que se retorcían y viraban sin más reglas que el capricho, y también en la ropa oscura de la gente, que se envolvía en

abrigos gruesos y gorros para hacerle más difícil su busca. Sólo un iluso esperaba encontrar a una desconocida en una capital abigarrada, siguiendo unas coordenadas improbables. La mole de la noche le cayó encima con la más desesperante inercia y empezó a echar de menos alguna estufa o el radiador del hotel. Ya se planteaba volver sobre sus pasos y olvidar aquel portal que había vigilado sin frutos, cuando vislumbró a lo lejos al hombretón de la noche pasada. Reconoció su enorme abrigo de cuero negro. Había entrado por una calleja lateral y se dirigió con alguna incertidumbre en su andar a un restaurante barato, no lejos de allí.

¿Qué otra cosa podía hacer David sino seguirle? El local servía comidas a familias y obreros. Empezaban a llegar hornadas de media docena de miembros que ocupaban las mesas con manteles que olían a desinfectante, aunque llegaban de la cocina los vapores de la carne asada y las patatas. Un gran biombo de madera separaba el comedor de una barra para bebedores, distanciados lo más posible entre sí. Allí se había metido el ruso, que se sentó en una mesita, de espaldas a un patio vacío donde un columpio solitario recibía visitas de pájaros perdidos, fingiéndose rama con la complicidad de la noche.

David pidió un vaso de whisky en la barra u observó de reojo al hombre, para asegurarse que era el mismo de la noche anterior. Con gesto torvo, refunfuñaba entre dientes y su balbuceo llegaba hasta David, sin que su enojo menguara cuando se echó al gizonte tres vasos a quemarropa. Cerca del biombo, tocaba un violinista muy anciano de ojos ciegos, al que llamaban padrecito. Enjuto como un sarmiento, interpretaba melodías sentimentales de notas larguísimas que teñían el lugar de nostalgia por la patria añorada. A su son, los recuerdos se extraviaban dentro de los hombres y les hacían daño. El soldado ruso, a ratos escuchaba el violín, o se apretaba la cabeza entre las manos, tal vez para extraer de ellas alguna idea que le torturaba. Visto que su comportamiento se volvía más extravagante, David temió que se metiera en problemas y se acercó a él.

—Buenas noches.

—¿Inglés? —preguntó el soldado, al oírle.

—No, pero vengo de América.

—Ah, americano.

—¿Puedo invitarle a una copa?

El militar contempló su vaso sin decidirse a repetir, parecía que el pasado le diera codazos y lo alterase. Sus ojos vagaban por todas partes,

encontrando imágenes de su juventud, reminiscencias imposibles donde él bailaba en una fiesta campestre, se bañaba desnudo en un río de verano, o atravesaba cantando los bosques de su aldea. Entonces reparó en David y le ofreció sentarse con él, complacido de una manera turbia, pero sincera y pareció que hablaba con el aire cuando dijo:

—¿Lo veis? Tengo amigos todavía, aún me queda gente viva con la que brindar. Venga esa copa, camarada.

David pidió bebidas y vino a servir las el camarero de la barra, un hombrecillo patizambo de cabeza grande a la que no ayudaba una gran profusión de rizos de color cobrizo, con ojos a juego y que parecía sentir una aversión natural a la clientela del local y, por extensión, al mundo.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó el muchacho—. Nos vimos ayer, en el puente Gálata. Le dejé en la parada del tranvía. Usted iba acompañado de...

—¿En el puente Gálata, anoche?

—Sí. Una joven le ayudaba...

—Ah, María, mi Marieska... Yo... —se limpió con la manga las lágrimas o babas o los mocos, cualquier residuo líquido que estorbara en su cara—. No la merezco, esa es la verdad, camarada. No merezco que me cuide y se desviva como lo hace por alguien como yo... Pero lo peor vendrá si se queda sola... Vivimos en el infierno, camarada, y hay que ser un demonio para soportarlo.

—Por favor, no se altere. ¿No ha oído decir que el que piensa en desdichas, las atrae? Estoy convencido de que mañana lo verá todo mejor.

—Mañana es una palabra para los jóvenes, para los enamorados y los políticos. Pero yo no soy nada de eso. Lo que yo necesito es otra cosa. Una cosa distinta.

David estaba conmovido por el dolor de aquel hombre, liberado por el vodka. Comprendió que hablar le hacía daño, que debía cambiar de tema.

—¿No recuerda dónde vive? Quizás podría acompañarle, señor.

—¿Se puede llamar vivir a esto? Este local, esta ciudad no son nada. Hace veinte, veinticinco años, aquellos tiempos son los que vale la pena recordar. Ay, si me hubieras visto entonces, muchacho, si hubieras conocido a mis hermanos... Teníamos todo lo que se necesita para vivir: la juventud, la fuerza de la vida, la familia... —miró entonces su vaso vacío en la mano e imploró a su alrededor, casi con temor—. ¿No hay más?

David solicitó en la barra media botella de vodka, pero esta vez rebajada con agua. El camarero no mejoró su opinión sobre la humanidad con aquella

petición. El militar apoyaba los brazos en la mesa con la cabeza gacha, agotado como si acabara de nadar cien brazas. David trató de presentarse.

—Nos conocimos anoche. Aunque no tuve ocasión de decirle mi nombre...

—Capitán Konstantin Paulovich Volkov, agregado militar de la embajada soviética —lo dijo con más entonación marcial que pasión, y miró alrededor de la mesa cuando apuró su trago, dirigiéndose a unos contertulios invisibles—. ¿No me creéis? Me dieron una medalla.

Se palpó el pecho para no encontrar más que las solapas del abrigo y pareció buscar en el suelo, como si se le hubiera caído. David estaba consternado por el abatimiento y la confusión que sofocaban a aquel hombre.

—¿Se encuentra bien, capitán?

—Entonces, sí. Cuando me sobraba energía.

El capitán le lanzó una mirada vidriosa, pero valiente como la de un niño enfurruñado.

—¿Usted cree que siempre he sido este fracasado, un borracho como el que ve aquí, rendido ante una botella? No se equivoque. He sido joven como usted. Más incluso, y entonces...

Las ideas debieron nublarse o caer precipitadamente sobre la mesa, como monedas que tuviera que contar con sus gruesos dedos. David le echó un cable para que saliera de su ensimismamiento.

—¿Qué pasó, capitán?

—Quisimos hacer feliz al pueblo —tragó saliva—. Jamás nos lo perdonaremos.

Necesitó otro trago del mejunje rebajado que David le había llevado, pero no pareció notar la diferencia o le dio igual. Porque de nuevo acudieron visiones y musitó en su lengua nombres de muertos, trató de acariciar las caras amadas, las famélicas figuras que se le aparecían. Decía niñerías, hacía carantoñas y las lágrimas surcaron su rostro embrutecido por la bebida. Yuri, Katya, Lenia, decía, acurrucándose a la mesa como a un samovar entrañable. Volkov agarraba las huesudas manitas como si quisiera retenerlas.

—Tanquílcese, capitán —le rogó el muchacho, viendo que los parroquianos miraban sus gestos con desprecio y alarma.

—Nunca subestimes el entusiasmo —dijo Volkov, sin atenderle—. Quisimos cambiar el mundo y para eso fortificamos el poder. Pero se volvió monstruoso y cuando comprendimos que nuestro experimento había sido un error, ya era demasiado tarde. El régimen funcionaba por inercia: los jóvenes

temían los cambios, los viejos estábamos devastados por lo que hicimos y sólo queríamos la paz, temiendo que el pasado nos pidiera cuentas. Y detrás nuestra vienen lo subalternos que repiten mecánicamente lo aprendido... Hemos caído en una trampa.

—No entiendo muy bien de lo que me habla, capitán. Pero veo que tiene problemas o que la bebida se los trae a la memoria.

—Necesito una nueva oportunidad, eso es lo que no entiende nadie, una nueva vida en otro lugar, lejos de las denuncias, donde nadie haya oído hablar jamás de la Lubianka. ¿Pero cómo me ganaría la vida lejos de lo único que conozco? ¿Cómo se gana el pan un hombre que sólo sabe desfilas? Ay, ¿cómo se enseñan trucos nuevos a un perro viejo?

Repetía sus ideas con la tozudez de un borracho y David temía que los demás clientes de la barra se fijaran demasiado en ellos. Tenían pinta de hombres sin escrúpulos y el capitán parecía que se volviera idealista como un adolescente al calor del vodka.

Entonces entró en el local María, la joven rubia. David vio su dulce rostro aparecer tras el biombo, entre el humo del tabaco y los soñolientos idilios del violinista ciego. María también reconoció el rostro de David y un súbito fuego caldeó sus mejillas bajo el pelo transparente. Se acercó al capitán enfurecida y le puso la mano en el hombro sin mirar ni una vez la mesa llena de vasos y botellas que el camarero nunca recogía por algún oscuro designio.

—¿Qué hace aquí? —preguntó con el ceño fruncido a David, que se había levantado al acercarse ella—. No me diga que ha venido por casualidad. ¿Nos está siguiendo?

—Pues sí. He dado vueltas por todas partes, preguntaba a los rusos que veía, en el hotelito ese que usan. La he buscado por las calles como un gato hambriento —confesó él, incapaz de negarle la verdad—. Me ha costado horrores encontrarla.

Ella no esperaba aquella sinceridad fulminante y decidió atajar la conversación. Movi6 el hombro del capitán, que permanecía a su lado llamándole Marieska, Marusia.

—Tío Kolya —dijo—. Vamos.

—¿Es su tío? Intenté hablar con él, pero no me recuerda.

—Mañana tampoco lo hará. ¿No ve que está borracho?

—Entonces deje que me presente a usted. Soy español, me llamo David Alaya.

—¿Y qué quiere?

—Si al menos me mirase como a un amigo...

El camarero misántropo quería cobrar y no tenía un alto concepto de la solvencia de Volkov ni de sus acompañantes. Extendió la palma de la mano con el rostro desafiante de un ultimátum.

—Yo pagaré todo lo que hemos bebido —dijo David, sacando su cartera.

“Allá usted, pero hace mal negocio” pareció pensar el de los bucles de cobre, calculando lo que debía tragar ese gigantón lastimero. Semejante idea provocó que sus labios probaran un sucedáneo de sonrisa.

—¿Por qué no va a hacerlo? No nos debe nada —protestó María, con una mezcla de desvalimiento y altivez.

—Me ha conocido en días de estrechez. Si no, convidaría a todo el mundo —declaró David lo más despreocupadamente que supo.

—No quiero deberle favores, compréndame. No le conozco y usted tampoco sabe nada de nosotros.

—¿Invitar a un trago es un favor? Olvídelo.

Ella intentó levantar a su tío, pero necesitó que David le ayudara. La puerta del restaurante hizo sonar la campanilla cuando salieron al frío helador de la calle, que desentumeció el rostro del capitán Volkov y le hizo bizquear. De repente, quería tararear la melodía que el violinista melancólico interpretaba dentro del restaurante. Sus manazas atrapaban como un oso los hombros de ambos jóvenes.

—No se moleste en acompañarnos, se lo ruego.

—Pero su tío pesa mucho.

—Nos las apañaremos.

—Ya sé... Ya sé que no puede fiarse de un desconocido.

—No es eso. Usted parece bueno. Pero nos complica la vida. Si alguien nos viera tratar con un extranjero... No somos libres aquí.

—Estambul es una ciudad neutral.

—Sí, pero no nosotros.

Finalmente ella siguió sola, cargando con el hombre, mientras las hojas de otoño se concretaban en las aceras para mullir sus pasos. David no se atrevió a seguirlos, con el ceño fruncido por la agonía de sus esperanzas. El camarero del cabello rojizo salió a la puerta a soltar un gato que se había colado en busca de restos de pescado, y se frotó las manos con desidia. David, desolado por las cautelas de la chica, buscó su ayuda, quién sabe si su

comprensión.

—¿Los conoce?

—Bah... muchas historias, pero pocos billetes —fue su informe—. Le deben hasta al panadero.

Dinero, la piedra de toque de los sentimientos, la báscula que elevaba la felicidad o la hundía sin remedio. David se tanteó los huecos bolsillos. No sabía cómo podía ayudarla del modo generoso que le reclamaba su corazón, si él mismo vivía de prestado.

Aunque el dinero no le mortificaba ni la mitad que el rechazo de ella. Que María insistiera en pedirle que la dejara en paz, le dolió. David andaba perdido en una ciudad sin amigos y no sabía cómo poner en práctica sus proyectos. Se sentía varado, en vía muerta, y ahora de repente perdía el tiempo en perseguir una quimera que involucraba a una desconocida. Pero ni siquiera pensaba en eso, sólo podía recrear en su imaginación los claros ojos de María. Le había parecido la persona más triste del mundo. ¿O se había visto a sí mismo reflejado?

Las esquinas de piedra se le antojaban lápidas sin nombre, túmulos anónimos como los que sepultaban sus esperanzas.

La chica de la carta

El capitán Volkov se levantó con la acostumbrada resaca bombardeándole las sienes, tropezó con los muebles hasta alcanzar la palangana y pudo incrustar en el agua helada su dolorida cabeza. Se encajó torpemente la ropa planchada y cuando aclaró su voz con varios gruñidos, llamó a María por su nombre. Las habitaciones dividían un espacio abovedado con el suelo a distintos niveles, delatando un origen distinto al de vivienda. Pero todo lo alegraba el primor de las flores, unas cortinas, muebles limpios, el olor a jabón, un par de jilgueros.

El capitán Volkov se asomó a la ventana y vio a María en el patio del edificio, tendiendo un cesto de colada. Lavaba la ropa de otros huéspedes, la planchaba, cosía y zurcía. También escribía a máquina. Ganaba, en fin, para subsistir, porque el sueldo del capitán solía volar a la velocidad del halcón, se le derramaba de las manos como agua.

—¡Marusia, Marusia!

Ella alzó la mirada. Con el pelo recogido bajo un pañuelo y los brazos arremangados hasta el codo, ofrecía la más saludable estampa de juventud y dinamismo. Sin embargo, no había alegría ninguna en su cara. Dejó la ropa en el suelo y subió. El capitán Volkov terminó de abotonarse la chaqueta con funesto semblante y María entró, quitándose el pañuelo de la cabeza con las enrojecidas manos.

—¿Dónde está el dinero? —y señaló con la cabeza un jarrón donde lo escondían.

—Te lo llevaste ayer, ¿recuerdas? Estabas... —titubeó.

—¿Borracho? Y así y todo me dejaste cogerlo. ¿Por qué lo consentiste? ¡Contesta, estúpida!

Su rostro se volvió púrpura al tiempo que la furia de sus manos se comprimía en los puños. Ella palideció y se cubrió el rostro con los brazos.

Volkov alzó las manos como un oso, dio dos pasos. No hallaba dónde descargar el golpe y al final atacó a la pared. Luego, se apretó la cabeza con desesperación y rugió, como si tratara de expulsar sus pensamientos.

—No, no y no.

En su amargura, entreabrió los ojos y contempló a su aterrorizada sobrina, sus tibias mejillas arreboladas aún por el trabajo, sus ojeras del poco dormir, aquel cabello recogido con el mismo moño que solía llevar su propia hermana muerta. El arrepentimiento invadió su corazón como una ráfaga de viento y le puso de rodillas. Su voz ronca se quebró.

—Oh, sol mío, perdóname, perdóname si puedes. Tu tío, tu pobre tío está enfermo...

Extendió sus manazas hacia ella, que se las tomó, aún temerosa. María le ofreció desayunar. Podía calentar el samovar en un periquete, pero él rehusó. Ya tomaría café en el consulado, a litros, dijo. Se levantó como si acabara de arrodillarse a atarse los cordones y se encaminó a la puerta. Pero antes de salir, se volvió hacia María y se rascó la barbilla, titubeando como un colegial que no sabe la lección. Ella le dio un billete.

—Es todo lo que tengo.

—De acuerdo.

Ya a solas, María suspiró. No le quedaba nada para comprar el almuerzo. Tendría que pedir a la señora Valeska, que vivía al otro lado del pasillo. Era caritativa y no podía evitarlo. “Un maldito hábito cristiano del que no he logrado zafarme”, se quejaba con amargura la buena mujer cuando algún donativo la dejaba sin saldo. María llamó a su puerta, donde la señora Valeska apareció secándose las manos con el delantal y le contestó que aún no había cobrado lo que le debían el señor Zoschenko ni Lew el flautista. En cambio podía compartir unas gachas y unas coles que había preparado. María insistió en pedir algunas monedas para pagar al lechero de la esquina. La señora se registró los bolsillos de la bata y tropezó con un papel que examinó desde la punta de la nariz. No veía bien de cerca por las mañanas, porque sus gafas se las llevaba el marido al trabajo.

—Ay... Se me olvidaba, Marieska —dijo—. Cuando volví del panadero, me encontré a un guapo muchacho en la puerta de la pensión y me dejó este sobre para ti.

—¿Un muchacho? ¿Y cómo sabe que es para mí?

—Bueno, si conoces a otra sobrina del capitán Volkov que viva por aquí, avísame.

La señora Valeska no gozaba de un exceso de paciencia y cerró la puerta con el pie, mientras se rehacía el moño gris. María se lamentó de sostener en la mano aquel trozo de papel, que podía suponer cualquier amenaza. Había crecido bajo las supervisiones y registros de la Cheka. Nada temía más que las denuncias anónimas. Su madre murió al poco de nacer ella, pero su padre fue un represaliado político que padeció cinco años en Siberia, donde una pulmonía acabó con su castigo. Pálida, el único color que quedó en su rostro fue el de sus azules ojos, clavados en el sobre. Le aterrorizaba que su tío al beber se hubiera delatado, hubiera comunicado a alguien su plan.

Se encerró en su apartamento y abrió temblorosa el sobre, sin ni siquiera sentarse. Temía que alguien le enviara un aviso anónimo o un chantaje. Nunca se sabía cuál de sus compatriotas podía ser un delator. Y su tío estaba tan ansioso por escapar a Inglaterra que cada vez se volvía más descuidado. De un tiempo a esta parte, María apenas lograba conciliar el sueño, no descansaba. Imaginaba sin cesar que la sometían a interrogatorios, o la deportación a Siberia. Para su sorpresa, la carta venía escrita en inglés, no en ruso. La luz de la ventana devolvió su inocencia al papel y ella leyó, moviendo los labios, una carta muy distinta de lo habitual:

“Querida María:

Un extraño azar me ha traído a esta ciudad, me ha dejado sin documentos y prácticamente sin blanca. He soportado algunas calamidades y disparates los últimos días y sinceramente creo que me hallo a merced del destino más que nunca. Tal vez mis ideales han sido puestos a prueba, o se han aquilatado. Es difícil ser confiado y creer en el porvenir de la humanidad cuando te sacuden las consecuencias de una guerra. En realidad, empezaba a sentir lástima de mí mismo, a pensar que ya nada bueno podía suceder en este mundo absurdo, hasta la otra noche en el puente Gálata...”

María sonrió sin darse cuenta y su cara volvió a iluminarse con la secreta llama de la esperanza. Confirmó su conjetura la firma debajo del texto de David Alaya y el alivio de no estar en peligro dio paso al alegre rubor de sus mejillas. Mordiéndose los labios, recogió las hebras sueltas de su cabello que le caían sobre la cara y se sentó a la luz matinal, con la complacencia

perfecta que la juventud siente ante su propia plenitud. María casi musitó el nombre del español al evaluar el conjunto de la carta como si fuera un dibujo. Todas aquellas palabras se dirigían a ella y eran como una melodía dedicada, una ofrenda que ahora tenía en sus manos.

Leyó sin prestar demasiada atención, distraída por su propia exaltación. El muchacho le parecía un aventurero, pero decía que no se arrepentía de nada si sus locuras lo habían conducido hasta ella. María jugaba con el botón de su blusa, mientras releía las frases como quien oye música, sólo por el placer de repetir sus pasajes. El muchacho pensaba en ella y deseaba conocerla o al menos ayudarla. Incluso le indicaba dónde se alojaba por si le necesitaba alguna vez. El hotel Aladino, en el barrio de Gálata. En sus pupilas brillaban los presagios...

“ Te escribo cuando aún no ha amanecido, y mi mente fluye inflamada de recuerdos; tal vez cae fuera la nieve pura, que el aire peina con sus dedos de ventisca. Los astros, absorbidos por sus nebulosos designios, juegan al azogue débil en el horizonte. ¡María! La belleza me invade como un perfume. Parece tan liviana la existencia ahora. ¿A dónde me llevará? Me extasían esta perfección lenta de las horas, los astros, el mugido insomne del mar, las nubes huidizas. Me río sólo de mirar por mi ventana, de saberme aquí, sonrío como un niño con su regalo nuevo. Me deleitan la hermosura vibrante, cuajada de misterios, de las casas, el apacible abrazo de la sombra de los árboles, que inclinan sus ramas cargadas como padres alegres. Personas se cruzan por la calle, portadoras de historias cuya profundidad o urgencia apenas me es dado imaginar.

Quizás la vida no tiene otro propósito que este desgajarse imperceptible como el pámpano de la rama, quizás sólo quiere rociar el granado cubierto de profundas flores rojas, adornar las horas mejor que los afeites y vestidos suntuosos. Recibo su voz con la alegría de un hijo, mientras esparce alrededor su imprevisto, insomne milagro. Y si todo ha sucedido ya o ha de venir, lo ignoro. Mi deleite se mueve con las otras criaturas, se hermana, consiente, comparte, se entrega. Noto el mundo, grávido, desperezarse, aguardando el bostezo irreprimible de la aurora cuando todos los seres, oscuros, despierten al contacto de la radiante alquimia del sol...”

Pero entonces llamaron a la puerta. Alborotada, María buscó un escondite para la carta, pero no halló ninguno y se la guardó en el bolsillo de su falda. Abrió la puerta al empezar la tercera tanda de golpes. La alegría que había impregnado su cara como un elixir se esfumó de su cara. Vio en el pasillo la presencia oscura del comisario Pokopin, quieto como un búho, con las manos a la espalda y sus ojillos apretados tras las gafas, que parecían enfocarse hacia María, estudiándola como en un microscopio. Ella detuvo también cualquier gesto y sobre todo evitó cruzarse con su mirada. Pokopin, sin mover otro músculo, estiró los labios en una mueca inerte de dientes finos, casi afilados.

—Buenos días, ciudadana María —saludó con voz metálica.

—Buenos días, camarada comisario.

Pokopin entró sin pedir permiso; no necesitaba ser invitado. Lanzó una mirada general de dominio a la estancia, soportó el aroma de las flores con la resignación del mal catador y luego se asomó por la ventana, para comprobar que las demás mujeres se limitaban a atender la colada en el lavadero del patio. De su persona emanaba un mustio perfume de funeral. Pokopin siempre se rasuraba la cara, pero una sombra gris insistía en asomar a su mentón. Se aplastaba el cabello a conciencia, aunque algunos pelos de la coronilla se rebelaban y parecían enhiestas antenas en constante vigilancia. Tampoco su abrigo negro alegraba la vida a nadie. El cuello parecía salirle del pecho o tal vez se agachaba a indagar, por las huellas del suelo, las visitas que María había recibido. Ella dejó la puerta entreabierta, procurando no llamar la atención, como si fuera posible que Pokopin hablara con otra persona.

—Ejem —se aclaró la voz el comisario—. Cuando salí del consulado, hace media hora, su tío aún no había llegado. Encontré su mesa vacía. ¿Tal vez el capitán Volkov se encuentra en casa?

—Oh, no, camarada Pokopin. Mi tío se ha levantado temprano y se marchó a trabajar enseguida —trató de mentir María, que no actuó con convicción. Entrelazaba los dedos nerviosamente, como si quisiera hacer un nudo con su falacia y arrojarla a alguna parte.

—Ya veo... Se habrá entretenido por el camino, entonces. Hay demasiados cafés y bares en el trayecto. Esa debilidad del capitán casi podría tolerarla, es decir, podría pasarla por alto como comisario político del Consulado. No como hombre de principios, pero sí en cuanto a que no debiera afectar a su pureza ideológica. Pero ayer se atrevió a discutir

conmigo, ¿se da cuenta? Se atrevió a debatir el porvenir del marxismo en mis narices.

—Seguro que no quiso decir nada malo.

—¿Nada malo, María Ivanovna? ¿Nada malo? Me acusó de ceguera militante. ¡Habló como un disidente! ¡En pleno Consulado, ante testigos! Si lo hubiera tenido delante mía en la Lubianka... —y conforme hablaba extendió sus largos dedos, de uñas sucias, que parecieron buscar herramientas adecuadas para tratar al rebelde como se merecía.

María palideció del todo, y el color de su piel pareció imitar al de su pelo. Aun así, trémula, azorada, sus brazos remangados y el contorno de su cuello bajo la luz de la mañana componían una visión tan dulce que los ojillos de Pokopin la evaluaron con codicia burguesa.

—Su tío representa una amenaza intolerable. Está poniendo a prueba mi paciencia y la de cualquier afiliado. Soy el comisario político y debo velar porque nada enturbie nuestra imagen ante el mundo. ¡El capitán Volkov es un peligro para el partido! ¡Actúa como un enemigo del proletariado!

—Por favor, no tome en consideración unas palabras dichas sin pensar... Mi pobre tío ha estado enfermo. Se ha tomado muchas medicinas, y aun así ha tenido fiebre... Pero ahora se está recuperando... No desespere de él, se lo ruego.

Si algo evidenciaba la franela gris de la blusa con que María salía a hacer la colada, era la suavidad, por contraste, de su piel, apetecible como una cereza en su punto. Sus ojos azules y sus labios abultados por los ruegos, la volvían irresistible. Los largos dedos de Pokopin tal vez quisieron alcanzar esa imagen voluptuosa, pero tropezaron con la máquina de escribir de la mesa, cubierta por un paño de punto de cruz.

—¿Sigue escribiendo cartas para los vecinos? ¿Se las pagan?

—Sí... Sólo cobro unas liras. Es más bien una labor humanitaria.

—Usted estudiaba para maestra... ¿Cuántos cursos le faltan para terminar?

—El último. No pude cursarlo, porque a mi tío lo destinaron aquí y se me concedió permiso para acompañarlo...

—Extraña decisión enviar a Volkov aquí... ¿Cuántos años tiene usted, María?

—¿Yo? Pues... —la índole personal de la pregunta la incomodó tanto que retrocedió hasta la ventana, sin darse cuenta. El se acercó.

—Una mujer joven y sana debiera pensar en formar una familia. El

futuro va a necesitar sangre nueva, generaciones útiles que perpetúen nuestro legado...

La mirada de Pokopin no revelaba pensamientos políticos precisamente. Sus manos parecían tener voluntad propia y siguieron a las de ella, que en un movimiento de despego, rozaron la carta que asomaba por el bolsillo de la falda, haciéndola caer al suelo. Pokopin fue más rápido en recogerla que ella. La abrió.

—¿Qué es esto? Una carta en inglés. Un idioma capitalista... Interesante...

María se sintió perdida cuando el comisario escrutó el texto con interés.

—Sólo es alguien pidiendo dinero —se le ocurrió decir, confusa y temblorosa como una hoja al viento—. Ya sabe cómo viven los refugiados en Estambul, empeñan todas sus pertenencias y luego no les queda nada.

—No me gusta que confraternice con ingleses...

—Son nuestros aliados, camarada comisario.

—Sólo por ahora, María, sólo por ahora...

Pokopin se sentía satisfecho de su perspicacia y se abanicó con la carta. Se diría que era el dueño de cuanto alcanzaba su vista. La salivilla se le escapaba de la comisura de los labios, mientras sonreía vanidosamente.

—He escrito a mi madre sobre usted, María Ivanovna —dijo en estado de irreprimible complacencia.

—¿Sobre mí? —no le quedaba adonde retroceder.

—Sí. Mi madre aprueba la diferencia de edad, siempre que haya objetivos comunes. Siempre que haya... ¿cómo decirlo? Afinidad ideológica.

Detuvo la carta en el aire, y su caligrafía azul pareció retorcerse como un puñal de papel hacia los ojos contritos de la joven.

—María, ¿es cierto que su padre fue expulsado del partido?

—Yo... No estoy segura, Pokopin. Sólo era una niña y a él lo enviaron lejos... Allí murió.

—Siberia, sí... Eso no es importante. Lo que me preocupa es el hecho de que lo expulsaran... Es un asunto delicado. Confío en que mi madre sepa ser comprensiva...

Se asomó a la puerta del dormitorio de la chica y lo olisqueó como un galgo hambriento una madriguera.

—Excelente. La limpieza y el orden son esenciales para mantener un hogar útil.

Miró la carta con repugnancia y la tiró en la mesa.

—No confraternice demasiado con los ingleses. La corromperían.

—¿Y en cuanto a mi tío?

—Lo único bueno que ha hecho ha sido traerla aquí. Si no fuera por usted, él ya habría dado con sus huesos en la cárcel. Es un insensato. Haga que se controle. O reedúquelo si es preciso. No quiero más insensateces o no podré hacer nada por él. Ah, en cuanto tenga carta de mi madre, se lo comunicaré... ¡Buenos días!

María escuchó sus pasos por la escalera y luego observó por la ventana cómo salía del lugar con firme indiferencia. Sólo entonces echó la llave y se sentó a llorar. La carta que había estado leyendo y yacía en la mesa parecía no concernirle ya, pertenecer a una esfera distinta de este mundo, a un lugar imposible donde habitaban sueños que ella nunca podría alcanzar, que no merecía ni mirar. La vida real era el terror, la amenaza, el sigilo, la hipocresía. Lo que había leído, pertenecía a la órbita de las alucinaciones.

El mar es un camino

Había pleamar cuando el barco de Dick atracó en una dársena de Gálata, entre las gabarras y paquebotes que solían atravesar el Bósforo, aburridos de sus cargamentos. Dick, con una ocasional gorra de capitán mercante, había llegado justo al amanecer y dio órdenes a sus tripulantes para que amarraran antes de marcharse. Habían tenido una travesía complicada, sobre un mar Negro muy picado, por eso echó una cabezada junto al timón y sólo desembarcó para estirar la piernas cuando el sol de la mañana comenzaba a calentar con su ojo fiero las anclas viejas, los cables oxidados y las cajas de madera del puerto. Una flotilla de barcazas se deslizaba perezosamente por el estrecho en dirección al mediodía, presas de obstinada lentitud. Algunos pescadores se afanaban en minúsculos veleros, mecidos por el oleaje. El embarcadero formaba una barahúnda de actividad: todas las manos se ocupaban en enrollar cables o mover las estibas. Grumetes y encallecidos pescadores estiraban las redes bajo la atención de famélicos perros. El viento había desparramado un montón de hojas secas al mar y flotaban junto a la orilla, formando constelaciones inquietas.

Dick observaba sin interés los barcos del muelle y tal vez silbaba. Un gris buque de tres mástiles avanzaba regiamente hacia el sur, retando a los pesqueros a seguirle y algún carguero de costado lanzaba su negro humo como protesta por su irrupción. Las velas se inflaban con placer al viento. El agua y todo lo que sobre ella se sostenía danzaba alegre, mientras los minaretes y torres dispersos por el cielo contemplaban con serenidad o tal vez envidia a sus atareados vecinos.

Cuando se cercioró de que pasaba inadvertido en medio de la actividad, entró en una cabina telefónica que dormitaba junto a un almacén. Marcó un número.

—Lúi, pedazo de embustero —dijo—. Tú y tus patrañas. Convinimos en la hora para algo ¿no? Tus mamarrachos no acudieron hasta que no terminaron de tocar la mandolina o qué sé yo. Se lo tomaron con calma y me tocó esperarles como una novia, mientras los guardacostas búlgaros se paseaban a dos brazas de nosotros. Tuve que hacer malabarismos para que no me pescaran. Si llega a levantarse la niebla, nos cosen a balazos... ¿Cómo? ¿Y eso qué me importa? Escucha, Lúi. O subimos el precio o tus amiguitos van a tener que empezar a jugar a la guerra con tirachinas... No me cuentes tu vida ahora. A otro perro con ese hueso. El coste del transporte ha subido, te lo digo desde ahora. Acabo de pasar una noche de mil demonios. Casi me trago una galerna y todo el mar Negro, mientras tú te rascabas la barriga, tan tranquilo, calentito en tu cama... Claro, claro, lo que tú digas. Ese es el trato. Adiós, Lúi.

Abrevió la conversación porque había reconocido a través del sucio cristal al chófer de la princesa Beresina. El mismo tipo grande de andar lento, aunque hubiera cambiado el uniforme de conductor por una gabardina. A Dick no se le despintó su cara rubicunda de bebé enfurruñado ni el cuello de toro que trataba de paliar con una corbata. Le vio salir de una taberna y marcharse en una moto. Dick se acercó al local, oscuro y hediondo: el alcohol y la lejía no combinaban, ni el aliento del sudor con el olor a café. El bar estaba a media entrada, unos cuantos estibadores y marineros de permiso trasegaban sus primeras copas o algún café con bocadillos. Dick distinguió entre los parroquianos a un señor orondo de chaqueta gris y fez rojo que mostraba signos de haberse quedado solo hacía un instante. En su mesa había otra taza y aún discutía consigo mismo o hacía balance de una reciente conversación.

—Buenos días —le dijo Dick—. ¿Me permite sentarme a tomar un café?

—Buenos días... Haga lo que quiera; yo me marchaba ya —recogió un cuadernito con notas y un lápiz.

Sus dedos regordetes se movían con la insolencia del comerciante triunfador. Dick sacó su billetera para pagar el café y, al mostrarla, los ojos ahuevados del negociante brillaron a través de los pesados párpados y las ojeras. Se rascó la calva y le pidió a Dick que se sentara y le acompañara. En agradecimiento, Dick le invitó a otro café. El camarero atendió el pedido sin la menor prisa y menos aún con garbo, ánimo, interés o siquiera pulcritud. Allí a los clientes se los estabulaba como ganado. Cualquier deferencia o simpatía hubiera llamado la atención como un unicornio.

—¿El cuaderno es para los negocios? —preguntó Dick, fingiendo una cordial indiferencia.

—Bah, Negocios... Eso pensaba yo cuando vine aquí... Pero ha resultado un fiasco, un fracaso lamentable... —Del desdén pasó a dedicar a Dick una sonrisita evaluadora—. Usted parece americano, ¿me equivoco?

—Acierta bastante.

—Y entendido en barcos.

—Tengo uno ahí fuera, el Fontana. No es gran cosa, pero flota.

—Si necesita uno de mayor calado o con un buen equipamiento, yo lo alquilo. Por si le apetece visitar con su familia las islas de los Príncipes o simplemente quiere llevar a sus amigos a pescar, tengo tres naves perfectamente listas para navegar. Y no se preocupe por la tripulación, también puedo conseguirla. Mis barcos son seguros, rápidos y cómodos.

—Estoy seguro de ello. Sin embargo, dice que acaba de sufrir una decepción hace un momento.

—Pues figúrese que había concertado un encuentro con un posible cliente, un rumí. Era un hombre bien vestido y que parecía educado. Viene y me dice que pretende alquilar un barco por dos semanas. ¿Dos semanas? Digo yo. Va a dar un buen paseo. No es eso, dice él, es que voy a viajar hasta Odessa. ¿Odessa ha dicho usted? ¿Se refiere a Odessa, la ciudad que está en Rusia, allá lejos, en medio de la guerra? A esa Odessa me refiero, contesta, tranquilo como un rajá recién comido. Pero efendi, eso pone en peligro seriamente mi barco. En esa travesía pueden hundirlo, robarlo, destrozarlo. La zona es un avispero de aviones y torpederos. Y si encuentran mi nave circulando por allí, Dios no lo quiera, no se pararán a preguntar. Entonces va y me dice que puede subir mi tarifa un diez por ciento. ¿Un diez por ciento me ofrece? Qué derroche, efendi. Yo le entrego un barco cómodo, recién pintado y engrasado, usted lo arrastra por los siete mares, lo expone a un tiro al blanco de dos semanas y yo mientras me conformo con un diez por ciento de subida. No, amigo mío, le digo. Déme usted una fianza que cubra el precio del barco y si regresa con el equipo intacto de su aventura, yo le devolveré el dinero encantado. Creo que le planteo una garantía razonable y justa. Pero eso encarece el negocio, responde después de saborear la idea más despacio que un niño un helado ¿Qué tal la mitad del precio? Y lo propone así, tan fresco como una lechuga. ¿Sólo la mitad? ¿Es que no va a llevarse el barco entero? Ahora lo entiendo, digo, usted prefiere que el riesgo lo asuma yo. Y el infiel asiente. Hablamos de negocios, efendi, tenemos que ser sensatos.

Pues no estoy de acuerdo, me dice, se levanta y se marcha tan ancho como la Sublime Puerta. ¿Se puede creer lo que pretendía hacer? Llevarse mi pobre barco a la guerra, como si hubiera algo productivo allí... Circula gente realmente alarmante en estos tiempos, se lo aseguro.

Dick ya había oído lo que necesitaba saber. Aun así, disimuló la prisa que sentía por saber qué significaba todo ese asunto de Odessa y trató de parecer interesado por los negocios que el armador fue explicando a continuación. Incluso se armó de paciencia mientras el otro ensalzaba las tres embarcaciones por alquilar, dignas de un sultán. Recogió la tarjeta del comerciante, pagó los cafés y se despidió cortésmente. Sólo cuando salió por la puerta del bar se permitió a sí mismo enfadarse.

—¿Qué demonios se le ha perdido a esa mujer en Odessa?

Tomó el coche y se dirigió al palacio Beresina sin meditarlo siquiera. Nunca había estado allí, pero no se entretuvo en lo que vio ni en las personas del servicio que le hicieron pasar al parque, donde la duquesa supervisaba la poda de los setos. Con pantalones y unos guantes, daba órdenes a los jardineros. Los árboles alrededor de ella acunaban su pereza otoñal y el rumor del Bósforo desmadejaba el silencio del campo. El cielo flotaba sobre copos de nubes por las que el sol gateaba lentamente. Aquella armonía dolorosa le hubiera traído recuerdos del pasado, pero Dick no tuvo tiempo de pensar.

—¿Se ha vuelto loca? —le soltó, cuando ella se disponía a saludarle.

—No le entiendo.

—No se ande por las ramas. Desde que la conozco he notado un desmesurado afán por que la maten. Así que se lo pregunto ¿Hay locos en su familia? ¿Recibe algún tratamiento?

—¿De qué está hablando? —ella también se enfadaba con rapidez.

—Sé lo de Odessa... Ha sido por pura chiripa, pero me he enterado.

Aquellos ojos azules se abrieron como platos. Pero enseguida trató de corregir el asombro y convertirlo en reproche.

—¿Por qué se mete en mis asuntos?

—Demonios, entonces es verdad... —la evidencia le consternó y la preocupación ensombreció su gesto—. ¿Qué hay que pueda interesarle tanto en medio de esa maldita guerra?

—No tiene derecho a preguntarme nada.

—¿Vamos a andarnos con remilgos ahora que sé que está decidida a suicidarse?

Se habían alejado los jardineros, y aquel espacio abierto a la mañana parecía de ambos, como si no hubiera nadie más en muchos kilómetros.

—¿Pero cómo ha sabido...?

—¿Qué importa? La cuestión es que me tomé muchas molestias para que conservara el pellejo y odio desperdiciar nada. Vaya al grano. ¿Qué está buscando en Odessa?

—Oiga, Dick, me hizo un favor y se lo agradezco. Pero no le debo nada más. Además, las autoridades no han puesto pegas a mi plan.

—¿Pero es que hay más gente al tanto de este disparate? Las autoridades... Y lo dice así, tan pancha. Uy, esta conversación se va a complicar mucho.

—Pues no. Puede irse cuando guste. Ya conoce el camino.

—No me explico cómo ha llegado viva al día de hoy. ¿Usted es dueña de sus actos?

—Mi viaje a Odessa responde a mi labor humanitaria. Aquella gente necesita medicinas, alimentos, ropa.

—Eso. Y usted va a llevar todo ese cargamento en un pesquero remendado. No me lo trago, princesa...

Un gesto leonino la impulsó a abalanzarse sobre el hombre. Sus ojos centelleaban con apremiante fiereza, pero se detuvo con un gesto casi cómico. Levantó el índice.

—¿Lo ha oído? Acaban de darla.

—¿Dar qué?

—La hora de que se marche. Ahora, adiós.

—Un momento. Algo no encaja en su historia. Usted es una persona conocida por su vida ostentosa, por sus fiestas, alguien que no quiere saber nada de los comunistas porque expulsaron de sus tierras al duque de Beresina. Y ahora de repente sale con ayudar a esos mismos rojos a los que lleva odiando oficialmente diez años... Pero busca un barco mediano donde lo más que puede cargar son unos cuantos fardos. Y además lo hace casi escondidas, usando de pantalla a un criado...

Ella pareció sentir un escalofrío. Su indignación acababa de ser malherida por la inquietud. Como le atemorizaron las deducciones de Dick, se apresuró a llamar con un gesto a los jardineros.

—Ahora mismo se va a marchar. No soporto su falta de modales.

Pero él había empezado a desmadejar sus deducciones y ya no podía detenerse, abstraído por su propia lógica.

—Cree que estará a salvo porque las autoridades le han dado unos salvoconductos, y eso es una ingenuidad en medio de una matanza donde todos disparan y después preguntan... Pero lleva sus papelitos. Aunque en realidad quiere hacer el viaje a escondidas, cuando nadie se lo espere...

—Dick, si no sabe pillar una indirecta, tendrá que obedecer una orden. Fuera de mi propiedad.

Los dos sirvientes se colocaron a ambos lados del americano.

—Demonios. ¿Seré estúpido? —dijo, atento nada más que a sus conclusiones.

—¿Lo ve? Ahora estamos de acuerdo.

—Usted busca algo o alguien. Algo que le hace mucha falta y que está en Odessa o cerca de allí, pero no quiere que nadie lo sepa. Y es un secreto de no te menees, por el que está dispuesta a jugarse el cuello.

A un gesto de la duquesa, lo agarraron de ambos brazos para conducirlo al palacio, pero él se deshizo con la violencia de un hombre libre que no soporta ninguna atadura. Los jardineros titubearon ante su determinación. Ella lo admiró y en ese preciso instante comprendió que merecía la pena confiar en él, pero las cartas estaban echadas. Si algo había aprendido de la vida, era a prevenirse contra todos.

—De acuerdo, no quiero quedarme a ver cómo la acribillan. Ah, y lamento que ande tan desesperada como para aventurarse en esa temeridad. Pero estoy demasiado cansado para discutir. Ahora, adiós.

Se fue, seguido a prudencial distancia por ambos criados que se prevenían de su temperamento. Aunque la más impresionada fue Elisa, que tuvo que apoyarse en un lozano almendro con los labios temblando por el pasmo y la certeza de que hacía mal en desaprovechar su ayuda. El instinto le impulsaba a llamarle y revelar sus planes, sin embargo, había madurado y aprendido a sobrevivir en un mundo de sigilos y deslealtades. ¿Cómo romper su regla de oro, la única norma que le había permitido llegar donde estaba, el silencio a ultranza?

Odessa, todo lo que concernía a esa ciudad lejana, casi mítica para ella y que nunca había visto, pertenecía a lo más profundo de su pensamiento. Y nada podía sacarlo de ahí, ni siquiera los pasajeros nimbos que se encaminaban veloces al norte, perezosos, remoloneando con un paisaje marino habitado de gaviotas y una azul sábana que extendía sus turgentes olas hasta los montes de la orilla asiática, mudos también y observándola a ella a su vez, recelosos.

La orquesta silenciosa

AL WASHINGTON POST

Me siento mal por aceptar la ayuda de Elisa, algo que sólo me atrevo a confesar ante esta vieja máquina de escribir prestada, oyendo los mil ruidos cotidianos de una ciudad en la que también soy extranjero. Siempre tuve el cariño de mi padre, quien tal vez volcó en mí su conciencia culpable y trató de resarcir el pasado conmigo. Ahora sé que el alejamiento de mi hermana lo pagamos ambos, cosa imposible de explicarle a mi hermana. Para ella yo fui el afortunado, aunque no me lo diga. La realidad es que siempre me he sentido un mensajero sin palabras entre ellos, un mediador infantil para sus recelos. No hay segundas oportunidades para un dolor así.

El hogar y la familia elevan un cadalso a mi alegría, congelan mis labios cuando se acerca la navidad y todo el mundo acude dulcemente a casa a reunirse con los suyos. No me engaño en cuanto a semejante pérdida. La felicidad transcurre donde los otros, los normales, los que pueden confiar a ciegas en los suyos, los que no tienen miedo porque cuentan con una familia a la que volver. Pueden hallar consuelo, comprensión, una entrega que no pide nada a cambio.

Sólo me queda teclear esta máquina de escribir prestada, en una habitación que yo no pago, simulando una profesión que no ejerzo en una ciudad que no conozco. Escribo a un periódico que no me leerá de un país que tampoco es el mío. No conozco nada más que la dureza de los días y la soledad de las noches, y tal vez por eso me corroe el anhelo de levantar el velo de este mundo, de descubrir qué mecanismos convierten a un hombre en

un extraño para sí mismo. A veces me he preguntado si puedo ser el mismo David Alaya de antes o en alguna bifurcación tomé el camino equivocado y hay alguien por ahí que saborea la existencia que a mí me correspondía, mientras que a éste que aquí veis sólo le resta oír el eco de sus pasos desde otra calle, sonámbulo.

Contra este dolor incesante y esa belleza presentida qué otra arma me queda sino la literatura. El gigante mundo, Goliat, se alza frente a mí y yo sólo soy dueño de este instante, este breve interludio en que manejo mi honda y la revoleo para lanzar la piedra. Tal vez el nombre de David fue una premonición, un augurio del destino que me aguardaba. Aparta, bruto, éste es mi momento. Porque a pesar de todo, en mi interior late algo sencillo que se parece a la esperanza y ese pálpito que calienta mi pecho debe ser la vida.

Qué otro impulso me levantó esta mañana y me llevó a la oficina de telégrafos, como un corresponsal auténtico, para enviar el cable de mi falso artículo al Washington Post. El local parecía una panadería, el olor a bollos lo impregnaba todo desde una tahona que linda con la oficina. Otros periodistas me saludaron. Representé mi papel con convicción, creo, y se sorprendieron de mi extrema juventud para un puesto como éste. Tampoco es que seamos corresponsales de guerra, les repliqué. Estambul se comporta con mesura a pesar de la guerra que nos rodea. Luego me invitaron a café y jugamos a las cartas un par de horas. Estuve convincente, creo, al fin y al cabo he trabajado como periodista en Nueva York y conozco sus costumbres.

Luego volví al hotel Aladino, sin prisa en realidad. No había dejado de pensar en María y su tío el capitán Volkov. Le había escrito una carta de la que me arrepentía. Lo hice por desesperación, por mi tremenda soledad y tal vez porque confiaba en que ella, tras su comprensible suspicacia, podía albergar alguna simpatía por mí. Pero qué sé yo de sus sentimientos, de su vida. No puedo imaginar cómo ha sido su mundo hasta llegar aquí. No tuve presencia de ánimo ni para pasar por su calle. Me entretuve por la orilla del Bósforo. El sol aún brillaba y ofrecía a la ciudad una oportunidad para perpetuar su mascarada de esplendor y vilezas, entre un enjambre de gentes ajenas a los altos mástiles y torres que rasgaban el terciopelo azul de la tarde.

El hotel Aladino andaba alborotado. La policía turca realizaba un registro o quizás una redada. Los agentes removían los muebles y enseres de todas las habitaciones y los huéspedes se limitaban a mirar compungidos el desorden. El pequeño recepcionista agitaba su gabán como un murciélago

histórico en señal de protesta, pero el que dirigía la operación se mostraba de lo más calmado. Lo reconocí inmediatamente, era el inspector Kemal Bey, que me liberó de la cárcel. Su bigote y su ropa europea no se me despintaban. También él me reconoció, pronunció mi nombre y dijo que se alegraba de verme. Sonrió ante mi explicación de que no había hecho nada y me preguntó dónde me alojaba.

—No se alarme —dijo después—. Es un registro rutinario. Póngase en mi lugar, debemos conservar la neutralidad turca en la guerra y uno de nuestros medios es evitar cualquier tentación de que los extranjeros nos mezclen en sus asuntos de espionaje. Nuestro deber es entorpecer sus pasos y así ganamos tiempo. El tiempo es precioso cuando se trata de esperar que la guerra acabe.

Su cara enjuta mostró una hilera de incisivos muy blancos, pero a sus ojos asomó una negra poza de preocupación.

—¿Por qué se aloja en el mismo hotel que el profesor Kosmider?

—Hay muchos europeos aquí...¿Qué tiene de extraño que esté él?

No insistió. Tal vez sólo quería ponerme a prueba, conocer mis lealtades. Subió a la siguiente planta para continuar el registro. Entre los huéspedes que se quedaron en recepción lamentando el desorden, vi al profesor Kosmider, sentado en uno de los sillones, en bata de andar por casa. Como los agentes no podían vernos desde el piso superior, me acerqué a él. Me habló en voz baja.

—Viene usted caído del cielo, amigo mío.

—¿A cuento de qué viene este abuso? —protesté, agachando la voz también, mientras el público seguía embobado las evoluciones policiales de la escalera.

—Bueno, aparentan que les preocupan nuestras actividades, por si fuéramos espías, pero en realidad buscan material de estraperlo... Ya sabe, contrabando. Aunque son muy tozudos y a mí me van a tener vigilado toda la noche con su pantomima. Los conozco... Por eso me viene de perlas que haya aparecido. Es decir, si quiere hacerme un favor...

No me negué, pero antes le pregunté si no le preocupaba que registraran sus pertenencias.

—¿Me cree tan incauto para dejar pistas a cualquiera que entre en la habitación? Si hay que temer a los fisgones, empiece por desconfiar de la limpiadora. Nunca oculte nada comprometedor en casa. En mi habitación sólo hay libros y apuntes para novelas. No pueden usarlo contra mí.

Eso dependía de la novela, pensé, pero me abstuve de comentar nada más. El profesor sacó de un pliegue del tacón de su bota una moneda. No le vi nada especial.

—Vaya al café Loti. Alguien le preguntará si tiene cambio. Muéstrela...- me dio la moneda gastada—. Luego, sólo tiene que esperar a que alguien a quien conoce por su nombre aparezca. Eso es todo.

Con tan herméticas instrucciones, me marché. No quería quedarme a ver el desorden que los policías turcos iban a perpetrar aplicadamente en mi habitación. En la puerta del hotel, un chico húngaro bajo una gorra que le quedaba enorme y se alojaba en el hotel, me prestó su bicicleta a cambio de unas liras. En el fondo, agradecí la oportunidad de salir del hotel y huir de la burocracia, que sólo agravaría más mi desazón. Prefería recorrer la ciudad y pensar en María, imaginar qué estaría haciendo a esa hora.

Atravesé el puente de Ataturk y recorrí la orilla del Cuerno de Oro hasta las antiguas murallas romanas. Imposible zafarse de los matices y abigarradas formas con que Estambul pervivía. Vendedores de pistachos, de pasas, madres con carritos...La iglesia de los búlgaros se alzaba hermosa, pero luego venían otros templos con vidrieras, alminares, puertas coronadas por versos coránicos. Y tras las murallas derruidas se llegaba al barrio de Eyup.

Hallé un lugar boscoso, asilvestrado. Una pequeña mezquita se escondía entre castaños y negruzcos cipreses. La rodeaba un cementerio que era la imagen misma del abandono. Un sinfín de lápidas colgadas, caídas, quebradas al caer y que el liquen fue cubriendo, imitaban el color del suelo, de la hierba seca del otoño. Su parda piedra se veteaba con las sombras de las ramas, víctimas todos del olvido mientras las plantas pugnaban por prosperar. No faltaban vendedores de objetos piadosos, mujeres con ramos de flores y hombres que deambulaban como perdidos por el frondoso desorden. Fui más despacio, el musgo y la hiedra tomaban por asalto las losas.

Al fondo, donde terminaba el canal del Cuerno de Oro, la tarde derramó su última luz sobre la terraza de un humilde local con pórtico, el famoso Café Loti. La terraza se orientaba para contemplar el brazo de mar en toda su anchura. Los clientes se acomodaban bajo toldillos y ramas en mesas donde se fumaba y bebía sin prisa, entre glicinas y lámparas de gas. Ascendí la suave pendiente y dejé la bicicleta junto a la escalera de la terraza. Subí los cuatro peldaños con curiosidad y paseé la mano por la

baranda de madera.

Un camarero rechoncho, de bigote en punta y calva surcada de meridianos, vino con modales exquisitos, luciendo un delantal immaculado y me invitó a tomar mesa. Casi todas estaban vacías. Me resigné a sentarme y pedir un café.

La noche caía. Los candiles y faroles se encendían, otorgando al Cuerno de Oro un aspecto soñador mientras dividía la ciudad legendaria en dos. No me di cuenta del paso del tiempo, pero se me acercó un hombrecillo con aspecto de maestro despistado. Su pelo blanco se alborotaba sin dificultad y me inquirió, observándome por encima de sus gafas redondas. Me preguntó tímidamente, con la voz como una chispa que se apaga, si tenía cambio de veinte liras. Me costó reaccionar y reconocer la consigna. Tanto tardaba que él ya había desistido y se dio la vuelta, pero lo llamé y le mostré la moneda.

—Excelente —musitó débilmente y se sentó conmigo—. No sabía a quién acudir. Estas cosas envejecen a uno deprisa.

Buscó una cajita de rapé de su chaleco y luego me contempló con una calma enciclopédica.

—¿Y bien...? —dijo con su acento alemán muy suavizado por su voz infantil.

—¿Y bien qué? —pregunté. Empezaba a preguntarme qué hacía yo allí.

—Pues... Corríjame si me equivoco. Pero debía presentarme a alguien...

—Ah, claro, es cierto. Y el caso es que no entiendo a quién puedo conocer yo por aquí. Hace poco que he llegado ¿sabe? En realidad no me he presentado...

Alzó un dedo como un maestro meticuloso a un alumno que se salta el manual.

—Nada de nombres, amigo mío, se lo ruego. Aquí todos usamos seudónimos y motes para proteger nuestra identidad —acercó su sonrosada cara a través de la mesa— ¡Las paredes tiene ojos y oídos! A mí puede llamarme el Sombrerero.

—El Sombrerero, de acuerdo. ¿Qué significa la moneda?

—Nada, pero es alemana, de la época de la república, antes de que Hitler tomara el poder. Por eso la usamos como emblema de nuestra Orquesta.

—¿Una orquesta?

—Nos llaman la Orquesta Roja, porque somos la oposición clandestina al régimen de los nazis.

—No me diga que aquí, en Estambul, hay opositores alemanes a Hitler.

—Aquí hay de todo. Por favor, sin alzar la voz, si no le importa.

Dicho esto, se quedó a la espera de que cumpliera mi cometido, que era conocer a alguien. Miré a mi alrededor con la sensación de que todo era inútil. La brisa agitaba los farolillos e irisaba el entoldado y las gasas tendidas por el café Loti. Al cabo de unos minutos de silencio entre el Sombrerero y yo apareció para mi sorpresa, alguien al que conocía siquiera de nombre. El americano Jorgito Earle Tercero y su concubina Vilma. Los miré un instante, mientras pedían algo al camarero y ella comenzaba a apurar unas uvas del frutero que decoraba la mesa. Él rascaba su escasa nariz con preocupación.

—Jorge Earle Tercero —le saludé—, Vilma... —y besé la mano de la golosa chica, que sonrió, pero mecánicamente, sorprendida de mi aparición.

—David... El español con amigos en Maryland... —tampoco su rostro era un cartel de bienvenida. Más bien de desconfianza, pero se obligo a mostrarse cordial—. No esperaba verle por aquí... ¿Está solo?

—Bueno, me acompaña un señor que está sentado en aquella mesa.

—Pues dígame que se una a nosotros —dijo, aunque sin la habitual alegría de una invitación, sino más bien con recelo.

Tampoco el Sombrerero acudió con placer, pero una vez se evaluaron ambos, se sintieron más cómodos y pudimos pedir bebidas y unas golosinas para la hambrienta chica. Jorgito Tercero parecía impaciente por ir al lugar secreto donde el Sombrerero debía conducirlo, para reunirse con La Orquesta Roja, pero éste se demoró en observar las formas y perfiles de Vilma, impresionado por su apetitosa belleza.

—Soy pintor ¿sabe? Y posee usted unos rasgos excelentes, nítidos, que me gustaría plasmar en un retrato. Es admirable la proporción de sus facciones, la claridad de los ojos, el delicado equilibrio del cuello...

—Qué bien —fue cuanto respondió ella, atenta a la nata de su copa.

—Bueno, si se siente mejor —concedió Jorgito con tal de zanjarse el retraso—, Vilma puede acudir a su estudio el día que a usted le convenga y posar para un retrato.

El Sombrerero agradeció ufano su propuesta y por el nerviosismo con que le anotó sus señas y la hora de la cita a la chica se diría que no pensaba precisamente en pintura. Jorgito, con cierto orgullo de propietario, le explicó

que ella era una bailarina checa y esto acrecentó la admiración y el brillo lascivo de los ojillos del Sombrerero, al que se le cayó el lápiz cuando lo guardaba en el bolsillo de su chaleco. Fue penoso verla devorar un bollito de leche mientras él se deleitaba con la tentación.

Jorgito no olvidaba su futura carrera política en América ni el abolengo de mis amigos en Maryland, de modo que me encareció sus servicios y se ofreció a hacer de cicerone o conseguirme cualquier documento que necesitara de su embajada.

—¿De verdad piensa dedicarse a la política? —le pregunté.

—De casta le viene al galgo, Alaya. Provengo de un linaje de alcaldes y concejales. Llevo las papeletas en la sangre —bromeaba Jorgito Tercero—. Y con los servicios que estoy prestando en esta guerra, nadie podrá negarme un asiento en una cámara.

El deseo es un tirano vengativo y sin compasión, pero si el Sombrerero prefería entretenerse, Jorgito era ambicioso y ansiaba reunirse con la Orquesta Roja, de manera que lo apremió a conducirlo al lugar secreto de la reunión antes de que llegara más gente al Café Loti, de manera que se fueron ambos. Me ofrecí a buscar un taxi a Vilma y le pregunté por qué había venido a un encuentro secreto.

—Fue idea de Jorgito —dijo, aburrida—. Para parecer más natural o algo así. No me deje sola en el taxi. Acompañeme.

Accedí y metí la bicicleta en el maletero del coche. Allí parecía triste, un residuo de varillas y tubos. Vilma se dirigió al hotel Karpics para cenar, pero apenas habló. Sólo me preguntó sobre mi hotel, donde al parecer se había hospedado alguna vez, pero tenía malos recuerdos. “Demasiadas señoras cotillas y demasiadas cucarachas” dijo. Como parecía conocer la ciudad y yo sentía una infinita curiosidad por María y los suyos, le pregunté a Vilma qué le parecían los rusos de Estambul.

—Se comportan como osos, siempre sucios y turbulentos —dijo—. Se emborrachan y arman broncas en todas partes. Por eso nadie los soporta demasiado y tienen que quedarse en sus propios locales. Además son malos pagadores. Créame, lo mejor que puede hacer es evitarlos.

Me arrepentí de haber preguntado, pero en el fondo necesitaba hablar de esa gente, poner en mi boca a esa persona que ocupaba mi pensamiento. Cuánto me hubiera gustado defender el buen concepto que tenía de ellos ante la bailarina, pero algo me lo impidió, tal vez la conciencia de que Vilma no mostraba aprecio por nadie, ni siquiera por el jovial Jorgito que le

proporcionaba cuanto deseaba. Aquel tipo era su benefactor, la providencia en forma de turista, un mirlo blanco en medio de la carestía general que debiera halagar y engatusar cada día, pero ella no mostraba el menor indicio de eso. Me pregunté qué habría dentro de esa cabecita, mientras ella entraba a cenar en el restaurante y yo tomaba la bicicleta en medio de la noche gélida.

Oficiales sin caballeros

El general permanecía en reposo. El rostro que se había encendido en el ardor de la batalla y fruncido el ceño épicamente sobre mapas cada vez más abarcadores, dejando a sus tropas ocuparse de los indecorosos detalles de la vida y la muerte, mostraba ahora una pasiva inercia. Las ajadas mejillas y los párpados carecían de expresión, el blanco y negro de la foto apenas extraía de ellos una simple inercia rasurada a la que habían abandonado los dones de la juventud.

Había otro retrato en la pared donde el general había posado de cuerpo entero y que manifestaba una feroz disposición a sacrificar cuanta sangre ajena exigiera la causa, inclemencia apenas matizada por la etiqueta del uniforme. Pero a Dick el americano le llamó la atención esa foto de la mesa, su cara sin rasgos, una fisonomía vulgar que no animaba ninguna idea, previa a la voluntad de poder y de odio. Quizás un rictus de hastío en el bello sensual, o de estupidez. De esas medianías se nutren las tiranías. Podía imaginar al general vociferando a sus batallones, o asustando a civiles desde alguna tribuna.

Dick iba a enfrentarse a un general nazi sin conocer sus intenciones. De sobra sabía que la policía turca no se inmiscuía en los asuntos extranjeros y que todas sus correrías, por más sangrientas que fueran, sólo les reafirmaban en su prurito de neutralidad. Joder con la neutralidad turca; era como la apariencia de tranquilidad en un burdel: no engañaba a nadie. Los turcos dejaban hacer a los extranjeros, bajo la consigna de no meterse donde no les llamaban. Podían ver apalearse a alguien y hacían cuestión de honor no meterse. O sea, que si necesitabas ayuda, no contaras con las autoridades. Y no es que Dick se enorgulleciera de sus andanzas en Estambul, pero era la primera vez que le secuestraban a plena luz del día.

Fue al salir del Café Estambul. Por supuesto se resistió, forcejeó, gritó soy americano, I am american, Ich bin Amerikaner. Y por supuesto, los dos alemanes le sujetaron y sacaron a rastras de allí, no sin antes hacer pedazos un buzón con el pie de alguien, posiblemente el suyo. Los extranjeros de Estambul se entendían en una especie de lengua franca, un inglés macarrónico vetado de gestos, todo un arco iris que descendía desde el luminoso diccionario a los más oscuros signos, siempre contando con la buena fe de los vendedores y camareros turcos. Uno de los secuestradores le golpeó en la cara. Estos brutos, cuando se ponen arios, son un fastidio. La madre de Dick también fue rubia, pero del tipo amable.

Cuando lo metieron en el coche a base de militar rudeza, hasta los vendedores de periódicos y los limpiabotas se desentendieron y volvieron la cara para no mirarlo. El hombre al que abandona la suerte es un desahuciado, alguien que se obstina en seguir respirando cuando todo lo demás se ha acabado.

—No tendréis un cigarrillo al menos... —pidió a los captores, que no pestañearon.

Así llegó al consulado alemán. Le hicieron esperar en ese despacho del cuadro. Dick empezó a notar que los retratos del general alemán, esa nulidad humana, se volvían imperceptiblemente amenazadores. Su estupidez se le antojaba un campo abonado para la crueldad; cuanto más fanático, más criminal. Dale a un imbécil una bandera, una consigna, cualquier símbolo que pueda hacer ondear, y ya has creado mil problemas nuevos. Y los turcos no moverían un dedo por un jugador extranjero si eso les indisponía con los nazis. Estaba a merced de esos tipos.

Lo único que le confortaba era que le hubieran traído al consulado alemán. Si hubieran querido matarle, esos dos orangutanes podrían haberlo tirado al Bósforo, amarrado a un yunque o una piedra. Querían hablar primero, lo que le daba una oportunidad. Decidió encender un cigarrillo de un paquete que había sobre la mesa. Americano, esos canallas tenían buen gusto a veces. Con la primera calada, recompuso un poco la idea de sí mismo.

A otro hombre se le hubiera escurrido entre los dedos el pitillo cuando entró por la puerta del fondo un enjuto teniente, cuyo pelado al cepillo hacía resaltar sus orejas élficas. Dick le reconoció enseguida. Alto y seco como una escoba, sus largas zancadas sonaban molestas. El alemán se sentó ante la mesa de despacho y le estudió a través de un irritante monóculo, lo único que brillaba en aquellos ojos de verde lagarto. Con una osadía que Dick sólo le

perdonó porque se estaba fumando su tabaco, le ordenó que se dirigiera a él como teniente Mordek.

—Qué bien —replicó Dick—. Pero ya nos conocíamos. Mordaza.

—Mordek.

—Oiga, lo primero que debería haber hecho es invitarme a tomar asiento.

—Siéntese.

—No me apetece, gracias.

El nazi aserraba el inglés con un acento teutónico terrible. Se desentendió de Dick durante quince gloriosos segundos y estudió unos papeles que había en la mesa. Tal vez sería bueno escribir novelas para distraer a estos canallas de sus tropelías, pensó Dick. O tal vez se lo oyó decir a Kosmider alguna vez. El profesor era de esos tipos que siempre encuentran una reflexión que hacer, pero nunca el sombrero. Dick le dio una inmerecida calada al pitillo, que le recordó a Texas, por cierto.

Al fin, el teniente Mordek se dignó enfocarle con el monóculo, a la vez que sacaba de un cajón un pequeño estuche de piel marrón.

—Bien, Dick... De nuevo cara a cara...

—No sabía que me echaba tanto de menos, teniente. ¿Sólo para verme ha montado todo este tinglado y ha sacado de la jaula a sus gorilas? De todos modos, le advierto que no me interesa lo que tenga que decirme.

—¿De veras? Yo en cambio siento una enorme curiosidad por lo que me responda usted.

—No puede interrogarme, Mordaza, no tiene autoridad para eso.

—¿Y qué va a hacer? ¿Denunciarme? No creo que en la embajada americana le aprecien demasiado. He oído decir que huyó del país. Y en cuanto a los turcos, poseo información que quizás le complique la alegre vida que viene llevando en Estambul.

Sacó del estuche una granada, y el sol traficó con el brillo virginal de su anilla un instante para devolverle los intereses. En una ciudad de estraperlo y mercado negro, aquellos abalorios podían significar cualquier cosa.

—Muy bonito, teniente... ¿Es su regalo para el cumpleaños de Hitler?

—¿Tampoco reconoce esto?

Sacó del estuche una gorra de obrero, de tela a cuadros, muy arrugada. Dick la reconoció enseguida, pertenecía a uno de sus hombres, un alegre muchacho de Escudari. No pudo decir nada.

—Veo que ahora sí me he ganado su atención.

Jugaba con el americano como el gato con el ratón. El teniente Mordaza hizo que Dick perdiera por un momento el gusto por la ironía. Sí, realmente estaba demasiado cansado para aguantar a ese energúmeno.

—¿Dónde está Malik? ¿Qué le han hecho?

—Ya andará lejos —los ojillos del teniente sonreían. Dick notó con pesadumbre que era un torturador vocacional—. Si le sirve de algo, Malik al principio no quiso mencionar su nombre, se resistió bastante. Pero no le quedó otro remedio, cuando le apretamos las tuercas... ¿Cómo dicen ustedes? Con otra vuelta de tuerca, empezó a cantar. Y nos ha confesado que usted trafica con armas y ayuda a la resistencia búlgara... Uf, eso que hace merecería un fusilamiento en mi país...

—Por eso precisamente hay que acabar con el tinglado que han montado.

—De todas formas, Dick, ya sabemos en qué bando está usted, aunque haya querido fingirse neutral todo este tiempo.

—¿Y a quién van a creer? ¿A un hombre desesperado al que amenazan y maltratan o a un hombre libre?

—Llámeme ingenuo, pero tiendo a preferir la versión del que habla acompañado por un cuchillo en la garganta. Ese simple ejercicio le devuelve la sinceridad a un hombre en un grado que hasta los niños envidiarían.

Al decir esto, dejó caer el monóculo, que le quedó colgando de la pechera, y se limitó a pasear un dedo por el afilado abrecartas.

—Lástima que no pudiéramos agradecerle su sinceridad a ese amigo suyo. Pero a eso del amanecer se lo entregamos a la policía turca. Por traficar con armas en el mercado negro.

Como existe un límite entre la ironía y la verdad que es imposible de sondar, Dick optó por callar y tragar saliva, saboreando un último sorbo. No se le ocurrió otra defensa que contraatacar y señaló la foto del general, con el afán acusatorio propio de un fiscal experto.

—Quiero hablar con el general. Estamos en su despacho ¿no? Pues que venga. No tengo por qué tratar con subalternos.

A ningún nazi le gustaba que le ninguneasen y Mordaza se violentó. El odio se destiló puro en sus ojos, antes de volver a la senda civilizada que el suelo neutral le imponía, al menos en principio. Bendita neutralidad. Bienaventurados los pacíficos.

—El general Strauss —dijo con todo el desprecio que sus dientes lograron destilar— no se rebaja a hablar con ladrones ni jugadores.

—Ya veo. Nada de raterillos de poca monta. Se reserva para los asesinos.

—¡Cállese! —se levantó—. Miserable contrabandista al que no le queda ni patria. Podría mandar que lo estrangularan ahora mismo y nadie movería un dedo por su pellejo. Ni siquiera le echarían de menos.

Dominaba el inglés muy bien. Dick retiró la ceniza del suelo con el pie y dio otra calada. Si hubiera querido enfurecer más a Mordek, no lo habría podido hacer mejor. Debía quedar en las venas del americano una postrera gota de sangre fría, que insistía en decirle que si no se había deshecho aún de él era porque le resultaba más útil vivo, así que trató de hallar una solución constructiva a su dilema.

—No se adorne más y diga de una vez: ¿Qué es lo que quiere de mí?

El teniente Mordaza recuperó su color pálido y su monóculo, por lo que, sentado en el sillón de nuevo, volvió a ser una germánica personificación de la eficacia infernal.

—Le doy una semana para que abandone Estambul. Vuelva a América o váyase al infierno, pero no se quede en esta ciudad o acabaremos con usted.

—¿Siente predilección por algún método de expulsión? ¿Quizás me denunciará también?

—Créame, si se queda más de una semana, la ley turca será el menor de sus problemas.

—¿Y por qué no me eliminan ahora mismo?

—Por alguna extraña razón, el embajador Von Papen le aprecia. Y no queremos que sospeche que hemos tenido algo que ver cuando le suceda el accidente.

—El accidente, ya veo... ¿Y el general Strauss, ése del cuadro, sabe que un subalterno suyo se dedica a estas cosas?

—Por supuesto. Sirve a la causa.

—Es raro, siempre que lo he visto en el Café Estambul, parecía muy entregado a la causa del champán y de las señoritas alegres.

—¿Qué tiene que ver? Lo que quiero decir es que el general Strauss, ese Marte en la guerra, tiene una debilidad, como todos los valientes, por la belleza...

—Ya lo creo... Por cierto, anoche se le cayó esta pulserita de plata a su amiguita en el salón de juego. Uno de los camareros me la dio. Como ve, somos honrados hasta cierto punto. Devuélvasela con mis saludos al general... No quisiera privar a la dama de sus ganancias (tan duramente

adquiridas).

—No le tolero que se exprese en esos términos al referirse a mi comandante, un militar sin igual, un héroe nacional que, sin embargo, no deja de ser humano...

Sería molesto repetir los circunloquios y floreos verbales que el teniente Mordaza empleó para excusar esa conducta. Se las pintaba solo para amenazar, impartir órdenes y desplegar muerte y destrucción, pero trastabillaba como un novato al detallar los lances amatorios de un superior. Una vez el asco formó parte del riego sanguíneo de Dick tras aquel poema, el teniente le repitió su amenaza.

—Tiene una semana para largarse. Si lo encuentro aquí el próximo jueves a mediodía, despídase del resto de la semana, o mejor, de la luz del día.

—¿Qué represalias ha pensado? Ilústreme.

—El general Strauss aún no ha decidido si permitir a sus pretorianos que le estrangulen y lo arrojen al Bósforo o denunciarlo a la policía turca. ¿No ha oído hablar de los calabozos de Seliminiye? Un creyente lo llamaría un anticipo del infierno. Pero quizás el infierno no esté provisto de tantas chinches y ratas. Los hábitos higiénicos y la compañía de que disfrutará no le permitirán aburrirse ni un segundo, lo que tal vez le consuele.

—Veo que es todo imaginación Oiga, teniente. Dígale a su amo y señor, a ese Don Juan de guardarropía que abastece a las muchachas de baratijas en sus noches de tormenta, dígale a su repulsivo tortolito, que me aburren las amenazas.

—Claro que habría una forma de que mirásemos a otro lado. De olvidar todo este asunto y considerarlo un malentendido...

—Sólo por verle negociar ha merecido la pena este viaje... ¿Qué quiere?

—Habrá oído hablar de la Orquesta Roja. Esos traidores que se hacen llamar alemanes y conspiran contra Hitler. Hay cobardes de esos por Estambul...

—¿Y qué tengo que ver yo con esos admirables ciudadanos?

—Deme un nombre. Un nombre de alguien que pertenezca a la Orquesta Roja. O dígame dónde van a reunirse y qué día. Si me consigue esa información, olvidaré sus travesuras y podrá continuar sus negocios. Como ve, le ofrezco una oportunidad de salvar el pellejo.

Había pulsado el timbre y los dos forzudos de antes volvieron a rodearle.

—Y ahora, cómplice de judíos y comunistas, lárguese. ¡Quitadlo de mi

vista!

* * *

Mordek se apresuró a expulsar del despacho a Dick porque llamaban a la puerta interior del despacho, por la que él mismo había accedido antes. Giró la llave que había echado al entrar antes y así dejó que pasara el embajador Von Papen, visiblemente ofendido por esta precaución. Ordenó al teniente que le explicara lo que había ocurrido, pero su ostensible indignación no hizo mella en los ojos de hielo de Mordek.

—Para ser diplomático, no se anda por las ramas, Von Papen.

—Exijo saber lo que se me está ocultando en este consulado. ¿Qué estaba haciendo aquí, en el despacho de un general, a puerta cerrada?

—El trabajo que su excelencia no hace. Todos sabemos que la Orquesta Roja se reúne en Estambul, pero nunca le veo realizar interrogatorios ni emplear confidentes, ni siquiera hacer uso de nuestros efectivos. No hemos venido aquí de vacaciones, sino a exterminar a los enemigos del Fuhrer. Mientras usted se obsequia con champán y asiste a fiestas, nuestro país libra una guerra.

—¡No le tolero ese tono, usted aquí es un subordinado!

Pero el aire desafiante había desaparecido de la expresión de Von Papen y su voz sólo pudo sonar hueca, quebrada por ocultos planes que Mordek rastreaba como un sabueso bien entrenado. Von Papen se justificó, error grave en cualquier diplomático.

—No puedo entrar avasallando a todo el mundo. Hemos de ser sutiles. A veces resulta más eficaz un guante de seda que una pistola, Mordek

—Como seamos más sutiles, corremos el riesgo de no hacer nada —respondió el teniente con una indefinible ironía—. Y los ojos del Fuhrer están puestos en nosotros. Espera resultados... Le noto sofocado, Von Papen, ¿Tiene calor? Tal vez su nerviosismo se deba al viaje que va a emprender mañana.

—Eh... Sí. Debo partir para Ankara inmediatamente. Pero mientras estoy fuera le prohíbo que arrastre el nombre de Alemania con sus abusos o que pasee por ahí a sus matones. No olvide que somos huéspedes en un país

extranjero, en un país que no se halla en guerra —insistió.

—Pero nosotros sí, excelencia.

—Tenga cuidado, Mordek. La paciencia de un hombre tiene un límite. Me queda un prestigio, un nombre...

—Pues al Führer le queda paciencia.

—Y no olvidemos nuestro gran éxito, Turquía sigue siendo neutral a pesar de todas las presiones aliadas. Nos suministra ese mineral, la cromita. Y además la operación Cicerón va viento en popa.

—Sí, hemos tenido suerte de que los turcos quieran la paz a toda costa y necesiten vender su cromita a quien sea. Y de que ese mayordomo del embajador británico adore el dinero y nos venda sus secretos. Pero su excelencia no nos ha suministrado aún ni un nombre de los miembros de la Orquesta Roja que se esconden en Estambul y siguen conspirando contra el Reich. Ahí es donde hace falta un embajador.

—Hay que dejar que se confíen. Que salgan a la calle. Se equivocarán en cualquier momento y daremos con ellos.

—Eso es, esperaremos que pongan anuncios en los periódicos.

—No le tolero sarcasmos. Guárdelos para alternar con sus colegas oficiales.

Von Papen estaba harto de esquivar dardos de nazis, de sortear sus sospechas y eludir la suspicacia de Hitler, que lo despreciaba y lo odiaba a partes iguales. No podía engañarse ni hacerse ilusiones, él que había sido siempre ambicioso y había triunfado en el pasado, pero ahora se sentía solo y abandonado a su suerte. Apenas le quedaba iniciativa en el estrecho margen de sus potestades diplomáticas y sentía cada vez más cerca de su nuca la respiración de todos esos cancerberos nazis. Nunca se arrepentiría bastante de todo lo que había ayudado a esos bastardos a apoderarse de su amado país. Ahora sólo le quedaba evitar sospechas, consultando todos sus pasos a Berlín. Sentía que el cerco se estrechaba en torno a él, que se quedaba sin recursos ni amigos.

—¿Cuándo se marcha a Ankara, excelencia?

—Esta misma tarde.

Paisaje para el crimen

Las piedras devolvían a la noche su estaño cuando el farolillo turquesa del Harén Azul comenzó a tiritar con el frío del mar. El coche negro aparcó en la esquina. Al general Ozabán le abrió la puerta un policía de paisano, dueño de un excelente cuello de toro y manos como filetes. El general se apeó con la torpeza de un oso enjaulado, pero su mirada destiló desprecio oriental por el agente. Le parecía que últimamente sus movimientos se ralentizaban. Esta opinión la compartió con el agente en forma de bofetada. Ahora más diligente, el hombre le abrió precedió al Harén Azul, mientras el farolillo trataba de delinear sus rostros, aunque enseguida abandonó la ingrata tarea.

Había pocos clientes en el local. Media docena de mujeres disimulaban su indiferencia universal bajo los estertores de una bombilla casi naranja que endulzaba algo las diversas áreas de piel que dejaban ver unas prendas que oscilaban entre lo frugal y lo ridículo. Las canciones de la radio trataban de insuflar algo de vida en aquel panteón de las ilusiones. Un par de clientes conversaban en una mesa con dos mujeres. El camarero, con un asco por el mundo que le afeaba la comisura de los labios, fue el único que saludó al general Ozabán y éste le hizo una seña para que se acercara. El tipo soltó la escoba deprisa para acudir como un perro bien entrenado. Le preguntó qué deseaba con un susurro reverencial y los ojos clavados en el suelo, por no ser digno de mirar las ojeras del líder.

—¿Dónde está Kosmider?

—Arriba, en la puerta siete, mi general.

El agente se apresuró a abrirle paso a Ozabán y subieron ambos, mientras las mujeres los observaban con el entusiasmo del caracol. Una ventana enrejada daba fin al pasillo y por ella la luna trataba de imitar a la

lamparilla roja que parpadeaba como si padeciera una indigestión de pesares. El guardaespaldas llamó a la puerta siete, mientras Ozabán atendía los jadeos que llegaban de las habitaciones, atenuados por la música de abajo.

Entonces abrió una muchacha de cutis suave y lentos ojos. Encorsetaban sus curvas una bata de gasa y unas prendas de lencería que sólo podían llamarse ropa en grado de tentativa. Los bucles de su pelo alegraban su nariz chata y algo carnosa. Como todas las bombillas brillaban en diminutivo, la luz insuficiente camuflaba lo soñoliento de sus ojos.

Kosmider se levantó de la cama donde se atareaba con los calcetines e hizo una reverencia en mangas de camisa que pareció arrojarlo a los pies del general, si es que no tropezó con la alfombra.

—Profesor Gustav Kosmider —dijo con una mueca indefinible Ozabán—. Buenas noches. He venido a detenerte.

—¿A mí...? —el profesor tartamudeó o tosió o reunió ambos sonidos en un milagro acústico improvisado. Cuando recuperó el uso de su garganta y la saliva circuló entre mil contratiempos pectorales, vocalizó la segunda pregunta— ¿Por qué?

—Ah, claro, el motivo. Te encuentro quisquilloso, profesor. Finjamos que no lo sabes. En ese caso te diría que te detengo por el atentado que has perpetrado esta mañana.

—¿Qué... qué atentado? —dijo Kosmider, cuya palidez se volvió clínica.

—Eso tú sabrás. Pero me sorprendió tu osadía. Nada menos que una bomba en plena calle de Ankara para matar al embajador Von Papen. Los alemanes se habrán llevado un disgusto tremendo. Hay que ver qué cosas...

—¿Pero acaso supone que yo he podido hacer algo así...? Usted me habla de Ankara, general, pero Ankara está a cientos de kilómetros de aquí. ¿Cómo iba a viajar tan deprisa?

—Me decepciona, profesor. Ni siquiera me ha preguntado si Von Papen sigue vivo. Y pensar que usted ha cenado más de una noche con él en cierto palacio.

—¿Es que... el embajador ha muerto? —Acertó a preguntar Kosmider, convertido en una hoja vacilante.

—Bueno, murieron dos tipos, pero al parecer se trataba precisamente de los criminales que manipulaban la bomba. Justicia poética, podríamos decir. En fin, amigo mío, que me veo en la abominable tesitura de arrestarle. Francamente, le admiro por haber sido el cerebro de semejante audacia.

—¿Pero por qué piensa que he sido yo? ¿Qué tengo yo contra Von Papen?

—Bueno, todos sabemos que usted es un refugiado político y huyó del Tercer Reich. Además, se le ha visto muy unido a un agente inglés, Kim Philby. Tiene un montón de motivos para querer mal al embajador.

—Pero todo el mundo sabe que soy un novelista, un pacífico hombre de letras, y además, un cobarde...

—Qué pobre opinión tiene de sí mismo, profesor. Imagino que algunos podrían considerarle un ser insignificante. Pero precisamente por eso nadie se ofenderá por su detención. El ministro me ha pedido detenciones fulminantes para evitar el escándalo y el revuelo de ese atentado. Y he considerado que el mejor modo de evitar un incidente internacional y preservar la neutralidad turca es cargarle el mochuelo a un tipo del propio Reich. Así ningún país se sentirá ofendido. Es penoso decirlo, profesor, pero no es un tipo que goce de amistades —aquí le tuteó bajando la voz. Dime alguien que se jugaría el cuello por ti.

—Ya veo. Prefiere detener a un don nadie, da igual que sea inocente, antes que enfrentarse a la ira de los alemanes. Y así tampoco ofende a los aliados.

—¿Inocente tú? —dijo el general, sardónico— ¿De qué?

Indiferente al abatimiento del profesor, el general acariciaba la barbilla de Adilé, a la que preguntó el nombre. Evaluó sus formas con evidente satisfacción y no pareció molestarle el temblor de sus labios. Disgustada y llena de miedo, ella rezaba para que todos esos indeseables se alejaran enseguida de allí. Se concentraba en la música de abajo o en el tenue rumor del mar que se adivinaba como un recuerdo demasiado íntimo para hablar de él, amortiguado contra las sábanas rosas. Adilé no gesticuló ante las caricias de Ozabán, como si dudara de que la ostentación de su piel pudiera despertar la lujuria. Se mantuvo cabizbaja y cohibida.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Adilé?

—Seis meses —contestó, con la tristeza del preso.

El general repitió la respuesta y al girarle la cabeza para admirar su perfil, el cabello ocultó la mitad del rostro desamparado. Entretanto, Kosmider no había dejado de pensar a la velocidad del rayo. Necesitaba esquivar la detención a cualquier precio. En cuanto saliera del Harén Azul detenido, sería hombre muerto. La acusación no podría sostenerse mucho tiempo y lo más fácil para Ozabán sería simular un suicidio en la celda o

matarle por las buenas. O una condena de muerte rápida, ejemplar. Se apuró en encontrar una diana distinta para aquel dardo envenenado que apuntaba hacia él.

—Hay otra opción, mi general, que a lo mejor le convenga más... ¿Cómo decirlo? Existe una alternativa que le permitiría matar dos pájaros de un tiro.

Su hermetismo atrajo la atención de Ozabán, que soltó a la chica y le permitió escabullirse en la sombra de la habitación, donde hubiera querido hacerse invisible. La lozanía era un pasaporte con caducidad, una llave que el tiempo mellaría hasta desdentar del todo, pero que de momento funcionaba como un resorte bien engrasado.

—¿A qué te refieres? —preguntó el general. A una señal suya, su esbirro le acercó un cigarrillo y puso a su alcance la llama de una cerilla. Lo encendió, aspiró el humo y luego expulsó una voluta azul que vio ascender hacia el techo raso.

—Si el sospechoso perteneciera a un país neutral, que no estuviera implicado en la guerra, ninguno de los contendientes se molestaría. No me refiero a Turquía, claro, sino a un tercer país. Lejano, que a nadie le importe. El sujeto sería un alucinado, un terrorista loco. Y además se trataría de alguien que iba a poner a sus pies a la princesa Beresina.

—¿Cómo te atreves siquiera a mencionar su nombre en este burdel? Eres más despreciable de lo que imaginaba —el general trató de indignarse, pero su ira no podía compararse con la magnitud de su interés.

—Si el sospechoso —continuó Kosmider impertérrito— fuera David Alaya, su hermana haría lo que fuera para ayudarlo.

A Ozabán se le iluminó la cara. O le alumbraba directamente la bombilla o una idea ardía bajo su opaco cráneo. Kosmider insistió:

—Imagínese la escena. Ella acude a verle para interceder por su hermano y usted se muestra abrumado, lleno de pesar, ofreciéndose a colaborar en todo lo posible para ayudarla. Serían momentos casi íntimos.

—Pero el muchacho es inocente y lo dirá.

—¿Qué ha de decir? No se apresuren a encontrarlo. Publiquen la orden de busca y captura, divúlguenla, peguen carteles y dejen que se esconda. Mientras más se oculte, más culpable parecerá. Y tal vez los alemanes o los auténticos culpables lo encuentren antes que ustedes. Unos para vengarse y otros para que nunca pueda aclarar la verdad. Entretanto, usted se mostrará conciliador con la duquesa, será su más humilde colaborador. ¿Qué mal

puede hacerle tan noble gesto?

Kosmider se despreció a sí mismo por poner en bandeja semejante plato a Ozabán, pero la cobardía siempre paga un alto precio. Y juró en ese mismo momento en que veía al general sonreírse, tomar cumplida venganza. Si ahora le tocaba temblar de miedo, tiempo vendría en que se volverían las tornas y se resarciría completamente de aquella humillación. A Ozabán, en cambio, le divertía el temor de Kosmider. Casi le costaba contener la risa.

—¿Qué hace ese muchacho en Estambul, por cierto?

—Nada importante. Pasea por las calles como un turista, escribe artículos para un periódico americano... Hasta ahora no ha hecho nada que llame la atención. Sólo es un desocupado.

—Parece un simple tipejo. La buena noticia es que al fin la estancia del muchacho en la ciudad va a servir para algo.

Se lo había tragado. Aquel mastodonte aplastador de cabezas acababa de aceptar la proposición del profesor e incluso se permitió tratarlo con el desdén habitual.

—¿Sabes, profesor? En realidad detenerte suponía un incordio: los cobardes tan evidentes como tú nunca resultan unos sospechosos convincentes. El papel necesitaba a alguien con más sangre en las venas y seguro que el español lo hará mejor. Bien, ahora os dejo solos, tortolitos.

Acarició el cuello de Adilé como despedida y salió triunfalmente del Harén Azul, dejando a un humillado profesor. Si alguna vez Kosmider elogió los ojos de gacela de la concubina, en ese instante odió con todas sus fuerzas que esas pupilas saltasen sobre él, porque en ellas sólo veía reflejado el desprecio que él mismo sentía por lo que acababa de hacer. En mangas de camisa, con los calcetines desparejados, había vendido a un inocente ante ella. En ese momento aciago, el profesor sólo pudo dar rienda suelta a su rabia mediante los golpes.

El resto de la noche tampoco iba a resultar un jardín de rosas para Ozabán, que se retiró a su domicilio. Aunque muchos imaginaban que un hombre de su posición disfrutaría en casa de espléndidos placeres y un serrallo particular, lo cierto era que el general padecía domésticas desdichas. En su juventud, cuando sólo contaba con galones de teniente y su mediocridad le impedía auparse en el escalafón, se casó con la hija de su general para ganar méritos. Aquel matrimonio de conveniencia no hizo feliz a nadie. Además, su mujer había engordado y el color terroso de su piel y sus insultos no ayudaban a crear lo que él consideraba un clima feliz.

Todas las cenas se despechaban a base de discusiones tormentosas o silencios sepulcrales. Tras el duro trámite de trasegar unos pescados mal aliñados, huyendo de los niños ruidosos y los insultos conyugales, se retiró al ingrato tálamo, donde una vez más los codazos y puntapiés le permitirían dormir, si los ronquidos de su media naranja no le interrumpían demasiado. Pero apenas le visitó el sueño, porque esta vez le gratificaba más el delirio del duermevela. En la ventana colgaban unas estrellas sin esfuerzo, ignoradas, silvestres. Ozabán se imaginaba a sí mismo regalando a la princesa Beresina un ramo de flores para endulzarle las noticias que debía llevarle. Imaginaba su sonrisa, recreaba su lejano perfume, como un tulipán cerrado bajo la luna. Tras el gesto sedante que apaciguara a la dama, le contaría el triste destino de su hermanito, y cómo le habían obligado a perseguirlo y él se había negado ofendido. Ella se alborotaría, pero él interpondría entonces su conducta cómplice, su comprensión. Lograría imponer en la duquesa su condición de amigo dispuesto a saltar por encima de la ley para favorecer al chico. Le propondría incluso ocultarlo. Entonces se ganaría su atención y su gratitud. Oh, la gratitud de Beresina lubricaba sus fantasías bajo el agrio diapasón de los ronquidos matriarcales. Esa bucólica ambrosía suturaba sus insatisfacciones en la vida burocrática de quien siempre aspiró a mayores logros.

Así llegó el día siguiente y se dirigió sin demora al ministerio. Silbando, casi le deleitaba ver desplazarse la sombra de las nubes, el tiritar de los árboles. Dio órdenes de publicar la busca y captura de David Alaya, pero lo hizo casi con repugnancia, como si no hubiera sido idea suya. Descargó su odio sobre el subalterno que debía encargarse de la tarea, Kemal Bey. Un miserable esbirro del poder que no comprendía el duro sacrificio que se imponía el general al asumir aquella obligación.

—¿Qué tiene que ver ese joven con el atentado de Von Papen? —se atrevió a preguntar.

—No discuta mis órdenes. ¿Qué sabe usted de alta política?

—Pero, mi general... Estamos hablando de perseguir a un inocente. No tiene sentido. ¿Cómo se ha convertido en sospechoso ese español? ¿Qué ha hecho? ¿No llevar pasaporte?

—Usted habla de un caso policial. Yo trato de resolver una cuestión de estado. Así que no interfiera en asuntos que le exceden y obedezca. ¿Me oye, maldito hijo de zapatero remendón? ¡Obedezca!

Tras colocar a Kemal Bey en el lugar que le correspondía, se dirigió al

palacio Beresina con la fanfarria de un César. Los montes y árboles reflejaban el agua del estrecho, mientras Ozabán disfrutaba con la perspectiva de vender caro su silencio a los rusos y los ingleses, que sin duda habían patrocinado el atentado. El palacio apareció tras una fría niebla que despojaba a la ciudad de su rotundidad y parecía envolver en algodón los árboles despojados por el otoño, bajo cuyas ramas ensimismadas el palacio persistía al fondo del camino.

El general fue conducido por el mayordomo a la sala rosa, donde esperó en compañía de un ramo de crisantemos amarillos. Pero en aquella soledad silenciosa, apenas turbada por el gruñido de los barcos que se deslizaban por el Bósforo, empezó a considerar que dar la noticia a una mujer temperamental de que perseguían a su hermano no era un plato de gusto. Ella apareció al cabo de unos minutos y pidió al mayordomo que trajera té. Vestía con sencillez, una falda y una rebeca de punto, y aun así ofrecía el aspecto arrogante de quien no quiere ser interrumpido. Ozabán se mordió el labio.

—He venido en cuanto me lo han permitido mis obligaciones —dijo con un tono casi fúnebre que a él mismo sorprendió—. O debiera decir, mis ingratas obligaciones.

Ella no le entendía y su rostro, que empezó mostrando una natural aversión apenas disimulada por la etiqueta, se inquietó.

—¿Qué ocurre, general?

—No sé si ha leído los periódicos de esta mañana. Han intentado asesinar al embajador alemán Von Papen. Ayer mismo, en Ankara.

Como semejante atrocidad consternó a Beresina, él se apresuró a explicarle que el embajador había salido ileso milagrosamente porque a los asesinos les explotó la bomba en las manos. Aunque eso tampoco sonó muy tranquilizador.

—Es horrible —corroboró ella.

—Ojalá eso fuera todo lo que he venido a contarle, señora. Pero antes de continuar hablando, quiero que sepa que he venido aquí como amigo y no como miembro del ministerio.

La duquesa abrió los ojos, intrigada. Aun sin maquillar, poseía un radiante esplendor. Ozabán titubeó al soltar lo que había venido a decir. Sintió el arrepentimiento como un dedo de fuego que le quemase la garganta. Pero no cabía echarse atrás.

Antes de contar que David Alaya era sospechoso del crimen contra el embajador, antes de que ella se echara las manos a la cara, presa de mortal

consternación y las lágrimas afloraran a sus ojos, ya había entendido el general que aquella terrible injusticia le iba a separar tanto de Beresina que la volvería inalcanzable. Y que él era tan cobarde como Kosmider. Su propia infamia le amargó el paladar y apenas pudo hacer otra cosa que balbucear excusas sobre una investigación fantasmal que no existía. Avergonzado por su crueldad y su miseria, sintió que el traje le pesaba como el plomo cuando trató de explicar a la compungida mujer que venía a avisarla para que escondiera a su hermano, que él retrasaría la orden de buscarlo.

Incriminar al español era un monumental error. Hubiera sido mejor acusar a Kosmider como pretendía. Pero ese astuto profesor urdió una salida y se había burlado de él. Ozabán se prometió a sí mismo vengarse bárbaramente por haberle engatusado con aquella triquiñuela.

Sus ensoñaciones libidinosas de la madrugada se disolvieron para siempre. La mujer sufría de verdad y su rostro lloroso no prometía ningún deleite en mucho tiempo. Ozabán se había acostumbrado a las concubinas complacientes que sonreían y fingían placer. Pero la duquesa estaba incluso fea, con la frente arrugada y los ojos encogidos. El general procuró abreviar esa humillante reunión. Sentía que había servido de marioneta a Kosmider y de pronto se le ocurrió que podía delatarle a la duquesa. Aunque el profesor era un perro cobarde. Nunca pondría en peligro su repugnante cuello.

Ozabán le juró a Beresina que trataría de retrasar la búsqueda del fugitivo lo más posible para que ella pudiera encontrarle un escondite apartado y seguro. Ella agradeció el gesto con labios temblorosos, aunque el general apenas tuvo ánimo para recibir su gratitud con una mueca torcida, tanta vergüenza le daba. El plan había resultado un absoluto fiasco.

—Esta bajeza es más propia de Kosmider que de mí —se dijo, para animarse. Pero en ese instante temió que la duquesa pidiera ayuda a Dick el americano. Los celos afloraron como un sarpullido que le obligó a soltar la taza de té.

—Alteza, tal vez abuso de su confianza al decirle esto, pero el otro día intercedió a favor de su hermano el gerente de un casino, un americano que dirige el Café Estambul. Le digo esto porque creo mi deber, aun en estos difíciles momentos, advertirle de que tenga cuidado.

—¿Por qué? —Elisa se alteró.

—Bueno, aplaudo su iniciativa de buscar ayuda en un apuro difícil. Es comprensible, pero tal vez la ceguera del momento no le permitió ver que hay compañías que no son recomendables. En los mentideros de la ciudad se

dicen muchas cosas de Dick el americano. Algunas son espantosas. Se dice que no puede regresar a su país, porque fue acusado de asesinato.

—¡Asesinato!

—Sí, en América era un tahúr, un jugador de ventaja. Tenía una amante, una cantante de cabaret. Un día, imagino que hartado de mariposear de un garito en otro, decidió robar la caja de un local de apuestas. Lo preparó con su amante y cuando terminó todo, él tomó un avión al extranjero y ella apareció muerta en un motel de las afueras de Nueva York. Parece ser que no quiso compartir el botín con nadie. Desde entonces se ha pasado la vida dando tumbos.

—Dios mío, muerta...

La información la conmocionó, o más bien la desorientó. Lo que le contaba el general no concordaba con la imagen que tenía del americano. Pero comprobar tal efecto no fue plato del gusto de Ozabán, reconcomido de celos.

—No se fíe de él. Creí que debía decírselo.

Patriotismo al contado

¡Estúpido, estúpido Pokopin! ¿Por qué había venido?

María odiaba las intromisiones del comisario en su vida. Se había levantado temprano para zurcir calcetines y reponer botones y ahora pasaba a máquina las cartas de los vecinos a sus familias cuando apareció Pokopin en la puerta de su apartamento. Toda la paz que había sentido al ocuparse de sus sencillas labores, envuelta en la vaporosa luz de la mañana y el silencio casi mágico del edificio, se disiparon ante aquel rostro agrio, ajustado a la calavera como si la falta de afecto por el exterior le obligara a reducir todo contacto con el aire.

Notó la furia de Pokopin en todo su cuerpo. Le fruncía el ceño y le apretaba los labios como un cepo. Los puños sujetaban una invisible vara como si deseara golpear a María allí mismo. El disgusto de la chica dio paso enseguida al pánico. El comisario político entró golpeando con la invisible vara los objetos de la habitación, buscando dónde vengarse.

—¡Lo ha vuelto a hacer! ¡Maldito capitán Volkov, ladrón de pacotilla! ¡Su tío es un ladrón y un borracho!

María tembló y juntó las manos sin darse cuenta. Agachó la mirada, dejando a sus pómulos el trabajo de hacer frente al comisario. Entrecerró los ojos y trató de adivinar a Pokopin a través de las pestañas.

—¿Qué ha pasado?

—Que ese maldito ladrón abrió la caja fuerte del Consulado. ¡Lo han visto, María Ivanovna! ¿Sabe en qué situación me deja con semejante atrevimiento? ¡Soy el comisario político! ¡Tengo que denunciarlo yo a Moscú o me purgarán a mí!

Mientras hablaba, la escrutaba, como si buscara también la culpa en ella. Pero su piel y su pelo transparente no casaban con aquel infortunio que él traía. Así permanecieron, en brutal silencio, hasta que María balbuceó una

tímida excusa, llena de miedo.

—¿No... no podría tratarse de un error? —casi lo preguntó sin voz, con la garganta seca por el miedo. Aun así su aterciopelado timbre apaciguó un poco el odio de Pokopin, que pasó de la furia a la lógica casi sin advertirlo.

—¡Hay testigos! Un hombre lo ha visto y desgraciadamente para su tío es leal a la revolución, posee conciencia soviética. Así que me ha colocado en la tesitura de denunciar al capitán a Moscú si no quiero ser yo el represaliado.

Ella hubiera querido arrodillarse. Casi pudo ver a su tío yendo esposado al coche de los guardias. No le quedaba más familia.

—Se lo ruego, camarada comisario...

Al verla implorar con sus ojos llorosos, algo se conmovió en Pokopin, algo no previsto. Y por un instante trató de pensar fuera de las consignas.

—¿Cómo? ...Tal vez si dijera que ha sido un simulacro... Un prueba para evaluar las medidas de seguridad del consulado... Es arriesgado, María.

Ella le suplicó que lo hiciera. La tenía tan a su merced que Pokopin casi sonreía por su suerte e involuntariamente alargaba las manos hacia ella para tocarla. Y la ternura le hizo caer un hilo de saliva por la comisura de los labios.

—Mi madre me ha escrito —dijo en tono oscuro de bordón lento, con expresión abstraída como si admirase un cuadro y no a una criatura viva.

—Su... su madre —musitó ella, incrédula ante semejante cambio de tema. De repente quisiera evaporarse, escabullirse del mundo. Sus manos se fueron al pecho por sí mismas, para resguardarla de Pokopin.

—Ya sabe que es una mujer comprensiva, hasta cierto punto... Ella comprendería que usted se arrepintiera de los errores cometidos por su familia. Si usted, ciudadana María, hallara alguna forma de enmendar lo incívico, lo desordenado de esos miembros... Ella estaría dispuesta a perdonar.

Ella balbuceó, casi repitiendo la última palabra, incapaz de pensar. Pokopin sonreía involuntariamente como el rostro de un cadáver. La conversación ahora le sabía a miel y sus dientes afilados asomaban complacidos. El poder era algo maravilloso, y quiso dar una vuelta de tuerca para que ella no olvidara en qué lado de la espada se hallaba cada uno.

—No sé qué pretende el capitán Volkov. Pero no habrá segunda oportunidad para él, se lo aseguro. ¡He sido demasiado indulgente, prácticamente me ha obligado a actuar como un contrarrevolucionario!

—Le agradezco lo que hace —se apresuró a responder ella, con una

expresión tan mansa que hubiera apaciguado a un león, tanto más a un perro.

Pokopin se paseó hasta la máquina de escribir.

—¿Qué cartas transcribe ahora? Ah, para familiares rusos, eso está bien.

Pero nada estaba bien. María se sentía acorralada. Continuó cabizbaja, quizás para evitar que sus miradas se cruzaran. Pokopin, en cambio, se volvía incisivo, atrevido. Se acercaba a olfatear su blusa, mientras argumentaba los peligros que corría el capitán con sus tropelías. Ella recordó en ese instante que aún conservaba la carta de David en el bolsillo de la falda y temió más que nada la cercanía de ese íncubo de Pokopin. Pero él se hallaba en su salsa, se ufanaba de su generosidad y se sentía tan condescendiente que estaba dispuesto a criar los hijos que le diera María Ivanovna y adoctrinarlos en la causa, como era su deber. Ella no se movía, como si aspirase a convertirse en una cariátide en ropa de casa. Pero la luz era su peor enemiga porque no sabía ocultar lo bello ni lo puro. Nadie había enseñado a la luz a disimular la juventud o la esperanza. Y el parásito absorbía su porción, su migaja.

—Con tantos asuntos, ni siquiera he desayunado —esbozó una queja Pokopin.

Ella se apresuró a ofrecerle un café y, al asentir él, encendió el samovar y sacó la única taza de porcelana que había en la casa, recuerdo de un pasado burgués que debería avergonzarla. Pokopin no dejaba de sonreírse o tal vez padecía del hígado, algo que delataba el color apergaminado de su cara. La veía tiritar cada vez que mencionaba a su tío Volkov, pero no podía evitarlo; le gustaba sentirse poderoso, acorralarla. Y sin embargo, también el comisario poseía su corazoncito y lanzaba miradas de cordero degollado como un estudiante a aquella figura dulce.

Lástima que no fuera un gran orador y la conversación decayera. Tal vez debiera el comisario político cambiar de tema, dar una imagen más heroica de sí mismo.

—¿A que no sabe a quién tenemos en el Consulado? Nada menos que a Leonov, ese león del partido. El hombre que ideó el asesinato de Trotsky, nada menos. La otra noche me hizo el honor de cenar conmigo. Por supuesto, le comento un alto secreto, pero sé que puedo confiar en usted, María... ¿Nunca le han dicho Marusia? Oh, Leonov me trató con gran confianza y además me demostró su gran carisma.

Ella se limitaba a asentir, horrorizada por la confidencia. Le repelía cualquier complicidad con Pokopin e incluso se atrevió a rogarle que no se cansara en contarle nada, porque ella era una persona completamente

irrelevante.

—Bah, no tiene importancia. Al fin y al cabo, el gran Leonov pronto volverá a Moscú. Ya ha concluido el trabajo que había venido a hacer. Reconozco que esta vez no ha logrado su objetivo, pero aun así, su labor ha sido indetectable por la policía y los servicios secretos. Oh, el camarada Leonov es un prodigio de habilidad. Figúrese que la policía anda completamente despistada y va tras un don nadie que trabaja de reportero o algo así. ¿Sabe lo más gracioso? Yo lo sé casi antes que la propia policía. Nuestro servicio de espías ya nos ha dicho el nombre del tipo al que pronto van a perseguir. Un tal Alaya, español.

A María casi se le derramó la taza de café que servía a Pokopin, pero con vacilante pulso logró depositarla en la mesita. ¡David Alaya perseguido por la policía!

Pokopin se regocijó al recordar el ingenioso plan que urdió Leonov y que sólo falló por la estupidez de los asesinos. Leonov había contratado a dos búlgaros para que cada uno llevara la funda de una cámara fotográfica al hombro. Tenían que arrojar la bolsa roja a Von Papen con la bomba y luego accionar la azul, que levantaría una cortina de humo que les permitiría huir. Pero ellos pensaron por su cuenta y se les ocurrió accionar primero la azul con la cortina de humo para que nadie les viera tirar la bolsa roja. El problema era que la cartera azul contenía otra bomba porque lo que pretendía Leonov era no dejar cabos sueltos. Así que los dos búlgaros murieron estúpidamente a pocos metros de Von Papen y su esposa, que debieron llevarse un susto de muerte.

Aunque no contó nada de esto a María, siguió elogiando a esa leyenda viva de Leonov y sintiéndose importante al mencionar su cercanía. Pero María ya no le atendía. Sólo se preguntaba cómo podría avisar a David del peligro. Pokopin saboreó su infusión y, pareciéndole que ya se había dado suficiente aires de grandeza ante la cohibida muchacha, se despidió para reanudar sus ejemplares tareas.

Cuando al fin se marchó, María se echó sobre la puerta como si al cerrarla quisiera borrar todo ese mundo. Apenas lograba sujetar su amargura llevándose las manos a la cabeza. ¿Cómo podría librarse para siempre de Pokopin? Y sobre todo, ¿cómo ayudaría a David?

Lejos de allí, al otro lado del Cuerno de Oro, su tío el capitán Volkov también se impacientaba, mientras aguardaba para reunirse en secreto con el inglés Kim Philby, en una de las calles del Gran Bazar.

Hacía tiempo que el sol había desistido de entender este laberinto. Su rayos atravesaban con variable fortuna los tragaluces de sus bóvedas para refulgir en cacharros de latón o metal y teñir de colores alfombras, zapatillas y azulejos devorados por la fiebre de la geometría. El Gran Bazar se retorció con destreza oriental bajo la luz de bombillas y faroles para envolver de voluptuoso misterio el antiguo arte de los vendedores, aduladores profesionales que seducían colocando ofertas y gangas de sus mercancías de tal modo que asaltaban al visitante. Así las arcadas y pasajes conocían una forma de misticismo: el absoluto buscado a través de la saturación de los sentidos. Igual que los derviches giróvagos danzaban y giraban hasta olvidarse de sí mismos y fundirse con la presencia divina, los tenderos atiborraban las calles de olores y formas, colores y destellos, para que el visitante sintiera la superchería de la vida, para que atisbara una última frontera antes de ser disueltos por el polvo y la oscuridad del universo que aguardaba fuera del Gran Bazar.

El capitán Volkov fingía hojear los libros en una tienda de antigüedades, entre espejitos, pañuelos, pipas y lamparillas de mesa. Había esperado casi diez minutos hasta que al fin apareció Kim Philby por una esquina donde dos orfebres trabajaban a la puerta de su negocio. Kim vestía un traje gris. Sólo su cabello claro y su piel demasiado clara delataban su condición de extranjero. Caminaba con las manos en los bolsillos del pantalón como un turista casual. Sin denotar el menor cambio de humor al ver a Volkov, se acercó a observar un jarrón de metal adornado con motivos de hojas y flores.

—¿Qué tiene para mí? —preguntó, cuando se cercioró de que nadie los observaba y el tendero atendía a otro cliente.

—Tres nombres —respondió el capitán Volkov, que metió un recorte de papel entre las páginas de un libro. Luego se alejó para estudiar unos estuches labrados en madera de roble.

Kim Philby se acercó al libro y lo abrió con desganada curiosidad. Leyó el papel como si formara parte del texto impreso. Los nombres estaban cifrados. Pero cuando pudiera usar el libro de claves descubriría que uno de los nombres era Harold Adrian Russell Philby. O sea, él mismo.

—¿Sabe descifrar mensajes? —preguntó Kim al capitán ruso.

—No, eso se lo dejo a ustedes.

—Bien —Kim no sabía si fiarse, pero el capitán parecía sincero. Cambió de tema para disimular su preocupación— ¿Ha sido sencillo conseguirlo?

—¿Cómo iba a serlo? Aquello está muy vigilado. Temo que tal vez me

hayan visto. No se imagina lo que me estoy arriesgando al traerle ese papel. Por supuesto, sólo le he dado un recorte. Apresúrese con los trámites, Philby. Quiero el dinero ya y necesito salir de una vez de esta trampa. Me lo estoy jugando todo a una carta.

—¿Cuándo me dará toda la lista?

—Cuando me saque de aquí. A mí y a mi sobrina.

—En dos días, lo más tardar, tendré el dinero y los pasaportes para los dos.

El capitán Volkov se alejó. Con ropa de calle, sin las botas ni el abrigo de cuero negro no parecía tan colosal ni tan fuerte, pero Kim Philby lo temía más que nunca. Sabía que su propio nombre estaba incluido en la lista y tenía que apresurarse a borrar todas las pruebas antes de ser delatado. Caminó deprisa y salió del Gran bazar con el rostro afogarado por el pánico. Si sus compatriotas ingleses se enteraban de su traición, acabaría ejecutado o en prisión para siempre. Debía evitarlo a toda costa. Se detuvo en una de las arboledas que rodeaban de alegre verdor la mezquita de Bayaceto, otra descomunal pregunta al limpio cielo, por cuyo azul se deslizaban veloces nubes.

—Volkov, tu suerte se ha terminado —apretó los dientes.

Seguir una sombra

María parecía hipnotizada, su cuerpo tropezaba con los muebles como un pájaro recién enjaulado. Sólo acertaba a pensar en el peligro que corría David en esos momentos, tal vez sin saberlo, y cada minuto de incertidumbre extendía ante ella su océano de tiempo. Trató de convencerse de que no le conocía ni debía preocuparse; incluso quiso olvidar la carta que llevaba en su bolsillo. Algún reloj dio las campanadas de las doce o tal vez el muecín comenzó a llamar al mediodía.

—¿Y si lo matan? —se dijo.

En ese instante, la estancia se volvió inhabitable. María tomó su abrigo y se cubrió el cabello con un pañuelo antes de salir a toda prisa a la calle. El fundador de la Turquía moderna, Atatürk, había impuesto que la población se vistiera al modo occidental y prohibió las ropas y costumbres medievales que habían atrasado el país. Ahora mujeres y hombres vestían como el resto de los europeos. Incluso se impartían consejos cívicos en los periódicos, aleccionando a los hombres para que se comportasen con naturalidad si veían a una mujer hermosa, prohibiendo que se enfadasen o se sintieran ofendidos. Pero si alguien frunció el ceño a su paso, María no pudo decirlo, absorta en sus temores.

Al principio deambuló sin rumbo, movida por la propia necesidad de caminar y hacer algo. Recibió el aire frío de noviembre en la cara como un regalo. Pero el propio entramado urbano la obligaba a decidir una dirección en cada esquina, y tras tomar varias bifurcaciones, se preguntó a dónde iba. Recordó que la carta de David llevaba el membrete del hotel Aladino. Preguntó a un vendedor ambulante. A la policía ni se acercaba. Y no le costó mucho orientarse. Estambul, por laberíntico que sea, siempre contaba con gente amable que indicaba la dirección. Caminó, porque no sabía si tendría dinero para un taxi en su monedero. Convivir con el manirroto capitán

Volkov era un lujo que apenas podía permitirse.

Cuando al fin llegó al hotel, halló en recepción a un señor que parecía haber encogido dentro de la levita y que trataba de mantener tiosos los meridianos que surcaban su cráneo. María se preguntaba si sería prudente preguntar por un fugitivo. ¿Habría espías entre los señores que leían el periódico en los sillones de recepción? Dio una vuelta fingiendo que miraba los cuadros y volvió a la calle, preguntándose qué hacer.

Salió entonces un chico de unos doce años con una bici en las manos. Estaba tan flaco que sus brazos parecían una prolongación del manillar, pero su gran gorra despreocupada sobre un flequillo orgulloso le conferían carácter. María le preguntó si conocía a un español, David Alaya. El chico la miró con una indeferencia triunfal y se rascó cuatro o cinco pecas de su pelirroja cabeza antes de responder que sí. Se alojaba allí, pero ahora no estaba en el hotel.

—¿Estás seguro?

—Sí. A veces me paga por hacerle recados. Hoy le llamó alguien, creo que una señora, porque se lo oí decir al calvorota del mostrador. Y al rato de eso, David salió corriendo como si llevara petardos en los pies.

¡Una señora! Al aguijón de los celos, se unió la burla que suponía haber callejado tras el muchacho en el frío de una ciudad extranjera durante medio día. Además, María se sintió insignificante. Nunca podría competir con ninguna señora. Se miró las manos enrojecidas de restregar ropa en la tabla de lavar.

El chico pedaleó sin prisa y se marchó silbando, como si fuera a pasear por el parque y no a repartir periódicos. María decidió esperar dentro del hotel. Quiso convencerse de que había acudido por un mero impulso humanitario. Se sentó en uno de los sillones, junto a unas mujeres que zurcían calcetines, mientras alguna leía un periódico en húngaro. En un hotel de expatriados, las escenas de pobreza eran habituales.

Pasó el tiempo, casi desapercibida, tratando de aparentar que hojeaba una revista o se calentaba en el brasero. El día se fue apagando, malhumorado por la inminente tormenta que no terminaba de decidirse. El recepcionista encendió las luces y le preguntó si deseaba algo. Como ella negó con la cabeza, quiso saber si podía ayudarla. Tampoco. Preguntó entonces el hostelero si esperaba a algún huésped. María sólo pudo nombrar a David. El hotelero le comunicó que aunque no se hallaba en el establecimiento, podía transmitirle un mensaje. Ella rehusó el ofrecimiento y salió a la calle para

evitar más preguntas.

Pero de las primeras sombras de la calle, se materializó, como de la nada, un hombre blanquecino, portador de una cazadora que debía tener su misma edad. Acercó a María unos ojillos turbios como una ciénaga bajo el pelo pajizo.

—Te he oído —le dijo, casi asaltándola—. Tú eres María.

Hablaba tan rápido que ametrallaba las palabras. Ella temió que fuera un espía o un confidente. En Moscú había aprendido que cualquiera podía delatarte.

—¿Quién es? ¿Qué sabe de mí?

—David me ha hablado de ti todo el camino.

—¿Está aquí?

—No, hombre. Le he buscado un escondite... Si quieres, puedo llevarte con él.

—Prefiero esperar.

—Entiéndelo. No va a venir.

El hombrecillo escatimaba las palabras con la avaricia de un coleccionista. Tenía la expresión de un pequeño roedor, o quizás un recolector, de esos que no hacen ascos a nada de lo que encuentren. A María, la sangre le decía que no se fiara de él, pero la mención a David hizo brotar en ella una dicha resplandeciente que desterró el vértigo de los celos. Ruborizada, trató de apagar su euforia. Necesitaba saber el paradero de David. Ahora más que nunca.

—De acuerdo, llévame.

Sin más, iniciaron un viaje por el laberinto empedrado de Estambul hasta la cesura marina del Bósforo. En un hondo muelle de tablas donde un pequeño farol se enfrascaba en su nimbo de niebla, tomaron una barcaza vacía y con ella atravesaron el estrecho hasta Escudari, más debajo de la torre de la doncella, cuyas ventanas palpitaban, trémulas, bajo el añil nocturno. El hombre caminaba aprisa, sin casi volver la vista atrás y María se preguntaba si no se había vuelto loca. Cometía el error más absurdo de su vida. Había oído hablar de desapariciones, de raptos, de trata de blancas. Atemorizada por su propia osadía, seguía la tenue estela de un espejismo, una sombra inconcreta, tras los pasos de aquel desconocido.

Las calles serpenteaban, descendían y se encumbraban a lo largo de las estribaciones de las colinas, una dispersión de luces hacia el norte y una alfombra oscura hacia el sur. Se detuvieron ante una especie de torreón de

piedra, resto de un molino derruido, sin aspas. En otro tiempo había coronado anchos trigales, pero la ciudad creció y devoró las cosechas. Ahora se asomaba a casas bajas y viejo almacenes. Los muelles en el mar semejaban desde aquí delgados lápices de luz apoyados en un cojín de terciopelo negro.

Entraron a un patio lleno de cardos y pasaron bajo unas tejas para entrar en la torre. El hombre encendió un candil que había tras la puerta. Olía a paja podrida y humedad. Unos peldaños casi ocultos por tablones y travesaños los condujeron hasta una puerta de madera.

—Esto es una locura —se dijo María, fascinada por su propio temor, como la víctima de una serpiente.

Algo así se había dicho el mismo David Alaya ese mismo día, cuando le telefoneó su hermana Elisa y le contó que la policía lo buscaba por el atentado contra Von Papen. Quedó tan anonadado, que a la duquesa le costó casi un minuto que entendiera su consejo. Era uno solo: Huir a toda prisa, desaparecer de Estambul, esconderse de todo el mundo.

Luego, igual que María, recorrió las calles casi a ciegas, abrumado por el brutal desatino del mundo. Sin saber qué camino tomar, a dónde llevar su propio cuerpo, que casi le estorbaba en su intento de comprender qué pasaba, subió al tranvía. Quiso el azar que le condujera hasta un lugar concurridísimo, casi a las afueras de la ciudad, donde terminaba la franja de mar del Cuerno de Oro, en las inmediaciones del bosque de Belgrado. Tal vez fuera buena idea pasar desapercibido entre la multitud, mientras solucionaba su dilema.

Crujían las bóvedas de los árboles sobre la ribera de un arroyo salpicado de crestas de hierba. Sonaba entre los árboles el gemido de oboes y el zumbido de panderos. La gente tendía alfombras en la hierba, elevaba carpas de telas estampadas y surgía una frágil ciudad onírica, con mesas y fogatas. Los jóvenes bailaban entre trinos de flautas. David comprendió sobre la marcha que no sólo le debía perseguir la policía turca (y allí se aplicaba la pena de muerte), sino que los propios alemanes buscarían la venganza por el frustrado asesinato de su embajador y que los verdaderos culpables también querían eliminarle a toda costa para limpiar su propio rastro. Estaba perdido.

Las familias freían pastelillos de miel sobre candelas de ramillas y se sentaban en esteras, mientras los vendedores de té y dulces, con el fez inconfundible, voceaban sus precios. Pasó una curiosa hilera de hombres togados con hermosas túnicas púrpuras y azules y el que iba delante, viejo como una cáscara de nuez, portaba una copa de plata. Sus seguidores

rociaban con pétalos de rosas su camino. A media tarde, el aire se llenó de fuegos de artificio como si estallaran relámpagos, centellas, mariposas. A veces le interrumpía el paso la gente congregada en torno a juglares, acróbatas, magos prestidigitadores, o veían a domadores de osos y monos.

Entonces, David reconoció el pelo pajizo y la nariz chata de Ríscar, el eslavo que una vez le ayudó a llegar a la frontera búlgara y posiblemente le traicionó. En aquel caos, la figura de Ríscar se metabolizaba. Podía camuflarse junto a un tronco o unos músicos; aparecía tras un caballo brioso y se disolvía entre unos gitanos para materializarse ante el carro de un vendedor de refrescos. David lo agarró del brazo y le invitó a unas copas para celebrar su encuentro. Ríscar hubiera preferido largarse, pero no era tan fuerte y luego le intrigó el interés que David mostraba por agradarle.

Se acodaron en una barra de hojalata llena de abolladuras donde un griego vendía vino tinto a los europeos. La barra estaba fría como la luna y la bebida amargaba el paladar. A Ríscar en cambio su pequeño cuerpo no parecía pesarle nunca. Si movía los labios, David no lo veía.

—¿Para qué me quieres, efendi? —preguntó.

Siempre hablaba de prisa y las palabras salían de sus labios despedidas. El licor barato amodorraba a David, y ponía de mal humor.

—Tienes que buscarme un escondite —reveló David, que agachó la voz, aunque seguía sonando atiplada, metálica.

Ríscar no entendía, en realidad le costaba comprender la gravedad del mensaje. Sus ojos claros apenas existían en su cara. La corporeidad parecía en él una descortesía. Su imagen fluía a través de los objetos y la gente, algo que le permitía camuflarse a voluntad.

—¿Quién te busca, efendi?

—No te hace falta saberlo de momento. Sólo quiero que nadie me encuentre.

Ríscar se abstuvo de cualquier gesto que le individualizara de las sombras moteadas y el polvo. Zumbaban las moscas al alcanzar la romería un indómito apogeo.

—¿Por mucho tiempo?

—Quizás un par de semanas.

—Será caro.

—Buscaré el dinero. Aunque no me fío del todo, quiero que esta vez seas leal. Por algún maldito error, resulta que otra vez tengo problemas con la policía.

Le estaba abriendo su corazón a Ríscar, con la familiaridad que brindaba ser casi desconocidos. O es que el alcohol suelta la lengua. Le confesó que jamás se fiaría de alguien como él, imprevisible donde los hubiera, pero el buscavidas recibió su andanada con satisfactoria indiferencia.

Pasaban jóvenes zíngaros, delgados como alambres, cantando, chicas que bailaban, carricoches rodeados de una nube de niños. Un par de policías turcos de eternos bigotes hacían su ronda sin prisa, interrumpidos cien veces por las parejas y los bailes, los burritos tozudos que no querían cargar más niños y las broncas de los muchachos. Los agentes coloradotes bajo sus gruesos uniformes, sonreían con malicia. A veces un caballo se encabritaba o el jinete se lanzaba a galope por entre la gente, lo que provocaba protestas y vítores. Aquí y allá se improvisaban mostradores con cajones de madera o latón para vender bebidas, aprovechando cualquier sombra vegetal. No dejaban de merodear los vendedores de dulces y bocadillos, las echadoras de cartas, matrimonios agobiados por niños. Los perros husmeaban en todas partes. La brisa jaspeaba las sombras y no dejaban de brillar granas y dorados, las caras sudorosas, las telas, las botellas de cristal. Dos o tres broncos jóvenes se apoyaban en la misma barra que ellos, atentos a sus propios asuntos. Rachas de brisa traían el fuerte olor de la floración, el hedor de las bostas de los caballos, el cuero de los asientos de los carruajes, el humo de las candelas.

—Maldita sea la sultana. Los turistas nunca dais problemas a la policía. Alguien te ha vendido —dijo Ríscar, cuando el otro se acercó lo suficiente para la confianza, aunque en realidad sólo quería cerciorarse de que lo tenía delante.

La mala nueva tuvo un efecto cristalizador: encapsuló el instante. Su poder locativo situó a David en el mundo de nuevo, a pesar de la bebida. Y ese sabor catastral resultó terapéutico, porque contrarrestó el mareo y la incipiente inconsciencia, disolviendo otros pensamientos, que pudo justipreciar y colocar en su sitio.

—No puede ser —protestó David—. Yo no le he hecho nada a nadie.

Pero los ojillos de Ríscar ya no le veían, simplemente lo atravesaban para mirar más allá, más lejos, hacia el horizonte, y luego a la chica rusa, que los atendía con muda inquietud.

—Y ahora vamos a un sitio que conozco

David pagó las rondas y se marcharon en busca de un taxi. Algo vio Ríscar en la algarabía de la celebración, un movimiento, quizás una figura o

una sombra, tal vez el paso de alguien. Sus ojos bailaron entre aquello y la cara de David, confuso.

—Apresurémonos. Quizás te siguen.

—¿A mí? —le agarró por las solapas que no tenía. Más que nada para cerciorarse de que no era una alucinación o se había mimetizado con el ambiente. Tarea inútil. Ríscar era un tipo para ver de lejos. Si te acercabas demasiado, se difuminaba, como cuando te internas en una nube y se convierte en niebla—. Créeme, soy inocente.

Pero los ojillos de Ríscar eran previos a la fe, ignoraban la confianza, sólo sabían pasearse por los objetos. Ajeno a los conceptos morales, aquella especie de rumano o servio (nunca lo aclaró) sólo conocía la supervivencia y cualquier cosa que no entrara en ese capítulo para él resultaba un mero adorno, una filigrana. Por eso eludió la cuestión y se limitó a conducir al joven más allá de Gálata y el Bósforo, en la parte asiática de Estambul. Un bote pesquero los hizo cruzar el estrecho, sin testigos ni pasajeros.

Pero ahora la noche abría su gran cueva sobre Escudari y María subía los bruscos peldaños de un molino abandonado. El hombre, con el rostro vuelto hacia la puerta, componía un lóbrego aguafuerte con la luz del candil. Abrió una estrecha puerta que chirrió para dar paso a un pequeño habitáculo bañado por la cenagosa luz de una bombilla miserable. Unos sucios aperos servían de asientos con nostalgia de la civilización. Pero a nada de eso pudo atender la sobrecogida chica, que vio el rostro pálido y ojeroso de un muchacho despeinado que, aun así, se detuvo de caminar, asombrado de verla.

—Ayudar a los locos da buena suerte —dijo el hombre del candil, quizás sonriendo.

—¡María!

Mal aviso

Adilé apenas probó el caldo de pollo tibio que puso en la mesa la mujer que trajinaba en el fogón. Fregaba sin dejar de fumar y cubría su camisola de seda con un abrigo de piel de castor, lleno de calvas. A esa hora, todas las mujeres dormían en el Harén Azul, cuyas cañerías sonaban como un pequeño barco rechinante al que el océano estrujara y vapuleara a intervalos. La gélida atmósfera de tabaco y perfume barato se volvía casi íntima en la cocina y Adilé percibió como un maléfico hogar la indiferencia de los pasillos mohosos y aquel desahucio de sillas que estorbaban alrededor suya. Hasta el limonero que enlutaba el patio interior parecía colocado para pacificar su ánimo.

La otra mujer, con patas de gallo y papada triste, nunca sonreía para no delatar los huecos de su dentadura, pero movía sus anchos miembros con algo parecido a la inocencia y, si aparentaba tener cuarenta años, la dulzura de su boca aún esperaba alguna juvenil delicia, quizás la fuga.

—Tengo fruta —le ofreció a Adilé, visto que no parecía dispuesta a repetir el caldo—. Hay unos dátiles que me trajo ayer el vendedor de aceite de Bursa. Sabes quién te digo, el del bigote canoso. Cuando los negocios van bien, trae algún regalo. No gran cosa, ya te digo...

Adilé rehusó quedamente, agradeciendo la cordialidad con una sonrisa triste. En realidad estaba intentando decidir algo importante, casi impensable en alguien como ella. Se quedó mirando unos desconchados del techo raso, mientras sus pies, mal encajados en las babuchas, exploraban la pata de la mesa.

—Voy a salir. Necesito tomar el aire.

—¿El aire en noviembre? Tú verás. Pero ponte el abrigo.

Adilé descolgó del perchero una pelliza soviética de piel de perro que un día olvidó un marinero borracho y, después de regar con su resto de vaso de

agua una maceta de hierbabuena que miraba la ventana, salió a la puerta del Harén Azul. Bajó por la calle y, al volver la esquina, entró en una zapatería de puerta baja. Las chicas solían acudir allí a remendar zapatos y recomponer tacones, siempre que llegaran temprano, antes de que los demás clientes pudieran verlas.

El zapatero la reconoció, incómodo. Era un hombre bajo de barba corta, al que le costaba hablar. Cuando devolvió el saludo, Adilé le propuso que le hiciera un sencillo favor, a cambio de unos billetes. Sabía que el zapatero era un hombre honrado y prudente y, sobre todo, que su miseria no le permitiría rechazar las pocas liras que le ofrecía. Puso en sus curtidas manos el dinero y un papel doblado. Lo había arrancado de un cuaderno escolar que le dio Kosmider cuando intentó enseñarle algo de gramática.

—¿Adónde debo llevarlo? —dijo con un tono de queja el hombre, para ocultar un fondo de compasión por la chica.

—Al palacio Beresina. Pero quiero que vayas ahora.

La miró con extrañeza o más bien temor, como si se hubiera vuelto loca. Abrió el papel y lo leyó a media voz, de donde entendió a groso modo algo así:

Señora Beresina:

No me conoce, pero le suplico que me crea si aprecia su vida y a su familia. Desconfíe de Kosmider, por lo que más quiera. Y saque a su hermano de Estambul.

El zapatero opinó que Adilé se exponía a abrir puertas desconocidas si se metía en asuntos que no le concernían. Pero admiró su generoso corazón y, como era un buen hombre, cedió a sus súplicas.

—No tengo un sobre donde meter la carta —se lamentó la chica, casi temblando.

El hombre halló la solución; anudó con un cordón de zapatos el papel y así pudo mantener su texto a salvo de miradas indiscretas. Agarró su ronca motocicleta y se encaminó al norte de la ciudad, a las afueras. Pronto se arrepintió de no llevar la gorra, porque el aire le enfriaba la cabeza. El frío se intensificó en las arboledas del Bósforo y en el parque del palacio Beresina,

porque el mar soplaba más fresco aún. Ya en la puerta del edificio, un jardinero le indicó la puerta de servicio, donde el mayordomo recogió el paquete, contemplado el lazo con aprensión higiénica.

El criado usó el índice y el pulgar para depositarlo en la bandeja de la correspondencia que reposaba en el escritorio de la biblioteca. Ahí aguardó el papel doblado, con su ternura escolar bajo el lazo del cordón, mientras el día recorría con lentitud planetaria las paredes. Todo lo escrito, mientras no se lee, contiene su magia como el ardor del guerrero en el corazón, como una primavera en la semilla prieta de la flor. Pero al fin se abrió la puerta y pasó Ríscar adentro, que sonrió con irreprimible placer al verse rodeado de tantos objetos de mármol, porcelanas, cuadros. La sala se abría a sus ojillos como un festín de tentaciones. A duras penas contenía las manos en su gorra cuando llegó la duquesa Beresina, cuya expresión resultó mucho menos feliz.

—¿Y bien?

—Su alteza me disculpará... Pero pasa una cosa... Una cosa que me pareció que tenía que decirle...

—¿De qué se trata? —venía agotada. Llevaba más de una hora telefoneando a remisas autoridades turcas y españolas para aliviar la suerte de su hermano. Le desquiciaba la rapidez con que había sucedido todo. Llevaba años sin recibir de él más que algunas cartas y de repente debía rescatarlo una y otra vez de los peligros más inminentes.

—Vengo a hablar de la misma persona que la otra vez... La que tuvo problemas en la frontera, ya sabe —no quiso decir nombres. Las paredes oyen. Ella asintió.

Como él titubeara, la duquesa se impacientaba y le pidió que fuera al grano.

—Me lo encontré y me pidió que le buscara un escondite. Lo he puesto a buen recaudo... Esta vez huye de la policía. Tuvimos que andar con mucho tiento para que no nos viera ni nos siguiera nadie.

—¿Dónde está?

Ríscar desconfiaba de las puertas y ventanas, de las paredes y muebles. Se acercó al oído de la duquesa sin el menor asomo de compostura o etiqueta y le susurró al oído, protegiendo la resonancia con la mano, la localización del viejo molino de Escudari. Volvió a guardar la distancia debida y en voz alta declaró que estaba dispuesto a suministrar alimentos al amigo, si se lo indicaba. Alguien como él no levantaría sospechas. Por supuesto, sus esfuerzos merecían una gratificación. Y él mismo se sirvió un poco de vodka,

exhausto por emplear tantas palabras.

—Por el dinero no se preocupe —advirtió la duquesa—. Lo único que importa es que nadie más conozca el paradero de... ese hombre.

Los golosos ojos de Ríscar sobre los billetes que acababa de recibir se encogieron un instante para mirar a Beresina, casi temiendo una merma de beneficios.

—Bueno, hay una chica...

—¿A qué se refiere?

—Una cosa sentimental...

Esta vez Ríscar caminaba sobre terreno resbaladizo y titubeó. Las palabras no salieron despedidas con la velocidad habitual, sino que se detuvieron tras los labios unos instantes.

—Hay una chica rusa... María —miró a Beresina, esperando que supiera a quién se refería.

—Una chica rusa —repitió, alarmada.

—...Tiene que ver con el Consulado soviético.

Semejante pista no pudo sonar peor a oídos de la princesa. Si los comunistas, los enemigos naturales de la nobleza rusa, tenían algo que ver con el escondite de su hermano, David podía darse por perdido. Elisa contempló a Ríscar como si su estrecha figura contuviese un piélago de calamidades. El recadero consideró necesario aportar algo más.

—Se quieren... Y uno... uno también ha sido joven, creo.

En alguien así, todo resultaba improbable. Ni siquiera él pondría la mano en el fuego por sus afirmaciones. Las arenas resultaron movedizas. No es que Ríscar se arrepintiera de sus acciones, impulsivas casi siempre, sino que intuyó que el disgusto de la princesa podía perjudicarle, reducir el precio de sus servicios. Ni siquiera reparó en que su conducta la soliviantaba, en realidad la exasperaba el mero hecho de que la seguridad de David dependiera una vez más de alguien tan poco fiable como ese buscavidas.

—Si le pasa algo al chico, éste va a ser el dinero más amargo que hayas ganado en tu vida. Cuídate de él o... —se sujetó las manos, reprimiéndose—. ¡Y ahora vete!

Cuando lo perdió de vista, necesitó contemplar un buen rato el transcurso lento de las aguas oscuras del Bósforo para recuperar el dominio de sí misma. Las ventanas ofrecieron un aura de paz a su cabeza doliente. Una desconocida del consulado soviético, un pillo como Ríscar... Sus asuntos en Estambul se estaban volviendo de una inestabilidad alarmante. Lo

que había venido a hacer a Estambul, debía llevarlo a cabo cuanto antes. Quizás su suerte se estaba precipitando y ya sólo fuera cuestión de días. Y en cuanto a David, tenía que escapar a toda prisa de la ciudad.

Decidido esto, lo que planteaba muchas cuestiones, pero que al menos le otorgó una confianza en su buen criterio y la calmó, se dirigió a la bandeja de la correspondencia, donde el aviso contra Kosmider aguardaba en aquel papel de apariencia infantil. Apenas había tocado las cartas, cuando el propio profesor vienés fue anunciado y pasó a la biblioteca. Lo primero que llamó la atención de la duquesa fue algo en el bolsillo de la chaqueta de Kosmider que pesaba y se balanceaba chocando con su cuerpo en un vaivén un poco ridículo. Casi sonrió al preguntarle qué guardaba ahí. El profesor sacó un pequeño revólver de cañón recortado que congeló la sonrisa de la mujer.

—Bah, es que he decidido protegerme... —le quitó importancia—. La vida se está volviendo cada vez más peligrosa en la ciudad y uno nunca sabe dónde se puede encontrar con alguien que no le aprecie precisamente.

—No me gusta que nadie entre armado en mi casa. Si viene a verme, deje el armamento en casa.

—De acuerdo, lo siento.

—Y ahora pasemos al encargo que le hice. Cuénteme.

Efectivamente, Kosmider venía del banco, donde se negociaba un nuevo préstamo para la duquesa Beresina. Y sus noticias no eran buenas. Las garantías que pedían los banqueros excedían con mucho las que la propia duquesa podía reunir. El crédito, la estima de la princesa seguían en alza, pero los banqueros sólo oteaban en busca de cifras, de bienes cuantificables, y sus poseían el frío cálculo de la muerte.

—Las noticias no son buenas, en efecto —concluía Kosmider, mientras Beresina recibía aquella ingrata salva de pie, ante la ventana—. He estado discutiendo con el banquero más de una hora, y la reverencia, la admira, pero ese pedazo de alcornoque no está dispuesto a transigir sin garantías. En el camino hacia aquí, se me ha ocurrido que si su alteza se aviniera a pedir un aval al embajador británico... Sir Hugo la tiene en alta estima y para él sería un honor atender a esta perentoria necesidad de liquidez que en nada merma su solvencia...

—No lo entiendes. Si le pidiera semejante favor a cualquiera de los embajadores, justamente entonces mi reputación se vendría abajo. A ver, ¿cual es el pago que más urge hacer ahora?

—... La anualidad del palacio, el alquiler vence a primeros de

diciembre, señora. Supone una suma considerable. Por eso había pensado en negociar directamente con un banco de Ankara...

—No... Lo que necesito es ganar tiempo. Telefonaré al dueño.

El profesor admiraba cómo aquella mujer firme podía volverse al teléfono una criatura persuasiva, encantadora y adular con un tono engolado a quien quisiera. Oyendo su risa, la cortesía y donaire de sus palabras, nadie sospecharía la situación desesperada en que se hallaba. Ese dominio de sí misma, ese carácter indomable que sabía hacer frente a las dificultades con gracia cortesana la volvía irresistible para el profesor Kosmider.

Tratando de sobreponerse a su corazón, observó con sin interés la mesa donde se hallaba la bandeja de la correspondencia. Llamó su atención la hoja de cuaderno escolar que yacía entre los sobres y más aún cuando apartó con un dedo otro sobre y vio que lo ataba un cordón de zapato. Aquellas trazas precipitadas nada tenían que ver con el correo y la curiosidad le obligó a acercarse precipitadamente el papel a la cara. No se leía nada, lo que significaba que había sido entregado en mano, pero reconoció el perfume que apenas impregnaba el papel.

¡El perfume de Adilé, la ramera del Harén Azul! Una ráfaga de vergüenza, de bochorno, le encendió la cara. ¿Cómo era posible que aquella debilidad suya hubiera alcanzado el palacio Beresina? No lograba escudriñar el texto de la hoja doblada bajo el nudo. Aquel oprobio, aquella infamia ante la princesa de sus ojos, le resultaba intolerable. Casi deseó echar mano del revólver para matar a la princesa y suicidarse allí mismo. O tal vez debía entender lo que ocurría. Arriesgando su reputación ante la duquesa, decidió hurtar el mensaje de su vista y se lo guardó en un bolsillo.

Ya nervioso, fuera de sí, casi no pudo atender a la princesa cuando ésta terminó la conversación y le dio nuevas instrucciones. Parecía satisfecha de haber ganado algunos meses en el pago del alquiler, pero necesitaba que Kosmider moviera algunos hilos en los bancos para refinanciar el préstamo. El profesor se mantuvo callado, absorto, como fascinado por su propia osadía y el temor a que en algún momento Beresina echara de menos el mensaje y lo acusara. Pero eso no ocurrió. Mientras hablaba, hojeó los sobres y no notó nada.

Al fin salió del palacio y respiró a sus anchas. Abrió el mensaje y, tal como había temido, reconoció la caligrafía desmañada de Adilé. Aquel atrevimiento de tratar de subvertir el orden natural de las cosas para traicionar a quien tanto se había preocupado por ella le irritó. No por la ingratitud, sino

por recordarle algo que llevaba tiempo tratando de olvidar: que no cabía confiar en nadie, que todos estamos absolutamente solos en este mundo de intereses y pasiones. Nadie le protegería nunca ni él debía a nadie la menor lealtad, ni siquiera a su idolatrada princesa, cuyo desprecio había temido ganarse si hubiera quedado en evidencia. Sólo de pensarlo, sentía un pellizco en el pecho. Oh los seres humanos constituían la peor de las especies, criaturas ruines, despreciables.

La luna se deslizó delgada sobre sus oscuros pensamientos cuando aquella noche se presentó en el Harén Azul y pidió una copa, desconfiando como el que ha recibido piedras en vez de pan. Vio al fin que Adilé bajaba una noche más a someterse a los correosos dedos de los hombres, ataviada con un vestido estampado de flores lilas que mostraban la generosidad de sus muslos y el contorno delicado de sus brazos. Kosmider encogió sus ojos de huevo, para acercarse a ella sonriente como un cadete de permiso y sin embargo ella advirtió con espanto su presencia y, peor aún, una actitud demasiado cortés para ser sincera, como si la maldad escapara por los entresijos y costuras de sus gestos.

Kosmider pidió una copa para ella al camarero, cuya inexpresividad recordaba a los terneros colgados del gancho de un matadero, y luego se le acercó con un collar en la mano, de cuentas que tal vez imitaran perlas. Ella ni quería saberlo.

—Vamos a la habitación. Quiero ver cómo te sienta a la luz de la lámpara —le ordenó, sujetándola del brazo, aunque aún trató de entreabrir una sonrisilla.

Adilé miró en torno suyo, buscando una amiga, un valedor que pudiera salir en su defensa, pero estaba huérfana de cualquier aliento humano en aquella cárcel y subió agarrada por el profesor que arrojó el collar sobre la colcha nada más abrir la puerta del cuartucho. Cerró de un portazo y entonces sacó ante sus espantados ojos el papel que había escrito. Esta vez no hubo máscaras ni velos para el odio que retorció el rostro de Kosmider.

—Fíjate lo que he encontrado hoy. Parece un cuento de hadas, la pobre desgraciada que escribe una carta a la princesa y va hasta su palacio encantado. Suena como las mil y una noches, ¿verdad? Pero en los cuentos no puedes olvidarte nunca del duende, el duende malévolo que tuerce los destinos. Si supieras algo de literatura, sabrías que el duende no puede permitir que la desgraciada llegue al palacio. Un personaje que se precie luchará a muerte por lo que quiere. ¿Te enteras, querida? ¡A muerte!

Adilé lloraba e imploraba de rodillas que la perdonara. Pero el profesor hacía tiempo que no habitaba en el reino donde crece la piedad y, apretando los dientes, se sacó el cinturón de los pantalones.

Los tesoros que el mar encubre

El callejón guardaba silencio, o eso hacía creer con su solemne quietud. El universo cruje desde que lo crearon, señal de que ese viejo reloj de cuerda sigue trabajando. Dick, esa noche, dejó el Café Estambul a cargo de Otto, y subió a su oficina, una vieja construcción de piedra con tejado a dos aguas. Por la ventana, se veía la luna rodar como una moneda sobre una tapia que un gato coronaba con sus largos ojos verdes.

Dick se sirvió un trago en un mueble bar cuyo barniz se cuarteaba con esa parsimonia que otorga el abolengo. Con el primer sorbo, se asomó a la ventana. El zodiaco de la noche caía sobre la ciudad voluptuosa. No veía el mar, sólo se adivinaba su lomo oscuro, endulzado por un titilar de luceros. Llamaron a la puerta del despacho con demasiada convicción. Entendió que no era ninguno de sus empleados y dijo que pasara.

No esperaba ver a esa persona, a la que reconoció enseguida bajo las gafas oscuras y el sombrero.

—Princesa. ¿Qué demonios...?

Apartó el cuerpo como única forma de invitación a pasar. Ella entró y se tomó la libertad de sentarse. Lo único que pudo hacer Dick fue servirse una copa de whisky. Le puso en la mano otra a ella y declaró que no esperaba visitas, lo que explicaba el desorden. Nada de esto mereció respuesta de Beresina, que se limitó a sentarse y probar el licor, o tal vez sólo mojar los labios, antes de decidirse a hablar.

—Tengo muchas reservas. He oído cosas terribles de usted, pero el tiempo apremia. No me da tiempo a buscar nada mejor. Por eso he decidido que no tengo más remedio que confiar en usted.

—Vaya... Dicho así, no suena muy halagador, ¿no cree?

—Usted me avisó el otro día de que viajar a Odessa era una locura.

—Lo sigue siendo, princesa, es lo más cierto que he dicho en mucho

tiempo.

—Me advirtió de que era peligroso.

—¿Peligroso? Peligroso es meterse en una jaula de tigres y tirar la llave. Ir a Odessa con lo que le está cayendo es un suicidio. Tiene tantas posibilidades de salir viva de allí como de una estampida de búfalos.

—Me doy cuenta de ello, Dick. Por eso he pensado que debería ir usted. Dick escupió el whisky que estaba bebiendo.

—¿Cómo ha dicho? ¿Se ha vuelto loca? ¿Pretende de mí que vaya a Odessa para que jueguen al tiro al blanco conmigo? ¿Lo dice en serio?

—Yo iré con usted.

—Acabáramos, eso lo arregla todo y facilita mucho las cosas. No sólo quiere que yo me preste a servir de diana, sino además que cuide de usted para completar la diversión. Suena delicioso.

—Sé que no resultará fácil, pero hay algo que debe saber, algo que he venido a decirle.

—Ah, no. Eso valió la otra vez, pero no espere que me juegue el cuello de nuevo sólo porque me cuente un cuento de navidad. Por mucho que me diga que su madre le pegaba, no estoy dispuesto a... Un momento... ¡Silencio!

Había oído un crujido en la ventana que daba al callejón. Abrió a asomarse y descubrió que alguien bajaba por un canalón. Le había sorprendido el gato que vagaba entre los alféizares y que lo había elegido a él como trampolín para alcanzar un balcón cercano. Cuando el espía sintió en sus hombros las patas del felino, el susto le hizo dar un respingo. El gato se erizó y lanzó un gemido que hizo chirriar hasta el último diente de su víctima, aunque no gritó. El ruido había avisado a Dick. La duquesa se acercó a mirar también, estorbándole cuando éste se apresuraba a las escaleras para perseguir al espía. Al desconocido no le había quedado otra que dejarse caer cañería abajo, estimando que no era momento propicio para ser presentado. Se quemó las palmas de las manos al frotarlas contra el tubo a una velocidad que el sonido no conocía y se torció un tobillo al caer a tierra. Estos quebrantos no le impidieron correr rápido como una bala hasta una motocicleta. Pero su agilidad no fue bastante para impedir que el portero se acercara al callejón, mientras él arrancaba la moto. Necesitó medio atropellarlo o darle un empujón, lo que sucediera primero y que luego el portero no recordó, aturdido por el golpe. En ese momento explotó un globo o alguien disparó al aire. Dick hubiera jurado ver por el rabillo del ojo que lo

encañonaban al llegar a la calle desde otra moto. Y si no oyó luego un “no dispaes, animal”, gritado en turco, es que había tomado un whisky muy pendenciero.

Asustado y furioso hasta límites inéditos en su carácter, Dick regresó sin perder un segundo a su despacho sobre el Café. Necesitaba desahogarse, protestar por la encerrona en que la obstinada duquesa le estaba metiendo.

—La han seguido... —protestó, aunque lo dijo sin demasiada convicción, tal vez le espieran a él. Apuró medio vaso de una vez—. Imagino que tendrá muchos problemas, pero yo también. No nos conviene fundar una sociedad en estos momentos.

Dick no sabía quién podía ser el espía, si un nazi que habló turco para despistar o uno de los esbirros de Ozabán. Ni siquiera podía asegurar que siguiera a Beresina o le espiera a él. Las dudas le afectaban más que la certeza del peligro. Encendió otro cigarrillo para que sus manos no acudieran a la pistola del cajón de la mesa. Pero la mujer seguía empeñada en su problema. No tenía tiempo para contemplaciones.

—¿Cree que voy a asustarme a estas alturas? Le dije que necesitaba contarle algo y a eso he venido.

—No se rinde ¿verdad? De acuerdo, diga lo que sea. En fin, creo que todo el mundo tiene derecho a poner las cartas boca arriba alguna vez.

Beresina volvió a sentarse, casi en el filo de la silla, erguida, mirando a los ojos a Dick, con la franqueza de un paciente ante su médico. El hombre se limitó a apoyarse en la mesa, ocupado en no dejar caer la ceniza de su cigarrillo. Le dejaba espacio para que ella expusiera su caso a su modo.

—Como sabe, el duque Beresina era un anciano. Había enviudado y perdido a sus hijos durante la revolución rusa, quince años antes de conocerme. Casi de milagro se había salvado él mismo, y sólo pudo llevarse con él unas cuantas alhajas y vivió sólo del dinero que su familia poseía en los bancos franceses y suizos —esta parte de su vida, la convivencia con el duque, le amargaba el recuerdo. Había sido ambiciosa y había pagado por ello. Pero se sobrepuso a la ingrata memoria con su tesón práctico—. Gastamos el dinero, reconozco que fui caprichosa y casquivana y me apasionaba el lujo de París. Compréndame, para mí todo aquello era nuevo. Después de su muerte, agoté todas las cuentas, esto es algo que casi nadie sabe. He sobrevivido vendiendo las joyas del duque, una a una, a buenos compradores y coleccionistas. La verdad es que estoy... estoy arruinada. Por eso vivo en Estambul.

—Ya, es barato.

—No, no es eso. De momento tengo crédito, pero no sé cuánto durará. Verá, Dick, si estoy aquí es porque preparo una expedición... Mi marido me dejó un mapa. Tenía un palacio de verano cerca de Odessa, casi mirando al mar. Allí, en el parque de su finca, enterró un cofre con el resto de las joyas de su familia, todas las que no pudo llevarse como equipaje de mano. Pensó que podría volver alguna vez a recuperarlo, pero esa esperanza se fue disipando con los años. Los comunistas se han aferrado al poder a hierro y fuego. El duque, antes de morir me confesó la existencia del mapa.

No había sido así. Fue ella la que encontró el mapa y le pidió que le explicara su significado. Recurrió a sus argucias femeninas para que el duque no supiera negarse. Pero esos escabrosos detalles la repelían ahora y resultaban insignificantes. Sacó el papel y se lo entregó a Dick, que lo miró con aprensión. Era una cartulina doblada seis veces, amarillenta, que contenía un mapa cartográfico de la costa de Odessa y sobre él unas flechas pintadas a pluma con una equis en cierto recodo. Una absoluta desaprobación se asomó a su rostro.

—Un mapa del tesoro. Como si tuviéramos diez años... Escúcheme, piense con la cabeza. ¿Por qué no se va a América? Empiece allí una nueva vida. Me dijo que antes se ganaba la vida con el piano ¿no? Pues vuelva a dar conciertos, hágase profesora, métase en una banda de jazz o en una orquesta. Venda lo que le quede y sálvese. Déjese de títulos, tesoros y zarandajas. Sea sensata.

—¿No se da cuenta? Con los soviéticos en Ucrania y Odessa, no había nada que hacer. Cualquier intento de acercarme sin que me detuvieran, hubiera fracasado. Soy una aristócrata, o una rusa blanca, como prefiera llamarlo. Pero la guerra lo ha cambiado todo y se ha presentado mi oportunidad. Ahora los alemanes ocupan el país y la ciudad vive sumida en el caos. Por eso tengo la ocasión de ir a buscar el cofre del duque sin que nadie se ocupe de mí. Es una oportunidad única, que quizás no vuelva a presentarse nunca más. Necesito aprovechar mi momento.

—Dios, es verdad que la locura razona. Justo cuando la muerte impera en esa pobre ciudad, se le ocurre que ha llegado el momento de visitarla. ¿Y cómo piensa atravesar un mar infestado de buques de guerra?

—Precisamente por eso he hecho amigos en todos los consulados. El propio general Ozabán come en mi mano y hasta Von papen, el embajador alemán, ha cenado conmigo. Tengo salvoconductos y permisos de todos los

bandos. Iré con bandera neutral turca, porque se supone que llevaré ayuda humanitaria a los habitantes de Odessa. Todos me dejarán pasar.

—Si supiera lo descabellado que suena. Meterse en una guerra, en una ciudad devastada, y buscar un tesoro que alguien dice que enterró hace veinte años... Y acompañada de unos cuantos gañanes. Porque va a necesitar una tripulación, además de hombres que caven en esta maldita equis del mapa, y si tiene suerte, que carguen el tesoro. ¿Y en quién puede confiar para hacer eso sin que se vuelva codicioso?

—Tengo hombres leales a mí.

—Espero que no se refiera a Kosmider... Y en cuanto a esos criados de su palacio... Bueno, cuando pisen su tierra y se vean dueños del tesoro, se largarán. Tendrá suerte si no la matan primero. No ponga a prueba la lealtad de nadie dejando en sus manos una fortuna. No le gustará lo que pase.

—Pues ese es mi plan —dijo ella, levantándose con ademán altanero, tratando de sobreponerse al rechazo—. Se lo he contado porque he decidido confiar en alguien. Pero veo que no le interesa saber nada más.

—Espere. ¿Va a largarse? ¿Cree que puede contarle a un hombre ese montón de disparates y luego marcharse tan tranquila? No sabe lo que dice... Ha abandonado la realidad, para decirlo amablemente.

—No queda nada más que hablar.

—¿Cómo que no? Sepa que la van a matar si se mete en esa ratonera con su banda de ladrones.

—¿Cree que no he meditado este plan?

—Usted ha calculado sobre las cosas que conoce. Pero en la aventura no hay seguridades ni certezas. Es otro mundo. ¿Por qué no se busca alguna forma de vida? Ya veo que no quiere trabajar. Pero tiene una excelente posición, fama, amigos. ¿No ha pensado que podía volver a casarse? Seguro que encontraría un marido rico. Hay muchos hombres en Estambul que se sentirían afortunados de casarse con la princesa Beresina.

—No —contestó tajantemente ella, casi con violencia—. No pienso volver a casarme por dinero. Y este asunto no trata de codicia, sino de justicia, de recuperar lo que pertenecía al duque que fue mi marido.

Dejó de hablar porque se le trabó la lengua o tal vez temió decir más cosas de las que debía. Su rechazo a la idea de otro matrimonio por conveniencia era tan feroz que se odiaba al recordar el pasado. Aspiraba a una vida distinta y sólo la concebía sola, sin nadie a quien rendir cuentas ni a quien obedecer de nuevo. Vivía con la permanente ambición de olvidar. Y si

el ducado era el trampolín, el tesoro escondido le serviría como catapulta. Por eso necesitaba la ayuda de aquel aventurero y le fastidiaba su sentido común. Pero apreciaba en el americano a un tipo íntegro bajo aquella lacónica capa de escepticismo.

También Dick intentaba pensar deprisa, viendo la obstinación suicida de esa mujer impredecible.

—Pongamos que existe el tesoro —dijo con un tono conciliador, despacio—. Si estuviera enterrado, no estaría bien que nadie lo pudiera disfrutar. Creo que este mapa merece una oportunidad después de todo. Pero en el caso de que yo la ayudara, ¿qué parte me correspondería a mí?

—El diez por ciento.

—Bien, si resulta tan espléndido como dice, para ser rica no necesitará quedarse con tanto. Debería compartir más. Yo creo un trato justo sería la mitad de lo que saquemos, y eso le permitiría seguir llevando su tren de vida.

—Ni hablar, he dicho el diez.

—Ya entiendo, luchando por la piel del oso antes de cazarlo, ¿verdad? Quiero la mitad.

—...Le doy un tercio.

—De acuerdo. Pero si voy a participar, se hará a mi manera. No me convence la idea de ir en barco. Resultaría demasiado lento. Además nos dejaría en la costa y tendríamos que desplazarnos andando hasta el lugar donde pusieron esta maldita equis. Me imagino que un viaje a pie no será sano con la guerra alrededor. Luego está el asunto de cómo camuflar el barco o dónde ocultarlo. Porque quedaría expuesto a las patrullas.

—Pero tenemos la coartada de la ayuda humanitaria...

—La ayuda se reducirá a unas cajas de medicinas. Las llevaremos en avión. Eso es. Lo más práctico será hacer un viaje rápido. Buscaremos un prado cerca o una carretera que no esté muy agujereada por las bombas. Aterrizamos cerca, jugamos a desenterrar el pasado y salimos por piernas.

—Pero tendríamos que repostar en alguna parte si queremos ir y volver.

—Me deja pasmado, princesa; a veces habla con sensatez. Ya me encargaré de eso. Tengo amigos en Rumanía, no son los ciudadanos más honrados del mundo, pero podremos llegar a un arreglo. Me buscarán un angar o una pista cerca de la costa y allí llenaré el depósito. Y tal vez cambiemos las cajitas de medicinas que llevemos con esos muchachos, a los que seguro que no les vendrán mal, por bidones de gasolina.

Ella terminó su copa y la dejó en la mesa.

—De acuerdo. Ahora ha hablado como a mí me gusta.

El temperamento indómito de Elisa le confería una belleza especial y Dick andaba demasiado cerca para no sentir su atracción. La tomó en sus brazos y la besó. Ella se despegó, empujándolo. Pero su bofetada no evitó que él sonriera.

—Pues ahora ha actuado como me gusta a mí, princesa.

Ella, encendida como una tea, alzó la mano para abofetearle otra vez, pero se contuvo.

—No vuelva a hacerlo, si sabe lo que le conviene.

—Sólo sellaba el trato.

—Se equivoca de mujer.

—Mire por dónde, princesa, en eso es donde menos de acuerdo vamos a estar.

La caída del capitán

Los gatos apuntalaban el plenilunio con sus maullidos. Intrépidos, sinuosos, se deslizaban sobre las tejas y cornisas para reunirse sobre los lomos de los tejados, entre las azoteas y chimeneas atacadas de musgo y orín, donde las veletas, las medias lunas y las cruces sólo eran otros tantos atuendos de la noche. Un céfiro azul arrugaba sus colas y el fulgor de las estrellas arropaba con su silencio las secretas asambleas, donde los gatos más lustrosos y bravos imponían su ley. Como sultanes improvisados, reunían en torno suyo las estelas del harén y las partidas de cazadores, preludio de que más de un ratón o nido de huevos sucumbiría al albur de las constelaciones, siempre demasiado lejanas e indiferentes a las cúpulas encorvadas de los templos y los mil ruidos que ceñían la noche.

Un viejo gato de angora, azulado cual alfombra persa, estiró sus orejas, una de ellas escaldada por una dentellada de guerra, entrecerró los ojos y comentó a su vecino de bengala: “Ahí viene el gran oso de nuevo”. Por supuesto, esta confirmación de la cotidianeidad de la vida la resumió en un Miau para eludir mayores esfuerzos, amodorrado como se hallaba, a lo que su compañero se desperezó en señal de aprobación y abrió sus fauces hasta el límite legal. Luego meditó si merecía la pena saltar al interior del patinillo que cercaba una tapia, iluminado por candiles y cirios. Le apetecía tumbarse sobre el frío brocal de su pozo, por cuyas losas solía resbalar, pero la aparición del gran oso por la puerta del patio le hizo desistir. Y éste atravesó el lugar despacio, se quitó la gorra y dio las buenas noches a una señora que encendía cirios en un candelero que había junto al ciprés que presidía el patio. Pasó junto a las rosaledas, escuetas por el otoño, y entró en la pequeña iglesia que había al fondo del patinillo.

Extrañaba ver a ese hombre de aspecto amenazador, con botas militares y abrigo de cuero negro, en aquel pequeño templo, junto a unos menestrales

griegos que celebraban misa. El capitán Volkov se internaba algunas tardes por las callejuelas del barrio de Fener, camuflándose entre las sombras y rehuendo a la gente. Manso como un león herido, entraba en el patio y se sentaba en el último banco de aquella capillita cristiana para asistir a la eucaristía. Ni siquiera su sobrina María conocía estas visitas. El capitán Volkov no podía explicar su atracción por unos ritos que de joven le habían enseñado a despreciar y le avergonzaba esta inesperada debilidad, la guardaba en su interior como un vicio oculto. Le habían adoctrinado en el materialismo histórico, en creer sólo en lo que veía. Pero tal vez por haber visto tantas escenas horribles, imposibles de olvidar, su interior se rebelaba como un prisionero en un calabozo y buscaba una forma de luz, algo que pudiera parecerse a la esperanza.

Le calmaba la paz de aquellos sacerdotes ortodoxos, sus ojos inocentes como niños, y verlos moverse en el altar con sus mitras doradas y ropas exuberantes. Le parecía que interpretaran un guiñol incomprendible, acunados por los salmos que susurraban los fieles, mientras los iconos dorados refulgían a la cimbreada luz de las velas. Aquel recogimiento de música y silencio, aquel ritual humilde que parecía venir del fondo de los siglos, su mayestática indiferencia por los azares del mundo, le reconfortaban.

Toda la tarde, el capitán Volkov se había sentido intranquilo. Hubiera jurado que le seguían y se encaminó al barrio de Fener inconscientemente. Sus pasos le condujeron a la capilla. En el patio se sintió a salvo, como si hubiera escapado de sus perseguidores invisibles. Suspiró, se persignó al entrar en la iglesia y se sentó como siempre en el banco del fondo, donde un anciano movía las cuentas de su rosario. Un sacerdote hablaba desde el púlpito por encima de sus cabezas y parecía camuflarse tras las lámparas. Volkov no necesitaba entender el idioma para adivinar que convertía el amor de Jesús en un candelabro más del templo, en otro icono de pan de oro. Pero aun así le sonaba como la música de una segunda oportunidad. Se tranquilizó.

Cuando acabó la misa, el anciano de barba blanca que había compartido su banco, se levantó despacio con su bastón y, al observar la ropa del capitán, le preguntó si era ruso. Volkov contestó que sí. Apenas veía su cara tras una gorra y unas gafas redondas. Lo acompañó bajo la escasa luz del patio, mientras el ciprés se asomaba a una estrella que parpadeaba, dejada y sola. Salieron a la calle, al paso del anciano cargado de espaldas, que decía ver pocos rusos a ese lado del Cuerno de Oro, y más aún que acudieran a misa. Volkov no respondió, y entonces el hombre le dijo que conocía un sitio

donde servían el mejor vodka de Estambul.

—No está lejos de aquí. Sólo hay que caminar en dirección al puente Gálata, algo así como dos manzanas de casas. Después de la oración, nada sienta mejor que un vasito de algo amargo —dijo el anciano, que se encorvaba sobre el bastón sin prisa. El capitán pensaba igual.

—Claro. Una copa no hace daño a nadie.

Por algunas esquinas se adivinaba el mar del Cuerno de Oro como una cinta azul tiznada, pero sólo los gatos podían olfatearlo desde sus altozanos. Caminaron por las calles enfangadas, entre grieteadas paredes a las que la noche lisonjeaba, ocultando su decadencia.

—Déjeme invitarle —dijo el hombre—. Si no le esperan en casa, claro.

—No me espera nadie. Aquí en Estambul sólo vivo con mi sobrina, pero es muy joven y no tengo que rendirle cuentas.

—Ah, su sobrina... Pero las mujeres, hasta cuando son jóvenes, mandan en uno, amigo mío. ¿Ha venido usted en coche?

—No... ¿por qué?

—Porque no sé si me engaña esta vista cansada que tengo, pero me ha parecido que esa furgoneta que está ahí aparcada lleva matrícula de la embajada soviética.

—Es cierto... —se inquietó el capitán, que se acercó con precaución. Temió que le hubieran seguido. Al asomarse a las ventanillas, vio los asientos vacíos.

—Quizás la puerta de atrás esté abierta —dijo el anciano.

No había nadie más que ellos en el callejón. Una farola auscultaba las ramas de los ensimismados árboles y el viento fingía el sabor salado del mar bajo un cielo invisible. El capitán abrió la portezuela trasera de la furgoneta y se inclinó para otear en su oscuridad. En ese instante, el anciano a su espalda alzó el báculo y golpeó con ferocidad la nuca de Volkov, que cayó como un saco en el fondo de la furgoneta. Subió detrás de él y tiró de sus brazos hasta que las piernas entraron. Luego, cerró la portezuela y encendió la bombilla del interior. Se quitó la barba postiza, la gorra, las gafas de abuelito y el gabán. Ya liberado del disfraz, pudo registrar a conciencia la ropa de Volkov. En un tacón de sus botas militares, ocultaba un papelito doblado diez veces. Leyó con detenimiento, casi con deleite, la lista de espías soviéticos infiltrados en la inteligencia británica y se detuvo en un nombre: Kim Philby. Harold Russell Philby, nacido en Ambala, La India, el uno de enero de 1912. Asignado al Servicio de Inteligencia de Su Majestad. Subjefe en la sección V,

del Norte de Africa y el Mediterráneo, con acceso a todos los archivos concernientes a la zona. Su padre también había sido condenado por traición.

—De tal palo... —sonrió, guardándose el papel. Se quedó además con la foto de una hermosa chica que había encontrado en la cartera—. No olvidemos a la sobrinita.

Antes de ponerse al volante, aplicó cloroformo con un pañuelo a la nariz de Volkov. “Esto es más eficaz que el vodka”, se dijo. Tarareando el Dios salve a la reina con la jovialidad de un recadero, subió al asiento del conductor y puso en marcha la furgoneta. Había poco tráfico por las orillas del Cuerno de Oro a esa primera hora de la noche. Sólo algún tranvía hacía tintinear sus campanillas, mientras los almuédanos comenzaban sus soñolientas llamadas. La furgoneta fue avanzando hasta una gran cortina de piedra que se desplegaba por entre los árboles: era el acueducto de Valente, una procesión de arcos que desfilaban metiendo prisa a la noche. Bajo uno de sus pilares, junto a una señal de tráfico, aguardaba un hombre que fumaba pitillos sin parar, el comisario político Pokopin. Sus continuos paseos habían dejado un rastro de colillas. La furgoneta se detuvo y Pokopin subió al asiento del copiloto. Su cara huesuda bajo las gafas brilló roja a la luz del semáforo. Frunció el ceño con evidente disgusto.

—Kim Philby, ya era hora. Llevo tres noches seguidas viniendo a este maldito descampado y empezaba a pensar que se había olvidado de mí... ¿Qué ha pasado?

—Le he traído a Volkov. Lo tiene ahí detrás... —el ruso se alborotó del susto—. Tranquilo, hombre, no dé respingos, que viene dormido como un bebé. Le apliqué cloroformo para que se comportara debidamente. Ahora ya es suyo, Pokopin.

—¿Pero tiene pruebas de que sea un traidor?

—Claro, ha caído con todo el equipo. Aquí le dejo el papelito que le va a costar el cuello al camarada capitán. Una vez demostrada su culpabilidad, ¿cómo piensa deshacerse de él? ¿Quizás le ofrezca un paseo por el fondo del Bósforo?

El impertinente Kim Philby parecía divertirse como un preso recién fugado y su desfachatez irritaba al incomodísimo Pokopin.

—Nada de eso —respondió nervioso—. Lo enviaremos a Moscú para juzgarlo en secreto. Allí lo ejecutarán legalmente.

—Bueno, mientras haya una sogá al final, me parecerá bien. A propósito, si va a sacarlo del país, vaya con cuidado. Aunque no es asunto

mío, le recomendaría que lo vendaran y lo llevaran en camilla al aeropuerto. Finjan que está enfermo y que se lo llevan para operarlo bajo la eficazísima medicina soviética. Así parecerá más legal y sobre todo, si Volkov sube al avión anestesiado como un buen chico, no tendrá oportunidad de decir ni mú...

—No tiene que enseñarme a hacer mi trabajo. Soy comisario político del partido desde hace más de cinco años.

—Pueden ponerle una banda de música, Pokopin, pero he tenido que venir yo a desenmascarar a este tipo que estaba actuando bajo sus propias narices. Para un hombre de su experiencia política, ha andado muy descuidado.

Pokopin se alteraba, le temblaba la voz. Los colores verde y ámbar del semáforo que se reflejaban en su perfil otorgaban un toque carnavalesco a su enfado.

—No puede darme lecciones de nada, Philby. Conozco su expediente y usted sólo es un aventurero que no se ha molestado en comprender nuestros ideales. Sé que a su padre le condenaron por traición. Y por orgullo pretende devolverle el favor a su país. No me cuente que cree en nuestra causa, Kim Philby, su causa sólo es la venganza. Actúa por soberbia.

—Si diera por buena su teoría, entonces mi plan requeriría un escenario a lo grande, no lo olvide. Y para hacerle todo el daño posible a esa vieja y venturosa isla de Inglaterra, necesitaría los mejores colaboradores. Sobre todo procuraría no dejar tras de mí ningún cabo suelto... Sabe a lo que me refiero, ¿verdad? Fíjese qué fotografía tan bonita he encontrado... Mírela, Pokopin, la chica vale la pena, desde luego.

A la débil luz del alumbrado urbano, Pokopin distinguió la cara de María, su dócil rostro que posaba como mero trámite, mirando al foco limpiamente, y justo ese rechazo subliminal, esa desafección burocrática de la chica conmovió al comisario. Reconoció en la foto la falta de expresión con que siempre le recibía. Había aprendido a amar a una María que nunca le ofreció una sonrisa ni le deleitó con un gesto feliz. A falta de complicidad o gestos de cercanía, tuvo que resignarse a adorar su hermosura, su mera presencia, a desearla mientras sentía el plomo de su soledad. Su imagen le atraía como un imán; Pokopin quiso tomarla y alargó sus manos hambrientas, pero Philby se la guardó en el abrigo.

—¿Por qué no me advirtió que ese capitán traidor había venido con su sobrina? He tenido que averiguarlo por mi cuenta. Se me aseguró que en

Estambul contaría con toda la ayuda posible para cumplir mi misión. Pero usted me ha tenido a pan y agua.

—¿Qué... qué le ha pasado a María?

—María, ¿eh?... —sonrió de un modo que no hubiera tranquilizado ni al diablo—. Debería haber aprendido ya, camarada, que la belleza es contrarrevolucionaria. La sensualidad puede ser una trampa burguesa. ¿Es que no lee sus propios manuales? Por suerte, yo debo fingir que soy uno de esos capitalistas. Eso me permite... digamos, ciertas licencias.

—¿Qué va a hacer con la chica?

—Bueno, no niego que resulta bonita. Me gustaría tratar a su amiguita personalmente. Así averiguaría qué sabe de esta lista. Y si resultara que ha leído mi nombre... —el rostro anodino de Kim Philby se volvió duro como el granito. Pokopin no logró tragar saliva, quedó paralizado ante su expresión. Pero Kim se contuvo enseguida para ofrecerle una mueca de burla—. Nuestro encuentro entonces no sería placentero. Al fin y al cabo, no queremos que nadie me conozca, ¿verdad, comisario político? Yo caería y, aunque imagino que la suerte que corra mi pellejo le trae sin cuidado, luego Moscú le culparía a usted de perder a un tipo tan valioso como el que suscribe. Y ya sabe cómo las gastan en la Lubiánka. He oído maravillas de esos camaradas, creo que convierten la vida de los presos en algo terriblemente interesante.

—Entonces... ella... —le tembló la voz.

—Deshágase de María. O mejor aún, para hacerlo más divertido: veamos quien se ocupa primero de detenerla. Pero me temo que no tiene imaginación, Pokopin. Si esto fuera una apuesta, diría que le llevo ventaja de dos a uno, por lo menos.

—Deshacerme de ella —repitió Pokopin, hechizado por el desatino. El resplandor rojo del semáforo fingió que bajo su piel aún circulaba la sangre.

Kim Philby no pudo evitar divertirse observando el pánico en sus ojos.

—No lo tome como una molestia, camarada. Considérelo un servicio especial para el Soviet Supremo. Tal vez su heroísmo le dé derecho a alguna tarifa especial o un incentivo.

—Deshacerme de ella... —suspiró.

Pokopin miró con aprensión la transparencia del firmamento que se asomaba a las cien puertas del acueducto. ¿De qué serviría toda esa belleza cuando supiera que María ya no respiraba, cuando no pudiera adecentar las noches pensando en ella? ¿De qué servía en realidad el universo, la misma vida? Sus manuales políticos no respondían a esa pregunta que había anidado

en su pecho y ahora el aplicado comisario sentía que durante su ascenso algo se le había escapado, algo que no sabía si estaba dentro o fuera de él, pero que quisiera agarrar con las manos.

—Lo llaman el deber —confirmó Kim, con una sonrisa silvestre, infatigable como las moreras que crecían alrededor del acueducto.

La ambición podía ser un hacha de doble filo. ¿Qué le quedaría de futuro a Pokopin si María se moría, o si era llevada a los campos de prisioneros? ¿Cómo sentiría la primavera si no podía imaginar a María acariciando las espigas de los trigales en las estepas? Siempre lo había dado todo por la revolución, pero ¿no esta vez no le pedía demasiado? El mundo era inflexible, o los hombres lo volvían inhabitable. ¿Quién le daría hijos hermosos, alabaría sus discursos, lo reconfortaría cuando su madre fuera demasiado dura con el pobre Pokopin? Nunca había pedido nada para sí, su vida había sido una ascética entrega a la política, pero esa única vez que a punto estuvo de acariciar la esquiva felicidad, que casi había percibido su perfume delicioso, se le escurría entre los dedos.

El beso y la espada

En el desván del molino abandonado, María se olvidó del reino de telarañas que la rodeaba y abrazó a David Alaya. El ventanuco imitó el azul del Bósforo y los luceros silenciaron con su tenue centelleo la oscura deriva del cielo.

Ríscar los había dejado solos sin decir nada. Un impulso hizo que guiara a la chica hasta el escondite. Luego se largó con una sonrisa triunfal y coronó su hazaña en la calle. Silbaba y lanzaba piedras a las latas vacías, como si a veces no pudiera reprimir al chiquillo que llevaba dentro, un chiquillo incorregible al que gruñían los perros, víctimas de su puntería, y del que protestaban los niños a los que quitaba el balón, o los viandantes a los que salpicaba cuando pisaba los charcos.

Se besaron. La felicidad les rozó con sus alas ligerísimas, les devolvió la juventud a la que pertenecían y a la vez les hizo sentir tan vulnerables por cuanto les amenazaba que la bombilla no lograba registrar, en su mecánica función, el laberinto de sensaciones que les envolvía. Pero sus besos lograron por unos instantes aplacar la rabia de la guerra, las miserias de Estambul, la tristeza de las sillas carcomidas y las esteras que a su alrededor componían un simulacro de mobiliario.

Dejaron que la habitación se oscureciese, mientras la superficie suave y complaciente de sus caricias se removía y suspiraba alrededor. Hicieron espejos de sus ojos, contemplándose el uno al otro sin poder creer que estuvieran juntos. Pero sus sentimientos a flor de piel no lograron hacer olvidar mucho tiempo los peligros que les acechaban y María apartó los labios para contarle que la policía le perseguía por una acusación falsa. Como David ya lo sabía y llevaba varias horas torturándose con delirantes augurios, ahora se sentía demasiado feliz para pensar en conspiraciones. El tiempo del pánico había pasado e incluso se permitió sonreír cuando quitó importancia al

asunto.

Sólo entonces reparó María en la ingenuidad del muchacho. David no había vivido bajo las botas de una dictadura como ella, por tanto desconocía la furia de un enemigo. Hablaba como esos idealistas que se negaban a ver la realidad. Por sus palabras, parecía convencido de que su propia inocencia le protegería como un escudo mágico y de que la justicia se abriría igual que la luz del día. David recortó su perfil contra el añil de la ventana para relatarle con una confianza rayana en el entusiasmo la benéfica influencia de su hermana, la duquesa Beresina, una persona de prestigio que podía ayudarle. Pero mencionarla sólo alarmó más a María.

—¿Beresina? Cuando sepan que eres pariente de una noble rusa, los soviéticos se volverán implacables.

—Vamos, no te preocupes. A veces me sonrío la suerte: fíjate en lo que nos ha sucedido hoy, ¿no lo ves?

En sus pocos años de vida María había aprendido que nadie podía escapar del estado, que sus tentáculos no descansaban ni padecían la distancia, el frío o el calor. Cuando perseguían, lo hacían sin pausa y alcanzaban a cualquiera. Ya fuera por obediencia o por temor, nunca faltaba el colaborador que hacía una denuncia o daba pistas sobre el fugitivo y sus agentes acababan atrapando a la presa, casi con desgana, con ese aburrimiento que da la habitual eficacia. Por eso, insistió aterrorizada en que David huyera enseguida, en que corriera como el viento.

Sin embargo, esa noche, David le pertenecía. María sentía el cosquilleo de la dicha y su corazón, habituado a latir por costumbre, tiritaba de placer por el encuentro. Casi envidiaba la ingenuidad de David, como si fuera una virtud no haber padecido las privaciones y el terror con que ella creció. Tal vez temía que las miserias sufridas fueran un estigma, un pecado original que él, en cambio, no poseía. Y a la vez, lo encontraba tan indefenso ante sus enemigos que esos instantes se volvían más valiosos, porque quizás no tuvieran otra ocasión de reunirse.

La noche voló en sus manos. La atracción de la juventud y su mutua soledad les abrazó en medio de todo. Bajo un cielo vedado, sin otro futuro que el siguiente sorbo de aire, no podían imaginar que aquella covacha con hedor a paja podrida, bajo un techo destartado en el que ululaban búhos, se entregarían a la belleza del hallazgo, a los besos del placer. El frío de las sucias mantas les complacía como un sol brillando sobre las doradas riberas de un resplandeciente mayo. La cálida alquimia del amor detuvo el moho y el

orín, la mugre y el miedo tras el gozoso cristal del descubrimiento. David y María, tendidos en su lecho improvisado de heno, deslumbraron el rocío de la madrugada con la aureola de su felicidad.

—Nos tenemos el uno al otro, María. Es lo único que importa.

—No, no. Si no huyes enseguida te detendrán, te matarán, y no me quedará nada.

Bendito diálogo de sordos que tan dichosos y desdichados les hacía a ambos. Al fin las alondras anunciaron la inminencia del día y pronto los gallos comenzaron a discutir en las granjas y patios lejanos. El sol vistió su camisa amarilla tras las nubes y David extendió ante María un desayuno sobre un pañuelo a modo de mantel. Sólo podía ofrecer una escudilla con gachas, algo que parecía mermelada de moras sobre un pan duro como una suela, algunas venerables galletas que ya debían ser abuelas y una manzanita verde asida a una pizpireta hoja a modo de flequillo. David celebró el festín con su mejor humor, explicando que felicitaría al cocinero por dar el toque exacto a cada plato. Les hubiera gustado beber, pero el pozo del patio estaba seco. Al parecer, el que lo cavó, se había olvidado de meter el agua.

Nada mitigó los cálidos presagios de su compañía, la radiante aureola de saberse unidos. No podían pensar en despedirse, en aquella alegre ocasión de vísperas que les sonreía.

—Ahora que nos hemos encontrado, no podemos separarnos, María... Nos iremos juntos.

—Sí, sí...

—Buscaremos la manera de llegar a tu país, tengo tantas ganas de conocerlo... Además, no creas que voy allá para ser un estorbo. Pretendo echar a patadas a sus enemigos y después ayudaré a reconstruirlo. Si tú supieras, María... Yo hasta ahora vivía como un náufrago, ocupado sólo en mí mismo, sin embargo, he encontrado algo por lo que luchar, una idea a la que pertenecer.

—¿Ir a Rusia? —La expresión de María se entristeció.

—Claro, es la tierra de la justicia, de la esperanza.

—David... No soportaría que te pasara algo malo. Quiero que vivas y vivir yo... Probar a qué sabe la libertad y, sobre todo, dejar de tener miedo.

—No te entiendo.

—Buscas un país que no existe, David. No me apetece hablar de eso ahora. Pero tienes que confiar en mí... Mi tío y yo queremos irnos a Inglaterra.

—¿Por qué? Occidente está perdido, no hay nada que hacer allí. Sin embargo, tenemos la oportunidad de vivir una vida plena, de participar en la creación de un mundo mejor, ¿no es eso más apetecible que la comodidad y la cobardía de los burgueses? María, piensa en el futuro. En el futuro que se está construyendo y que ayudaremos a levantar.

—No quiero volver a ese mundo, David... Y no me hagas hablar de eso. Ojalá pudiera olvidarlo para siempre.

Alargar la discusión sólo sirvió para amargarles la mañana. Ambos querían hacer partícipe al otro de su pasado, darle a entender su visión de la vida, pero provenían de mundos tan distintos que el contraste se tornaba en un velado reproche al mínimo roce, como si la opinión del otro se debiera a la tozudez o la ignorancia. Eran demasiado jóvenes para sobreponerse al huracán de sus emociones. María, más realista, zanjó el debate, viendo que sólo se encontraban más en sus diferencias.

—Se hace tarde y tengo que irme.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé, no lo sé, David. Sea como sea, ten mucho cuidado.

Aquel beso tuvo el sabor de las lágrimas. María no sabía si podría volver y le agotaba la idea de discutir con David, verse obligada a convencerlo para que huyera con ella. Cuando salió a la calle y miró atrás, lo vio asomarse por el ventanuco del molino. Le pareció tan solo, tan ignorante de la trampa mortal que perseguía.

La vuelta a la cotidianeidad restableció el sentido común de María. No podía luchar contra las quimeras que se había creado David y ahora comprendía que, al buscarlo por la ciudad, actuó como una irresponsable que había puesto en peligro a todos.

Los despojos imperiales de Estambul convivían con casas inclinadas como viejas cajas de zapatos y los niños se sentaban en sus portales a cuidar de otros más pequeños. Hombres vestidos con puros andrajos caminaban sin otro horizonte que unas monedas para sobrevivir. Las calles descendían tropezando por vericuetos empedrados hasta el mar, una cloaca donde vertía la ciudad sus residuos y en que se deslizaban oxidadas barcazas. Un cartel de “hallado ahogado” reunía a unos cuantos curiosos en la orilla. Las ventanas apestabán a sopa de ayer y los carreteros a bostas de mulas. Los ancianos se reunían en los cafés con sus caras grises como el día. Toda la ciudad era un mosaico de achaques y dolencias. En aquel lugar donde nadie la necesitaba, la felicidad sólo podía ser una quimera, igual que los sueños de David.

Halló su apartamento en orden y, sin embargo, algo había cambiado. Notaba la atmósfera enrarecida. Llamó a su tío, pero no estaba. Luego buscó en vano algún rastro suyo. No halló la cama deshecha, ni la ropa usada que solía colocar en la silla de su dormitorio, ni la brocha de afeitar en el lavabo, ni siquiera una copa que oliera a vodka sobre la mesa. El capitán no había pisado la casa en toda la noche.

María se había abandonado al amor unas horas y ahora se sentía culpable por haber olvidado a su tío Volkov. Llamó a la puerta de la vecina y le preguntó por el capitán, luego a las mujeres del patio. Nadie lo había visto desde ayer. María no sabía a dónde acudir ni a quién preguntar. Temió que su tío hubiera enfermado. Después de ir a un par de tabernas cercanas, comprendió que no le quedaba otro remedio que acudir al Consulado, lo que más temía.

Una funcionaria la reconoció, una matrona de cara cuadrada y pelo echado hacia atrás para que sus gafas de gruesa pasta negra pudieran enfocar sin interferencias a los intrusos. Mostró una gran fortaleza ante el abatimiento de la muchacha y con la misma presencia de ánimo evitó responder nada sobre el capitán. Prefirió enviarla al despacho del comisario político Pokopin.

María hubiera dado un rodeo de diez kilómetros para no encontrarse con ese hombre, pero estaba tan desesperada por la suerte de su tío que aceptó lo irremediable. Pokopin la hizo esperar en la puerta de su despacho diez minutos y, cuando al fin le permitió entrar, se hallaba de pie tras la mesa con las manos a la espalda, bajo un retrato de Stalin. El comisario fruncía el ceño cabizbajo, pero su mandíbula se movía inquieta, como si rumiara las palabras que iba a emplear. Se diría que los dos desconfiaban mutuamente y el único que sonreía satisfecho y jubiloso allí era el retrato de Stalin. Ella musitó un buenos días.

—¿Por qué...? ¿Por qué ha venido? —dijo Pokopin al fin, atreviéndose a mirarla a los ojos.

La muchacha se alertó al notar su nerviosismo y, si había pensado acercarse hasta el comisario, éste se mantuvo rígido como un fusil. Encañonó sus gafas hacia ella y tragó saliva. Debía alejarse de la tentación de aquel cuerpo apetecible. Sus manos, antiguas zarpas codiciosas, las apretó a la espalda como el colegial temeroso de una regañina. María tuvo que hacer de tripas corazón para superar la repulsión que sentía y le preguntó por su tío Volkov.

—...Se lo advertí. Mire que se lo advertí, ciudadana... —hizo una pausa

para entonar la voz y dio algunos pasos tras la mesa de su despacho, pero no iría muy lejos y Stalin lo sabía—. Le dije que el capitán debía comportarse como se espera de los miembros de nuestro consulado. El gobierno tiene los ojos puestos en nosotros y el mundo también...

Pronunciaba las palabras con precisión, como si lo estuvieran grabando micrófonos ocultos. Cuando María notó el tinte oficial en la voz de Pokopin, las lágrimas acudieron solas a sus ojos.

—¿Qué le ha pasado a mi tío? Por favor, señor comisario. Si sabe algo de él, le ruego que me lo diga.

—Contrólese, María Ivanovna. No es necesario que se acerque más.

La cara huesuda de Pokopin se crispaba. Tenía ante sí el cuerpo turgente, flexible, el dulce rostro que tanto había deseado, a solas en su oficina... pero ahora eran anatema, un bocado prohibido, una traición al gobierno. En su interior se libraba una lucha entre el pretendiente y el funcionario y ninguno salía bien parado.

—No necesito recordarle —continuó, con la salivilla en la comisura de sus finos labios, que reprimían el ansia de dar un bocado— cuántas veces aconsejé a su tío que se comportara como Moscú esperaba de él. No necesito recordarle la forma desinteresada en que le ofrecí mi opinión y la del partido para que enmendara sus flaquezas...

Pokopin sonaba a asunto liquidado, a algo ya irremediable. Las lágrimas rodaron por las mejillas de María, que se cubrió la cara con las manos.

—Las costumbres disolutas del capitán Volkov le han causado una grave enfermedad, una grave dolencia en su organismo, que no fue creado para soportar los excesos capitalistas. El alcohol, ciudadana María, el alcohol ha hecho mella en su cuerpo y por eso hemos tenido que tomar las medidas oportunas para su curación. Como sabe, poseemos los mejores servicios sanitarios del mundo, que son la envidia de las naciones, y por eso, por el bien del capitán, lo he enviado con urgencia a Moscú.

—A Moscú...

—Lamentablemente —dijo el comisario, después de alabar los cuidados y atenciones que el país prodigaría al enfermo—, no confío en que ni siquiera esa medida pueda curar la severa enfermedad que padece. Me temo que por más que hayamos acudido con nuestro afán humanitario en su ayuda, el capitán no pueda restablecerse.

María entendió enseguida que no volvería a ver a su tío y sollozaba, abatida. Su tío iba a ser ejecutado y no le quedaba nadie en el mundo. La

habían dejado sola, abandonada a su suerte. Entretanto, Pokopin bajó el tono oficial de sus palabras para referirse a una cuestión de tinte más personal que le preocupaba.

—Hay otro asunto de índole privado que me veo obligado a comunicarle... Ejem —se aclaró la garganta—, he escrito a mi madre. Sí, lo he hecho... Reconozco que ha sido muy difícil para mí dar este paso, pero he sacado el coraje necesario para hacerlo, aunque le ahorro la dura prueba que ha supuesto para mis convicciones. Espero que al menos aprecie la sinceridad de mi gesto, María... Porque ella no lo habría comprendido. A una madre no se le puede pedir que emparente con una contrarrevolucionaria y no digo yo que usted que lo sea, pero ha mantenido una actitud demasiado burguesa y tolerante con su tío, esa es la verdad. Hablo además de una madre que ha sido para mí un faro en el camino hacia la victoria final, que ha permanecido alerta siempre... El respeto y la gratitud filial que le debo me impiden dar un paso que en otras circunstancias abrazaría con placer —y aquí las garras hicieron ademán de buscar el bien deseado—. Esa unión que hubiera sido mi dicha hoy se presenta imposible, inoportuna, inconveniente. Consuélese al saber que ella aplaudirá mi coraje y mi sacrificio, siempre con la mira puesta en el ideal común.

Ella pensaba en otra cosa más acuciante.

—¿Ni siquiera puedo verlo? ¿Ya se lo han llevado a Rusia?

—Salió esta madrugada en un avión especial... Pero lo importante es que cualquier promesa de futuro entre nosotros debe considerarla anulada, revocada, deshecha... Bien, dicho esto, espero que le vaya bien, ciudadana.

¡Su tío Volkov devuelto a Rusia!

—¿Y qué será de mí?

—Sin ningún pariente en el consulado de Estambul, su presencia ya no es necesaria aquí y pronto recibiremos orden de devolverla a Rusia.

María lloraba y la secretaria del comisario tuvo que sacarla del despacho. Incluso Stalin se sintió aliviado al alejarse esa persona con su actitud derrotista.

—Sea fuerte, resista el dolor como yo hago —fue lo último que oyó a Pokopin, trémulo.

En la calle, lloró sobre un banco frío de madera, en un banco de un mundo enorme y cruel donde no le quedaba nadie. Un humilde vendedor de dátiles que pasaba por allí le puso en la mano unos cuantos por lástima.

El cielo de Odessa

El aeródromo alargaba su pista de hormigón agrietado hasta una cortina de ramas desnudas que parecían espuma de oro viejo, con la ciudad al fondo. Un cielo azul como surgido de un cuento acogía el paso de las nubes. En el destartado hangar de color yeso, un hombre revisaba el motor de una avioneta. Las válvulas ennegrecidas de grasa contrastaban con el brillo de la carcasa amarilla. Se oía el rumor del mar, pero no lo podían ver.

—¿Por qué me ha traído aquí? —preguntó la duquesa Beresina.

—Para que se familiarice con el lugar y conozca a Larry, que va a ser nuestro piloto —respondió Dick.

—Creí que usted sabía manejar esos chismes.

—En una travesía tan larga no está de más alguien que pueda relevarme. Además, alguien deberá quedarse a cargo de la avioneta cuando usted y yo salgamos a buscar el tesoro. Maldita sea, cada vez que hablo de eso me siento como Tom Sawyer. Espero que el duque no le tomara el pelo con esa bonita historia.

—Oiga, ese tal Larry... ¿Es americano? ¿Se fía de él?

—Canadiense... Y me salvó la vida una vez... Sí, me fío de él.

Por la llanura despejada, la hierba se removía en olas como si el viento la acariciara con una mano invisible. Larry trajinaba con el motor y al fondo del hangar se veía el armazón de una avioneta que parecía el esqueleto de un ciervo. Al acercarse los dos visitantes, levantó su figura desgarbada y se limpió las manos con una bayeta para saludar a la duquesa. Se inquietó cuando Dick le dijo que ella les acompañaría a Odessa. La nuez subía y bajaba por su largo cuello mientras movía la cabeza y emitía una voz ajada y rasposa, a la que parecían haber lijado con una escofina.

—Señora, le advierto que no será un viaje cómodo... —dijo y abrió muchos su ojos como si en ellos se vieran todas las dificultades expuestas en

catálogo—. Son muchas horas de un vuelo que además será peligroso. Y cuando lleguemos, la cosa se pondrá más fea todavía.

—Sé todo eso... —contestó ella, molesta, y cambió de tema—
¿Aguantará el avión?

—Oh, es un buen aparato, acostumbrado a largas distancias. Mientras no le falte el combustible, no habrá problema. Ya me ha pedido Dick que busque una pista donde repostar. En eso estamos de suerte, porque conozco el sitio ideal, en Rumanía, con gente de confianza. Y se pondrán muy contentos si pueden canjear nuestras medicinas por gasolina. Ya está arreglado.

A Larry le escaseaban los pelos y los dientes, pero sonreía feliz como una cometa y sus ojos de tono ajerezado no conocían el fingimiento. Elisa no lo dudó más. Sacó el mapa que llevaba guardando años. Los dos hombres lo desplegaron sobre la mesa de trabajo que había junto a las herramientas. Era el mapa que le había confiado su esposo el duque y señalaba la finca de los Beresina, a las afueras de la ciudad de Odessa, no lejos del mar. Los dos hombres evaluaron las distancias y buscaron carreteras o caminos que pudieran servir de improvisada pista de aterrizaje. El mapa parecía antiguo y no sabían cuántos elementos del trazado habrían cambiado ni el estado de las carreteras marcadas. Lo mejor en cualquier caso era alejarse lo más posible de la ciudad tomada por los nazis. Si fallaban sus cálculos, tendrían que arriesgarse a usar algún prado del interior que no estuviera roturado, lejos de las patrullas nazis que vigilaban la costa.

—¿Ha estado en Odessa alguna vez? —le preguntó Elisa a Larry, preocupada.

—Sólo una vez, poco antes de la guerra... —se rascó la cabeza y luego devolvió la gorra a su nuca—. Hay algunas pistas, pero las estarán usando los nazis, así que no podemos contar con ellas. Nuestra mejor opción sería dar con una carretera cortada o un camino secundario. Si no lo han agujereado mucho las bombas y se mantiene recto trescientos metros, nos servirá...

Los dos hombres estudiaban el mapa a conciencia, sin prestar atención a Elisa, que pronto se desentendió de sus comentarios técnicos. Le bastaba oír que debatían cuestiones de camuflaje y de vientos para comprender que se hallaba entre pilotos curtidos que conocían el oficio. Al menos podía fiarse de su solvencia profesional, aunque no supiera si Dick la traicionaría. No podía olvidar que el general Ozabán le había contado algo intrigante cuando la visitó, un secreto de Dick que la había desconcertado. A aquel hombre que tenía delante le habían acusado del asesinato de una mujer. Pero ya no la

quedaba tiempo de averiguar nada. Debía decidirse a actuar. Había apostado por confiar en él a pesar de su turbio pasado en América. Y ahora Elisa sintió por primera vez la embriaguez y el vértigo de tener al alcance de la mano su objetivo. Nunca se había visto tan cerca de las riquezas que el moribundo duque le había prometido hacía años en París. Casi le parecía imposible. Se había acostumbrado a luchar sin fruto, a vivir en los alrededores del éxito, siempre fingiendo una reputación o un abolengo que no le concernían. En realidad había sido más una actriz que una duquesa. Se había pasado la vida interpretando, pero también esa máscara le había servido de escudo protector. Ahora, si aquellos hombres atareados lograban traer su tesoro a Estambul, si se convertía en millonaria, ¿qué haría? Debería emprender una nueva vida y empezar a ser ella misma, Elisa Alaya, pero ¿quién era en realidad Elisa? ¿Qué quedaba de la ambiciosa hija de una criada soltera bajo la piel de la duquesa Beresina?

Placer o miedo, las sensaciones cosquilleaban su nuca como un hormiguelo. Se había preparado para todo menos para la libertad. Podría zafarse de las insidias de Estambul y escapar de la guerra que assolaba Europa, pero ¿cómo podría liberarse de las cautelas y fingimientos que ella misma había convertido en su segunda piel? Cuando los hombres decidieron la pauta a seguir en el periplo a Odessa, se despidieron y Elisa salió con Dick del húmedo hangar. El tibio sol coloreaba los hierbajos que resquebrajaban el pavimento y robaba reflejos a las líneas pintadas en la pista.

—Si todo sale bien —dijo él—, ¿adónde piensa ir?

—¿Le interesa? —Elisa se puso a la defensiva— ¿Quiere seguirme?

—Lo decía porque, si yo estuviera en su pellejo, huiría de Estambul sin que nadie me viera y buscaría un país donde no hicieran preguntas.

—¿Por qué lo dice?

—Como se ha dedicado tanto tiempo a recabar salvoconductos y buenas voluntades, le ha contado a demasiada gente su idea de viajar a Odessa. Puede apostar el cuello a que alguien habrá atado cabos. Por eso, en cuanto regrese y ese alguien se huela que es dueña de un tesoro, va a hacer lo que sea para quitárselo. Le digo más, aunque usted vuelva con las manos vacías, esa persona dará por hecho que tiene el dinero y lo querrá, lo querrá a toda costa.

—Ya lo había pensado... Y usted, Dick, ¿va a marcharse?

—¿Quién va a creerme rico a mí? Sólo regento un garito de juego en esta ciudad perdida de la mano de Dios. Y no corro el riesgo de que me

relacionen con la alta sociedad, con la gran princesa.

—No piensa salir de aquí, ¿eh? Le comprendo, además ¿a dónde iría? Me han dicho que no puede volver a su país... —aquí se detuvo a mirarle y su voz se adentró en la intimidad— ¿Qué hizo, Dick? ¿Qué le pasó? Dicen que hubo una mujer...

La expresión de él se volvió triste como un eco en la noche. Una sombra se hundió en sus ojos como una aguja.

—Habla demasiado —dijo sin mirarla y se alejó.

También Elisa se marchó disgustada. Le desesperaba el hermetismo de Dick, un hombre al que no lograba sonsacar nada. O tal vez le enfadaba su propia vida, la propia carencia de seguridades. En el fondo ella era tan jugadora como él. Había conseguido algunas ventajas o aprendido algunos trucos, pero su futuro pendía en el aire, flotaba en el mismo cielo que el avión al que iba a subir. ¿De qué era dueña ella en realidad sino de su mera pose, de sus trucos, de su ingenio para sobrevivir? Se había acercado a Dick como quien se mira en un espejo. Un pasado oscuro, desilusiones, la lucha por salir adelante.

El palacio Beresina pronto dejaría de ser su refugio, pero esa tarde aún podía cobijarse bajo su pompa y circunstancia. Todavía podía fingirse princesa. Pidió una infusión de manzanilla y se acostó, lo que le ayudó a serenarse. Debieron dar las seis cuando la duquesa bajó al salón principal y convocó a todo el personal para anunciarle que en pocos días prescindiría de sus servicios porque iba a vender el palacio y marcharse. Recibió agradecida las muestras de cariño de sus empleados más veteranos y las lágrimas de la cocinera. Reconfortó como pudo a todos, prometiendo que les procuraría trabajo y cartas de recomendación. Sería generosa con los sueldos y no dejaría de escribirles para interesarse por ellos. Fue sincera en casi todo, salvo en la idea de vender el palacio. En realidad, iba a dejar que la desahuciara el dueño por falta de pago de la renta. Ya no necesitaría simular una solvencia que nunca tuvo. El palacio había cumplido su misión.

El profesor Kosmider llegó poco después y notó el ajetreado ambiente de mudanza general. El mayordomo le asombró al explicarle que la princesa se iría al día siguiente y se quedó pálido como la cera al oírla de los propios labios de ella. Recibió la noticia como una puñalada. Por supuesto, rabiaba por saber el motivo de la repentina marcha que desbarataba todos sus planes. Perder de vista a su ángel protector sólo podía traerle la calamidad, un absoluto desastre. Sin embargo, la duquesa no le concedió ni un segundo para

digerir la novedad. Andaba de un lado para otro y le espoleó, furiosa.

—Kosmider, ¿Qué le ha hecho a mi hermano?

Al profesor se le heló la sangre. Flácido como la mantequilla, creyó que las piernas no le sujetarían. La culpa le envolvió como una nube y le nubló la vista. Pero la duquesa estaba demasiado inquieta para notar su desvarío.

—¿Por qué no me avisó de que mi hermano se veía con una muchacha rusa?

¿Es que tengo que averiguarlo yo todo?

—Una muchacha... ¿Una muchacha rusa? —repitió el profesor, que no entendía de lo que hablaba y temió haber perdido la razón, vivir en otra dimensión.

—Le dije que lo vigilara, que lo cuidara. Pero ha permitido que se mezcle con esa gente fanática. ¿Dónde estaba cuando hacía falta? Me ha decepcionado completamente, Kosmider.

—Yo no... No sabía nada.

—Y si esa mujer le convence para que vaya a la guerra, a mi hermano lo matarán. ¡Lo matarán! Como si no tuviéramos bastantes problemas.

Todas las disculpas del profesor se basaron en la más completa ignorancia. Sus respuestas fueron tan titubeantes e insatisfactorias, obnubilado como se sentía por culpas inconfesables, que esta vez la duquesa ni siquiera se molestó en pagarle. Le ordenó que se fuera. Kosmider se sabía manchado por la traición y no rechistó, pero al dirigirse a la puerta presintió que fuera de allí, sólo le esperaba el frío del invierno, un frío que calaba hasta los huesos, porque la ciudad se vaciaría como un globo cuando él perdiera a la duquesa y ya no tendrían sentido ni sus trapicheos, ni la guerra lejana, ni la soledad infinita del perdedor, ni la vejez que se acercaba con su esquelética sombra. Kosmider no soportó la idea de renunciar a las cenas engalanadas de la duquesa, a su protección caprichosa, al bálsamo aristocrático que las recepciones, las rúbricas y el dinero de Beresina significaron para su mísero exilio. Por eso, se revolvió como un galeote antes de que lo encadenaran. La miró a los ojos y extendió las manos como un suplicante. Fuera de aquel palacio, la tierra era un lugar baldío, un presidio.

—No puede dejarme —suplicó—. Después de estos años de servicio leal —esta palabra se arrugó en su boca, pero estaba tan acostumbrado a mentir que siguió adelante—, no puede dejarme sin más...

—Su trabajo ha concluido.

—Me quedaré solo aquí, en esta ciudad extraña —perder la dignidad

resultó casi dulce si podía sincerarse con la princesa—. Donde cada esquina esconde una amenaza... Yo puedo serle útil allá donde vaya...

—Nada de eso.

—Pero ¿qué será de mí? Su alteza me ha abierto puertas y me ha permitido habituarme a unas costumbres, a unas necesidades que de otro modo yo no hubiera conocido... Ahora no puede arrojarme a la calle como un perro.

—Kosmider, en lo que haya empleado el dinero que le pagué es su problema.

Inconmovible como la esfinge, terrible como la espada del ángel, Beresina lo abandonó al mundo. Y Kosmider creyó despedirse del Edén cuando salió desgarrado y contrito de la biblioteca. Cada paso que lo conducía a la puerta del palacio parecía llevarlo al cadalso. Afuera soplaba la oscuridad de la noche, entre luceros silbantes y graznidos de lentos barcos. Y vio al chófer sentado en los escalones de entrada, borracho, sosteniendo una botella de vodka. Aquel corpachón musculoso se encogía sobre las rodillas, como un bebé embobado, y miraba el coche aparcado casi con odio ancestral. Kosmider se sentó junto a él, sin prisa por salir de aquel paraíso perdido. El taxista que lo aguardaba estaba lejos, fumando y contemplando el Bósforo, que se empeñaba en lamer sus viejas heridas.

—¿Qué será de usted, amigo mío? —le dijo Kosmider al taciturno conductor, imitando un tono de voz comprensivo.

—Eso digo yo... ¿Qué será de mí?

—Sin trabajo, sin coche... —el profesor sabía que el vodka le soltaría la lengua al hombre, sólo necesitaba ayudarlo.

—Bueno, ella me ha buscado otro trabajo...

—Pero no será lo mismo ¿verdad?

—Claro que no. Aquí era importante, tenía trajes, vivía en este palacio, comía cuando quería, hasta ayudaba con lo de Odessa...

Aquí se detuvo arrepentido, como si el resorte desconocido de un juguete que tuviera entre las manos hubiera dejado asombrado al niño que llevaba dentro. Miró de reojo al profesor, que fingió naturalidad. Era un poco ridículo que un hombre tan grande sintiera aprensión del otro pequeño. Kosmider no se inmutó.

—¿Lo de...? Lo de Odessa, ¿eh? Claro —fingió.

—¿Usted también lo sabía?

—Por supuesto. Pero es un secreto, no lo olvide.

—Oh, sí. Yo nunca lo he comentado con nadie.

—Así debe ser.

—Ni siquiera he visto el mapa...

—El mapa...

—El de la finca Beresina, quiero decir.

—Procure que siga siendo así. Es un asunto delicado —dijo con calma Kosmider.

Se despidió del chófer y se marchó en su taxi, donde ató los cabos con la rapidez de la desesperación. Una finca de los Beresina en Odessa, un mapa... Ella iba a marcharse y lo abandonaba todo. No hacía falta ser un genio para comprender lo que ocurría. La duquesa se dirigía a buscar una fortuna escondida en esa finca. De modo que por eso pedía préstamos, uno sobre otro, porque sólo trataba de ganar tiempo para emprender la búsqueda del tesoro. Y a él nunca le confió el secreto, lo mantuvo apartado como a un indeseable de ese capítulo íntimo.

—Pero Dick, seguro que lo sabe —y al decir esto, la fría serpiente de los celos, el áspid letal, envenenó sus pensamientos y estranguló cualquier otra emoción.

La duquesa jamás había mirado al profesor más que como un servidor útil y consideraba que había sido demasiado generosa con él, de quien tanto desconfiaba. Es cierto que esa noche se mostró mezquina, pero la embargaban demasiados asuntos para exigirle paciencia. Elisa ahora sólo pensaba en los peligros que debía estar corriendo su hermano David, perseguido no sólo por la policía sino por quién sabe cuántos espías extranjeros y, por si fuera poco, poniendo su vida en manos de gente sospechosa. Sólo un irresponsable como David se atrevería a confiar en ese buscavidas de Ríscar, que no le gustaba un pelo, o se enamoraría de una mujer soviética, la enemiga natural de una duquesa rusa como ella. Cabía preguntarse si alguien habría inculcado nociones de prudencia en su hermano.

Se retiró pronto a su dormitorio y, para animarse, sacó el pequeño plano que su marido había dibujado de la finca del tesoro. Elisa conocía de memoria cada detalle y figura trazados: el camino, el palacio, las cuadras y casas de servicio, el bosquecillo, el río... Lo miraba casi con nostalgia, como si fuera una lección aprendida de sus tiempos de colegio. Y allí estaba la equis donde se había enterrado tantos años atrás lo que ahora era su destino, su futuro, el gran interrogante. La embargó el sentimiento de que sólo había sido una quimera, un delirio, una excusa para seguir luchando contra los

inconvenientes y la soledad. La luna asomaba su huesudo rostro por la ventana cuando Elisa se acostó al fin. El sueño vino enseguida, casi la había alcanzado en zapatillas y le permitió embriagarse del sabor de la aventura.

De eso se trataba, de una aventura como ella nunca había conocido. Hacía mucho tiempo que había enterrado sus ansias de vivir bajo el manto de seda y los trámites protocolarios que asumió al casarse con el duque. De pronto, en aquel sueño o premonición, el cielo era soberanamente azul, el aire golpeaba su cara al surcar el mar violento, el americano la abrazaba con sus manos fuertes para que se sujetara bien al asiento del avión. Su corazón latía con fuerza y exploraba los campos harapientos y los palacios que los nobles rusos habían dejado vacíos por la revolución. Los colores y aromas, el sol y la lluvia, el miedo y la risa, todo permanecía allí, intacto como el primer día de la creación, y ella los descubría al cabo de los años, libre ya de máscaras y mentiras. El regalo de la existencia era el verdadero tesoro, la gran promesa que siempre había esperado sin saberlo.

Igual que las pesadillas embaucan con demonios, el mundo ocultaba a Elisa misterios que no podía ni calcular. Las patrullas alemanas que pululaban por la costa de Ucrania, los partisanos que luchaban en los montes, las carreteras bombardeadas, los campos de minas, los palacios que quedaban en pie ocupados por los nazis, los vehículos y tanques destrozados que entorpecían los caminos, la depredación y la barbarie en todas sus formas que la necesidad y el miedo acarreaban, las bandas de merodeadores, los aviones que vigilaban la ciudad devastada. Los árboles de su finca habían sido cortados para leña, los edificios derribados. El paisaje que ella imaginaba no existía. En cuanto al tesoro oculto, quién podía decirlo.

Acróstico melancólico

El golpeteo del viento en la ventana, los silbidos que atravesaban el molino jugando con sus telarañas, le desesperaban. También las calles se acongojaban como perros sumisos, estremecidas por el frío. David Alaya no soportaba seguir dando vueltas por su escondite, más parecido que nunca a una celda. No entendía en qué había decepcionado a María ni sabía calibrar en realidad de qué discutieron. Con lo feliz que se había sentido al verla dormida aquel amanecer, hecha un ovillo sobre su pecho, abandonada al sueño. Pura como una mujer, inocente como una niña.

Pero al final surgió aquella discusión sobre sus planes para el futuro, que de algún modo sonaban a política, si no eran lo mismo. David nunca había debatido sus proyectos con nadie, siempre tomó sus decisiones a solas. No se había curtido en esa tarea inacabable que es escuchar a los demás. Ahora intentaba recordar las palabras que se habían dicho, los gestos de ella, los giros que fue dando la conversación, y elaboraba un acertijo de intenciones y malentendidos que le pesaba como una losa en el ánimo. Un león enjaulado se hubiera sentido más esperanzado que él. Con gusto hubiera saltado por el ventanuco del molino y no cesaba de asomarse afuera, como si así pudiera acelerar el regreso de ella. Pero en la calle imperaba la quietud: el invierno resquebrajaba la pátina dorada del otoño y los tejados enmudecían igual que tapas de féretros.

David sentía que necesitaba pedir perdón y recuperar la buena voluntad de María. Dispuesto a soportarlo todo, menos la pérdida de ella, salió de su refugio, despreciando el peligro y la vida como sólo pueden hacerlo los jóvenes. Se enfrentó a la lluvia, a la niebla de las cuestas y a las hojas amarillas que el agua volvía resbaladizas, haciendo patinar las suelas. No se fijó en la gente, procuraba pasar desapercibido entre los transeúntes, que se sujetaban los sombreros para que el viento no se los robara. Cruzó el Bósforo en un ferry quejumbroso que ocupaban personas de luto y tomó un tranvía atufado de tabaco hasta el apartamento de María. Si al amanecer se había

sentido capaz de conquistar el mundo, éste no se lo tenía en cuenta y seguía su curso con una indiferencia monumental. David no quiso volver la vista atrás en ningún momento, pero sospechaba o más bien temía que alguien pudiera seguirle, alguien imposible de ubicar, pero con ojos de depredador.

Al subir las escaleras del piso donde vivía María, halló su puerta entreabierta y las esperanzas volvieron a su alma con la avidez de los pájaros en marzo. Necesitaba tanto hablar con ella y recomponer los pedazos de su corazón. Pero al cruzar la puerta, todas sus ilusiones se vinieron abajo como un castillo de naipes. Casi no podía creer lo que veía, no tenía sentido. Se quedó atónito al encontrar a quien menos podía esperarse. Se detuvo en seco con la brusquedad de un reloj al que le falla el resorte. Sus pupilas titubearon sin encontrar acomodo. Acababa de descubrir a un hombre que registraba el apartamento sin prisa, con toda la parsimonia de un funcionario mal pagado. Y la repentina aparición de David sólo sirvió para que añadiera una sonrisa de desfachatez al delito que cometía.

David cerró los puños, con clara vocación de abalanzarse sobre el intruso.

—Kim Philby —le llamó por su nombre—. ¿Cómo se atreve...? ¿Qué hace?

—Bueno, bueno... A quién tenemos aquí. Pero si es David Alaya, el fugitivo de la policía, el hombre que casi mata al embajador Von Papen. No sé si me darían una recompensa por comentar con alguien este encuentro. En todo caso, le felicito por la insospechada energía que ha demostrado. Cuando me hablaba de conseguir un mundo más justo, ¿se refería a crearlo con bombas?

—¿Dónde está María? ¿Qué le ha hecho?

—Ah, la chica... Aún no nos hemos tropezado... Y es una pena, porque creo que es muy guapa. Pero tal vez no se haya enterado de que María se encuentra... ¿Cómo decirlo? En apuros... Sí, tengo entendido que no se halla en sintonía con el gobierno soviético. Y cosas así pueden crearle dificultades a cualquiera...

—Suelte lo que haya cogido de esta casa y lárguese ahora mismo. No se lo repetiré.

—Vaya, los españoles siempre tan impredecibles —hizo una mueca de desdén—. Veo que se atreve a todo: incluso me da órdenes. Pero no está en posición de exigir nada. Más bien soy yo el que podría denunciarle a la policía.

—Ya, la denuncia de un ladrón.

Aunque aparentase calma, Kim Philby quería deshacerse de David y trató de asustarlo, pero el joven estaba demasiado furioso para amilanarse y Kim Philby recurrió entonces a un remedio más radical. Pensó sacar la pistola que guardaba, pero apenas abrió la chaqueta, cuando se vislumbró el arma y David reaccionó como un nadador zambulléndose en una ola. Se lanzó al estómago del inglés y ambos cayeron rodando. Un jarrón y unas tazas se estrellaron contra el suelo. Kim no lograba apuntar con su arma al contrincante, que forcejeaba para quitársela. Ninguno lograba zafarse del adversario, ni dejaba al otro las manos libres para desenvolverse. Kim Philby se movía con habilidad felina y David no conseguía inmovilizarlo. Se golpearon. Sus piernas y brazos chocaron con sillas y otros objetos, que cayeron. Al fin Kim apretó el gatillo: una bala salió disparada y atravesó ruidosamente el cristal de la ventana, que se hizo añicos contra el patio. La gente se alarmó. Otro disparo astilló un estante. Pronto comenzó a oírse el barullo general que ascendía por las escaleras. Los contendientes se separaron. Ninguno tenía interés en ser detenido y Kim se guardó la pistola.

—Ya te ajustaré las cuentas —le dijo a David.

Pero éste tenía otras preocupaciones.

—No te acerques a María si sabes lo que te conviene —le advirtió.

—Creí que sentías más aprecio por el pellejo, amigo —dijo Kim, que salió al pasillo exhibiendo sus documentos británicos—. ¡Soy un agente consular de Inglaterra y he encontrado a un fugitivo!

David no podía seguirle por la escalera o la gente del vecindario le detendría. Saltó a la ventana, se deslizó por la cornisa y alcanzó las ramas de un grueso olivo que dormitaba junto al lienzo de una tapia, gracias al que volvió a tierra y recuperó la calle. Como la gente acudía al origen del estrépito, se apresuró a alejarse de allí por callejuelas secundarias. Se sentía más solo, abandonado y perdido que nunca, porque no sabía el paradero o la suerte que iba a correr María. La roja sirena de un coche de policía resbalaba sobre los reflejos del tráfico mojado.

Kim Philby tuvo que calmar al vecindario que se congregaba en el pasillo y necesitó mostrar su documentación consular para apaciguar los ánimos. Explicó que había llegado hasta allí siguiendo la pista de un fugitivo y ésta fue su coartada cuando apareció la policía turca. Por supuesto, los agentes hicieron gala de su falta de imaginación congénita y sólo sabían poner cara de pasmo y ordenar a la concurrencia que se alejara del piso donde

ocurrieron los hechos. Kim Philby volvió a aburrirse mortalmente y su cara gris de funcionario regresó al nido. No tardó en unirse a la fiesta el inspector Kemal Bey, con su impecable traje negro y su corbata perfectamente anudada. Serio como un ataúd sin pagar, hizo desalojar el pasillo. Luego se asomó al apartamento del capitán Volkov que un agente había acordonado y después miró despacio la acreditación consular de Kim Philby.

—¿Qué hacía ahí dentro? —le preguntó a Kim.

—Tranquilo, inspector, ya ve que soy de los buenos. Sólo trataba de perseguir a un fugitivo, les ayudaba a ustedes, como ya he explicado a ese agente de ahí, el del bigote pequeño. Por cierto, nunca he comprendido la afición por los mostachos que hay en su país.

—De modo que usted, un agregado a la embajada británica en una ciudad extranjera, se dedica a ayudar a la policía. Resulta conmovedor.

—Soy víctima de una educación ciudadana ejemplar.

—Y casualmente viene con esta pistola —la sujetaba como a una paloma muerta— a la casa del capitán Volkov, otro agregado de una embajada, esta vez soviética.

—Bueno, el fugitivo al que yo perseguía no parecía dispuesto a respetar la etiqueta diplomática, si se refiere a eso. Por cierto, inspector, su nombre es...

—Kemal Bey. Y debería arrestarle hasta que se aclare todo. Me gustaría oírle contar una historia que se pudiera creer.

—Como no me han dado ocasión, no lo he mencionado hasta ahora, pero conozco a su superior, el general Ozabán. Casualmente es amigo mío. Hemos cenado juntos en el palacio de la princesa Beresina. Tal vez el general Ozabán no comparta su idea de los buenos modales.

—Debo registrarle, Philby.

—Me extraña su actitud. Todo un inspector y no ha oído hablar de la inmunidad diplomática.

—Si tan informado está, tal vez recuerde que no hay protección ninguna cuando a uno lo pillan cometiendo un delito in fraganti. Usted allanaba una vivienda particular y además ha disparado contra una persona.

—En cumplimiento de un deber ciudadano. No olvide ese detalle. Me temo, inspector Kemal Bey, que un exceso de celo por su parte, podría causarle muchas molestias. Ya sabe cómo son los expedientes disciplinarios, con todo ese papeleo... He oído decir que Turquía tiene unos pueblecitos muy tranquilos donde un policía puede llevar una vida de lo más pacífica,

aunque con un sueldo más pequeño que aquí, claro.

—Dígame, Philby, ¿A quién perseguía? ¿Qué peligroso malhechor ha merecido tantos desvelos por su parte?

—¿Es que no se lo ha contado? Se lo dije al agente del bigote hacia arriba, ése de ahí. Iba tras un español llamado David Alaya.

—¿Llegó a herirle con sus disparos?

—Sólo en sus sentimientos.

—De acuerdo, lárguese, pero tal vez le llamemos para interrogarle.

—Oh, será un placer colaborar, inspector. No deje de llamar, por lo que más quiera.

Kim Philby se sintió seguro una vez fuera del edificio. No se percató de que en la pelea con David Alaya un papel se le había caído del bolsillo, una carta que estaba escribiendo y que el inspector Kemal Bey encontró en el suelo, doblada bajo una silla caída, escrita con un bolígrafo casi añil. Kemal Bey la leyó, extrañado:

*“Kim Philby
Mimí de la Rochel*

Rue de Grenelle, 5.

París.

Embriagador tormento de mis noches, calor de mi sangre:

Las palabras más terribles no se te acercan, venero inagotable de mis pesadillas.

Reinas sobre mi cadáver y lo sabes, transitas sobre mis huesos gastados, pero ahora permíteme saborear la dulce venganza de decirte que no estás sola.

Un demonio juvenil como tú, una orquídea quizás no tan diestra, pero igual de salvaje, me complace y me mima con sus delicadas trenzas.

Insiste si quieres en preguntarme su nombre, dónde vive, qué sandalias calza.

Su nombre, sin embargo, no me importa, sino su bravura, su intrepidez, la firme presencia de sus músculos incipientes.

El río de sus caricias, de su risa, la furia de celos que siente si te nombro.

Ñoña, tonta, ¿de veras creías que te esperaría siempre, que me conformaría con recordarte?

Otro lo hubiera hecho, hechizado por tu osadía y tu ardor de colegiala sin domar.

Recordaría como un tesoro cada beso robado a tus recreos, a tus lecciones, con sabor a tiza y goma de borrar.

Verás, nena, pero yo nunca he sido como los demás y lo sabes, necesito más de la vida.

Una vida que merezca la pena vivirse necesita ardor y pasión, muerte y resurrección.

Estarías tú acaso esperándome, sin atender los requiebros de tus admiradores...

Lo sé, sé que no podrías porque ya has aprendido en mi piel que la tersura de la juventud escapa, se avinagra, se degrada.

Ahora que no poseo tu magia, tu talle travieso, necesito algo que se le parezca.

Mírame, te duplico la edad, ¿no merezco que otra criatura incorregible, terrible, ande los pasos que tú me enseñaste a dar?

Otra vez volveré a cabalgar sobre las olas, saltar al precipicio, hundirme en la calidez de los mundos prohibidos.

Si no fuera así, me habrías vencido y no puedo consentirlo, cariño.

Confío en que entiendas que también yo sufro esa impaciencia que te hizo tan montaraz, tan precoz.

Un hombre que no olvida, no puede amar.”

Más que la impudicia de la carta, a Kemal Bey le llamó la atención la disposición de las frases, pues cada una comenzaba en un renglón aparte. Y también le extrañó que aquel hombre afilado como un cuchillo mostrase sus apetitos tan abiertamente. Sospechó con instinto de policía que tal vez el contenido escandaloso sólo tratase de camuflar otra cosa, pero ¿qué? Leyó de nuevo la dirección, la calle Grenelle de París. Recordaba haberla oído, pero hasta que regresó a la comisaría no encontró la relación. En esa calle se hallaba la embajada soviética. Eso significaba que tenía en las manos un

mensaje cifrado que el inglés pensaba enviar a los rusos. Kim Philby era un espía al servicio de Moscú. El inspector miró de nuevo aquel papel y recordó el aire de invulnerabilidad del inglés, su exceso de confianza. Un tipo que se creía más listo que los demás seguro que se deleitaba poniendo las cartas boca arriba, antes las propias narices de sus enemigos.

Si las palabras eran claves, no tenía nada que hacer, pero entonces a Kemal Bey se le ocurrió unir las primeras letras de cada oración y todo comenzó a cobrar sentido. Componían una frase. Kemal Bey no perdió ni un segundo. Acudió a revelar su descubrimiento al general Ozabán. Subió al piso superior, donde tuvo que esperar en el pasillo a que Ozabán terminara de atender a lo que resultaron ser unos abogados. Cuando entró en su oficina, encontró al general satisfecho, con las manos en la cintura, mirando por la ventana a unos chicos que jugaban en la calle.

—Ah, inspector, acérquese. Fíjese en esos mocosos. Yo una vez fui un desharrapado como ellos. ¿Se lo puede creer? Alguien de mi posición, malviviendo a la intemperie como esos bribones. Esa fue mi verdadera escuela, ahí aprendí a cuidar de mí mismo. Un pobre no tiene infancia, inspector. Tiene que pagar por ella... Precisamente hoy, aquí donde me ve, acabo de comprar una villa con vistas al Bósforo. Está en la orilla asiática, un poco al norte, pero es mía. Es mía desde este momento. Creo que puedo decir que he alcanzado el cenit de mi fortuna.

—Le felicito, mi general. Permítame entonces añadir a mi enhorabuena una noticia que quizás le sirva para mejorar su posición. Puedo brindarle en bandeja la identidad de un espía doble, un agente dedicado al contraespionaje. Se trata de un inglés que se ha vendido a los soviéticos... Mire, aquí tiene la prueba.

—A ver...

—Es una carta, señor. Dirigida a la calle Grenelle de París, a un número que se halla cerca de la embajada soviética. El agente escribe un contenido escandaloso para ocultar su intención. Si se fija, las letras iniciales de cada renglón componen una frase que tiene sentido. Es un mensaje en acróstico.

—¿En qué?

—En acróstico.

—Ingenioso, ¿verdad? Reconozco que no me hubiera fijado en esas iniciales... Vaya, Kim Philby, ese nombre me suena...

—Es un agregado cultural de la embajada británica. Cuando hablé con él, dijo que le conocía, mi general. Que habían cenado juntos en el palacio

Beresina.

—Ahora lo recuerdo, aquel tipejo casado con la mujer de los ojos tristes. Buen trabajo, inspector.

—¿Qué va a hacer con Kim Philby?

—¿Hacer? Nada.

—Pero es un tipo peligroso, la policía lo detuvo cuando perseguía y disparaba a ese fugitivo español, David Alaya.

—¿David Alaya? Entonces sigue en Estambul. ¿Y no lo han detenido?

—No. Pero es Kim Philby el que me preocupa. No puede ir por ahí pegando sustos a la gente. Podría causar una desgracia, qué se yo, herir o matar a gente inocente. Debemos poner fin a sus actividades. Quizás lo mejor sería expulsarlo del país.

—Somos neutrales, inspector. Si los agentes extranjeros se dedican a espíarse y matarse entre sí, allá ellos. No puedo empezar a detener a agentes de ningún bando, porque entonces me exigirían que detuviera a los del contrario. No ganamos nada involucrándonos en sus asuntos.

—Pero debemos velar por el orden, por la seguridad en las calles. No podemos dejar a la población indefensa ante los desmanes que cometan esos espías.

—No es una cuestión policial, sino política. Prefiero que suenen un par de tiros en la calle antes que complicar a nuestro gobierno en un conflicto con las potencias en guerra. Eso es todo, inspector. El asunto Kim Philby ha concluido. Déjeme la carta, y en cuanto al expediente, destrúyalo.

Ozabán se sentó en su mesa con la indiferencia de un buey satisfecho. A Kemal Bey no le quedó otro remedio que retirarse completamente aturdido por aquella afrenta al deber que acababa de infligir un superior. La actitud de Ozabán suponía sumir Estambul en el caos.

Caos, desesperación y angustia ya habían hecho presa en el corazón de María, que deambulaba por aquellas mismas calles que el general desprotegía con sus cálculos. Ella se enfrentaba a una soledad absoluta, a la carencia de una familia, de alguien en quien confiar o a quien acudir. Y además a la amenaza de ser deportada a Rusia muy pronto. Vagó como alma en pena durante horas, bajo un viento que arreciaba como un frío preludeo del futuro. Hubiera querido volver al molino con David, pero no se sentía con fuerzas para discutir con él ni abrirle los ojos a una realidad que ella trataba de olvidar. Necesitaba apoyo, comprensión y, sobre todo, dinero. Sólo el dinero le ayudaría a buscar una salida. Llegó a esta conclusión cuando el crepúsculo

comenzaba a entintar las calles como se salpica un lienzo. Sólo poseía un delgado collar de oro que había pertenecido a su madre, de la que no se había desprendido antes porque la cruz que portaba hubiera sido mal vista por las autoridades soviéticas. Ahora, en cambio, no le quedaba otro remedio que venderla. Había oído hablar del Café Estambul, donde se reunían europeos y se traficaba en voz baja con cualquier cosa; quizás tuviera ocasión de recibir un buen precio por la alhaja.

Preguntó por el lugar a un taxista y deambuló por calles revueltas como una confusión de cables, por la que sólo circulaba gente de mejillas hambrientas y donde las fuentes sin chorro se habían vuelto rígidas. Aquella pobreza era la única prueba de vida de la ciudad, pero el cielo acogía su silueta como un auditorio. Las farolas descarnadas se reflejaban en las escamas del mar. El Café Estambul llevaba abierto apenas una hora, pero ya se habían ocupado muchas mesas y la cantante interpretaba alguna historia sentimental que el pianista procuraba enmendar con alegres trinos.

María, humillada por su pobre abrigo, se quitó el pañuelo de la cabeza para sentarse con lentitud en una mesa donde una pareja de mediana edad apuraba unos vasos de vino. Les mostró el collar y les pidió en voz baja un precio. Ellos parecían complacidos por la oferta, pero rehusaron el trato por no llevar dinero encima para más gastos que la consumición, aunque casi trataron de reconfortarla, viendo lo abatida que estaba.

Se dirigió entonces a otra mesa donde un señor de gomina y clavel en el ojal de su traje a rayas hacía manitas con una bailarina, pero esta vez su intromisión fue mal recibida. El parroquiano le pidió que se fuera y ella insistió en que podía abaratar más el collar.

Andaba por allí Otto, y al observar sus evoluciones, actuó antes de que el cliente se alborotase. Acercó su voluminosa humanidad con las manos apoyadas en la barriga y ofreció una tenue sonrisa para pedir disculpas al señor. Luego indicó con un gesto a la intrusa que le siguiese y ella obedeció en silencio. La llevó hasta la mesa donde a Dick acababan de servirle su primer vaso de whisky.

—Jefe, encontré a esta jovencita intentando vender una alhaja a nuestros clientes y he creído que podía meterse en problemas.

—¿De esas no se encarga el portero?

—Creí que usted podría ser más útil.

—Hombre, gracias... -más aburrido que otra cosa, ni siquiera cambió el tono irónico—. Oiga, señorita, si se fija bien, verá que en la entrada del local

hay un cartel que pone Café, pero no dice bazar ni joyería.

La chica no pudo responder nada. Cabizbaja, parecía demasiado pálida y temblorosa para reaccionar. Daba la impresión de aguardar de pie la sentencia. Como Dick era enemigo de tanto rigor, le pidió que se sentara.

—A ver, ¿por qué ha venido aquí?

—Había oído decir que aquí se podían vender cosas de estraperlo... — susurró ella, con ojos blancos de fiebre.

—Qué halagadora sinceridad. Pues la próxima vez que lo oiga, añada a ese rumor que no me gusta ni un pelo... Bah, y no crea todo lo que oiga... — entonces Dick se fijó en que Otto parecía muy absorto en la conversación. Con las gafas empañadas por el calor y sus rizos que ya empezaban a sudar, era la imagen inversa del espía—. Oye, Otto, ¿te vas a quedar a escucharnos o tal vez te apetece moverte por ahí para justificar un poco el sueldo que te regalo?

—Bueno, Dick, no es un sueldo alto, ahora que lo menciona.

—Pues ya te aviso de que el despido tampoco será gran cosa.

—Está bien, ya me voy... Señorita, si le molesta este hombre, avíseme.

Ya solos, Dick le pidió que le mostrara la baratija. Sólo necesitó una ojeada al collar para comprobar que no valía mucho.

—¿Para qué quiere el dinero?

—Tengo que salir de Estambul enseguida.

—Pero tendrá familia, amigos...

—No tengo a nadie.

Como comenzaban a humedecerse los ojos, Dick le ofreció un cigarrillo que rehusó. Hizo una señal a un camarero y pidió una copa de ponche.

—Tómeselo. Esto le animará... Pero siga mi consejo y no se preocupe demasiado. Es muy joven, tiene toda la vida por delante para buscar problemas. Además, sin conocerla, juraría que en este momento hay alguien que piensa en usted.

—Daría igual que no lo hiciera, porque no puede ayudarme. Ni yo a él.

Aunque detuvo aquí sus labios, su expresión se volvió más triste que antes. Dick entendió que no iba a contar nada más, que estaba curtida en interrogatorios y rechazaba instintivamente las preguntas.

—Mire, si me promete que no se lo beberá, le daré un poco de dinero...

—Gracias, pero no puedo aceptar limosnas.

—...¿Quién ha hablado de eso? Es un adelanto por ese collar. Pero no

quiero que me lo entregue ahora, hay gente mirando y podrían acusarme de estraperlista. Hagamos una cosa, guárdeme el collar y dentro de un par de días vuelva a entregármelo, ¿de acuerdo?

—¿Se fía de mí?

—Me arriesgaré.

Se dieron la mano.

—Oiga, ¿tiene algún sitio donde dormir?

—Aún no. He pensado en buscar un hotel...

—No sé si estará segura... al fin y al cabo lleva encima mi collar... Pero termínese el ponche... Espere. Conozco al panadero de la esquina. Es un buen hombre y tiene cuatro hijas preciosas. Seguro que no le importa hacerle un hueco en la habitación de las niñas... ¡Eh, Otto!

Ella se sintió conmovida por todas las atenciones que recibió del desconocido.

—¿Cómo podría agradecerle lo que hace?

—¿Agradecer qué?... Odio que las chicas se pongan tristes en mi local. Eso no favorece el negocio.

La orquesta menguante

El profesor Kosmider empezó a creer que su sombra declinaba. Como si de una burla se tratara, la princesa Beresina lo había expulsado, no por alguna de las traiciones y bajezas que había cometido, sino porque dejó a David Alaya en paz para enamorarse, como si alguien pudiera detener el libre albedrío. Así que el profesor, autor de deslealtades que torturaban sus propios insomnios, había sido castigado por la peregrina razón de que la duquesa tuvo una rabieta. La ironía en el fondo le pareció tolerable, aunque no mejoraba su situación. Había perdido el gran as de corazones, su sol alumbrador, el talismán que alivió su vida de expatriado en Estambul.

Y a su penuria inminente, unía la amargura de los celos. Kosmider sabía que Dick el americano era uno de los motivos de su expulsión. Incluso repetía su nombre, *maldito Dick*, mientras caminaba y rehuía los charcos de luz de las farolas. Culpaba al americano de su caída en desgracia ante la duquesa, aunque sabía que no había hecho nada contra él, ni siquiera mencionarle. Como una piedra desplaza a otra en un torrente, bastó que el recién llegado ocupara el espacio de confianza que antes disfrutó el profesor para que la consecuencia cayera por su propio peso. Teniendo a un consejero, ya no hacía falta el otro. Así nivela el corazón lo distinto.

Hubiera rodeado la ciudad para no encontrarse con nadie, pero al llegar a su buhardilla del hotel Aladino, vio una nota con una equis. Era la señal de que había una reunión secreta de la Orquesta Roja esa noche. Ya ni la recordaba. Blasfemando, fue al punto de encuentro, que esta vez era la planta alta de un restaurante húngaro de Gálata que cerraba los martes. Por el camino se detuvo a tomar un café de achicoria negro y amargo en un mercado donde maduraban con dulzón aroma las frutas y el picante, mientras los sonidos del ajeteo se atropellaban en sus oídos. Las puertas del restaurante estaban encajadas y casi todas las luces apagadas. Detrás había un

portero que informaba a los desorientados y dejaba pasar a los que daban el santo y seña. El profesor dio la contraseña y subió por una escalera del fondo, entre un suave olor a fritanga y tabaco mezclado, con la indecisión de una corza herida. Casi se asustó de ver a los silenciosos miembros de la Orquesta Roja, a la luz de una insuficiente lámpara de billar. La bombilla recortaba sus caras con claroscuros apresurados al aguafuerte.

—Adelante, profesor —le dijo el hombre de pie al fondo, con voz cavernosa—. Le esperábamos. La Orquesta Roja ha venido casi al completo.

La Orquesta Roja era el nombre con que se identificaban los comunistas alemanes que huyeron de los nazis y formaban una oposición en el exilio contra el gobierno de Hitler.

—Gracias —suspiró Kosmider y se sentó, sin ánimo para una velada política.

Sobre la estrecha virtud de dos mesas de billar alineadas descansaban los codos, las pipas y los periódicos de los participantes. Solían citarse mediante claves o signos dibujados en periódicos que intercambiaban en cafés o parques. Nunca la misma señal, siempre conviniendo consignas para el siguiente encuentro.

Vistos allí, no era gran cosa, profesores y funcionarios con ropa remendada, cuyas ojeras de hambre delataban su torpeza para la aventura. La huida sangrante de su país, las colas de racionamiento y las crueldades de la guerra les habían desterrado de la normalidad. Con las cabezas puestas a precio, cualquier delator o simplemente un necesitado podía venderlos a los nazis. Por eso el miedo se aferraba a sus huesos como la artritis o el reuma y la desconfianza era su segunda piel. Se precavían hasta de comerse las uñas en público. Lo único que sostenía sus famélicas sombras, sus ojos vidriosos era el honor de representar a la Alemania libre. Sin pinta de héroes, lo eran, valientes que renunciaron a todo por la justicia.

Algunos preferían ser llamados con apodos por seguridad y quién sabe si con la ilusión de que un nombre pudiera camuflar las privaciones, los ojos legañosos y su aspecto extranjero.

Había un matrimonio de profesores flacos, tan demacrados que las gafas doradas eran como fuego en sus caras. El color había huido incluso de su pelo. Procuraban no llamar la atención, como si aspirasen a la condición de piezas de porcelana y estuvieran a un paso de lograrlo. Una mujer más joven lucía un hermoso moño rojizo, pero sus ojos estaban tan hundidos en sus cuencas que sólo la nariz destacaba, aguileña, con la esperanza de olfatear

comida. A su lado se encorvaba un anciano de calva despeinada. Las mejillas se habían consumido tanto que la nariz se erguía como un peñón huérfano. Llevaba un abrigo de un azul arrepentido y su bastón se tendía en el suelo a la menor oportunidad.

Presidía la reunión “Magnolia”, un profesor universitario de expresión dolorosa que se cubría con una gabardina marrón impregnada de colonia, tal vez para disimular el mustio olor a alcanfor. También estaba “Jacaranda”, el más grueso de la reunión, con aspecto de vendedor de coches, por su chaleco a juego con su abrigo. Caminaba como un pato y sonreía cordialmente, luciendo los dientes que le quedaban. El último en llegar había sido “Sabueso” y pidió perdón por ensuciar la alfombra con sus botas embarradas; venía de comprar medicinas a su mujer enferma. Le pusieron “Sabueso” porque siempre decía oler problemas, pero su aspecto era tan inofensivo como un niño o unas babuchas gastadas.

El profesor Kosmider se inclinó con los ojos cerrados sobre la mesa. “Magnolia”, el único en pie, se rastrilló el pelo con la mano abierta como si la paciencia fuera una flor prendida tras sus orejas. Empezó a hablar de sus manifiestos, proclamas y demás, mientras la señorita pelirroja levantaba acta aplicadamente, pero el profesor Kosmider no salía de su ensimismamiento. Le cansaba la vida o, para ser exactos, la vida miserable que le esperaba. No quería sentir la soledad tremenda de la que venía, el vacío infinito que ya conocía. Buscó en un bolsillo la petaca de ginebra y bebió, ocultándose con el cuello del abrigo.

—Lamentamos —se detuvo “Magnolia” a limpiarse las gafas con su pañuelo— que no haya venido “Sombbrero”, era un magnífico pintor y un buen patriota.

En cada nueva reunión faltaba un miembro. Misteriosos accidentes y desapariciones mermaban las filas de la Orquesta Roja. Nadie hablaba sobre ello, sabían que los espías nazis los buscaban para asesinarlos.

—Y digo que es una lástima su ausencia, él que era tan alegre, porque vengo a anunciaros una buena noticia, algo que espero nos traiga una esperanza. Vamos a participar en un golpe de estado apoyado por algunos oficiales alemanes y por los americanos. Derrocaremos por fin a Hitler y formaremos un gobierno provisional que pida la paz al resto de las naciones. Así acabaremos con esta sangría inhumana y Alemania respirará al fin en libertad.

Todos se animaron y se rebulleron como burbujas en una botella de

champán agitada, menos el profesor Kosmider, que no creía en la utilidad de esas reuniones ni menos aún tenía intención de soportar la alegría de nadie. Bajó a acompañar al portero y fumar un pitillo, pero apenas dio dos caladas cuando llamó y dio la contraseña un hombre al que conocía.

Nada menos que el americano Jorgito Earle Tercero, el tipo que trabajaba para el servicio secreto estadounidense y aspiraba a convertirse en senador de los Estados Unidos con las medallas que esperaba ganar en sus andanzas por Europa. Venía enfundado en un traje de corte y confección más caro que todos los que había en el restaurante juntos. La poca luz del local bastaba para que brillara la gomina de su pelo.

—Profesor Kosmider —le saludó Jorgito Tercero en voz muy baja, pero la acompañó con un cordial apretón de manos.

—Hola. Veo que ha venido solo.

—No, en realidad he dejado esperándome en el taxi a mi amiga Vilma.

—No debió traerla.

—Ya lo sé, pero ella insistió... Se aburre si la dejo sola en nuestro nidito de amor... Y, bueno, me gusta complacer a todo el mundo.

—Hum —carraspeó el profesor. La falta de profesionalidad en un espía equivalía a la muerte, pero había llegado a un punto de desesperación en que le daba igual todo— ¡Qué más da! Pase, que le están esperando arriba para discutir los detalles del nuevo plan.

—Oh, como esto salga bien, va a ser sonado. ¿Se imagina, Kosmider? Si consigo que mi gobierno me dé el visto bueno, si logro que la operación cuaje, me convertiré en el hombre que hizo posible la paz del mundo. Seré un héroe, me levantarán estatuas y me harán películas. Joder, me votarán hasta los niños de pecho...

Le brillaban los ojillos al imaginarse su desfile triunfal por las calles de Nueva York. Se veía subido en un coche descapotable que custodiarían largas filas de policías a caballo. Casi podía oler los caballos, el pavimento regado, los perfumes de las mujeres; podía ver caer el confeti que le arrojarían desde las ventanas y balcones, bajo un incesante estruendo de bandas de música con himnos patrióticos y las aclamaciones de la multitud. Excitado con la perspectiva de su consagración, subió las oscuras escaleras como quien va a apostar a las carreras y ha recibido un soplo. Kosmider oyó los murmullos de la Orquesta Roja, que le sonaron como gorgoteos de palomas. El profesor no pudo soportar más aquel ambiente trasnochado. Aquellos aficionados querían resolver la locura del mundo con unas promesas y apretones de manos.

Dueños de su pequeño guiñol, no podían competir con el inmenso escenario de la historia. Salió a la calle.

Fuera aguardaba el taxi de Jorgito Tercero y el profesor prefirió evitarlo para no tropezarse con Vilma, esa bailarina que compartía las bacanales adúlteras del agregado americano. Camuflado con las sombras, que se habían de convertir en sus amigas hospitalarias, Kosmider cambió de acera y echó a andar por otra calle. Al torcer la esquina, vio a Vilma usando una cabina telefónica bajo una indecisa bombilla. Dedujo sin gran esfuerzo que Vilma informaba a los alemanes, y era justo lo que se merecía aquel inepto de Jorgito. Entonces entendió que el “Sombrero” desapareciera, porque quiso retratar a la chica y le dio su dirección para que acudiera a posar para él. Así habrían caído tantos... Pero ya le daba igual, sentía que el ciclo se había acabado. No le quedaban fuerzas ni para fingir ni medrar como había venido haciendo hasta ahora. Era un hombre desesperado y sólo buscaba la locura, el extravío, la inconsciencia del alcohol. Siguió su camino, ocultándose de Vilma y buscando locales donde sirvieran licores hasta altas horas de la madrugada.

Acabó en el Harén Azul, donde la dueña lo recibió con amplias quejas por la paliza que le había propinado a Adilé la otra noche, que la dejó inservible para el trabajo durante un par de semanas. Eso generaba unos gastos insuperables y la propietaria no sabía qué hacer con una mujer que no rendía ingresos. Esperaba que el profesor tuviera la consideración de compensarla por sus pérdidas. Pero aquello era predicar en el desierto. No le hizo caso y se retiró a una mesa vacía a beber tranquilo. Pero le atormentaba un hámagos de arrepentimiento. A pesar de la jugarreta que la chica le había hecho al querer delatarle a la princesa, sentía por ella algo parecido al afecto, tal vez como reflejo de su deseo por ella, o del tiempo que pasaron juntos. Casi le roía la culpa, si se paraba a reflexionar sobre sus actos. Escribió una nota en inglés y se la entregó a una de sus compañeras para que se la diera.

Querida Adilé:

Sé que me consideras tu enemigo y que no merezco nada. En realidad he sido enemigo de todos, empezando por mí mismo. No sabes, no puedes calcular cuánto me he odiado yo, mucho antes de que tú empezaras a hacerlo. Tú al menos tenías la posibilidad de huir, de alejarte de mí, yo no he

tenido esa suerte. Para mí respirar consiste en sobreponerme a lo que soy, en tolerarme. Cuando hagas balance de los reproches que merezco, echa en la balanza un poco de piedad por lo que yo también he padecido.

La razón de esta carta es para avisarte de que hace más de un año que te legué todo mi patrimonio en un testamento. El día que sepas que he muerto, y presiento que no tardará, busca un notario que legalice tu patrimonio. No serás rica, pero tendrás dinero en un banco inglés y un par de casas en Viena. En ellas fui feliz. Espero que, cuando acabe la guerra, puedas empezar allí una nueva vida.

Te preguntarás por qué he pensado en ti. Porque eres bella y eres buena, a pesar de la vida desastrosa que te ha caído en suerte. Y pensé que a lo mejor yo, el más indigno, la peor escoria de la tierra, tal vez recogería algo de esas bendiciones que recibiste si me acercaba lo suficiente a tu destino. Que mi gesto me redimiría, me congraciaría con el cielo, al que tanto he ofendido.

A veces me parece que de algún modo el mundo siempre logra una especie de equilibrio, de vaivén armonioso en que el mal y el bien se contrarrestan, alcanza una masa crítica en que los hechos atroces y las buenas acciones se complementan, de forma que la crueldad y la compasión casi se nivelan. Y por mucho que nos volquemos hacia lo inmundo, el mundo encuentra vías de escape, formas de contrarrestar el nuevo horror que le añadimos. Así, tipos como los tiranos, los espías y las mataharis de guardarropía tienen su reverso en los gestos anónimos de quien actúa con generosidad o proporciona una caricia, una sonrisa, y una vez más el orbe se salva de ser un completo desatino.

No te pido perdón, sólo un gramo de compasión.

Gus

Kosmider

En cuanto a lo demás, caía a su alrededor como un decorado roto que el viento derribara: La Orquesta Roja, músicos sordos que desfilaban con su partitura rota, banda de ilusos que caminaba con obediencia de corderos al sumidero, a la alcantarilla de la historia. Tenían tantas posibilidades de tumbar la locura del mundo como la Tierra de desencajarse de su órbita.

Beresina había sido un espejismo, una quimera infantil que nunca debió

tomar en serio. Ahora le parecía que había actuado como un títere bajo sus hilos y que si fue feliz en aquel guiñol, se engañó a sí mismo. Dick el americano fue el afortunado. La serpiente amarilla de los celos le mordió al recordar a aquel tipo y la noche se hizo más oscura sobre la calavera de su miseria. Ni un fuego fatuo, ni un reflejo de luz, brillaron para quien sólo fue una comparsa, un figurante, un tipo que hacía tratos con los monstruos para que la princesa reinase a salvo de peligros. Sólo le fue permitido contemplar de lejos su gracia aérea, mero espectador... Qué bravatas y orgías sangrientas se le ocurrían bajo el destello enervante del alcohol... ¡Basta, mejor olvidar! Sí, el olvido debía tener una almohada blandísima, como hecha de plumón de cisne. Si al menos mereciera ese alivio, ese descanso...

Los desaparecidos

María pasó casi toda la noche en vela, tendida en una cama infantil, mientras las hijas del panadero dormían en sus literas. Demasiado preocupada para conciliar el sueño, no se le quitaba de la cabeza el terrible destino de su tío Volkov, que sería sometido en Moscú a interrogatorios y torturas de las que había oído mencionar crueldades tan exquisitas que sólo podían pertenecer a la leyenda. Y sin embargo el miedo es tan crédulo, abre demasiado los ojos para ver asomarse al monstruo antes de que aparezca.

La experiencia le había ensañado que a los deportados y detenidos los abandonaban a la desidia administrativa. Por eso, si no ejecutaban a su tío, lo trasladarían a campos o cárceles donde desaparecería, se borraría como una huella en la nieve. María ni siquiera podría averiguar la fecha de su muerte. Frente a semejante condena, las ilusiones de David Alaya le parecían un cuento de hadas. Eso abrumaba su soledad, acurrucada y fingiendo dormir entre mantas prestadas. Sin embargo, se mostró agradecida con las atenciones de aquella familia que le había ofrecido su cálida hospitalidad y por la mañana desayunó con apetito. Como vieron que no llevaba equipaje, le regalaron un abrigo casi de su talla que le ofreció la hija mayor. María prefería rehusarlo por pudor, pero tanto le insistieron que lo aceptó y se lo probó, bendiciendo a la familia con esa sonrisa de gratitud que sólo ilumina a los necesitados.

María pisó el umbral de la calle con renovada energía, dispuesta a sobrevivir pese a sus perseguidores, sospechando que la mejor rebeldía consistiría en no dejarse atrapar. Había decidido ver a David una última vez y se dirigió al molino de Escudari. Deseaba saber qué decisión había tomado. Si el muchacho olvidaba la guerra, se uniría a él; en otro caso, ella continuaría su camino sola. Tuvo mucho cuidado de que no la siguiera nadie en el tranvía; rehuía los uniformes y los tipos que miraban demasiado. Sólo

se sintió a salvo en el ferri que atravesó el estrecho, donde se acodó meditabunda a mirar la niebla gris que envolvía las gaviotas y el oscuro mar. Se preguntaba si Pokopin habría dado ya la orden de detenerla.

Al pisar la orilla asiática y mezclarse con la gente atareada entre las casas pobres, parecía que todo anduviera más despacio, que no fuera posible la locura que la perseguía, pero su preocupación apelmazaba el rocío y lo volvía escarcha. El humo de las chimeneas de las casas y los barcos era empujado por la niebla hasta desmenuzarse sus cenizas por el aire, que enlutaban el día cenagoso, empantanando Estambul en una húmeda mortaja. María caminaba aprisa, pero los rostros que se cruzaban en su camino nunca la habían parecido tan inquisitivos y ceñudos.

Al fin llegó al molino y entró llena de una inesperada alegría, como si hubiera alcanzado una meta. Subió los peldaños de madera deprisa, sin oír los quejidos que el viento arrancaba de los resquicios de la ruina. Aquella letanía deprimente le parecía música de bienvenida cuando abrió la puerta del escondite. Pero no vio a nadie, sólo encontró el abandono de los objetos y el frío que arreciaba desde el ventanuco abierto. Apenas se atrevió a llamar a David en susurros, como si los fantasmas se hubieran apropiado del lugar y no debieran ser despertados. Desanimada, se preguntó qué le había ocurrido, dónde estaba.

Bajó las escaleras para buscarlo por el molino. Pero el edificio siguió siendo una metáfora en piedra de la polvorienta soledad y no logró extraer ningún secreto de los viejos cachivaches que dormían su eternidad en el polvo. Entonces se abrió la puerta del patinillo. La luz de la mañana encendió el suelo terroso y María vio las dos siluetas al trasluz. Reconoció a Ríscar y detrás suya venía una mujer vestida con pantalones y una cazadora de cuero marrón, de aspecto tan inusual que no pudo dudar ni un instante.

—La duquesa Beresina...

—¿Quién es usted? —preguntó la recién llegada.

Nadie se sintió feliz con el encuentro. Ríscar parecía compungido como el colegial pillado haciendo travesuras.

—Me llamo María Ivanovna. Y me imagino que usted es la hermana de David.

—¿Dónde está?

La duquesa la observó de arriba abajo y encargó a su guía que buscara a David. Ambas mujeres esperaron calladas, a prudencial distancia, hasta que Ríscar reveló desde el descansillo de arriba que David había desaparecido.

Entonces Beresina le preguntó a María dónde estaba su hermano.

—Si lo supiera, no habría venido hasta aquí, ¿no le parece? —reaccionó, con sarcasmo.

—Entrando y saliendo de este lugar, sólo conseguirá que lo descubran —le advirtió.

—Ya. Por eso ha venido usted. Para decírmelo.

—Hablemos claro. No encuentro a David y usted se pasea por aquí. ¿Qué puedo pensar? Que ha vendido a mi hermano a los soviéticos.

María temía oír esa acusación. Demasiado bien sabía que caminaba por una estrecha tierra de nadie, justo sobre un vacío donde unos y otros podían acusarla de traición. Por eso, al martillar la realidad una vez más contra sus deseos, y al no hallar en esa mujer que debiera apoyarla más que suspicacias, desistió. Le agotaban las palabras y más las declaraciones de intenciones. Demasiados discursos y promesas había oído ya en su vida.

—Oiga, si ve a David dígame que me he ido, que no pude esperarle...

—Ya, para que crea que la he echado yo y ponerle en mi contra... ¿A dónde va?

—No le incumbe.

—Pero... ¿Piensa volver a ver a David?

—No, su hermano parece empeñado en ir a la guerra. No tengo alma para seguirlo.

En los ojos de la duquesa, serpenteó una duda.

—¿Es cierto? ¿No quieres que vaya a la guerra?

—No, y ojalá haya sido listo y se haya largado. No sé qué espera usted para convencerle de hacerlo.

—Entonces le quieres —dijo con un tono tan humano que parecía que hablara otra persona—. Perdóname por desconfiar de ti... Ya no puedo fiarme de nadie. Ay, María, no sabía cómo ibas a resultar. Por favor, llámame Elisa.

Se sentía tan confortada de que su insensato hermano contara con alguien leal y sensato a su lado que abrazó a María.

Ríscar se rascó la cabeza, aturdido por los repentinos giros que el destino tomaba ante sus narices. Pero celebró que la imprevista reconciliación le evitara engorrosas preguntas. Nadie que conociera su habilidad para extraviar una cartera o mentir en tres idiomas, le hubiera confundido con un sentimental. Las debilidades de su carácter se inclinaban más hacia los dados, el vodka y contemplar los incendios con ojos de pintor. A Ríscar le

fascinaban las columnas de humo y llamas que atormentaban las viejas casas tradicionales y los vetustos palacios estambulíes. Disfrutaba con sus hirientes lenguas de fuego, los resplandores amenazantes, las calles en claroscuro recortadas contra el humo. A veces se acercaba con vidrios de colores para jugar con las distintas tonalidades de la catástrofe y había quien juraba que lo vio llorar cuando el espectáculo apocalíptico concluía. Pero los asuntos familiares le aburrían y si aquellas señoras se dedicaban a hablar como costureras de sus asuntos, no veía ninguna retribución a la vista que le incumbiese. Se dedicó a holgazanear por el cuartucho de David, mordisquear las sobras de un pan duro que por allí había y asomarse luego a la ventanita, para preguntarse desde las alturas dónde se habría metido el muchacho que entretenía así a aquellas mujeres.

La ciudad por supuesto prefirió no responder inmediatamente a esa cuestión. Organismo vibrante, inteligente, siguió desmenuzando en sorda cotidianeidad las apetencias y temores, las lacras y secuelas que conlleva la condición humana. Por eso, mientras una semilla de amor fraternal se sembraba bajo los tablones apolillados de un molino, en otros lugares de su perímetro continuaba la eterna tragedia de traiciones, sudor, procreación, enfermedad, crímenes, desengaños, ilusiones...

David Alaya llevaba huyendo horas de la policía, después de encontrar a Kim Philby en el apartamento de María. Se escondió entre portales y deambuló sin llamar la atención bajo la indecisa lluvia. Y al final el crepúsculo había caído sobre sus tribulaciones como una cortina feroz. David temía a la noche y su carencia de esperanzas. No quería quedarse despierto y pensar en ella, en que la había perdido o que podía caer en manos de sus perseguidores. Ahora se arrepentía de no haber oído sus problemas. Tal vez María intentó explicarle su situación, pero él la interrumpió con sus ideas infantiles. Para olvidar esos recuerdos que se retorcían como un bucle en su memoria, necesitaba dormir, dejar pasar la mala hora y esperar que el nuevo día le confiriera nuevos bríos. No podía decir si en sus sienes se agolpaba la fiebre.

Sabía tan poco de María, de sus amigos, de los lugares que frecuentaba. Llegó a pensar, deambulando por suburbios legañosos y calles raídas como baúles, que la había imaginado, que no podía ser real.

No se dio cuenta de que empezaba a confundirse con los estambulíes nativos, por su ropa arrugada, su rapidez al caminar y su instintiva desconfianza hacia la autoridad. Tal vez por eso había dado esquinazo con

facilidad a los guardias que anduvieron tras su pista por las cuevas y callejones de Gálata.

Volvió sobre sus pasos, no podía evitarlo. Deseaba encontrar a María y se negaba a alejarse de los alrededores de la que había sido su casa. Como si pudiera corporeizarse por las aceras que frecuentaba. Sin importarle el peligro, recorría el barrio cuando reconoció el pequeño restaurante donde habló con el capitán Volkov y María fue a recogerlo. Parecía que habían pasado diez años. Dentro, todo permanecía igual, las mismas mesas con manteles rojos, el mismo biombo de madera que separaba la barra, el violinista ciego empeñado en lamentar la vida cuan larga era y el camarero pelirrojo de gesto avinagrado.

Apenas había gente y David se sentó en la mesa que había compartido con el capitán. En honor a los viejos tiempos, pidió vodka y se dejó llevar en aquella penumbra por la cantinela del violín, que amortiguaba la imagen de María para que no le hiciera daño recordarla. Pero le dolía mirar sus manos vacías. Alguien había olvidado su gorra en la mesa y David la cogió.

—¿Es de alguien? —preguntó al camarero.

—Qué me importa —se encogió de hombros. No le habría interesado ni aunque fuera una sirena. Era el mayor misántropo que haya servido copas en una barra.

David se caló la gorra y pronto sintió el calor de la cabeza, que le tranquilizó. Varios tragos más tarde, medio dormido, notó que la música se entrecortaba y dejaba de lanzar nostálgicos vahídos. Toda la clientela se alteró y David vio entrar a un oficial de la Gestapo, con su uniforme negro, su emblema de la esvástica y sus pasos marciales. David se apresuró a subir las solapas de su abrigo y fingirse dormido sobre la mesa en penumbra para que no le reconociera, porque vio que era el coronel Mordek.

Con los ojos cerrados, oía cómo sus zancadas llegaban a la barra y su voz metálica ordenaba que le sirvieran whisky. El violinista intentaba improvisar algunas mazurcas que alejaran el mal fario, y los clientes se alejaron de la barra y se fueron a las mesas. El temor que inspiraba, debía satisfacer al nazi que con aires de superioridad racial, elevaba su vaso para brindar consigo mismo.

Entró otro hombre, también alto, al que David observó con el rabillo del ojo. Vestía ropa de confección, hecha a medida, incluso llevaba guantes y se movía con distinción, aunque su rostro anguloso y su mirada congelada predisponían a lo peor. Olía a perfume fúnebre, de madera y alcohol. Su pelo

atusado con brillantina y sujeto al cráneo trataba de no desmandarse. Parecía todo él un recipiente bien tallado y adornado con que contener el mal. Llevaba un abrigo largo marrón de vicuña y portaba una maleta del mismo color.

El coronel Mordek le ofreció una copa, pero no quiso tomar nada. Parecía disgustado. El camarero comprendió que su vida sería más próspera si se alejaba de la barra y se metió en la cocina, donde ya olía a pollo y el oficial de la Gestapo echó un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que estaban solos. Vio al durmiente David, que hubiera querido que se lo tragara la tierra.

—No me gusta vernos en lugares públicos y lo sabe —protestó el recién llegado del abrigo caro.

—Estos turcos no entienden el inglés, sólo el camarero. Tranquilo, señor Bazna.

—Le ruego que no pronuncie mi nombre.

—¿Y cómo le llamo entonces? Ya lo tengo, Cicerón, como la operación que tan brillantemente ha protagonizado para nosotros. Algún día el Reich le levantará un monumento por sus servicios, amigo Bazna.

—Está usted borracho —lo dijo con tanto desprecio que los buenos modales quedaron en el aire, como la melodía del violín—. ¿Cuántos vasos lleva?

—¿Qué importa? ¿Trae el paquete?

David entreabrió los ojos. El señor Bazna le entregó un objeto pequeño, del tamaño de un mechero y el coronel Mordek le dio un sobre y se guardó la mercancía en el bolsillo de su guerrera.

—¿Treinta mil?

—Sí, en libras, como usted quería... ¿No las cuenta?

—No, no hay tiempo, Mordek. Dígale a Von Papen que ésta es la última entrega. Me tengo que ir del país cuanto antes. Creo que me han descubierto. Todos andan como locos y hasta sir Hugo desconfía. Van a atar cabos. No puedo quedarme ni un día más en la embajada inglesa.

—Pida asilo en la nuestra.

—Claro... ¿Como espía? No, prefiero irme del país.

—Ya veo que prefiere disfrutar de las ganancias. No es mal plan... Oiga, Bazna, esos documentos que fotografía ¿los lee? Porque son colosales. Si fuera cierto, los aliados preparan un desembarco en Normandía. Eso es una locura. ¿Cómo espera que nos traguemos eso?

—No me incumbe lo que digan los papeles, me limito a darles las fotos. Pero sí es cierto que los ingleses están vigilando al gobierno turco. Si lo dicen esos papeles, como lo demuestren, pondrá a la embajada inglesa en jaque.

—Vaya, eso sería colosal también. Pondrían al gobierno en contra. Con un poco de presión, hasta podrían declarar la guerra y unirse a nosotros — Mordek se palpó el bolsillo con el rollo fotográfico, a la altura de la cadera—. Este paquetito podría ayudar a mi país y también a mí a ascender.

—No se olvide de Von Papen.

—Bah, sospecho que es un traidor. Por eso he venido yo en persona a verle. Von papen se entrevista con la Orquesta Roja, esa banda de traidores. Mañana mismo voy a denunciarlo a Berlín. Y además, desde que sufrió el atentado y vio la muerte de cerca, se pasa el día yendo a rezar y al confesionario, como si eso sirviera de algo.

—Bueno, me tengo que ir, coronel.

—Buen viaje, señor Bazna.

El hombre del abrigo largo se marchó con paso decidido. La mueca del coronel se tornó despreciativa cuando Bazna salió por la puerta.

—No llegará muy lejos con todo ese dinero falso... Cuando lo sepa, se va a llevar un buen chasco —y brindó por ello—. A la salud del mayordomo. El culpable siempre es el mayordomo.

De repente, David comprendió que había llegado al sitio adecuado en el momento justo. No importaba la cadena de errores y equivocaciones que había cometido hasta ahora, porque gracias a ellos se encontraba ante la ocasión más trascendental de su vida. Acababa de saber que aquel oficial nazi, Mordek, tenía en su poder documentos comprometedores para los aliados y que además iba a denunciar al día siguiente a un alemán de la resistencia, si es que ese embajador Von Papen lo era. Supo lo que debía hacer con certeza absoluta. Acababa de encontrar su gran oportunidad de servir a los aliados. Nunca estaría ante un desafío semejante. La sangre se alborotó en todo su cuerpo, brazos y piernas se desentumecieron y por una vez no sintió dudas de lo que quería. Ya no se trataba de él o de su vida, sino de servir a un bien mayor, a la causa. No importaba el precio que pagara, debía pararle los pies a aquel enemigo mortal, al oficial de la Gestapo. Lamentó y mucho no tener ningún arma, pero lucharía.

Cuando el coronel terminó su último trago, soltó un billete al camarero, que regresó sin mucho entusiasmo a la barra para recoger el dinero con aprensión. El violinista siguió intentando esbozar los valles de su añoranza,

pero parecía que nada florecía aún y que los bailarines tropezaban. Mordek salió del local y David se apresuró a seguirle.

La noche se echaba encima de las calles como una fría manta. David caminó tras el hombre, un poco extrañado de que marchara a pie. Lo vio doblar una esquina sin mirar atrás y lo siguió aprisa, temiendo perderlo de vista. Pero para su sorpresa, el coronel le esperaba con la pistola en la mano.

—Bien, Alaya, ¿creía que no iba reconocerle porque llevara esa ropa?

—Me ha engañado.

—Sí, es un privilegio de las mentes superiores. Ahora voy a llevarle conmigo. Acabo de capturar al autor de un atentado. Vaya, hoy es mi día de suerte, todo me sale bien. Levante las manos.

—Ya. Pues se ha olvidado de algo.

—¿Sí? ¿De qué?

Casi no tuvo tiempo de preguntar. Al subir los brazos, David atrapó las manos de Mordek y con sus reflejos de deportista, se las estampó contra la pared. Antes de que pudiera reaccionar el coronel, sintió el golpe en los nudillos y la pistola disparó al aire cayó al suelo. Gimió de dolor y apretó los dientes con rabia, forcejeando, pero David ya había tomado la película de fotos de su bolsillo y huyó a la carrera. Mordek maldijo en teutónico y buscó su arma en la oscuridad de la acera para perseguirlo. En cuanto la palpó, la apretó con fuerza y echó a correr detrás del muchacho.

David huía hacia el mar. No tenía un plan concreto, sólo aspiraba a arrojar la película al agua si no le quedaba otra salida. Oyó un disparo y supo que su vida no valía nada, aunque ahora era valiosísima. Trató de sortear el tráfico que se apretujaba a esa hora por la avenida a la que había llegado. Mordek lo seguía tan raudo y enfurecido que no prestaba atención a nada más, como si la gente y los coches no existieran. Sólo quería atrapar al maldito espía y matarlo. Tan poco precavido, tan alterado corría que al saltar delante de un camión que le entorpecía el paso no vio que se le venía encima un tranvía. Fue arrollado y cayó despedido al suelo antes de que el propio tranvía pasara por encima de él. La muerte visitó su cuerpo con la indiferencia mecánica de un chasquido y sólo el horror de los transeúntes y los conductores dieron una dimensión humana al hecho. La suya había sido una muerte estúpida, tal vez para guardar simetría con su vida.

David se volvió al oír el griterío y respiró aliviado, bastante exhausto por la trepidante carrera que había hecho. De modo que aquel intenso peligro, aquel fuego en sus entrañas y el vacío que había sentido en su ser constituían

el heroísmo. Pero no había tiempo que perder. Necesitaba alejarse de allí cuanto antes. Abrió el rollo fotográfico y así veló las imágenes y luego, ya en la orilla, arrojó al mar la película inútil con todas sus fuerzas como los niños que lanzan piedras a los pájaros, con esa inolvidable alegría. Sólo cuando echó a andar con las manos en los bolsillos, se dio cuenta de que nadie iba a conocer lo que había hecho. Tal vez fuera mejor así, para no comprometer a las personas que le importaban. Al fin y al cabo, la suya sólo fue una gota en el mar de las calamidades humanas. Quedaba tanto por hacer. O tal vez la noche fue diluyendo su euforia, el peligro se fue olvidando, la gesta también. Seguía siendo un fugitivo y no sabía encontrar a María.

Oyó titilar una campana y vio a dos desharrapados que acudían a una especie de albergue. Se unió a ellos. Parecía una cuadra habilitada de prisa, con gruesas paredes a medio pintar y tejado de madera. Una especie de sacristán, con traje negro (los hábitos religiosos de cualquier confesión estaban prohibidos desde Atatürk) y un alzacuellos amarillento, les saludaba y ofrecía sopa. David Alaya sintió el aviso de su estómago al oler el puchero caliente y se sumó a los que recibían un plato de latón para comer. Se sentó en uno de los bancos de madera y acabó con el mejunje que le dieron sin alzar la cabeza. Había adultos, algún anciano y grupos de niños famélicos. El calor de una estufa, la escasez de luz y la frugal cena amodorraron por fin a David, que apoyó la cabeza sobre los brazos y se quedó dormido en la mesa.

Al poco, le despertaron las voces y gemidos de los niños, que se habían asustado al oír hablar a alguien en la puerta del albergue. “¡Aleman! ¡Aleman!” susurraban con pánico y se retiraban a los rincones más alejados del comedor. David fingió seguir dormido para cubrirse la cara y no ser reconocido. El sacristán le pidió que hablara en inglés al recién llegado, para no asustar a los chicos.

—Dile a los nenes que se calmen. Sólo soy un conductor y vengo a recoger al embajador Von Papen —dijo el desconocido.

—¡Anda con éste! No esperarás encontrarlo entre nosotros. Aquí sólo vienen los pobres.

El bajito sacristán tenía la tez enrojecida por el sol. Su pelo negro como de cuervo y sus encías prominentes que le empujaban los dientes superiores hacia fuera del labio, le daban un aspecto inconfundible. Feo, de mirada despistada, era sin embargo sardónico como un bufón de teatro.

—Pero ésta es la iglesia de San Antonio de Padua. ¿No?

—Hombre, lo que aquí ves es el albergue. Supongo que sabes distinguir

esas cosas. La iglesia está ahí al lado, donde la puerta grande.

—Ya, pero lo que yo digo es que... ¿No puedes avisarle o algo así de que he venido?

—¡Esa sí que es buena! Tú eres chófer ¿no? Pues quédate en el coche y espera que salga cuando quiera.

—Bueno, pero sólo quiero saber si le has visto esta noche.

—Pues como no se haya disfrazado de cebolla o de hogaza de pan negro... Vaya, si hubiera caído en la cazuela, creo que me habría dado cuenta.

—Olvídame —se alejó el conductor, cansado de que el sacristán no lo tomara en serio. Pero es que deseaba que se fuera de una vez para no alborotar a los niños.

Cuando se alejó, los chicos volvieron a sus bancos de madera, aliviados y contentos. El sacristán pidió a los comensales que fueran terminando para cerrar la cocina y abrir la sala de los sueños, como él llamaba a los dormitorios. Vino una monja a por las chicas y entonces, antes de separar por sexos a los pequeños, el sacristán rezó un padrenuestro. Casi ningún niño sabía seguirlo, ni siquiera persignarse, lo que provocó algunas risitas sofocadas cuando alguno imitaba al sacristán.

El sacristán llevó a los chicos a una especie de pabellón infantil y luego condujo a los mayores a otra sala de techo bajo y jergones chirriantes, con mantas tan melancólicas que parecían despojos del otoño. David se echó sobre la colchoneta, indiferente a que otros se quitaran los zapatos, o escondieran sus posesiones en bolsillos de sus harapos antes de acostarse o miraran con desconfianza en derredor. Cerró los ojos, y el lugar pareció acoger sólo quejas y ronquidos. Trataba de conservar el calor, en medio de un silencio que alternaba con bebedores que tarareaban canciones y obreros sin trabajo, mudos como piedras. Pero al pasar cerca el sacristán, quiso saber por qué los chicos no rezaban.

—Bueno —sonrió con una mirada que pretendía ser maliciosa, aunque más bien resultaba cómica—. En realidad no son cristianos. Son niños judíos que se hacen pasar por católicos para que les dejen pasar las fronteras y así escapar de los nazis.

—Vaya, eso sí es una idea.

—Una inspiración ¿verdad? Se le ocurrió a una monjita de Hungría. Bendita sea... Oiga, no aleje los zapatos mucho de la cama. Yo le aconsejaría que los metiera debajo de la manta, para evitar desapariciones misteriosas.

—¿Es que permiten que entren ladrones aquí?

—Lo dice como si fuera algo malo... ¿De dónde cree que salí yo? De las calles. Bueno, ahora tampoco estamos muy lejos de ella, ¿verdad?

Y se fue campante como un violinista después de un gran solo. David se quedó en una oscuridad mitigada por dos ventanales sin estrellas y oyó durante un rato un recorrer pectoral de voces. Se rebulló bajo la manta para olvidarse cuanto antes de sus compañeros, que parecían rumiar su vida en sueños o en duermevela. Pronto cesaron los murmullos y quedaron en cambio los ronquidos y el tránsito efímero de nuevos huéspedes, personas con suaves pies descalzos.

Despertó a poco de amanecer. La luz amortiguaba con sus haces de seda blanca los lentos sonidos de la vuelta a la vida con que los hombres se levantaban. David había decidido regresar al molino. Tal vez fuera su única oportunidad de encontrar a María.

Pero ni en sueños imaginó que al llegar al molino, la encontraría hablando con su hermana Elisa, juntas, felices de encontrarle. Abrió los ojos varias veces con incredulidad. Temió que todo fuera una alucinación de la fiebre, otra burla del destino.

Anatomía de la venganza

No pudieron dar rienda suelta a las emociones que sentían, porque la duquesa Beresina, como para hacer honor a la ropa de viaje que llevaba, urgió a David a tomar decisiones. Podía ayudarle a salir del país, pero debía decidirse enseguida, porque apenas les quedaba tiempo. La cuestión era saber de una vez qué pretendía hacer. Se lo preguntó con expresión escéptica, como si no esperase gran cosa de la sensatez de su hermano. El gesto disfrazaba en realidad su preocupación. En cambio, los labios de María temblaban, sin ocultar que tenía el corazón en un puño. David puso las manos en los hombros de su hermana y la miró a los ojos.

—Ante todo, Elisa, te pido perdón por haberte dado tantos quebraderos de cabeza desde que estoy aquí. No quiero causarte más problemas... Aunque no me creas, he comprendido que mi contribución a esta guerra no puede ser la de las armas. Lucharé por otros medios, más pacíficos, ofreceré mi ayuda donde pueda ser realmente útil a la gente. Y sí, respondo que sí quiero salir de Estambul, pero que no lo haré si no puedo llevarme a María conmigo y mantenerla a salvo.

Estas palabras sonaron a música en el ánimo de las mujeres. Elisa le abrazó y María apretó su mano, aliviada. Decidieron tomar el taxi que la duquesa Beresina había dejado esperando en una calle cercana, no sin que antes David le entregara a Ríscar los pocos billetes que le quedaban. Trataba de agradecerle que le hubiera conducido a María hasta el molino días antes. Sin ese gesto, no habrían podido encontrarla. A los ojos de David, aquel buscavidas de apariencia traslúcida había resultado providencial y Ríscar sonrió de un modo felino al tomar en sus manos el dinero. Por supuesto, no se privó de comprobar su autenticidad allí mismo, estudiando los billetes al trasluz.

Una vez los tres en el taxi, les quedaba por saber qué misteriosa

urgencia les conduciría a los dos enamorados al extranjero. Elisa les explicó que conocía a un sobrecargo de un barco argentino que podía dejarles subir como polizones a bordo. David y María viajarían en un buque de bandera neutral hasta Buenos Aires, donde empezarían una nueva vida. Debían darse prisa, porque el carguero zarpaba a mediodía, en el puerto de Mármara, en el muelle tres de la dársena.

El buque se llamaba “Martín Fierro”. Esquirlas de sol que se filtraban entre las nubes, revoloteaban sobre las olas del mar y jugueteaban con los barcos que se mecían en su temblor azul, azotados por el viento. Encontraron el carguero argentino haciendo sombra a un montón de mercancías apiladas en tierra. Parecía un enorme bisonte de metal negro recostado sobre el muelle, incluso barruntaba largos mugidos.

Elisa prefirió despedirse de los jóvenes dentro del taxi, donde nadie los viera. María le dio un beso y le pidió que alguna vez fuera a verlos, cosa que vagamente prometió Elisa. Luego bajó para dejar solos a los hermanos. Al abrazarse ambos, sintieron que el pasado volaba sobre ellos, repitiendo la misma sensación de vacío que les había abrumado cuando se dijeron adiós en la estación de París, años atrás. Nada parecía haber cambiado, ella se aferraba a un éxito incierto y él se disponía a iniciar un viaje inquietante. David admiraba la capacidad de sobreponerse a los desafíos de Elisa: parecía tan hábil, tan diligente, y, como la otra vez, seguía evitando contarle sus planes. No le dio ni la menor pista de lo que pensaba hacer cuando él se marchara. David sólo pudo sonsacarle la promesa de que lo buscaría si tenía ocasión, una vez que resolviera “sus asuntos”. Tan en el aire quedó su compromiso que él sonrió.

—Siempre pareces estar buscando algo.

—Lo llevamos en la sangre, ¿no lo sabías?

Ella se marchó y los dos jóvenes buscaron al sobrecargo, que controlaba la pasarela y a las personas que subían a bordo. David le entregó la nota que le había dado Elisa y esto bastó. Era un hombre alto y cabezudo al que la gorra le apretaba la frente. Sus patillas blancas llegaban casi hasta la barbilla, como dos marañas invasoras que se hubieran apoderado de su cara. Bajo su cara de piel áspera y curtida, roja como un tomate a punto de pudrirse, los ojillos claros asomaban como una luz en lontananza. Los miró casi con ternura, tan jóvenes e indefensos.

—Llamadme Macedonio —les dijo con una mueca que parecía una advertencia.

Subió con ellos a bordo y les acompañó por la cubierta, entre algunos marineros que se despedían ruidosamente de sus novias y otros que se apresuraban a cumplir órdenes con torpeza resacosa.

—Os dejaré en mi camarote por el momento —les susurró—. Y esta noche, cuando el barco se quede tranquilo, os llevaré a un compartimento privado donde podréis viajar más cómodos.

Al verse de nuevo solos, en un camarote iluminado por el mar, ambos se dieron cuenta del largo trecho recorrido desde que se habían encontrado un amanecer en el puente Gálata, de la extraña suerte que habían corrido desde esa misma mañana en que ni siquiera contaban con volver a verse. La novedad y la fortuna de saberse juntos y casi a salvo, se agolpaban en sus bocas, sin lograr expresarlas. David besó a María para no discernir palabras sobre sus experiencias, su pérdida, la pesadumbre y el amor que ambos habían sentido en la rechinante ciudad que iban a abandonar. Las sensaciones más dispares trepaban por ellos como enredaderas, pero una delicia instantánea como su cercanía era precursora de algo muy cercano a la felicidad. Pocas veces nos es permitido volver a ver el mundo en su condición perenne de sorpresa, y eso sentían ellos, traspasados por el rayo de la vida.

Pero si los hombres son capaces de fabricar infiernos en la tierra, en Estambul hervía también uno. Tal vez por eso una ganzúa violó la cerradura del camarote y se abrió la puerta. David reconoció con espanto al hombre que entró a continuación. Allí estaba el inglés pálido, con su sonrisa fugaz como un guiño. Kim Philby les había seguido o había adivinado los movimientos de la duquesa Beresina.

—La señorita Volkov, supongo.

—Philby —le dijo David—, no tiene nada que hacer aquí. Lárguese. Ahora estamos bajo bandera argentina.

—Ya, pero ¿lo sabe el capitán? Oh, muchacho, no esperaba esa falta de modales, marcharte sin despedirte siquiera. Para que luego digan de la educación universitaria... —¿Qué quiere? ¿Por qué nos sigue?

—¿Sabes lo que es matar dos pájaros de un tiro? Pues algo así me ocurre con vosotros. A propósito, tierna escena donde las haya. He venido por María, claro... Digamos que ella pertenece ahora a la causa, es otro mártir para la revolución. Y también he venido por la carta que me quitaste en su apartamento. Sí, justamente allí, donde intercambiamos opiniones con los puños.

—¿A qué carta se refiere? ¿Se burla de mí?

—Vamos, vamos, no pretenderás que empecemos a jugar a eso. No tengo tiempo —y sacó su pistola—. Dame la maldita carta.

—No sé de qué me habla. Váyase y déjenos en paz.

—Bien... La vía difícil, entonces.

Apenas accionó el percutor de la pistola, David se le echó encima como un ciclón y ambos rodaron por el suelo. Cuando iban a incorporarse, se enzarzaron en un forcejeo por controlar la pistola que Kim Philby trataba de encañonar. María observó horrorizada los escorzos de violencia que ambos realizaron, un dédalo de brazos y músculos en tensión para controlar el arma, que apuntó en todas direcciones a una velocidad explosiva. Sus cabezas se golpearon contra la cama, David sujetó la muñeca del rival, éste le sacudió en el estómago, y el mundo asistía mudo a aquel aquelarre de amenazas, hasta que sonó el temido disparo. Un disparo que retumbó por el camarote como un trueno en una catedral, y luego otro, y un tercero al instante. Los luchadores se detuvieron como en una cápsula del tiempo, el movimiento cesó y María gritó, aterrada, sin saber dónde había aterrizado todo aquel dolor que parecía anegar el camarote.

Kim Philby se zafó de un paralizado David Alaya, se levantó con ojos desorbitados y la cara enrojecida por el esfuerzo, y huyó del camarote, antes de que los marineros acudieran a buscar el origen de la alarma. María vio a David levantarse con una lentitud espectral y echar la llave a la puerta del camarote.

—No abras —dijo en un suspiro, con la ropa hecha jirones y el pelo alborotado sobre los ojos.

Entonces notó María la sangre que manchaba la camisa de David. Espantada, dijo que debían llamar a un médico, pedir ayuda. Fuera se oían las voces y carreras de los tripulantes que habían descubierto al intruso Kim Philby y lo perseguían.

—No hagas ruido. Si nos encuentran, nos desembarcarán. Yo iré a la cárcel y tú estarás a merced de tus enemigos. No lo consentiré...

Se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra la puerta.

—Pero puedes morir, te desangrarás...

—Quiero que te salves, déjame hacer esto a mi modo... Al fin te puedo ayudar... Y es lo que pretendí siempre. No me quites eso, te lo pido por lo que más quieras. Déjame hacer algo bueno por una vez...

—Necesito que vivas —suplicó ella, con lágrimas.

—Necesito que no mueras... —balbuceó él, cerrando los ojos crispados.

Confiado en que había dejado a su hermano a salvo en el muelle, Beresina se dirigió al aeródromo, donde ya la esperaba Larry el piloto. Había sacado el avión del hangar solitario y sólo faltaba que llegase Dick. La duquesa bajó su maleta de viaje y una carpeta de piel marrón. Luego pagó al taxista y se quedó a solas con Larry, que la saludó con su campechanía habitual. Masticaba chicle y llevaba el mono de faena junto con una gorra de béisbol como si aquel fuera el día laborable más anodino en la vida de las civilizaciones. A la duquesa casi le divertía su calma beatífica, aunque ella hervía de incertidumbre por la odisea que estaba a punto de emprender. Faltaran o no minutos para la hora convenida, ya consideraba tardanza que Dick no apareciera enseguida. Dejó hacer a Larry, mientras éste repasaba la carga con un inventario en la mano. El viento, aéreo mensajero, traía a la soledad del lugar los sonidos de la ciudad cercana. Las nubes iban abriendo claros entre sus colinas grises, como un valle azul recién descubierto. Nunca hay suficiente azul, se dijo ella. Pero no pudo evitar hacer la pregunta, y luego repetirla, de si faltaba mucho para que llegara Dick. Más por nervios que otra cosa. Y pronto empezó a decir que tal vez habían surgido problemas o peor aún, que el americano había decidido no ir.

Pero Larry negó semejante idea con una placidez insultante. Ella insistió y él contestó con la cachaza de un lunes que Dick jamás dejaría tirado a nadie. A Elisa semejante confianza en alguien que no aparecía le pareció casi una burla a ella, que sí había llegado a tiempo. Era como si Larry no la tomara en serio y por eso le indicó, contrariada, que había oído contar de Dick justo lo contrario. Como el piloto se quedó tan imperturbable con la noticia, ella dedujo que sabía algo y le pidió que se lo dijera.

—¿Contar esa vieja historia de Dick? —preguntó.

—Sí, lo considero justo. Al fin y al cabo, vamos a ser compañeros de viaje.

—Supongo que sí... Bueno, no es que Dick hable mucho de su vida... Por lo que yo sé, fue jugador, se ganaba la vida con las cartas. El y la chica recorrían su país de timba en timba. Hasta que se metió en una partida en que le desplumaron. Contrajo una deuda de no te menees con un tipo más peligroso que un rayo y para saldarla sólo se le ocurrió atracar un garito de la mafia. Una noche su chica y él vaciaron la caja fuerte y huyeron. Dick fue a pagar al tipo de las malas pulgas, mientras su nena se dirigía al aeropuerto a comprar los billetes. Pero los mafiosos habían apostado vigilantes allí y la

descubrieron. La secuestraron a cambio de que Dick les devolviera la pasta, pero él ya no tenía ese dinero. Trató de llegar a un arreglo, pero ella murió y él sólo pudo huir de los asesinos. La chica apareció muerta en el apartamento del motel donde los dos se hospedaban y, como él desapareció del mapa, la poli lo incriminó a él. En su país lo consideran culpable de asesinato.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Una vez nos emborrachamos y me lo contó... Aunque no creo que se acuerde de haberlo hecho.

En el Café Estambul, reinaba la quietud de la mañana. Las ruletas y mesas descansaban, las aspas de los ventiladores del techo se desteñían en silencio y las botellas hacían guardia en los estantes. Los empleados no llegaban hasta las siete de la tarde, un poco antes del horario de apertura. Se respiraba un silencio espectral, las calles de los alrededores también dormitaban, y se podían contar los pasos que daba Dick al caminar sobre sus losas.

Había subido a recoger su pasaporte y su pistola del despacho. Ignoraba cual de los dos objetos podía salvarle la vida en caso de apuro, por eso prefería no prescindir de ninguno. Contó el poco dinero que llevaría y echó un vistazo a los papeles. Si las cosas iban mal, el local quedaría a cargo de Otto y los muchachos. Al momento de bajar y acercarse a la barra a echar un último trago, oyó que aporreaban la puerta con insistencia. Todo el mundo sabía que a mediodía no había nadie en el Café Estambul, ¿por qué llamaban?

Con la pistola oculta bajo su cazadora de aviador, abrió escamado la puerta. Había visto por la mirilla a un viejo conocido, el profesor Gustav Kosmider. La luz del día no le favoreció: ojeroso, con aspecto desastrado, no ofrecía material para la lírica.

—Maldita sea, Kosmider, ¿Qué se le ha perdido por aquí?

—He venido a avisarle, Dick. Justamente a avisarle.

—Está borracho. Y qué mal aspecto trae, parece que se ha fugado de la morgue. ¿O le han echado por falta de pago?

—No es relevante... No es relevante...

—Avisarme ¿de qué?

—La princesa se lo contó todo a usted, pero no a mí. Le prefirió, sí, le eligió a usted. Después de todo lo que hice por ella, le eligió al final, Dick. Y eso duele, eso duele. Ni siquiera es por lo del tesoro. Si me lo hubiera contado a mí, si me hubiera dado esa confianza, yo habría movido montañas por ella... Pero no, se fio más de usted, un jugador. Pues bien, ahora yo tengo

la mejor baza, la mano ganadora.

—Está delirando, amigo. Váyase a su casa.

—No.

—Le digo que se vaya a dormirla. Tengo prisa.

—Bah, no se preocupe por el tiempo... ¿No se lo he dicho? Ya no necesita irse. Acabo de tener una conversación muy interesante con el general Ozabán y se ha mostrado interesadísimo en cierto viaje a Odessa.

—Miserable, ¿sabe lo que ha hecho? Ha destruido la vida de una mujer.

—Me halaga usted. Yo no me doy tanta importancia... Sólo ha sido una delación. La del hermanito de la duquesa sí que fue más dramática, ahí tuve que espabilarme para salir del atolladero, cosa de las circunstancias... ¿No tendrá una copa de whisky por ahí? Declare abierto el bar —llenó una copa de la botella que había en el mostrador—. Destruir la propia vida es lo más importante, ahí es donde reside el verdadero mérito. Yo me maté, me maté a mí mismo hace tiempo. Y el cuerpo sigue aquí de pie, ¿no es maravilloso? Brindo por eso... Una vez fui el profesor Kosmider, el preferido de los estudiantes, el literato de la universidad de Viena, y me burlaba con verdadera superioridad de los nazis. Tipos quisquillosos, sin sentido del humor. Me acusaron de escribir aquellos panfletos. Me encerraron para ejecutarme. Pero yo no podía morir, eso era inconcebible, era inhumano, aquel atropello repentino estropearía todas mis aspiraciones, mis logros, mi mundo. Y entonces tuve ese momento, ese momento fulminante en que accedí al verdadero conocimiento, en que conocí qué es el dolor auténtico... Yo acusé a mi querida esposa. Le conté a aquella piara de carniceros que la culpable era mi querida, mi idolatrada Irene. Y ella no me llevó la contraria, porque Irene creyó que me reservaba para más gloriosos destinos... Eso me dijo, pero tal vez sólo ocurrió que me amaba más que yo a ella y se sacrificó por mí, Dick. Fue la mártir de Kosmider, una heroína de manual... Y me dejó en este mundo encharcado de sangre, para que arrastrara mi miseria... Este whisky apesta... Bah, una denuncia más, ¿A quién le importa?

—De todos los cobardes del mundo, he tenido que conocer al más despreciable. Le voy a encerrar en la bodega. Y ojalá nadie necesite reponer una botella en años.

Lo agarró por la solapa de la chaqueta, dispuesto a esconder al delator aunque fuera a rastras, pero esto sólo divertía a Kosmider.

—No me diga que quiere ganar tiempo para seguir con su plan. Sea el que sea, ya es tarde, Dick. Como le dije al llegar, sólo he venido a avisarle. El

general Ozabán me ha seguido.

Como un sortilegio, bastó que lo mencionara para que el general Ozabán apareciera en la entrada del local, apuntando a Dick con su pistola reglamentaria.

—¡Alto! Suelte el arma y déjela en el suelo, despacio... Eso es. Ahora empújela con el pie hacia mí... Bien.

Ozabán recogió la pistola de Dick y guardó la suya en la funda del cinturón. Dick levantó las manos una milésima y sonó sarcástico.

—Bueno, general, aparte de haber detenido a este intruso que había asaltado mi local, ¿de qué se me acusa?

—Oh, habrá tiempo para eso, no se apure. Antes de empezar la fiesta, me gustaría aclarar que me ha molestado mucho su forma de actuar... Ha sido muy avaricioso, quería quedarse con todo: la mujer, el tesoro... No iba a dejar nada a los amigos y eso suena muy injusto, ¿No le parece?

—No me diga que se ha creído la trola de este borracho. ¿Es que no le ha tomado el pelo bastantes veces? Yo no me fiaría de Kosmider ni para tomar el autobús.

La idea incomodó al general, que aun así ahuecó la voz para declarar con jactancia.

—Conseguiré ese tesoro. Nada me detendrá.

—Nada, sólo la dura realidad... En fin, está bien, usted gana. Me lavo las manos en el asunto. Vaya a perseguir sus tesoros a donde quiera, pero no puede detenerme. No he hecho nada ilegal.

—Ah, es cierto. Ahora vamos a eso.

Con su mueca arrogante, sin mover otro músculo de la cara, apuntó a Kosmider y le descerrajó dos tiros. El sonido retumbó como una irónica sarta de cohetes que hubieran escapado de su embalaje. Casi era mayor el absurdo de aquella muerte que el horror en los ojos de Kosmider. Cayó al suelo fulminado con tal sorpresa que los ojos volvieron a su quehacer y se quedaron contemplando la nada con avidez, como a una novia recién desnudada, una mirada tan dulce como la del hombre que vuelve a su casa por navidad.

Ozabán se mostró divertido.

—Le acuso, Dick, de asesinar al profesor Kosmider. Por supuesto, acabo de encontrar el arma del crimen. Vaya, aún está caliente. ¿No huele la pólvora? Vaya, fíjese en él... Ha cometido un crimen muy feo.

—Sólo por curiosidad, general, ¿Era necesario que lo matara?

—En realidad, ya que lo menciona, teníamos algunas deudas pendientes... Ya sabe cómo van estas cosas.

—Pues parece que ha quedado en paz para siempre. Pobre hombre.

El corazón se apaga

Aquel iba a ser uno de los días más negros para la policía turca. Los perros de la guerra se habían soltado y se precipitaban a las gargantas sin que nada pudiera detenerlos. Crímenes sin resolver se agolparían en las dependencias policiales para consternación del gobierno, que tanto trabajaba por conservar su tambaleante neutralidad.

Y Ozabán, que debía ser el garante de la ley y el faro que señalara el camino de la justicia, desafiaba con aire fanfarrón al dueño del Café Estambul, justo cuando los almuédanos comenzaban a anunciar la hora de la oración del mediodía desde sus pináculos, con el tono metálico de los altavoces.

La luz que atravesaba los ventanales del Café Estambul creaba lagos de luz entre las losas vacías e intentaba lamer la sangre de Kosmider y sacar brillo a las botas del general Ozabán.

—Se te han acabado los aires de superioridad, Dick. Levanta más las manos... Así. Has jugado demasiado al gato y al ratón conmigo para que no te alcanzara algún zarpazo. ¿Me creerás si te digo que me siento mucho mejor ahora? Al fin y al cabo he realizado una hazaña al detener a un criminal in fraganti. Eso me dará derecho, entre otras prebendas, a unos días libres... Y los aprovecharé para viajar. Tal vez a Odessa. Y luego, ¿por qué no? Para conocer mejor a la duquesa...

—Si lo que quiere es buscar tesoros y cuentos, hágalo. Pero ¿qué le importa ella? Déjela en paz.

—Olvidas que ella me usó como a un pelele con esos malditos salvoconductos y permisos. Merezco una satisfacción... —y se relamió el bigote con la lujuria de un gato holgazán—. Bueno, sigamos los formalismos de estos casos; voy a ponerte las esposas.

Conozco una prisión que va a ser una delicia para ti. Te puedo asegurar

que me encargaré personalmente de que no encuentres ni un segundo de aburrimiento...

Mientras se desenvolvía con las esposas para colocarlas en las muñecas del americano, sonó el teléfono de la barra. El instante que Ozabán giró la cabeza, Dick le soltó un puñetazo en la barriga que lo dobló como una bisagra y lo hizo caer y encogerse. Incapaz de reaccionar al súbito ahogo producido por el golpe, no opuso resistencia cuando Dick le arrebató las dos pistolas que llevaba encima.

—Ahora calladito —le ordenó, metiendo un arma en la cinturilla del pantalón y apuntando con la otra al caído, que tosió, incapaz de hablar—. Como entren tus gorilas, eres hombre muerto.

Entonces se acercó al teléfono y oyó la voz de Elisa, que le llamaba preocupada desde el aeródromo, para preguntarle por qué no había salido todavía. Le estaba esperando.

—No voy a acompañarte. Me ha surgido un imprevisto. Vete sin mí, pero date prisa.

—Vaya, al fin nos tuteamos... Pues no pienso irme sin ti.

—Te ordeno que te vayas enseguida, dile a Larry que no pierda ni un segundo. Que se apresure y despegue ahora mismo.

—Antes tienes que venir.

—Qué tozuda eres. ¿Es que no sabes obedecer una sola orden sin discutirla? Te estoy avisando de que es un asunto de vida o muerte. Elisa, hazme el favor de irte.

—Pero ¿Qué pasa? ¿Por qué no vienes? Ibamos a hacer esto juntos...

—No hay tiempo para explicaciones... Huye, vete, lárgate de ahí sin perder un segundo.

—¿...Y qué será de ti?

Ozabán se incorporó con la torpeza de un oso herido y los ojos destilando odio. Sólo la pistola de Dick contenía su ira.

—Ya me las arreglaré, siempre lo he hecho. Lo crucial es que no hables más y te apresures. Hazme caso, te lo ruego, vete ya.

—Entonces esto es una despedida... No hemos tenido tiempo de conocernos... Apenas hemos podido estar juntos.

—Bueno, ese apenas ha resultado muy interesante.

—Dick... Uf, ni siquiera sé tu verdadero nombre... ¿Volveremos a vernos?

—¿Quién puede saberlo? Apresúrate, por favor.

—Pero si yo me salvo y no lo haces tú...

—Dame por lo menos eso. Sálvate y habremos ganado por uno. No es mal resultado.

De qué extraña manera, su separación pareció unirles. Ahora hablaban directamente de ellos mismos. Pero Dick no podía consentir que Ozabán le pusiera las manos encima a la mujer. Pensó de prisa una fórmula que la hiciera marcharse.

—Mira, haremos una cosa. Vete y espérame donde los rebeldes. Dame un día para que os alcance.

—Pero ¿Vendrás?

—Claro. Si no, para qué te iba a pedir que me esperaras... Ahora, adiós.

Al colgar, un siniestro semblante se dibujó en su ceño. Se encaró con el general, que retrocedió sin darse cuenta, acobardado por ese rostro.

—¿Sabes, Ozabán? Nunca pensé que el día de mi muerte me daría el gusto de matar una rata, pero ahora que hemos llegado a hasta aquí, reconozco que no me desagrada la idea.

—¿Qué vas a hacer? —temblaba como una hoja— Si mis hombres oyen el disparo, entrarán y te matarán.

—Un tipo mezquino y cobarde como tú no pararía hasta hacerle daño a Beresina. ¿Y sabes qué? Siempre he detestado a los de tu calaña. Me aburren... Tal vez sea hora de ponerle remedio a eso.

—Espera, espera... Hablemos.

—Bueno, tal vez hubiera otra opción...

—¿Cuál?

—Vamos a quedarnos aquí muy calladitos, mientras me fumo un cigarrillo. Y cuando se acabe, me entregaré. Pero tienes que esperar sin mover el bigote hasta que lo termine. Si obedeces estas sencillas instrucciones, voy a ser tu captura más fácil.

—Pretendes ganar tiempo para que la duquesa escape.

—Claro que puedes impedir cuando quieras este vicio. Sólo con que avises a tus mascotas. Pero si lo haces, te mataré... Ahora veamos lo valiente que es un general de opereta como tú cuando el cuello que se juega es el suyo. Bien, Ozabán, estoy sacando el cigarrillo. Puedes empezar a gritar cuando quieras.

Así dio una calada... y otra, mientras Ozabán lo observaba con la docilidad de un caniche temeroso. Con sus ojos bovinos y sus orejas gachas, era la imagen contraria a la marcialidad.

Lejos de allí, en el puerto de Mármara, donde seguía anclado el carguero “Martín Fierro”, los marineros habían perseguido al alborotador Kim Philby, que, a pesar de llevar la pistola en la mano, huía de sus enfurecidos gritos. Intentó esquivarlos y esconderse, pero en cubierta lo atraparon. Como había disparado tan sin motivo, el susto había enfadado a todos y, cuando lo agarraron, al verlo tan esmirriado y cobarde, les pesó aún más la broma, por lo que sin consultar con nadie, los mismos marineros lo tiraron al mar, en el que se zambulló de cabeza. Salió a la superficie nadando, tosiendo y haciendo grandes alardes con los brazos, como si pidiera socorro, cosa que nadie le brindó. Tuvo que nadar por sí mismo hasta el muelle, donde le echaron unas redes para que trepara por ellas. Tocó el suelo boqueando a grandes tragos como si todavía estuviera tragando agua, más pálido que nunca. Se diría que la sangre le había abandonado, salvo por los ojos enrojecidos.

Allí le esperaban los agentes turcos para averiguar los motivos del alboroto y los disparos. Pero no acabó ahí la mala suerte de Kim Philby. Muy pronto llegó, al tiempo de que alguien le pusiera una manta por los hombros, nada menos que el inspector de policía Kemal Bey, con su traje negro y su bigote serio como una puerta. Aquella visión agrió más la pesadumbre del inglés. El inspector, al reconocerlo, no pudo evitar una sonrisa de satisfacción.

—Bueno, bueno, pero ¿A quién tenemos aquí? Si es el miembro consular, nuestro ilustre agregado Kim Philby... Siempre le encuentro dándole gusto al gatillo. Esas balas que disparó ¿eran valija diplomática quizás?

—Se me disparó el arma, eso es todo.

—¿Tres veces?

—Es un chisme endemoniado.

Kemal Bey pidió al capitán del barco que comprobara el estado de la tripulación y de la gente a bordo. Ya se había interrogado a todo el mundo y el capitán pudo informarle al cabo de pocos minutos de que no habían encontrado a nadie herido y no se apreciaban secuelas de los disparos en los pasillos. Cada cual había comprobado su camarote y nadie había denunciado daño alguno. Cuando llegó el informe de “sin novedad” Kim Philby respiró aliviado. Había esperado con evidente ansiedad las palabras del capitán y eso no se le pasó por alto al inspector Kemal Bey.

—¿A quién perseguía esta vez? ¿A algún fugitivo imaginario, quizás? En

todo caso, ha sido un acto de violencia gratuita, una intromisión que ha interrumpido los horarios del puerto y un atentado bajo pabellón extranjero... Uy, Kim Philby, no me extrañaría que pasara unos días a la sombra, mientras pedimos informes a las banderas implicadas en el caso.

—Me quejaré.

—¿Quejarse? Tengo una carta muy interesante en mi poder, una que encontré el otro día, en aquel apartamento donde se le escaparon las otras balas. ¿Sabe de qué le hablo, Philby? Llevaba su nombre escrito arriba e iba dirigida a una tal Mimí, de París... Si hay un informe oficial, tal vez deba incluir esa cartita en el expediente...

—Bueno, a lo mejor he exagerado un poco. ¿Qué más da pasar unos días bajo arresto? Tampoco hay tantas cosas que hacer por aquí.

—Eso mismo pienso yo. Por eso, cuando se haya calmado un poco y lo deje salir a la calle, quiero que se largue de Estambul y no vuelva por mi país nunca más. Nunca más, ¿está claro?

—¿Me devolverá la carta?

—No, nada de eso. Quiero saber que si vuelvo a verle por aquí, podamos recordar juntos estos momentos tan entrañables.

Kemal Bey no tenía la carta, pero su mentira funcionó y se felicitó de poder librarse de aquel tipo. A veces la justicia necesita tomar algunos atajos, se dijo a sí mismo, cuando vio que su improvisación, su farol, se lo tragaba el contrario. No podía hacer nada contra él, pero si lo asustaba y lo echaba de allí, la ciudad viviría mejor.

A bordo del buque, se preparaban para zarpar, una vez superados los contratiempos que había creado el alborotador de la pistola. Sólo en el camarote ensangrentado sabían lo ocurrido. El sobrecargo quedó espantado al contemplar a David en el suelo, al que María había tratado de detener la hemorragia con un botiquín de primeros auxilios que había en el camarote. No le quedó otro remedio que informar al teniente de a bordo de que no había novedad, porque dedujo que poco se podía hacer por el moribundo. María se negó a aceptarlo y quiso salir al pasillo a pedir un médico, arriesgándose a que la detuvieran y volviera a tierra. Sin embargo, eso sólo agravaría la situación de todos; por eso el oficial contuvo a la chica por la fuerza; pero, viendo que se resistía, le aplicó el cloroformo que había en el botiquín. La durmió entre sus brazos y luego la tendió en el camastro y cerró con llave la puerta del camarote.

David no fue consciente de eso. Apenas lograba moverse, rígidas sus

piernas, mientras con la mirada obnubilada por el apagamiento de su cuerpo, clavaba la vista en el ojo de buey de la habitación, desde la que el perfil de Estambul parecía la borrosa silueta de una medusa bajo un cielo exultante de luz. Las sombras parecían evaporarse bajo el movimiento en vaivén de las olas y así jugaba el ojo de buey con el observador, al que invitaba a contemplar un instante cómo se alzaba la ciudad surgiendo de las profundidades con aspiraciones místicas y cómo se hundía luego en el abismo interminable del mar. Sentía ya esas imágenes a distancia, pero no dejaba de sorprenderle que fuera todo tan bello, tan lejano, tan imposible...

Mientras, en el aeródromo, Beresina colgó el teléfono que había en el pequeño despacho del hangar con la sensación de que el viaje que iba a emprender no tenía tanto sentido como creía. Durante años había ido tras aquella aventura y con ese anhelo alimentó su imaginación. Le había servido de estímulo y acicate en los momentos difíciles, casi de guía y bálsamo en la adversidad. Y ahora que tenía al alcance de la mano todo eso y el avión la esperaba en la pista, la repentina despedida de Dick le había robado el entusiasmo, que veía diluirse en el aire como volutas de humo. Miró al cielo, casi pidiéndole una señal a las nubes pasajeras, para decidir qué hacer. No lograba reaccionar, no quería dejar a Dick en tierra.

Estaba dispuesta a renunciar a la fortuna, a sus esperanzas largos años relegadas, a cambio de ir en busca de un hombre al que apenas conocía, del que no sabía ni el nombre y que sin embargo significaba más para ella que esa quimera con la que llenó su vida. Pero la breve posibilidad de salvar la vida de Dick era portentosa para ella, mucho más valiosa que todo el oro y los palacios de los Beresina.

Larry se acercó a la oficina con su gorra vieja y masticando su chicle. No cambió su expresión monótona, carente de todo énfasis, aburrido como un sello en una estafeta. Llevaba en la mano una bolsa casi más vieja que él. Le preguntó qué problema había. Elisa sabía que debía apresurarse en despegar, pero estaba demasiado desconcertada. Se resistía a abandonar a Dick. Para ganar tiempo, le preguntó a Larry qué llevaba en la bolsa.

—Bah... Dick me dijo que llevara ropa de abrigo, por si hace frío, ya sabe...

—Pues Dick no viene... —al decirlo en voz alta, notó un vacío en el estómago y el corazón exhausto.

—¿No viene? Vaya... —no pudo ocultar su decepción y se rascó la cabeza con tozudez.

—Pero me ha dicho que vayamos nosotros. Y que lo esperemos en Rumanía. En un día nos alcanzará.

—¿De veras? ¿Eso ha dicho? —Sus ojillos volvieron a iluminarse—. Pues obedezcamos...

La confianza de Larry la alivió. Casi le servía de consuelo contar al menos con las manos prácticas de un veterano leal a Dick. Tal vez fuera posible ese encuentro. Tal vez Dick pudiera deshacerse de las dificultades que no quería contarle. Esa era toda su esperanza.

Estrechadas las nubes se trenzaban a lo largo del cielo majestuoso, cuando el avión sobrevoló con su rugiente motor el Café Estambul y lo saludó con su optimista fiereza. Dick se alegró de oírlo. Dio una última calada al cigarrillo y lo apagó en el suelo.

—¿Lo oye, general? Al fin ella está a salvo de nosotros. Ya no podemos hacerle daño.

—Déjeme salir de aquí, Dick, y le prometo...

—Claro, claro, su palabra... ¿En qué estaría yo pensando?

—¿Qué va a hacer conmigo?

—No se lo va a creer, pero ni siquiera lo he pensado...

No fue necesario, la pasada del avión sobre sus cabezas pareció despertar de su sopor a los guardias que esperaban fuera del local y uno de ellos se asomó a la puerta del Café Estambul. Bastó que comprobara que el americano mantenía a su general como rehén para que reaccionara disparando a Dick, que se protegió tras la barra. Ozabán, liberado al fin de su amenaza, pidió la pistola a su subalterno, que empuñó entonces el fusil, mientras el otro policía se sumaba a la refriega.

Los disparos atornillaron con su precisión mezquina el destino de Dick. El tiroteo le rodeaba con su peligro invisible, las balas destrozaban y horadaban los objetos a su alrededor. Y a pesar de eso, se sentía casi exultante. Había logrado que ella escapara de sus perseguidores, era ella la que sonreía al final de todas las cosas, después de negociar tantos años con el dolor y la soledad, de rendir cuentas ante miserables como Ozabán en todos los puertos del mundo, de forcejear contra tiranos y caciques que aparecían como setas en cualquier lugar, de tragarse su orgullo ante policías corruptos y tener que adular a clientes forrados sólo por la pasta. Al fin había obtenido una respuesta a la plegaria que había elevado sin saberlo al cielo. La súplica que hacían todos los solitarios y los condenados sobre la faz de la tierra, de rozar una última vez la esperanza, de probar a qué sabía esa dicha del amor

sincero, la genuina belleza de una sensación que lo justificaba todo, que daba sentido con su muda simetría a cualquier ventura.

El cerco se estrechaba, pero Dick se dio cuenta entonces de que estaba acurrucado sobre la trampilla de la bodega. La abrió sin perder un segundo, recordando que había un tragaluz por cuya abertura tal vez cupiera un hombre. Debía intentarlo, pero antes de bajar por el hueco, un disparo de Ozabán arrancó astillas a la portezuela y se le clavaron en el hombro. Respondió con la última bala de su recámara y se precipitó por los escalones. Ni siquiera vio cómo el pecho de Ozabán manaba sangre y su cuerpo avanzaba mecánicamente desde la esquina de la barra para caer sobre la trampilla y cerrarla con su peso. Los ojos del general se quedaron espantados, mirando las patas de los muebles con una fijeza hipnótica que nadie les había prodigado y quién sabe si merecían. Estaban bien torneadas, su madera de haya había sido barnizada y los continuos roces de fregonas y zapatos no habían borrado del todo la película de barniz.

Dick rompió el cristal y se debatió con el hueco de la ventana hasta escapara la calle. Tomó la moto de un policía de los dos que disparaban aún dentro del local, sin adivinar que Ozabán había muerto y la barra había quedado vacía. Pronto saldrían a dar la alarma y avisar a todas las patrullas. De cualquier modo, no podría llegar muy lejos viajando sobre una moto de la policía y herido en un hombro.

Pero el efecto vivificante de la luz del sol le quiso otorgar un rayo de esperanza, quizás un último halo de optimismo. Ahora un renovado hombre que había roto para siempre con su pasado enfilaba la siguiente calle y se asomaba a las oscuras colinas asiáticas del horizonte, dispuesto a comenzar de nuevo. Había llegado la ocasión de mirar a la cara a su destino.

Como buen jugador, sabía que esta mano la tenía en contra. Y que el azar solía usar cartas marcadas, pero estaba dispuesto a enfrentarse a todo porque no podía abandonar a Elisa. Necesitaba encontrarla. Ya lo demás sería sólo cuestión de suerte.

Le parecía ver a Elisa al final de todo, o tal vez la sensación de bienestar la causaba el cosquilleo de la euforia por haber escapado de los agentes o la sangre que manaba de su hombro. Esta vez lograría protegerla de los peligros, pese a todos los obstáculos, incluso a ella misma. Sólo tenía que alcanzarla a tiempo. Si pudiera evitar que los agentes lo detuvieran por el camino. Si se hiciera con una avioneta. Y si consiguiera atravesar el mar nocturno y distinguir puntos de referencia en la oscuridad sin que lo

detectaran los radares. Y si encontrara el aeródromo de los rebeldes rumanos. Y si el avión de Elisa hubiera llegado también, esquivando las patrullas. Y si los rebeldes resultaran de fiar. Y si ella le esperase allí, a salvo, y si...

Epílogo

Diciembre, 1943

Señor Presidente Franklyn Delano Roosevelt:

Entre embusteros, ¿qué pacto cabe? ¿Qué acuerdo puede tomar en serio si no sabe si los demás van a mantener su palabra? Bien está engañar a los enemigos, pero si tampoco puedes confiar en los amigos ¿a dónde vamos? Todas las ofertas y alianzas serán quimeras, promesas al aire, dardos lanzados

contra el destino.

Estambul es una ratonera. ¿No se lo han dicho? Estambul es un maldito nido de espías.

En la guerra que arde por toda Europa, uno al menos puede ir allí y morir sabiendo en qué bando lucha, caer con dignidad. Pero aquí, en esta neutralidad falsaria, en este lupanar de perros perdidos y minaretes herrumbrosos, en este infierno no apto para alcohólicos ni suicidas, lo normal es que te eliminen sin que sepas quién te arrojó el puñal ni quién señaló el objetivo.

Nadie comprende lo mecánica que es la muerte hasta que no ha visto los efectos del veneno en un miserable, ni lo frío que puede caer el rocío de la madrugada hasta que lo recibe vigilando una ventana, ni lo antipático que resulta descifrar durante horas un mensaje que siempre, invariablemente, da instrucciones estúpidas, ni lo solo que estás cuando cualquier amigo puede traicionarte. Insomnio, mala digestión, resfriados, dolor de espalda, sobres lacrados, miradas por encima del hombro a todas horas, teléfonos que te hacen saltar del asiento, sin fiarte ni de tu propia sombra. El paraíso en Oriente.

Por aquí pululan hasta diecisiete agencias de inteligencia. Todos conspiran y se espían. Los nazis buscan un paso hasta el petróleo árabe y los aliados tratan de abrir un frente en los Balcanes para atacar la retaguardia de Alemania. Todos tratan de comprometer la neutralidad turca. Sólo te codeas con estraperlistas, refugiados, asesinos, prostitutas, apátridas, desertores y diplomáticos de todo pelaje que se reúnen en los mismos cafés y hoteluchos, desconfiando del mundo entero, mientras piden ostras y champán si tienen suerte o un mendrugo de pan, si no.

Pero claro, un presidente de los Estados Unidos es un hombre decente, si no se le hurga demasiado. Y no me imagino que usted quiera saber estos detalles. Hay que mantener despejado el primer corazón de la nación para que se preocupe por las cosas importantes y bombee su sangre en la dirección correcta. Al fin y al cabo, ¿a quién le incumbe mi vida o mi muerte? Sólo a mí, creo.

Si he de entregar mi vida en estas turbias aguas de soledad e incertidumbre, si no puedo apartar las manos del fango, espero que a cambio de este infierno haya un cielo en alguna parte y que alguien se beneficie de nuestras infamias.

Pensaba en esto cuando conocí el problema de esas familias judías.

Llegaron a Estambul en tren, huyendo de los nazis. Cuando las autoridades alemanas los reclamaron, el gobierno turco aceptó devolverlos a su país de origen para no comprometer su neutralidad. Todo parecía perdido, pero entonces intervino en su favor el delegado apostólico, un obispo italiano, un hombrecillo rechoncho llamado Roncalli, de ojos azules y alegres como los de un niño. Y la suya era una bondad activa, que no se detenía ni un segundo. Con finísimo discernimiento, convenció a los turcos de que servirían mejor a su neutralidad si enviaban a los refugiados a otro país neutral, no a una de las naciones beligerantes. Y así, por su buen hacer, salvó muchas vidas.

Tan pocas veces ve uno un milagro en estos callejones de muerte que nos ha traído la guerra. A veces un poco de justicia poética se echa tanto de menos que casi duelen los huesos de deseársela.

Macfar

FIN

UN PEQUEÑO APUNTE HISTÓRICO

No quiero despedirme del lector sin aclarar que en esta novela algunos personajes han existido realmente. Son personajes históricos y merecen unas líneas que he dispuesto al final de este pequeño apunte.

Estambul. Erase una vez una ciudad y dos continentes, una ciudad entre

dos mares, una violenta amalgama de piedra, mármol y agua que sus constructores y destructores bautizaron una y otra vez, Bizancio, Constantinopla, Estambul. Esta ciudad es la prueba arquitectónica de que no merece la pena hacer planes. Ha padecido reyes, emperadores y sultanes, aquí se han elevado templos a dioses innumerables, se llamó a sí misma la segunda Roma, aquí se codificó el derecho romano, en su harém del palacio de Topkapi conspiraban eunucos y concubinas que luego serían arrojados al Bósforo atados a piedras cuando se proclamara un nuevo sultán. Una ciudad donde se ha discutido el sexo de los ángeles y las imágenes sagradas eran destruidas por los iconoclastas y luego tapadas con yeso o arrancadas por los turcos. Una ciudad mortificada por mil asedios que sobrevivió a todos los invasores a costa de agasajarlos, nunca de civilizarlos. Capital de muchos imperios, a cual más cruel, a la que estuvo a punto de ser llevado para siempre un español cautivo desde los baños de Argel, pero si hubiera llegado a esta ciudad de la que era imposible escapar, el Quijote no se hubiera escrito nunca. Una ciudad abandonada a su suerte durante siglos donde los monumentos sobrevivían rodeados de miseria sin que nadie les prestara atención, donde la victoria ha tenido siempre el sabor de la derrota y ésta a su vez era espléndida.

A veces el polvo de los siglos resulta omnipresente y amenaza con desmenuzar la ciudad entera, pero cuando llueve se convierte en barro y las calles resbalan hacia el mar. Las mezquitas elevan sus caparzones de espaldas al cielo, como si desconfiaran de él, y le apuntan con sus largos minaretes. Exuberante más que acogedora, la gente se desliza por sus infinitos bazares y sus callejas apretadas, sin prestar atención a los barcos que no cesan de cruzar el estrecho, rodeada de murallas mordidas, de alfombras, de cafés. Ciudad de sonrisa difícil, poblada de mostachos, caótica, que juega a contemplarse en el mar de Mármara y usa el estrecho del Bósforo como sumidero para sus vicios y a la vez como su patio trasero, un espacio limpio al fin donde el aire concede un respiro azul al tumulto de las calles. Con todos sus monumentos, parece surgida de las mil y una noches, y sin embargo añora Europa, hace siglos que su población se siente olvidada de nosotros, como un pariente pobre, como si la hubieran dejado estancada allí, a medio camino, y no pudiera alcanzarnos.

Estambul, tantas veces se ha dicho, es un puente entre Europa y Asia. Pero nadie quiere vivir en un puente, que sólo sirve para transitarlo, para alcanzar la otra orilla. Ese carácter de cruce de caminos, aparte de hacerle

víctima propicia de cualquier invasión, es lo que me atrajo de Estambul, porque simboliza la vida misma, que es un intermedio, una pasarela entre dos mundos, una memoria llena de contradicciones y un futuro desconocido.

Yo necesitaba esta ciudad porque la novela que iba a construir trataba justamente sobre personas que habían llevado una vida errante, peregrina, llena de tribulaciones. En Estambul todos iban a buscar una razón para vivir, iban a decidir en qué orilla quedarse, necesitarían aceptar su pasado y redimirse.

Lo demás ya era más fácil. Me propuse que la Historia con mayúsculas se acercara a mi argumento, lo tocara un instante y luego siguiera su curso inalterable, majestuoso si quieren. Observé que al pasar al detalle, los personajes históricos se convertían muy pronto en víctimas o verdugos. Es curioso cómo pasa a la historia principalmente el malvado. Hay mil veces más libros sobre Hitler que sobre Ghandi. El bien nunca ha vendido tan bien como el crimen.

Pero sólo es una trama secundaria, forma como el paisaje sobre el que se dibuja el verdadero argumento. La idea principal era unir a dos hermanos, dos personas separadas prácticamente desde su nacimiento. Una falsa duquesa rusa y un hermano venido del otro lado del mundo, directamente del pasado.

En esta novela, en que todos andan tan apasionados por la vida, la muerte llega como una caída del telón súbita, inoportuna, pero llena de consecuencias para los demás. No digo que alguno no merezca morir. Como dijo Hamlet, si a cada uno hubiera que tratarle como se merece ¿quién escaparía al látigo? Los trato, como Hamlet recomienda, con honor y cortesía: así que los presento al lector y le doy a cada uno una razón para vivir. Créanme que cuando alguno muere yo soy el primero que nota el desgarró, la pérdida de esa pieza de mi sueño. Pero el escritor imita al mundo, esa es la cortapisa de la ficción, que debe ser creíble, y si algo proporciona la realidad con profusión es el desengaño. El novelista sólo acelera el proceso.

En un personaje todo es simulación y artificio, pero aun así ha nacido, y lo hace con la misión de proyectarse en la imaginación del lector. Esa cámara oscura que cada cual posee y donde cualquier novela que merezca llamarse así pretende depositar algún placer o misterio, alguna interrogante y quién sabe si una respuesta. Ahora les confieso que tanto da decir tres muertes en Estambul que cinco jarrones chinos, el objetivo del novelista es el alma del lector, esa es la única diana invariable hacia la que lanza su dardo.

Ya he tratado la segunda guerra mundial en otra ocasión, en La cabeza de Diana. ¿Por qué tocar el conflicto de nuevo? Esa guerra llama mi atención porque es el símbolo del siglo XX. Y el siglo veinte aún está aquí.

Todavía lo padecemos. El tercer milenio, lo que vaya a significar no lo sabemos, no lo hemos estrenado, aún no ha encontrado su camino. Seguimos repitiendo errores y cayendo en las trampas del siglo anterior. La era atómica, la propaganda, el relativismo moral, la masificación, la destrucción del arte, los nacionalismos, el sometimiento a los medios de comunicación, la adoración de la máquina como sinónimo de progreso.

Aun así, la guerra sólo constituye un paisaje de fondo para la novela. Mi verdadera vocación era ahondar en los personajes, conocerles. Creo que obedecí como nunca al orden de la novelística. Para ello, convertí la decadente, bella y terrible ciudad de Estambul en un engranaje, un gigantesco reloj de cuerda donde pondría a prueba los sentimientos y actitudes de cada cual, esperando inmiscuirme en su corazón.

Mis personajes tenían sus propias preocupaciones, de hecho eran demasiado libres. Empecé a temer que si me descuidaba, este libro podía perpetuarse centenares de páginas. Llegó un momento en que comencé a escribir en defensa propia. Tuve que intervenir en mi papel de supremo hacedor, al fin y al cabo el sueño del escritor y de todos consiste en ser Dios aunque sea por un instante y controlar a las criaturas.

La literatura sólo es otro paso en la eterna búsqueda del hombre, de sí mismo. El lector al abrir un libro busca seres humanos como él, desea la identificación, la complicidad, da igual para lo bueno que para lo malo, en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad. No hay mayor espectáculo para el hombre que el hombre mismo, como adivinó el clásico.

Y ahora vamos a los datos históricos.

Durante la segunda guerra mundial, en los años 40, los servicios de Inteligencia aliados sufrieron varias derrotas relevantes en Estambul. Turquía trataba de mantenerse neutral a pesar de las presiones de los demás países y por eso la ciudad de Estambul, se había convertido en un campo de batalla entre el Eje y las potencias aliadas. Los alemanes habían invadido los Balcanes hasta Grecia y pretendían que los turcos se unieran a ellos para llegar al petróleo de Arabia. Por su parte, los americanos y los británicos pretendían usar Turquía para atacar por la espalda a los nazis. En Turquía se reunían refugiados políticos, gobiernos en el exilio y espías de hasta 17 naciones, la resistencia de los países ocupados y oportunistas de todo tipo.

Las actividades clandestinas habían alcanzado niveles sin precedentes. Por cierto, la policía actuó con tanta dejadez que me hizo imaginar que debía tener un jefe absolutamente corrupto. Lo que hizo nacer en mi novela un personaje bastante importante., el general Ozabán.

La Operación Cicerón.

El Embajador británico al que llamo sir Hugo, se llamaba Sir Hugue Knatchbull-Huguessen. Entenderán que haya prescindido del aparatoso apellido. Este caballero ignoraba que su mayordomo sabía abrir la caja fuerte de la embajada. Como apenas hablaba inglés, lo consideraban medio tonto, se llamaba Elyesa Bazna y nunca se ha sabido si era albanés, rumano o turco. Pero a escondidas abría la caja fuerte y fotografiaba los documentos secretos que vendía a la embajada alemana. Como en las novelas baratas, el culpable era el mayordomo. La información que daba resultó tan elocuente (por ejemplo, explicaban los planes para el desembarco de Normandía) que los nazis creyeron que les estaban engañando. Aun así, llamaron a este trasvase de datos, Operación Cicerón. Por cierto, los nazis pagaban esta traición con libras falsas. Cuando terminó la guerra, los ingleses seguían ignorando lo que les había hecho este hombre, hasta que él mismo denunció a Alemania por estafa, porque le había pagado en dinero falso. Y logró una pequeña indemnización del gobierno alemán.

La Orquesta Roja.

Era la oposición alemana contra Hitler que sobrevivía en el exilio. Eran profesores y funcionarios alemanes que huyeron de Alemania para salvar la vida. Utilizaban seudónimos, lo que me pareció muy gracioso y lo pongo en la novela, el jefe se hacía llamar Magnolia, y estaban Sabueso, Jacinto, Jacaranda... En 1943 trataron de ponerse en contacto con los americanos y algunos altos cargos del ejército alemán para concertar un golpe de estado en Alemania y acabar con la guerra. Si este plan hubiera triunfado se habrían salvado millones de vidas y detenido el Holocausto. Porque la máquina de matar nazi, la "solución final" para destruir al pueblo judío, sólo estaba empezando y aún no habían comenzado los transportes masivos a campos de exterminio. Si las sugerencias formuladas en Estambul hubieran sido aceptadas, todos habrían sobrevivido. Millones de judíos y muchos más millones de cristianos que todavía tenían que morir hasta que en abril de 1945

Hitler fue derrotado.

Entre los alemanes que había en Estambul y se prestaron a hablar con la Orquesta Roja estaba el embajador alemán en Turquía, Von Papen, un aristócrata de la vieja escuela que odiaba a Hitler. Había escapado de una purga en 1934 pero no confiaba con escapar de otra. Tenía enemigos dentro y fuera de Alemania. De hecho, sufrió un atentado en Turquía que aparece en la novela y ni él mismo sabía si habían sido los propios alemanes, los subalternos de su propia embajada. En realidad fue un atentado ruso. Pues bien, este embajador Von Papen hizo venir al almirante alemán Canaris, para hablar con la Orquesta Roja y concertar el golpe de estado apoyado por los americanos.

Entonces aparece el agente americano que iba a tratar con estos hombres que se jugaban el cuello. Aparece George Earle Tercero, Jorgito en la novela. Un alegre asesor naval de la embajada americana que se daba la gran vida en Estambul, despilfarraba el dinero en amantes y fiestas y soñaba con volver a Estados Unidos y ganar las elecciones a Senador con la gloria que creía que estaba fraguando con su actividad como agente. Pero su propia amante le espiaba. Una fingida bailarina húngara que en realidad era alemana. Se llamaba Vilhemina, pero he preferido Vilma.

Los informes de Jorgito eran contradictorios, decía que Von Papen era un traidor y desconfiaba de los demás, además su superior, un tal Macfarland, emitía otros informes que le contradecían, de manera que en Washington nadie se fiaba de lo que pasaba en Estambul y no se llegó a ningún arreglo, lo que prolongó la matanza de la guerra mundial más de un año. Muchos miembros de la Orquesta Roja murieron a manos de los nazis, el almirante Canaris sería ahorcado dos veces en Enero de 1945 y Von papen sería juzgado en los juicios de Nuremberg, aunque se le declaró No culpable, porque había ayudado a salvar 24.000 vidas al cardenal Roncalli.

Y por último, Kim Philby.

Nació en La India. Su padre fue un explorador y diplomático británico que ya había traicionado a Inglaterra porque colaboró con el rey Faud de Arabia, contra su propio país. A pesar de tan mal precedente, su hijo Kim, era un chico de Cambridge, donde estudió periodismo, y fue admitido como agente secreto por la Inteligencia Británica. Una ligera tartamudez le confería

aspecto ingenuo y además simulaba tener ideas pro—fascistas, por lo que nadie pudo imaginar que en realidad admiraba a Stalin. Vino a España como corresponsal durante la guerra civil. En Burgos, su coche sufrió un atentado comunista, sobrevivió a la explosión y el propio Franco en persona le condecoró, sin imaginar que en realidad él era un enemigo. Bebedor, mujeriego, se casó varias veces, y deshizo cuantos planes elaboraron los servicios secretos de su Majestad. Se jubiló en los años 60, y entonces se dio el gustazo de escribir sus memorias “My silent war”, donde explicaba a un mundo asombrado su traición. Murió retirado en Moscú, tratado como un héroe. Hasta se acuñaron monedas con su nombre. Un detalle que actuó como revulsivo para mí es que enviaba sus mensajes cifrados a la embajada rusa en París, en cartas que aparentemente se dirigían a una menor que nunca existió, vamos, una especie de Lolita.

Pues bien, mi novela transcurre en los años 40, en que Kim Philby estaba en Estambul, Por aquel entonces había en la embajada soviética un ruso que quería pasarse a Inglaterra y huir de Rusia. Era el capitán Volkov. Se quiso pasar al lado capitalista de la vida y ofreció vender una lista de los agentes dobles agentes que los soviéticos habían infiltrado en Inglaterra. Uno de ellos por supuesto era Kim Philby, que fue quien trató con él su huida. Como ustedes imaginarán, el capitán ruso no debía llegar a Inglaterra. Ni siquiera salir vivo de Estambul. El resto está en la novela.

En cuanto al cardenal Roncalli

Futuro papa Juan XXIII. Al menos salvó vidas, del modo que se declara en la novela. El pueblo judío ha propuesto nombrarlo “Justo entre las naciones”.

En los años 40, Roncalli en Estambul era delegado apostólico de Turquía y Grecia. Aunque no tenía ningún acercamiento diplomático con el gobierno laico de Turquía (Ataturk, el fundador de la república turca, no era

musulmán, era ateo) Roncalli desarrolló relaciones cordiales con diplomáticos y oficiales. Estos contactos resultaron vitales cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial

Roncalli supo lo que estaba pasando en los países ocupados por Alemania con los judíos y se dedicó a que gobiernos neutrales expedieran pasaportes para los judíos. Con ayuda de Von Papen, el embajador alemán, consiguió hasta 5.000 certificados de inmigración para que los judíos salieran de Alemania.

Era amigo del rey de Bulgaria y utilizó la Cruz Roja de ese país para salvar de la ejecución a miles de Judíos que allí esperaban para ser deportados a Alemania. No olvidemos que los funcionarios que ayudaban a Roncalli se jugaban la vida, y por eso le costó muchísimo trabajo convencerlos.

A Estambul llegó un barco de 750 refugiados Judíos — 250 eran niños huérfanos — que huían de Rumanía hacia Jerusalén. El gobierno alemán exigió a Turquía que devolviera a aquellos ciudadanos del Tercer Reich, porque Rumanía era un país ocupado y si Turquía quería seguir siendo un país neutral no debía interferir en asuntos de países beligerantes en la guerra. El gobierno turco quería quitarse la patata caliente de encima y estaba dispuesto a capitular y devolver el barco a su lugar de origen, a Rumanía, donde lo esperaban los nazis para exterminar a todo el pasaje. Entonces monseñor Roncalli se reunió con los ministros turcos y les convenció de que la mejor forma de garantizar la neutralidad de Turquía era no enviar el barco a un país en guerra, sino a otro país neutral. Así consiguió que el barco pudiera irse a Jerusalén y que se salvaran todos los refugiados.

Y queda la operación bautismo. Había oído de monjas Húngaras que distribuían certificados de bautismo a Judíos, en su mayoría niños. Los

Oficiales Nazis reconocieron los certificados como legítimos y les permitieron dejar Hungría sin ser molestados. Roncalli planeó reforzar y expandir la operación sin importar si los Judíos eran realmente bautizados. Roncalli utilizó correos diplomáticos, representantes del papado y a las Hermanas de Nuestra Señora de Zion para transportar y emitir certificados de bautismo, certificados de inmigración y visados falsos a judíos de Hungría. La "Operación Bautismo" demostró ser tan efectiva que cuando los Soviéticos tomaron Budapest en Febrero de 1945, "unos 100.000 judíos (200.000 en toda Hungría) habían resultado ilesos"